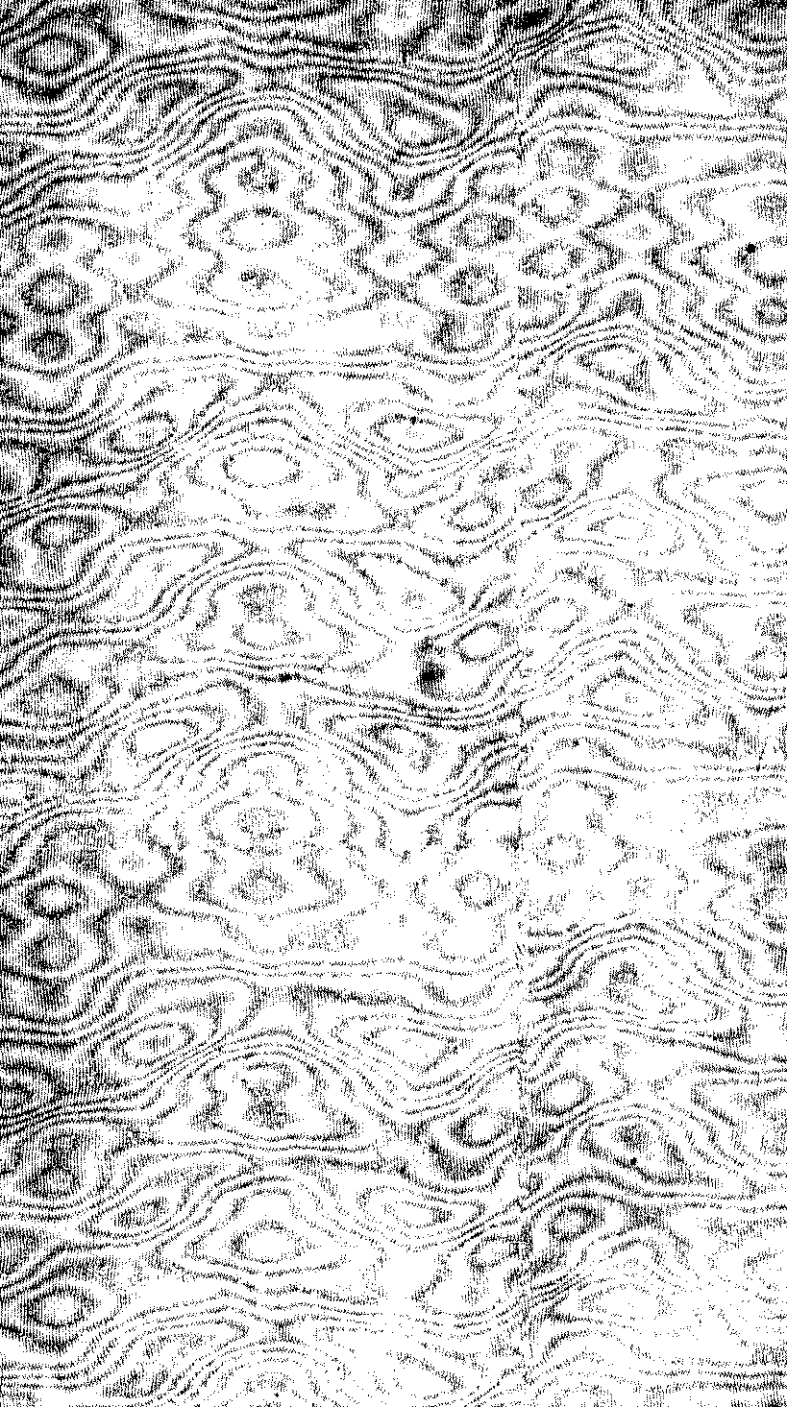
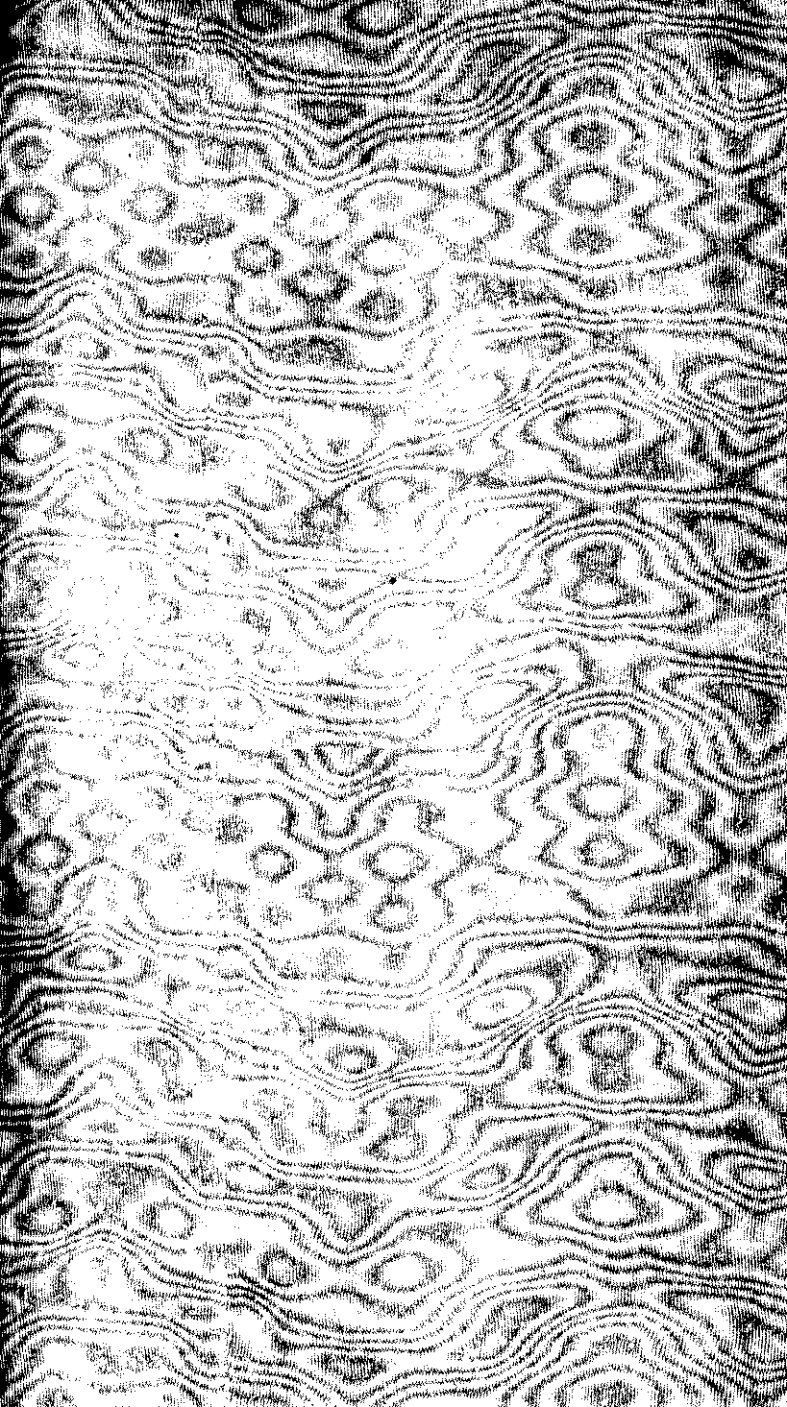






HISTORIAS VULGARES.





HISTORIAS VULGARES

POR

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

TOMO SEGUNDO.

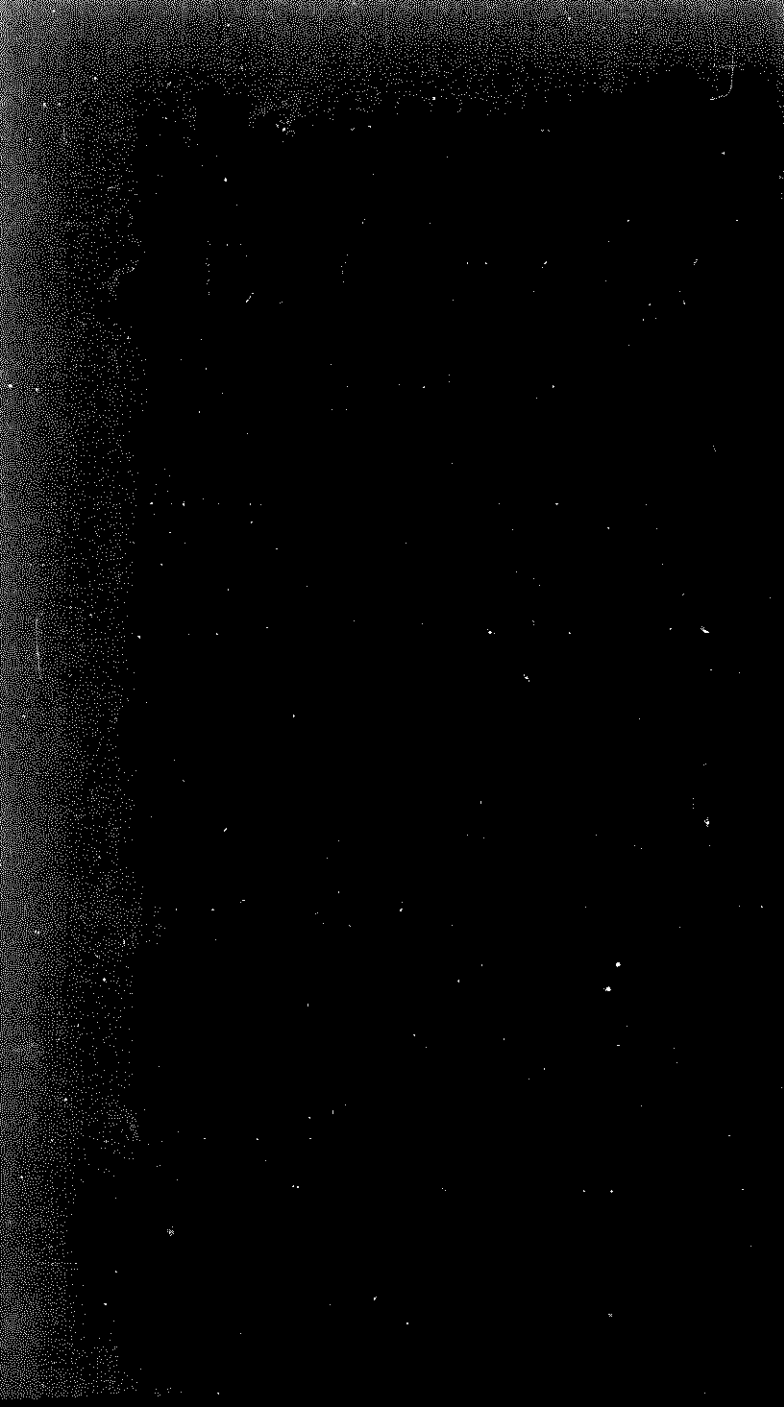
LA CAPITANA COOK. EL TESORO MORISCO. LUISA.—VICENTE. LA MADRE FELIZ. PETRONILA.—DOLORES. UN DRAMA CHICO. HISTORIA DE UN ALMA. EL FRAC AZUL.
--

MADRID.—1887.

IMPRENTA DE FORTANET,

Calle de la Libertad, núm. 29.

PROPIEDAD.



LA CAPITANA COOK.



LA CAPITANA COOK.

I.

El 7 de Febrero de 1851, si la memoria no nos es rebelde, se abrió al público el ferrocarril de Madrid á Aranjuez. Este acontecimiento habia excitado vivamente la atencion de los habitantes de la corte; porque el tal ferrocarril era el primero construido, áun cuando no el primero explotado en España, y el primero que se abria en el centro de la Península, para servir de base á la red que por el Sur habia de conducirnos al mar, y por el Norte habia de llevarnos al concierto de las naciones cultas de Europa.

Aquellas once leguas escasas de explotacion que escondian veintidos leguas de viguetas de pino, sobre las cuales salían á luz otras tantas de barras de hierro, eran el preludio dichoso de una série de trabajos, actividades, desembolsos y movimientos de riqueza y de vida, que indudablemente estaba llamada á transformar el país. No se hablaba,

pues, de otra cosa en ninguna parte, ni nunca se notó unanimidad de pareceres más completa entre los cortesanos.—«Vamos á tener ferrocarriles (decían con el mayor júbilo): vamos á alternar con los pueblos civilizados del continente.»—Y así era lo cierto.

En tres grupos podemos dividir á la multitud que se ocupaba del suceso día y noche. El primero y más escaso, lo componían esas personas que por el desahogo de su posición, ó por otras causas, habían viajado ya en ferrocarriles extranjeros, y no podían oír sin cierta burlona sonrisa los mil dislates que acerca del asunto propalaban con cándida ignorancia los asíduos visitantes de las obras de la puerta de Atocha. El segundo grupo, mucho más numeroso, estaba formado de esas gentes que, debiendo saber lo que era un ferrocarril, no lo sabían, sin embargo, y ni alternaban con los conocedores, por miedo de enseñar la oreja, ni querían hacer coro con el vulgo, por temor de que se les tachara de ignorantes: éstos solían subir á deshora al Cerrillo de San Blas para perseguir los movimientos de aquella X de la civilización, y poder rectificar errores ó adelantar noticias; ni más ni ménos que los felices iniciados en el mecanismo de caminar con hierro y sobre hierro. El tercer grupo, por último, lo constituía esa muchedumbre indocta, pero franca, crédula y suspicaz al propio tiempo, ignorante y aguda, que carece de la vergüenza del no saber, aún cuando pretende no equivocarse jamás, y á quien siempre

ha engañado y engañará la ciencia, por más que ésta le haya concedido el sufragio universal por arma, y el mote de *vox populi* por divisa.

Ese tercer grupo hablaba del camino en esta forma:

—Corre tanto (decían unos), que si no se cierran los ojos, se tiene el peligro de quedarse ciegos.

—Corre tanto (exclamaban otros), que en los viajes de pocas leguas apenas hay tiempo para sentarse y levantarse.

—Es tan peligroso sacar la cabeza por la ventanilla, que uno que la sacó (murmuraba en son de advertencia un prudente), la dejó pegada al arco de un viaducto, siendo tan veloz el golpe, que la cabeza gritaba en el espacio y el cuerpo se removía en el carruaje.

—Dicen que el camino de hierro (referían las mujeres de los barrios bajos) es lo mismo que el viaje de las almas al otro mundo: cuando la máquina es un ángel, el viaje parece una gloria; pero cuando es diablo, se despeña el tren en los profundos infiernos.

—Yo no me meteré.

—Pues yo sí.

—Pues yo nó.

Esa muchedumbre, en fin, es la que sospechó entónces si los caballos irían dentro; la que esperaba á la locomotora á pié firme sobre la vía sin que la pudieran apartar con ningún género de reflexiones; la que apostaba con su mulo ó su ca-

ballo á correr las once leguas ántes que el tren; la que se arrodillaba y descubria en el campo al paso de los coches; la que tiraba piedras á los viajeros; la que inventó gritar en los encuentros, especie de *hosanna* bárbaro de la civilizacion; la que dió, por último, sus poderes á aquel hermoso toro del Jarama, que viéndose inquietado en la pacífica posesion de su dehesa por el grito estridente de la locomotora, saltó al camino, miró con ojos de desprecio á su bullicioso adversario, á aquel mastodonte de piel negra y patas circulares, que vomitaba fuego y respiraba estertores, acometiéndole con tal furia y clásico ardimiento, que pudo creer en su victoria, segun la presteza con que quedó aplastado sobre las barras; ¡torpe, pero nobilísimo acto de valor, que sintetiza las resistencias del pueblo á todo lo que va á modificar profundamente su modo de existir!

En este propio grupo de las muchedumbres tenemos que apuntar ciertas individualidades, poco ó nada bulliciosas, que fluctuando entre un pasado de que dudan y una civilización en que no creen, reservan para sí los juicios íntimos de su entendimiento.

Aludimos á esos ancianos de la clase media, que decian callandito:—«Yo ya soy viejo; siempre fuí en coche ó á caballo, y fuí bien; ¿á qué meterme en ese ferrocarril?»—O á esas mujeres, madres de familia, que en todo ven terrores para sus hijos, y murmuraban dentro de su pecho:—«¿Qué no inventarán los hombres en este siglo?

¡Dicen que esos nuevos viajes son muy cómodos y muy baratos; pero dicen tambien que ocurren en ellos con frecuencia tales desgracias...!»

El día en que se da comienzo á nuestra historia, próximo á ese que hemos apuntado á la cabeza de esta relacion, verificábase en una modesta casa de Madrid la escena que vamos á narrar del modo siguiente:

Un hombre como de cincuenta y cuatro años, una mujer como de cuarenta y dos, una jóven como de diez y seis y un muchacho como de nueve, se hallaban formando grupo de familia alrededor de una mesa redonda, tapada con ancho tapete verde, cubierta de hule ribeteado con cinta, sobre la cual, entre otros objetos de uso comun, habia un quinqué de mediano precio y clarísima luz, cuya pantalla de un solo color, festoneada en ondas por tijeras domésticas, proporcionaba penumbra á los rostros y visualidad á las labores de cada uno de aquellos cuatro seres abstraídos.

El hombre leia un periódico con ayuda de unas gafas dobladas, que ayudaban á ratos una cortedad de vista incipiente. La mujer cosia sobre una almohada ligera, de confeccion vulgar, y no sabemos si cosia tela nueva ó remiendos de camisa de muchacho. La jóven hacia una labor de palillos, con algodón blanco y azul, especie de colcha ó forro de sofá. El niño leia ó hacia como que estudiaba en un libro de escuela, comido por las puntas. Eran, pues, evidentemente lo más comun de

la existencia humana. Un padre, una madre, una hija y un hijo.

El día era, asimismo, el más vulgar de los días; primeros de Febrero. La hora, la más vulgar de las horas; las nueve de la noche. El cuarto, el más vulgar de los cuartos; el comedor de un piso segundo de diez reales. La actitud de la familia, la más vulgar de las actitudes; lectura, trabajo, estudio. Lo único que no parecía vulgar era el silencio, porque el silencio respetuoso y digno en tales lugares, en tales días, en tales horas y entre tales individuos, tiene algo del aroma de la limpieza, algo del ruido inarticulado del templo, algo de las misteriosas armonías de las almas que se confunden bajo la campana de una chimenea ó bajo la pantalla de un velon, sin hablarse palabra porque no tienen boca; pero sin dejar de trasmitirse muchas ideas, porque tienen ojos donde éstas se posen, y por donde se comunican perpetuamente.

El padre parecía que ya no encontraba nada que leer, ó que habia llegado á un punto sobre el cual juzgaba oportuno romper el silencio: sin embargo, cuando se apartaba las gafas de los ojos é iba á hablar, cambiaba repentinamente de propósito y se volvía al párrafo notable que habia leído. La madre parecía que estaba pensando en todos á un tiempo; la jóven parecía que no pensaba más que en una cosa; el muchacho parecía que no pensaba en nada, y, por supuesto, ni en su leccion. Todos abstraídos, como hace poco notamos, estaban, á pesar de ello, en comunicacion visible y directa

los unos con los otros; en comunicacion de familia que se adora; en comunicacion de familia que vive siempre unida; en comunicacion de familia que apenas se trata con nadie, que pasa horas, dias, semanas, meses y años en una aparente indiferencia; pero que al separarse un solo minuto no se hallan, no se encuentran, no comprenden el vivir el uno sin los otros. Alrededor de aquella mesa, pues, había silencio; pero en el silencio había ruido.

Al cabo el padre hizo un supremo esfuerzo, y exclamó dejando sobre la mesa el periódico, y las gafas sobre él:

—María: el 7 se abre el ferrocarril. Ya no hay disculpa para el viaje: es menester hacerlo.

La madre, que pensaba efectivamente en todos y en todo, levantó con viveza el rostro de su costura, vaciló en si debería objetar con algunas razones las palabras de su marido; y echando una ojeada sobre la niña y el muchacho, volvió á clavar su aguja diciendo:

—Tienes razon, Gabriel; es menester hacerlo.

Hubo entónces un momento de pausa, pasado el cual murmuró la jóven, echando sobre la almohada de su madre los palillos de la labor:

—Sí, mamá; es menester hacerlo.

Todas las miradas se dirigieron en aquel instante al muchacho, que cerraba su libro con infantil estrépito, gritando:

—Sí, mamá; es menester hacerlo.

II.

El ruido del muchacho, la actitud contemplativa de la jóven, que dirigia sus ojos con solicitud á la cara de su madre, y el esfuerzo de D. Gabriel, ya consumado con éxito, alteraron la respetuosa solemnidad de la velada. Cuando el jefe de una familia, en consideracion al cual, callan todos, rompe el silencio despues de una lectura, sucede algo semejante al primer acorde de una sinfonía de comedia: el público entero se dispone á gozar del principio del espectáculo. —Comencémoslo, pues.

D. Gabriel, cuya edad emparejaba poco más ó ménos con la del siglo, era hijo de un teniente coronel de las guerras de Napoleon, á quien los horrores de la campaña y la esterilidad de los esfuerzos de la justicia, habian convertido en filósofo civil. Odiaba el viejo las armas, como los actores de mediana reputacion odian el teatro; y no queriendo que su Gabriel perteneciera á ellas, ni aún con los gajes propios de su posicion paternal, dedicóle al comercio de cabotaje en un puerto del

Mediterráneo, donde cobraba algunas veces su modesto retiro, despues de haberle enseñado matemáticas y lenguas al estilo moderno, y moral y honradez al estilo antiguo.

Gabriel honró desde el primer dia las previsiones de su padre con su conducta morigerada, su aplicacion creciente y sus adelantos visibles. En poco tiempo hubiera llegado el jóven á ser un mercader de primera clase, si un dia no se hubiese presentado de improviso al autor de su existencia diciéndole:

—Padre mio: la integridad de nuestra patria peligra. La nacion llama al servicio á los jóvenes de mi edad, y yo no tengo felizmente pretexto ni disculpa para exceptuarme. El año que viene iré forzado al ejército: ¿quiere usted que vaya voluntario hoy?

El viejo teniente coronel, que, como los actores de mediana reputacion, no pueden vivir más que en el teatro, y si se retiran algun dia del servicio de las tablas públicas es para dirigir comedias caseras, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y estrechando á su hijo contra su corazon, le dijo:

—Eres digno descendiente de tu padre: yo tambien fuí voluntario. Anda con Dios, hijo mio, y que él te proporcione mayor fortuna que la mia.

Gabriel partió al ejército como el que cumple un deber de conciencia: sin entusiasmo y sin ambiciones. Corrió muchas veces hácia adelante, pocas ó ninguna hácia atrás; fué buen subordinado

y excelente camarada; todo lo cual le valió, en no muy larga fecha, dos charreteras de capitan y dos músculos ménos en la pierna derecha. Retiróse, pues, por inútil, áun cuando á la simple vista no estaba cojo; voló á su pueblo, en donde el pobre padre acababa de morir bendiciéndole; y como allí no le esperaba ya nada sino la tumba de la tierra en que el viejo yacía, y la tumba del mar que tambien se habia tragado al barquichuelo de su infancia, recordó una notable carta de su padre, y se dirigió á la casa del pueblo donde estaba fechada. La carta decia así:

«Mi querido Gabriel: Te escribo en casa de doña Tomasa, la viuda de aquel labrador á cuya huerta solíamos ir los domingos cuando desembarcabas. Es decir, no te escribo yo; te escribe Mariquita, la hija mayor de la viuda, que tiene muy buena letra y es la que más se acuerda de tí. Si encontraras un medio honroso de retirarte del servicio, una noble herida, por ejemplo, que sin inutilizarte te hiciera inútil, ¡cuán feliz sería yo en los últimos años! Mariquita se niega á ponerte esto, porque no quiere que caigas herido: componte, pues, de otra manera para retirarte. Tengo la idea de que voy á morir pronto: excusa tú las ocasiones de matar á nadie. ¡Si vieras qué poco se vive en el mundo!

»Un primo de doña Tomasa que está muy rico en Almería, busca un hombre de bien que se encargue de no sé qué asuntos de comercio: ha de

entender mucho de contabilidad y algo de idiomas. Si sabes de algun compañero tuyo que tome la licencia y pueda servir para esto, ya ves que se le haria feliz.

» La semana anterior tuve un atacuecillo de asma que me puso en cuidado; pero Doña Tomasa, que no tiene precio, y Mariquita que en cuanto me ve enfermo no se aparta de mi lado, me sacaron adelante sin permitir al médico que me sangraran. ¡Sangrarme á mí!

» Que siga usted tan pundonoroso y tan bizarro, señor capitán.

TU PADRE.

P. D. Expresiones de toda esta familia, y en particular de la amanuense. »

Gabriel, decíamos, corrió á buscar esta casa del pueblo, en defecto de la suya. Allí encontró las memorias de su padre, los pobres bienes de su padre, la veneracion y las lágrimas que él debió tributar á su padre moribundo; conservado todo y todo sustituido dignamente por aquellas tres criaturas á quienes jamás habia prestado ningun servicio, ni podian esperar de él ninguna recompensa. Se lloró, se lamentó la fatalidad que interpuso algunos meses entre el fallecimiento del anciano, acaecido como término natural de su vejez achacosa, y el regreso del hijo por quien se suspiraba en comun todos los dias.

Pasado este primer momento de emociones tier-

nas y sagradas, la viuda dijo al militar con un poco de rubor y algo de timidez campesina:

—Gabriel: no puedes figurarte con cuánto gusto te ofrecería una habitacion en esta casa. Tu padre la ganó con su afecto hácia nosotras, y tú la mereces por el cariño que nos manifiestas; pero somos tres mujeres aisladas y sin calor de hombre: los pueblos, ya lo sabes, no viven más que de la murmuracion; capaces serian de decir que yo te cobijaba en mi techo para casarte con alguna de mis dos hijas.

—Todo lo comprendo (interrumpió Gabriel dándose por convencido), y de ninguna manera me hospedaria en esta casa provisionalmente. El pueblo murmuraría, y no sin falta de razon, señora; porque yo vengo decidido á casarme con Mariquita si ella quiere, y no hay anterior compromiso que se oponga á ello.

Mariquita desapareció en aquel instante de la sala, como si el anuncio de un peligro inminente le aconsejase huir. Doña Tomasa y Rosalía quedaron como petrificadas.

—¿Qué es esto? (repuso Gabriel con cierta confusion). ¿Habré llegado tarde? ¿Será algun desatino lo que propongo?

Mariquita, tras de la cual habia salido su hermana, se habia refugiado en una habitacion próxima, y lloraba, ó por mejor decir, ahipaba sin poder llorar, cubriéndose el rostro con su pañuelo. Doña Tomasa dijo á Gabriel:

—Perdona, hijo mio, que á todas nos haya

causado sorpresa tu proposicion. Ninguna la esperábamos. Mariquita no ha tenido ningun novio, ni ha mirado á hombre alguno en su vida. Voy á ser franca contigo, Gabriel; pero el promotor fiscal que la ha pretendido, nunca recibió de ella ni una mala contestacion ni una buena esperanza. Hizo que lo trajeran aquí, con ánimo, sin duda, de pretender á la muchacha; porque, dicho sea sin jactancia de madre y sin ofender á la otra ni á ninguna, mi María es capaz de hacer feliz á cualquier hombre. Pero sucedió lo que te he dicho: el fiscal no tuvo medio de explicarse, ni ella le consintió que se explicara; y á no ser porque al cabo de cierto tiempo simpatizaron él y Rosalía, el hombre no hubiera puesto más los piés en esta casa. Hoy (y esto te lo digo en reserva) creo que se entienden los dos muchachos. Yo hago como que no sé nada, y en el pueblo me parece que ni lo han sospechado siquiera.

Descubrióse el velo, por último. Maria estaba enamorada de Gabriel. Rosalía hubiera sido infeliz, si su hermana hubiese aceptado las primeras insinuaciones del fiscal. Doña Tomasa creyó ver la mano de la Providencia en aquel doble enlace que santificaba y recompensaba una vida de virtudes. Las dos bodas se realizaron á un tiempo. El tio de Almería fué padrino de ámbas, y confirió á Gabriel, como regalo de boda, el empleo comercial de que se hablaba en la carta del anciano. Al fiscal le consiguió, por sus relaciones en Madrid, los honores de juez de primera instancia, y la se-

guridad de que se quedaria en el pueblo. Doña Tomasa estuvo á punto de morir de gozo.

Pero como no hay dicha absolutamente completa en el mundo, el empleo de Gabriel, que era de representante de una empresa metalúrgica, tenía su residencia en Madrid al lado del Gobierno y de la banca. Partieron, pues, á pocas semanas de la boda Gabriel y María para su destino, dejando un raudal de lágrimas sobre la tumba cerrada ya del pobre teniente coronel, y sobre la losa, probablemente abierta, de la pobre viuda del hortelano.

El fiscal se estableció definitivamente con su suegra, á quien dió tranquilidad doméstica con su conducta, alivios personales con sus cuidados, y un nietecillo como una bola, que siendo el encanto propio y la dicha de su madre, era á la vez el ídolo de su abuela.

Así trascurrieron años, sin que una nube empañase la existencia feliz de ambas familias. Al cabo, el tiempo que todo lo consume con lentitud solapada pero infalible, apagó los dias de Doña Tomasa en esa muerte senil que semeja la desaparicion del justo. El fiscal, que no habia querido ascender á juez miéntras viviese la madre de Rosalía, por no sacarla de su casa y de su pueblo, ni apartarse de ella, fué ascendido entónces á un juzgado de las Baleares, para donde partió en un barco desde Almería. Allí vegetó nuevos años en el monótono cumplimiento de su deber, sin olvidar una semana siquiera el comunicarse cariñosa-

mente con sus cuñados. Era en lo que daba mayor gusto á su esposa.

Fué trasladado luégo con ascenso á la provincia de Valencia; despues con una última categoría á Albacete, cuya Audiencia se habia establecido poco ántes; y allí, quizá por el trabajo ó por una predisposicion natural, perdió la vista casi repentinamente á causa de unas cataratas agudas, que en sentir de los médicos eran incurables, porque ocultaban una cruel gota serena.

Duro fué para aquella dichosa familia este gravísimo contratiempo; pero como la resignacion cristiana todo lo soporta, pidió el juez su jubilacion forzada, recordó que sus padres le habian dejado una casita en el pueblo de Pinto, cercano á Madrid, y en jornadas cortas trasladáronse á ella con su moviliario, abrigando el consuelo, despues de todo, de hallarse cerca de sus hermanos.

Durante este tiempo, Gabriel y María, que ocupaban la misma casa á donde se bajaron en Madrid, habian tenido la fortuna de bautizar una niña primero, otra despues, y un muchacho por último. La niña de en medio murió durante su crianza. A la mayor se le puso el nombre de su padre, Gabriela; al niño el de la madre, Mariano; la niña muerta se llamaba como su abuelo paterno, y se fué con él.

Habia, por consiguiente, en casa de D. Gabriel, una existencia desahogada con el retiro de la capitanía del padre, unos cortos bienes de la legítima de la madre, y un sueldo no largo, pero bien pagado, de la Empresa metalúrgica.

Habia además una niña encantadora rayando en la juventud, un niño empecatado rayando en delirio para todos los suyos, y el recuerdo de una criatura que se murió. Padre desahogado y modesto, madre honrada y laboriosa, hija en quien se refleje ella, hijo en quien se refleje él, vision constante de una cajita mortuoria con cintas azules: hé aquí el conjunto completo y hasta donde es posible dichoso de la existencia humana. — Nadie se extrañe de que agreguemos á la dicha el más cruel de todos los dolores y la más horrible de todas las desgracias. Mayor dicha sería ¡quién lo duda! una filiacion constante y jamás tronchada; pero como esto no es posible, como Dios ha permitido la mayor mortalidad en la mayor pequeñez, parece que niño muerto significa cuidados al vivo, afanes por el vivo, amor y solicitud sin tasa hácia el que tan fácilmente puede desaparecer. La lágrima por el niño muerto, es angelical sembradura de donde brotan manantiales de amor para los hijos. Si el niño no se muriera con facilidad, tal vez la familia no hubiera llegado á ser la más sublime institucion del mundo. — Repetimos, pues, que aquella casa era tan completa, porque habia en ella padre honrado, mujer amante, hija encantadora, niño travieso y vision doliente de criatura que faltó.

Habia, por último, casa de D. Gabriel una preocupacion perpétua hácia otros seres y otras latitudes.

Aquel concuñado que apareció y desapareció como sombra ante las agitaciones del jóven capi-

tan; aquella hermana Rosalía que nunca se separó de su hermana ni una hora, ni un minuto, hasta que el destino las separó tal vez para siempre; aquel primo á quien nadie conocia, aún cuando su historia se hallaba consignada en el correo página por página; aquellos años pasados en que crece y se modifica el cuerpo hasta el punto de convertir en otras las personas cuya efigie juvenil está fotografiada en la retina de nuestros ojos; ese acaso que ha compuesto de manera las cosas para que no vuelvan á hallarse juntos los seres queridos que pudieron reunirse muchas veces por casualidad; ese fatalismo que, en el espacio de catorce ó diez y seis años de ausencia fortuita, pone en contacto mediató, por la vía de una terrible catástrofe, á dos familias amorosas, que se miran y no se ven, que se escuchan y no se oyen, que se sienten y no se palpan; todo esto confundido en montón nebuloso y analizado día y noche en pequeñeces de detalle, constituía un fondo de precauciones perpétuas para la buena familia de D. Gabriel.

Durante diez y seis años había sido el tema capital de la correspondencia de estas gentes, el tiempo y modo de acercarse siquiera una vez unos á otros para regar un día, una hora, un minuto, con lágrimas de ternura, el árbol seco y descolorido de la ausencia. Muchas veces fué á tocarse el resultado con facilidad suma, y otras tantas un suceso imprevisto descompuso la trama urdida tan laboriosamente. Por fin, la desgracia del juez, que no una fortuna de tantas como las

que á Dios eran deudoras ambas familias, las habia colocado, como hemos dicho, á dos pasos del encuentro y la union. El ciego no habia podido ni querido venir á Madrid; su mujer no podia ni queria abandonarlo; el muchacho no tuvo ocasion propicia de hacer el viaje; y en cuanto á D. Gabriel, que era el ménos conocido de sus hermanos, Gabriela y Mariano que no lo eran nada, y la Madre que lo era todo, no cabia duda de quién fuese el primero que debia estrechar las distancias.

Sin embargo, unas veces porque en el verano hace mucho calor, otras porque en el invierno hace mucho frio; ésta porque llueve, esotra porque los caminos están malos y los medios de locomocion eran fatales, ello es que á la hora de dar comienzo nuestra historia no se habian visto aún ninguno de los miembros que han de figurar en ella; pero que teniendo establecido ya que la próxima apertura de un camino de hierro acortaba todas las distancias y obviaba todos los inconvenientes, se habia tomado un acuerdo formal é irrevocable de que Doña María fuese la primera en tomar la direccion de casa de su hermana, para que ésta á su vez pudiera pagarle la visita á poco tiempo, viniendo á residir una larga temporada en el seno de sus hermanos y sus sobrinos.

Ahora se comprenderá la situacion de la casa de D. Gabriel, y el alcance de las palabras de Marianillo, cuando, repitiendo las de su padre y hermana, exclamó:

—Sí, mamá; es menester hacerlo.

III.

Esta intrusion del muchacho, por nadie rechazada, en un asunto que parecia grave, demuestra ámbas á dos cosas: primera, que el chico era tan decididor y entrometido como suelen serlo los más agudos de su edad; y segunda, que el negocio de que se trataba, era el tema favorito y constante de la familia, cuyos secretos comenzamos á sorprender.

Efectivamente: el paquete de cartas de Rosalía era el archivo histórico que con predileccion se consultaba en el seno de aquellas buenas gentes. Cada vez que un pretexto honroso legitimaba la accion, y muchas veces tambien sin pretexto ninguno, aparecia sobre la mesa un paquetito de cartas, atado con su cinta de seda, bajo cuyo lazo podian leerse el número de un año y la fecha de un mes. Recorriendo todas aquellas cartas, se aprendia la historia completa de cinco ó seis corazonces.

Nosotros entresacaremos algunas de las más re-

cientes, para el mayor esclarecimiento de este relato.

«Pinto, etc...

» Mis queridos María y Gabriel, Gabriela y Mariano: hermanos y sobrinos míos: ayer ha estado á reconocer á éste un nuevo facultativo de mucha fama en Torrejon de Velasco. Durante la consulta hizo dos ó tres mohines, que yo reparé, pero que afortunadamente el otro no pudo notar: ¡alguna fortuna habian de tener los ciegos! Dijo en alta voz que no creia perdido el asunto; pero luégo me confesó á mí, callando, que estaba perdido sin remedio. ¡Por Dios, que no se lo digais á nadie, para que no llegue á noticia del infeliz! ¡Es tan bueno!

» Los dias que llueve y no puede salir, lo entretengo hablándole de tu venida, María; de tu venida, que tanto deseaba ántes, y que ahora le cuesta siempre lágrimas, aunque la desea mucho tambien. — «No la veré (me dice); pero mejor: con eso no podré notar si ha aviejado, y la creeré tan guapa y tan expresiva como lo era en el pueblo.

» Perico está cada dia más alto y más robusto. Ahora come como dos hombres y diablea como siete muchachos. Su padre tiene la culpa de más de cuatro cosas, porque lo consiente demasiado: yo se lo digo, y él me contesta: — «¡Pero, mujer, si no tengo más que ese, ni más que eso!...» — En medio de todo, le sobra la razon.

» No me contestes á los particulares de esta carta, porque como se las leo todas, sospecharia que os digo lo que él no debe saber.

» Recibid, María, Gabriel, Gabriela y Mariano, mil besos de mi parte y de la de todos, etc. »

Cuando se releia esta carta, exclamaba D. Gabriel invariablemente:

—Ese chico, ese chico... ¡qué disgustos va á dar á sus padres!...

—Pero, papá (interrumpia Gabriela con la misma constancia), todos los muchachos son iguales. No parece sino que Mariano es un bendito.

—Mejor que tú (replicaba con viveza el aludido).

—¡Órden, órden! (tenian que decir los padres á la vez).

«Pinto, etc...

» Mis queridos hermanos y sobrinos de mi corazon: bien sabeis lo que son los pueblos. Ayer nos preguntaban unas vecinas, á quienes hemos ofrecido la casa por compromiso:—« Pero ¿es verdad que tienen ustedes unos parientes en Madrid? »

» Esto lo dicen porque se extrañan de que ni nosotros vayamos ni vosotros vengais. Ellas están haciendo viajes siempre: verdad es que no cosen, ni cuidan de su casa, ni... qué sé yo. Si me lo vuelven á decir...

» Perico nos dió tambien un mal dia: se presentó

en casa sin chaqueta; y no siento la chaqueta, que era nueva, sino el viento tan frío que soplabá á aquella hora, y pudo costarle caro. Pero, nada; tan saludable y tan bueno: comió como si tal cosa, y se echó á dormir. Hoy se ha puesto la negra.

» Habladme del viaje, y recibid, etc. »

Don Gabriel añadía, como apéndice de la carta:

—¡Pero, este muchacho, dos chaquetas en un mes!

—No, papá (replicaba la prima): si es la misma chaqueta de ántes. ¿No repara usted que mamá vuelve á leer la carta?

—Una ó dos, lo malo es que los chicos de esa edad pierdan la chaqueta. La habría jugado ó vendido. ¿Te parece eso disculpable?

—¡Pero, papá!...

La esposa cortaba la conversacion desdoblando otra carta.

« Pinto, etc...

» Mis queridos hermanos, sobrinos y familia: un ingeniero de la Empresa ha estado esta mañana aquí, y nos dice que el camino se abre para Car naval. Lo están haciendo á coste y costas: será cosa buena y muy segura. Entónces, hermana mia, ¡con qué frecuencia nos veremos! Yo les he dicho á las vecinas que tú te mareas en carruaje, y que como el ferro-carril va á abrirse pronto, guarda-

remos para entónces, no una, sino muchas entrevistas. ¿He hecho bien?

» Créete que tendria mucho gusto en que lo estrenaras, si fuera posible: primero, por verte ántes y darle ese consuelo al pobre enfermo; y despues, porque vean aquí que nos apreciais, como yo digo y repito á todo el mundo.

» Ya sé lo de la chaqueta de Perico; me lo ha contado el señor Cura. Parece que jugando ó riñendo le rompió un muchacho á otro la chaqueta, y este tal tiene un padre muy bárbaro, á quien llaman Herodes; por lo que temió el de la chaqueta rota que su padre le rompiera encima las costillas. Mi Perico, que tiene un padre muy bueno, Dios se lo conserve, se quitó la suya y se la dió, con lo cual el otro saltaba de gozo, y con la chaqueta rota hicieron tacos para cuando cacen.

» Díle á Gabriela que su primo me encarga muchas expresiones, y tambien para el pequeñin.

» Muchos besos á vosotros, etc.»

La muchacha dejó de coser, y miró á su padre con cierta malicia inocente. Don Gabriel añadió:

—Todas las madres son lo mismo. ¡Ojalá sea verdad la historia de la chaqueta!

La última carta que se leyó decia así:

«Pinto, etc...

» Mis queridos y adorados todos: ayer han hecho un viaje completo los señores de la Compa-

ña. Está listo el camino desde Madrid hasta Aranjuez. Dicen que la Reina va á venir á inaugurarle, y cuando exponen á la reina es señal de que no hay peligro. Se espera un convoy de botellas de vino de Francia, y jamones y pavos, porque dicen que estos caminos se abren comiendo. Aquí se prepara función de iglesia, baile en la plaza y árbol de pólvora. Lo que no se sabe de cierto es el día. Vosotros lo sabreis primero probablemente.

» Perico ya se ha montado en la máquina, y dice que si él no estuviera gordo, se tendería en el suelo, como otros chicos lo hacen, y dejaría que pasara el tren por encima. Yo me asusto de oírlo.

» Prepárate, pues, María, que nosotros estamos preparados: verás la parroquia, el castillo, la ermita, el paseo y las alhajas de la Virgen. Te dispondré una comida como aquellas que hacía madre cuando quería obsequiar al padre de Gabriel. ¿Te gustan todavía las albóndigas de gallina y jamón?

» Perico está juntando dinero para comprar un reloj, pues desde que haya trenes necesita saber á qué hora entran y á qué hora salen.

» Lo que te encargo que traigas cuando vengas, es especia fina, que aquí en el pueblo echan cáscaras de todas cosas, y no se puede comer nada en sazón.

» Muchos besos, muchos besos, muchos besos... etc.»

La madre ató de nuevo el paquete conmovida; reflexionó un instante, y sacudiendo la cabeza con convicción profunda, exclamó á su vez, como la muchacha y como el niño:

—Sí, Gabriel; es menester hacerlo.

IV.

Repítese comunmente por muchos hombres que el alma de la mujer es un abismo insondable, y que el que por curiosidad se arroja en su sima, queda ahogado ántes de conocerlo.

Para estos hombres las mujeres se dividen en claras y oscuras. Son claras aquellas que se entienden fácilmente con ellos, que adoptan sus gustos, que alternan en sus conversaciones, que acceden á sus caprichos; en una palabra, aquellas que se visten con traje talar, porque aún no se ha inventado que se pongan levita. Son oscuras, por el contrario, todas las que extrañan el modo de proceder de ciertos hombres, todas las que se reservan un sistema de accion diferente del de ellos, todas las que se esconden en lo íntimo de su hogar, para mejor esconderse en lo íntimo de su conciencia; todas, en fin, las que aspiran al predominio de su sexo, por juzgarlo, y no sin razon, el más digno, útil y provechoso de la humanidad.

Más cordura habria en que los hombres divi-

dieran á las mujeres en masculinas y femeninas, como nosotros lo hacemos; con cuya division quedaban deslindados los campos, y el abismo se hacía sondable. A las mujeres masculinas se las estudiaba como á hombres sin bigote, y á las femeninas como á muchachas con pantalon: las primeras podian hacer al hombre extremadamente feliz un año, dos, cuatro, quizá más; las segundas podian hacerlo blandamente dichoso desde su juventud hasta su vejez. Las mujeres, mujeres, son las mujeres de las mujeres.

Doña María era una mujer femenina. Crióla su madre á sus faldas, segun la sencilla expresion del pueblo, y á las faldas de su madre creció, cosida y sujeta por los dulces lazos de la armonía doméstica y del amor filial. Hija de viuda, desde que tuvo uso de razon, la madre hacía de padre de la familia, y María de madre de su hermana. Conoció, pues, muy pronto los deberes y los derechos que engendra en el hogar la sucesion fortuita de las dignidades. Su madre la decia con frecuencia:

— Desde que murió tu padre (que gloria goce), yo tengo que ser el hombre de la casa: sé tú la madre de la niña menor y la mujer de los criados.

María era, efectivamente, una mujercita muy apreciada de su madre, y una madrecita un si es no es respetada de su hermana. Los criados y dependientes de la labor, veian en ella algo más que la hija del amo; los amigos de la casa la trataban con cierta deferencia; cerníase alrededor de la

jóven un ambiente de autoridad, impropio á sus años, con el que, si bien veía algunas veces contrariados sus gustos infantiles, percibía en otras satisfechos los instintos naturales de una vanidad legítima.

Ocupada en quehaceres domésticos, que se extendían hasta un poco de administracion, íbanse desarrollando en ella hábitos de orden y máximas, propias suyas, de sociabilidad. No eran muy de su gusto aquellas muchachas que hacían gala de desconocer los mecanismos de la vida, ni simpatizaba tampoco gran cosa con los jóvenes que sólo sabían ocuparse de futilidades insulsas ó de atrevimientos imprudentes. Tenía, por lo tanto, bastantes conocidos, pero pocos amigos. Los mozos y las mozas de su edad solían llamarla la taciturna, á ella, que era alegre; ó la sabia, á ella, que era casi ignorante; ó la formal, á ella, que era punto ménos que loca, si á seguir hubiera ido los retozos de su sangre del Mediodía. Lo único que no la llamaban las gentes era «la ocupada.»

El trato íntimo con el anciano militar, padre de Gabriel, estaba léjos de servir á María como pasto de su alma ó entretenimiento exclusivo de su imaginacion. Lo aceptaba y proseguía con esmero constante, porque los viejos de índole franca y recto proceder, hacen excelentes migas con los muchachos. Ellos les refieren historias, les participan noticias, les consultan casos agudos, les ascienden hasta la altura de su experiencia respetable; descenden ante ellos hasta el límite de una

comun infancia; son jefes y subordinados, consejeros y discípulos; animan el abatimiento y moderan la excesiva animacion; en suma, hacen de la longevidad un cuerpo elástico, que lo mismo se achica hasta la pequeñez, que se alarga hasta la grandeza. Un viejo honesto y una jóven sencilla pueden ser, y son ciertamente, amigos más íntimos que dos muchachos ó dos muchachas de una edad.

Lo único que la jóven echa de ménos en el trato del anciano, es la frescura de ciertas ideas, la ilusion de ciertos fantasmas, el interés de ciertos episodios que el alma de la niña prevee en sueños nublados, sin darse cuenta de la forma, ni del color, ni áun de la propia existencia de lo que echa de ménos. Pero el viejo militar, amigo de María, llenaba este vacío con creces, gracias á la preocupacion constante de su espíritu. Las historias, las noticias, las anécdotas, toda la conversacion, puede decirse, del veterano, se referian por lo comun á otra alma más fresca que la suya, á otro fantasma más ligero y ménos imponente que el de su existencia marchita, á otro punto más juvenil y seductor que el personal de una vida gastada: el teniente coronel no hablaba más que de su hijo. De su hijo que era su ascendencia, de su hijo que era su posteridad, su espejo, su báculo, su sombra, su familia, su entretenimiento, todo.

En muchas casas del pueblo hubiera podido el hombre pasar las horas muertas como en casa de María; pero aquellos señores imprudentes, y al-

gunos de ellos groseros, hablaban con frecuencia de otras cosas que no tenían nada de comun con Gabriel; al paso que en la de María siempre estaba la mesa puesta para ocuparse del muchacho, para alabar su honradez, para admirar su valor, para encarecer su buen juicio, para argüir de casquiva-nos é inútiles á todos los que no se le parecían. Uníanse, pues, los atractivos morales del viejo presente, con los encantos materiales de un jóven ausente; y por arte mágico, de que María no se daba razon, ni le cansaban las batallas, ni le parecían importunos los episodios, ni le era insulsa la mar, ni los barcos naufragaban cuando un hombre valiente los dirigia, ni era la partida doble un estudio monótono, ni la conjugacion de los verbos ingleses tenía nada de difícil, y, por último, todos los muchachos ¿quién lo duda? estaban en el deber de servir de amanuenses á los viejos cortos de vista, para activar la correspondencia con sus hijos militares.

Así se casó María. — Su marido fué el hombre á quien ménos vió con los ojos, pero á quien más habia tratado con el alma. Las cartas del viejo eran el vehículo inocente de un amor que ella sin saberlo le enviaba con entusiasmo, y que él sin advertirlo le devolvía con convencimiento. Nunca jugó la farsa en estas relaciones inexistentes, ni las cartas fueron muchas, ni en ellas se hizo jamás alusion directa á otra cosa que al amor y al respeto de hijo y de padre. Con todo, lo repetimos; así se casó María.

Pasan años en una existencia que el historiador no puede describir sino con la palabra «dichosa,» y la jóven se ha hecho casi vieja, la hija se ha vuelto madre, la mujer enamorada se ha convertido en compañera fiel y dulcísima del hombre que ni un momento ha dejado de amarla y de distinguirla. El fuego con que se fundieron los metales de aquel anillo nupcial, sirve ahora para hacer de Gabriela y de Mariano una mujer y un hombre, dignos de un hombre y de una mujer como sus padres. Todo allí es solicitud y amor.

Doña María, que á costa de algunas canas y cierta marchitez de su belleza juvenil, ha conquistado este pronombre, vive entregada en alma y cuerpo á su casa y á los suyos. En el centro de la corte y desde su piso segundo, á donde llegan de continuo los ecos de la existencia bulliciosa de una gran capital, no ha alterado visiblemente ni los instintos ni las costumbres de la aldea. El enorme granero de ántes, es ahora una estrecha despensa; el salon donde solia albergarse todo el pueblo, es un reducido gabinete; la campana del hogar, bajo cuyos ennegrecidos vuelos se congregaba la familia en las horas de la velada, es hoy la camilla circular bajo cuyo tapiz ribeteado se esconden unas áscuas de lumbre: ensanchad el piso segundo, suprimid las escaleras, y *Doña María* vive en su pueblo.

Ajena á la profundidad de los sucesos que ocurren á su alrededor, áun cuando no ignorante de las cosas del mundo, tiembla por su hija más de lo que su madre tembló por ella, y tiembla por su

pequeño Mariano más de lo que temblaba el viejo militar por su hijo Gabriel. También ella los ha cosido á su falda, pero conoce que las faldas de hoy son un poco más endebles y ocasionadas á desgarrarse que las de su tiempo.

Constante en su vida de ocupacion, que ocupacion para toda una vida hay siempre en la casa del hombre modesto, entretiene las horas sin un instante de descanso. Se levanta por la mañana al rayar el día, y aprovecha en arreglos personales la hora de mayor sueño que concede á su hija; y con ésta ya en pié, otra media que con ternura disculpable otorga al pequeñuelo. El ruido de la casa ha puesto en ejercicio al padre, quien conserva de la vida militar un poco de reuma en la pierna herida y la costumbre de levantarse temprano con buen humor. Las lecciones del hijo, el aseo del hijo, la disposicion del hijo para la escuela, y lo que se llama el arreglo de Gabriel para la oficina, constituyen la ocupacion hasta las diez de la mañana. Solas ya Gabriela y su madre, se procede al levantamiento de trastos y compostura definitiva de la casa. Almuerzan madre é hija, se visten ámbas con mayor pulcritud que hasta estas horas de faena, y las aguarda la costura en combinacion con órdenes para la comida, recibimiento de recados y demás oficios domésticos.

A las tres en punto se come en casa de D. Gabriel, que su oficina particular está montada á la antigua; pero no porque se cena, pues el maldito vicio de la alteracion de las buenas costumbres ha

penetrado allí, y á las nueve de la noche se toma chocolate. Son ordinariamente las cuatro y media cuando D. Gabriel sale á dar su paseo, y desde entónces hasta que Marianillo vuelve del colegio, la madre abandona á la hija para que ésta en su cuarto huelgue ó lea ó se distraiga con sus chucherías, miéntras ella dispone la campaña del día siguiente con los criados. El fósforo con que se enciende el velon, es el faro que guía al puerto las naves extraviadas en la cocina ó los pasillos; y una órden de Doña María cierra la barra del comedor, donde se echan las áncoras, y el equipaje se apresta á pasar la noche. Vuelve D. Gabriel á las ocho y media próximamente con algun amigo ó deudo de los que de antiguo visitan la casa, y toman chocolate en tertulia. Las mujeres cosen, D. Gabriel lee, el muchacho hace como que estudia, y á las diez de la noche el chico, á las once en punto los demás, disuelven la sesion y se acuestan.

Hé aquí la vida ordinaria de la semana. Pero ¡el domingo!

El domingo no hay oficina, ni se estudia, ni se cose, ni se guarda silencio, ni es cosa enteramente mala cometer algun desaguisado.—¡Pobres chicos (dice la madre); no tienen más que ese día!

¡Qué lavatorios el domingo, qué trajes, qué observaciones meteorológicas desde el balcon, qué saltos, qué brincos, qué fiesta! Este es el único día que rabia D. Gabriel.

Para las once ya se ha almorzado bien y con algun manjar más apetitoso que de ordinario: regularmente lo pide el chico; pero para mayor órden se ha acordado que un dia lo elija él y otro la muchacha. A Doña María le gustan las elecciones de ámbos.

Caravana en seguida á las Descalzas reales. Allí se espera la misa de doce con su libro cada cual, la niña que lo lee y el niño que le dobla las hojas, miéntras la madre se escapa un momento de la iglesia. ¿A dónde irá? — Va á la Caja de Ahorros del lado, á depositar una suma de dinero en nombre de sus hijos: para Mariano lleva la idea de que ésta lo libre de quintas primeramente; para Gabriela no sabemos con qué intencion se la consigna. ¿Será acaso para comprarle los regalillos cuando se ocurra? ¡Imposible! Ninguna madre piensa en esto. El director de semana se sonríe al ver entrar á Doña María, y murmura á su oído:—«¡Pero, señora, esos muchachos van á ser poderosos!»

Doña María está de vuelta en las Descalzas cuando el sacerdote sale al altar. ¡Qué misa tan tranquila para ella! ¡qué larga para Marianillo!

—Señores, con órden y á paseo.

Tal es la consigna de estos esposos, tal es la felicidad febril de estos niños, tal es la ventura sencilla de la honradez.

Vuélvese á casa con un cansancio extremo. ¡Qué larga está la Fuente Castellana! ¡Qué léjos está el Retiro! ¡Por poco tenemos que tomar un coche para volver!

Y, sobre todo, ¡qué azul es el cielo de Madrid, qué calma tan placentera proporciona el nublado, qué gusto da de que las calles estén secas, qué humedades tan oportunas suele haber para que no se levante polvo, qué dulces son las naranjas, qué bien tuestan ahora las castañas, cómo pasó el regimiento por nuestro lado cuando el tambor mayor tiró la porra!—¡Oh! la felicidad del domingo está sólo reservada á ciertas gentes!

¡Cada Pascua, cada Carnaval, cada San Gabriel se va al teatro; cada Dulce nombre de María se da banquete y se encargan quesitos helados al café de Pombo!—¿Ha probado usted los quesitos de Pombo?

En trajes hay casa de D. Gabriel verdadera prodigalidad. Los niños tienen siempre uno nuevo: los padres uno casi nuevo; y no hay moda ni alteracion agraciada de adorno que más tarde ó más temprano no la disfruten aquellas criaturas. Eso sí; el orden reserva mucho el equipaje: los dias lluviosos no se puede pasear; cuando hay alguien enfermo tampoco; cuando los niños no han sido obedientes ménos; pero aún quedan muchos domingos: Gabriela dice que hay cincuenta y uno todos los años; Mariano asegura que cincuenta y dos.

En tanto Doña María, que no sabe si es bella como lo fué en su juventud, pero que se alegra mucho de haberlo sido porque su hija lo sea, advierte tambien los domingos la felicidad de sus muchachos, el placer interno de su esposo que los

pasea, y el éxito creciente de su hija ante las miradas de los mozalvetes mal criados; todo lo cual la satisface, la envanece y la recrea, aún á costa esto último de cometer una puntita del pecado del escándalo.—Y verdaderamente: ¿ha educado ella, por ventura, á esos mancebos? Es una imprudencia que digan cosas; pero la chica, eso sí, las merece, y no es ilusion de madre.

Don Gabriel prepara el domingo para el chocolate alguna sorpresa de pastelería. El chocolate siempre con pan, cansa. Banquete, pues, con la parentela; un poquito de música y baile, y á las once y media ó las doce quizá, que estos relojes de ahora suelen atrasarse, despedida general y á la cama.—Mariano se durmió en el sofá con un pastel en la mano. ¡Estos chicos!

Doña María es la mujer más feliz del mundo. Siempre le están pasando cosas, y nunca le ha pasado nada. Hemos mentido. Se le murió un niño pequeño hace trece años, y todavía llora por él; ¡bien es verdad que Dios les ha dado tanta salud á los otros! Su Gabriel no se ha arrepentido jamás de haberse casado con ella; sus hijos la obedecen y la miman, sus hermanos la adoran, los bienes no faltan, sus amistades le son consecuentes, su casa es bonita y cómoda; sus criados, por fortuna inconcebible, forman parte de la familia y quieren morir en ella. ¿Quién, piensa, pues, en nada del mundo?

Ella no sabe cómo se llaman los cantantes, ni quién gobierna en Madrid, ni cuál es la dama de

más tono, ni el jóven que más estúpidamente se arruina; y si lo oye ó si lo sabe, ¿qué le importa? Vino á Madrid con ilusion de ver el Escorial, y no ha estado, porque no ha querido. Ya irá cuando se gradúe Mariano, ó cuando se case Gabriela, ó comprará una lámina, ó no es preciso ver el Escorial. ¿Hay en Madrid tantos que lo hayan visto?

Actividad, pues, en medio de la inaccion; variedad en la monotonía, laboriosidad en el descanso, acometividad en la mansedumbre, insaciabilidad en la esplendidez, todos los elementos, en una palabra, de la existencia pública más ostentosa, reducidos á la comunicacion privada del hogar más oculto; tales eran las dotes de aquella mujer á la vista del observador profundo y desimpresionado. Podía llamársela grande ó pequeña, segun el lugar donde se la contemplara: lo que no podía llamársela era indiferente. Pasábanle, repetimos, todas las cosas, y en realidad no le sucedia ninguna. Hubiera podido vivir para un pueblo, para una ciudad, para un mundo, y vivia únicamente para un hombre, para dos muchachos, para un piso estrecho de una casa vulgar. Unos cuantos piés cúbicos de aire, tres ó cuatro acentos ya conocidos, tres ó cuatro ideas emanadas de ella y repercutidas hácia ella misma, bastábanle para respirar la más pura de las atmósferas, para recrearse con la más dulce de las melodías, para tenerse por objeto de las atenciones del universo todo. Nada deseaba que no fuera

la permanencia, nada apetecía que no fuera la inmovilidad: hubiera temido acrecer en fortuna por miedo á decrecer en dicha; y si un heráldico le hubiese pedido un mote para su escudo de nobleza, habria indicado estas palabras:—*Statu quo*.

Esta era Doña María; esta era la notable mujer á quien exigencias naturales de familia é impulsos sagrados de amor, obligaban á abandonar su esposo, sus hijos y su casa, para hacer un viaje en camino de hierro desde Madrid, nada ménos que á Pinto.

V.

La noche en que D. Gabriel intimó á su esposa solapadamente la órden de disponerse para su viaje, Doña María no pudo pegar los ojos. Si suele ser terrible una tormenta en el mar, confesemos que no son á veces ménos horrorosas las tempestades en un vaso de agua.

Doña María, que, áun cuando ajena al arte científico de discurrir, discurría naturalmente con lógica suma y dialéctica inflexible, quiso, apénas se hubo dormido su esposo, establecer con método los términos de su situacion, y escogitar la mejor forma de todas sus futuras decisiones.

El primer problema que se ofreció á los ojos de su entendimiento, fué el siguiente:—¿Debo yo, en efecto, hacer este viaje?—Y la respuesta surgió tan rápida como la pregunta. El viaje no puede discutirse: su necesidad está reconocida y aceptada. Lo único que cabe acerca de él, es remordimiento de no haberlo emprendido diez veces ántes, para abrazar á aquella hermana querida, que se encontraba á tan corta distancia de Madrid. No habia, pues, que pensar en ello.

Pero, ¿no hay igual distancia entre Pinto y Madrid, que entre Madrid y Pinto? ¿Por qué no vienen los otros?—Este segundo problema infundia asimismo remordimientos anticipados. Ella no quería hacer el viaje; pero encontraba muy natural que lo hiciese su hermana. Ella debía convidar á sus hermanos y sobrino á que pasasen una temporada en Madrid, para lo cual se le ocurría al torpe entendimiento el ridículo expediente de que los convidados vinieran á convidarse. Además, todo lo que se habia escrito sobre el asunto era menester borrarlo, y convenir de nuevo en razones diferentes que justificasen aquella tontería. Tampoco, pues, habia que hablar de este absurdo.

Lo que á primera vista se presentaba más lógico, era esperar un domingo de buen tiempo, y trasladarse toda la familia á ese diablo de lugar que apenas estaba en el mapa, y sin embargo, iba á producir una separacion cruel, que Doña María repugnaba desde el fondo de su corazon. Pero aquí no eran ya remordimientos, sino sospechas de criminalidad, las que asaltaban el ánimo de aquella excelente y delicada criatura. Pues qué, ¿no hay algo de crimen en exponer á toda una familia á los azares y vicisitudes de un viaje en ferro-carril, sólo por el egoismo de no experimentar la breve amargura de separarse de ella un dia, ménos aún, doce ó trece horas, que casi se pasan sin sentirlo? Esos descarrilamientos, esos choques, esos incendios súbitos, que ni se preven ni se evi-

tan, ¿no podían ocurrir en aquel trayecto corto ó largo, y envolver á las prendas queridas de su alma, sin pretexto plausible y sin necesidad absoluta? Claro que sí, y claro además que había en el fondo de la idea un principio de cobardía; pues sólo á los cobardes se les ocurre rodearse de mucha gente para afrontar un peligro propio.

Y Doña María no era cobarde, ni poco ni mucho. Cierto que ella no se acostaba nunca sin haber echado todos los cerrojos y escondido todas las llaves de la casa; cierto que la sospecha de un raton crispaba sus nervios y conturbaba su espíritu hasta la alferecía; pero una vez que su hijo Mariano estuvo acometido de la viruela, y el médico llegó á temer porque el sudor no se presentaba á tiempo, la valerosa madre se desnudó y abrazó á su hijo ocho horas seguidas, hasta que con el calor de su cuerpo logró producir la traspiracion que anhelaba su alma. Otra vez los dos chicos atravesaban de la mano la fuente de Cibeles, y un carruaje se les vino encima: la mujer, con la presteza del rayo, se interpuso entre las yeguas y sus hijos, conteniendo con un rugido de leona la fogosidad de los animales, no sin recibir un golpe de la lanza del coche sobre la sien izquierda, mientras que con el brazo derecho levantaba en volandas á Mariano y á Gabriela. Los circunstantes aplaudieron tanto arrojo y habilidad; y un pillete, que con otros jugaba á las chapas en aquel punto, gritó, señalándola con el dedo:—«Esa es una volatinera de los títeres.»

Doña María no era cobarde, repetimos, por lo cual se avergonzó prontamente de haber buscado complicidades para un riesgo que sólo le tocaba á ella.—Ella era la única que conocia á su hermana, la única que era hermana, la única á quien Dios y su madre habian impuesto el deber de servir de madre y de providencia á su hermana. Si algun peligro se corria, ella debia correrlo sola; si alguna amargura se experimentaba, á ella le correspondia completamente. Las acciones justas que producen placer en vez de dolor, no son caridades, sino entretenimientos. El deber tiene espinas; pero las espinas del deber son las flores del triunfo.

Despues de todo, ¿qué meticulosidad es esta para un viaje de pocas horas y ménos kilómetros? ¿No es soberanamente ridículo desvelarse y mortificar el alma con los propósitos de una accion que cualquiera ejecuta cada mañana y cada tarde, sin concederle ni áun los honores del relato? ¿No es ofender á la Providencia el darle proporciones á lo que ella no ha querido otorgárselas?

—Mañana por la mañana (se decia la pobre mujer callandito) me levanto y le digo á Gabriel:— «Estoy lista; dispon el viaje para cuando quieras. Él lo dispone inmediatamente, cierro los ojos, y me voy: llego allá sin contratiempo ninguno, con la ayuda de Dios; abrazo á mi hermana, consuelo á mi cuñado, llevo una chuchería para mi sobrino; como con ellos en santa paz, y durante la comida acordamos el tiempo y forma de su viaje; vuelvo á la estacion, regreso á Madrid tan ligera y tan

cómoda como marché; mis hijos y mi esposo me esperan á la noche sin tomar chocolate para que lo tomemos juntos, y nada ha pasado aquí, todo es dicha y contento; quizá esta prueba momentánea de abandono, me haga apreciar más y más los tesoros inponderables que poseo.»

Y Doña María, reanimada con esta consoladora expectativa, parece que sonrió por el borde de la sábana, que principiaba á retorcerse como una cuerda sobre su cuello. Se dispuso á rezar unas oraciones que habia olvidado, y á dormir como cualquiera noche, confundiéndose en ese profundo y reparador letargo que se apodera de las almas tranquilas durante las horas del reposo. Calló de pensar para percibir la respiracion de su marido, y hallándola uniforme y reposada como la del justo, se dijo en resolucion final:—«Un dia se pasa pronto.»—Y comenzó á quererse dormir.

Pero el sueño es un déspota de los más salvajes: rinde á su adversario cuando quiere, y no acude nunca en su socorro cuando se le solicita. La mujer, que habia entrado en calma, segun todas sus sospechas, no habia entrado en sueño, segun todos sus temores. Bien es verdad que su cuerpo estaba un poco frio y su cabeza se hallaba un poco caliente.

—«¡Un dia! ¿qué es un dia? (pensaba). Un dia es salir el sol y ponerse, almorzar, comer y tomar chocolate; ir á la oficina y volver; terminar una tira de colcha que se ha comenzado la noche anterior; estarse en la escuela un poco tranquilos

y venir á merendar con alboroto; un dia es la trescienta sesenta y cinco parte de un año, y un año se pasa en un soplo. ¡Se han pasado tantos desde que no veo á mi Rosalía!»

Esto pensaba la mujer insomne. Pero tambien venian á ocurrírsela raciocinios y casi sentencias como estas otras:—Un dia es un pedazo de la eternidad. Un dia es indispensable para la sucesion completa del antecedente y del subsiguiente. Si se suprimiera un dia entero para nosotros, no seríamos al inmediato la misma persona que éramos el anterior. Entre el hombre que muere y el niño que nace, no media más que un dia moral; si no mediase ese dia, el niño que nace podia ser el mismo hombre que se murió. Todos morimos porque nos falta un dia. Un dia es tan grande, tan inmenso como la vida toda. Un dia, pues, no es nada despreciable, como piensan las gentes que no piensan.

Además, el que ha leído algo, ú oído leer algo en el mundo, sabe que no ha habido batalla sangrienta y decisiva que se prolongue mucho más de un dia. A Josué, y esto lo dice la Doctrina cristiana, sólo le faltaron algunas horas de sol para acabar la suya. En un dia caen los imperios, en sólo un dia. Las muertes repentinas no acaecen ayer, ni mañana, sino hoy, en un dia inesperado. Casarse, nacer, hacerse cristiano, morir, arruinarse, perder la honra, todo lo trascendental, todo lo definitivo, es obra de un dia. En muchos dias suceden las cosas que tienen remedio; pero sólo.

en un dia se verifican las irremediables. Despreciar un dia es despreciarlo todo.

Por otra parte: ¿no están llenas las historias de acontecimientos que se verificaron el dia que ménos se pensaba? — Hay en el dia fatal una malicia diabólica, una perversion traicionera que le induce á esconderse tras de la esquina de nuestra calle, para acechar el momento de sorprendernos maniatados é inermes. ¿Por qué salió de su casa sin necesidad el infeliz á quien aplasta la casa del vecino que se derrumba? ¿Por qué pasaba por la puerta de la taberna el desdichado á quien atraviesa el tiro que se le escapa al borracho? ¿Por qué lleva el hombre de bien su dinero á la caja del comerciante desleal el dia desconocido en que se declara la quiebra?

—« No hay que temer (pensaba de nuevo Doña María) en los dias iguales y monótonos de la existencia; en esos no sucede nada. Los temibles son los dias desconocidos; ese dia fatal que nos acecha; ese dia en que vamos á visitar al amigo y es el único en que no está en su casa; ese dia en que vamos á pedir algo prestado para una urgencia y es el único en que no está disponible el objeto; ese dia en que debemos despedir al que está preparando muchos meses su viaje y es precisamente el en que se ha ido por la mañana; ese dia en que buscamos la tela ordinaria con que se va á componer nuestro vestido y es el dia en que se vendió el último pedazo; ese dia cruel, implacable, desvergonzado, que no tiene con nosotros consideracion ninguna,

y parece que se complace en mostrarnos su absurdo rencor con las carcajadas histéricas de un fantasma infernal: ese es el día temible y espantoso.»

Doña María recordaba á este fin todas las frases que habia escuchado constantemente en el interior de su vida doméstica. — «No hice más que salir una hora á la calle y se me quemó el niño. — No falté más que un día de mi casa y me robaron. — No me descuidé más que un día y se me pegó fuego. — No he ido más que un día al campo y se me volcó la tartana. — No he hecho más que un viaje y por poco lo cuento. — No me he subido más que un día en una altura y me caí. — No he navegado más que un día y naufragué.» — ¿A qué continuar? — Hay un día pícaro, infame, maldito, especie de piedra de punta que sale dos dedos del empedrado de la calle, y nos aguarda oculto en la superficie, al parecer llana de la calzada, para que tropecemos en él y caigamos de bruces sin defensa y sin remedio ninguno. ¿Cuál es ese día? Esta es la cuestion.

Pero no, no hay cuestion posible. Ese día es el día, el único día en que que hacemos ó nos proponemos hacer aquella cosa más natural y ordinaria del mundo: ese día incierto, desconocido, inesperado, es el día cierto, conocido y esperado por la fatalidad de la obligacion ó del deber. Al hombre le ha pillado la casa porque tenía que salir; al otro le ha sorprendido el tiro porque tenía que pasar; á aquella señora se le volcó la tartana porque tenía que hacer un viaje. Se cuenta de un se-

ñor que le tenía miedo á todo, y un dia, su dia, aquel dia fatal, tropezó en la alfombra de su casa y se estrelló una sien contra la esquina de una mesa de piedra.

— « Yo haré el viaje (murmuraba Doña María en un estado ya casi febril); haré el viaje, y por lo mismo que nunca me he separado de mi casa ni de los mios, ni un dia siquiera, ese dia se descuidarán los criados, y echando al suelo un fósforo encendido pegarán fuego; ó al llevar al niño á la escuela la muchacha, se parará con un novio y me lo atropellará un carruaje; ó no echarán el cerrojo como tengo mandado y sorprenderán á la niña, ó mi pobre marido con sus años, con sus achaques, con su herida de la pierna, sentirá en la oficina un dolor, un síncope, qué sé yo qué, y me lo traerán á casa en camilla, y no encontrará á su mujer que lo consuele, que lo cure ó que le ayude á morir si es que se muere. Porque los hombres que tienen así enfermedades ocultas y al parecer poco molestas, se mueren algunas veces de repente sin saber cómo. El marido de Joaquina murió de esta manera, mientras ella, la infeliz, estaba en el teatro divirtiéndose. El padre de Gabriel murió tambien así, el dia que ménos lo pensaba, y tambien era militar, y estuvo herido, y se creia fuerte. Y además: supongamos que no sucede nada de esto (añadia la pobre mujer en medio de una agitacion febril); ¿quién me quita á mí que yo me imagine que sucede? Quién me garantizará que no suceda mientras yo, loca y vanidosa, por ir á convidar á

una hermana, esté dándome tono en el pueblo, comiendo rosquillas ó alguna cosa buena, y tal vez brindando con agua y vino por la salud de los que estén sufriendo, llorando, muriendo de desesperacion en la soledad y abandono de su mujer y de su madre? »

«No (añadia con resolucion heróica); no iré, no me separaré de los míos: que vengan ellos; ellos que han de venir todos juntos y no se dejan á nadie; ella, mi hermana Rosalía, que es más jóven y le toca empezar; que la acompañe su hijo que es un hombre; y sobre todo, que viniendo ellos estamos aquí todos juntos, mientras que yendo yo nos quedamos la mitad separados. Además, ellos están acostumbrados á viajar: fueron desde el pueblo á Almería, desde Almería á las Baleares, desde las Baleares á Murcia, desde Murcia á Albacete, desde Albacete á Pinto, casi una vuelta al mundo; al paso que yo, pobre de mí, no he estado en parte alguna, ni sé viajar, y ya soy vieja, y tengo dos hijos, á más de aquel pobrecito de mi alma que se me murió; y juré á mi esposo ante Dios y ante el señor cura no separarme de él, seguirle en la buena y en la mala suerte, vivir con él, padecer con él, y morir con él de dolor y de lágrimas, si tengo la desgracia de que me preceda. Nó, no iré allá. Ahora mismo voy á despertarlo y á decírselo: es menester tener valor en las situaciones difíciles. Prefiero que se rían de mí por cobarde, á que lloren conmigo por imprudente.»

Don Gabriel en este momento comenzó á agi-

tarse como quien lucha por despertar. Quizá la agitacion de su esposa habia pasado de moral á física, y producido esa conmocion que precede al desvelo. Doña María permaneció inmóvil, acechando el instante de hacer natural y poco violenta su palabra; pero su marido tosió un poco, respiró con energía dos ó tres veces y, volviéndose del lado contrario al en que se hallaba, quedó de nuevo profundamente amodorrado. Dormia como los hombres felices. Ella vaciló nuevamente sobre el partido que habria de tomar, y se contuvo ante la severa y tranquila actitud del hombre á quien adoraba. El ensueño de la pobre se habia hecho morboso: medio cuerpo helado y un sudor frio que bañaba su cuello y rostro, materialmente presos en el collar que habian formado las ropas, le producian una respiracion anhelante, un mal estar parecido al que ocasionara una losa de plomo sobre la cabeza, y un embate en el ánimo que tan pronto simulaba el discurrir de una persona que vela, como el desvariar de una terrible pesadilla. Con los ojos extremadamente abiertos y la cabeza levemente levantada, al modo de criminal que acecha con terror á su víctima, acechó la mujer un momento á su marido, y temerosa de incomodarlo, volvió á dejarse caer en el húmedo almohadon que testificaba su insomnio. Despues pareció que se dormia.

Habíase dormido en efecto; pero como se duermen los que no han podido dormir en las primeras horas de la noche por una agitacion fundada, pasando del desvariar del desvelo al discurrir de la

pesadilla. Se imaginó entónces en la iglesia un domingo temprano por la mañana. Habia escogido la hora de los misterios, el crepúsculo, para arrojarle á los piés de un confesor adusto á quien no conocia. Allí, con verdadero dolor de corazon, refirió al padre su estado, su deber y sus vacilaciones: nada le ocultó, como contrita pecadora; pero nada le dejó entrever de sus propósitos de enmienda. El padre, abandonando su asiento para ponerse de pié, y pronunciando en alta voz sus palabras, contra lo que parecia natural y propio, comenzó á reprenderla en actitud de fuego del cielo que cayera sobre la cabeza inclinada de un pecador contumaz:

—«Sí (la decia en tono despreciativo, aunque solemne): haces bien en renunciar al cumplimiento de esa obligacion que contrajiste. No vayas tú, para no correr los riesgos de un viaje y para excusarte algun sinsabor de los que no tienes por costumbre sufrir en tu vida regalada y placentera. Que venga tu hermana, y tu cuñado, y tu sobrino; tu hermana que es menor y carece de mundo; tu cuñado que está ciego y triste; tu sobrino que es revoltoso y loco; si ellos se molestan y peligran y padecen, para eso son más pobres que tú, y los pobres son los que tienen el deber de buscar á los ricos; si ellos se ven humillados en el pueblo por el desdén con que los trata su hermana mayor, aquella á quien su madre la nombró tutora, en cambio tendrán la dicha de ocupar por unas cuantas semanas una casa cómoda y una mesa abundante, y

de ver los paseos y teatros de la corte; si el ciego se resiste á venir á oscuras y tropezando á aquel Madrid de su juventud donde cada calle le recuerda una dicha y cada recuerdo le clava un puñal agudo en su corazon, se le obliga á venir por fuerza, que para eso está ciego y pobre y enfermo y casi anciano: no vayas, mujer, no vayas: estás en tu derecho; pero no vengas tampoco aquí á recibir una bendicion que sería sacrílega y yo no puedo otorgarte!»

El sacerdote desaparecia al pronunciar con entonacion terrible estas últimas palabras. El confesonario estaba vacío, la iglesia oscura y sola: no habia más que eco y sollozos; eco de maldicion y lágrimas de pecado. La penitente se levanta resuelta, seca sus ojos, toma con pasos de gigante el trayecto que la separa de Atocha; allí hay un tren vacío como el confesonario, una máquina que grita como la boca del padre, un humo que perturba la vision como la oscuridad de la iglesia. La penitente entra en el coche; el coche parece que fluctúa en un elemento desconocido; no es el suelo, ni el agua, ni el aire; es el incógnito, es el hierro, por donde la imaginacion apenas concibe que se puede volar. Vuélase, sin embargo, como la piedra en la honda, que de tanto moverse no se mueve: un ruido infernal, unas chispas infernales, unos aullidos del infierno trasportan al condenado léjos de la ciudad, léjos de los suyos, léjos de todo cuanto constituye su amor y su dicha; aquél es, no cabe duda, el camino por donde los condenados irán al

tormento eterno. De repente, dos aullidos, más desgarradores que los ordinarios, se encuentran y atortillan en la atmósfera; un espantoso golpe detiene de improviso el vertiginoso volar de los viajeros; gritos humanos de dolientes, querellas y chasquidos materiales de maderos, vidrios y barras metálicas, indican que el tremendo choque acaba de consumarse: ¡gran Dios! exclama la mujer; ¿es el último día?...

La sonámbula despierta convulsa en aquel instante; abre los ojos, y duda de si vive; ve la luz, y duda de si hay día; llama á Gabriel, á Gabriel, á su Gabriel, y Gabriel la responde desde un sofá que hay al otro lado de la cama, de donde acaba de arrojarle en aquel momento.

— ¿Qué tienes, qué te ocurre? (pregunta el marido, cariñoso y alarmado).

Doña María se incorpora definitivamente, le mira con fijeza, y limpiándose el sudor del rostro con la mano misma, dice entre turbada y sonriente:

— Nada, Gabriel; que he soñado una porción de cosas raras; pero no queria que te fueras á la oficina sin decirte que estoy dispuesta á hacer el viaje; que lo dispongas para cuando te parezca oportuno.

VI.

Los preparativos de viaje eran de dos especies: los que se referian á la calle, y se encargó de ellos el marido, y los que se relacionaban con el interior, que quedaron á cargo de la mujer. Los primeros vendrian á casa por la noche; los segundos debian estar preparados desde por la mañana. Don Gabriel los tomó á la memoria, y eran los siguientes.

Comprar un saco de noche.

Comprar una *Guía del ferro-carril*.

Hablar en la Administracion con algun jefe, para informarse de las precauciones que se deberian adoptar.

Poner su reloj con la muestra de la Puerta del Sol.

Avisar á un cochero de plaza para las seis y media.

Y oir á los amigos sobre lo que fuera más prudente en estos casos.

Marianillo, que se informaba de todo, hizo una observacion que no carecia de oportunidad. En su

sentir, el saco de noche debía ser saco de día, porque el viaje se verificaba por la mañana. Gabriela le llamó tonto, y el asunto quedó en tal estado.

Doña María escribió su lista en un papel entrelargo, y decía así:

Despedirme de los primos de Gabriel.

Comprar una libra de salchichon.

Decir al panadero que traiga esta tarde dos panecillos más.

Ir á la Virgen de la Paloma.

Comprar seis naranjas de cáscara fina.

Llegarme á la escuela y decir al maestro que cuide bien á Mariano.

Repartir una peseta á los pobres.

Dejar pagado al carbonero que vence mañana.

Comprarle á Perico alguna friolera.

Entrar en una tienda de quincallería, y pedir estampas de camino de hierro, á ver si me hago cargo de cómo son los coches.

Y preguntarle á Gabriel si ha hecho todos los encargos. — Fin de la lista.

¡Ah! Cambiar tres ó cuatro duros en pesetas.

El día, como se ve, era muy ocupado para ambos esposos. Don Gabriel volvió á su casa cerca de las nueve. Doña María, que habia comido vestida de calle, tuvo aún que salir de nuevo despues de comer, y llegó poco ántes que su marido. En la sala todos los trastos por medio: sobre la mesa apenas cabia el velon. Se encendieron dos luces más para que se pudiera andar con desembarazo por todas partes. Los primos de Gabriel acudieron

á pagar la despedida, trayendo en su compañía tres sobrinos segundos, uno de los cuales lloraba siempre que lo tenía á bien. Mariano obtuvo licencia para no acostarse hasta que le rindiera el sueño. Gabriela daba cuerda, y limpiaba con un pañuelo de holan, el reloj de plata que su madre habia comprado á Perico; dentro del guarda-polvo puso un papelillo con estas palabras: — «Expresiones de tu prima.» — Los cuatro muchachos menores, la emprendieron con cuatro de las seis naranjas de cáscara fina que habia preparadas para el viaje. Al salchichon no le metieron mano porque olia á rancio; pero en su defecto, Marianillo les proporcionó cuatro onzas de chocolate crudo. La casa, en fin, habia perdido su asiento moral: parecia que se estaba en elecciones. El demonio de la civilizacion acababa de entrarse por las puertas.

Las once de la noche iban ya á sonar, cuando la familia se quedó sola y en calma. Don Gabriel comenzó á dar cuenta de sus trabajos en esta forma:

—He comprado el saco de noche: los habia pequeños y grandes, y he escogido uno de los últimos, por si otra vez se necesita para un viaje de más personas.

Doña María replicó, como quien se distrae con mayores pensamientos:

—Se lo regalaremos á los hermanos cuando se marchen, porque no creo que á nosotros nos vuelva á hacer falta.

—Tengo aquí la *Guía del ferro-carril*; he ha-

blado con el jefe de la estacion, y á poco se rie de mi pregunta. Dice que no hay cuidado.

—Así lo supongo (repuso Doña María).

—El carruaje vendrá á las seis y media en punto, para que salgamos de aquí ántes de las siete. Lo he buscado, segun aconseja el oficial mayor de mi oficina: coche nuevo y caballo viejo.

Gabriela sonrió la agudeza, y dijo:

—¿A qué hora sale el tren?

—De eso vamos á ocuparnos ahora (añadió D. Gabriel, afectando cierta calma que no sentia). Hay tres trenes diarios, y ahora en estas primeras semanas, cuatro. El primero sale de Madrid á las siete y media: en ese se va tu madre. El último sale de Aranjuez á las cinco y media: en ese volverá tu madre.

—¡Dios lo quiera! (exclamó la muchacha imprudentemente).

—De modo (siguió diciendo D. Gabriel) que á las siete de la noche está aquí de vuelta, como si tal cosa.

—¡O ántes! (objetó Doña María).

—No, mujer; ántes es imposible. Los trenes no tienen ántes, porque está prohibido; suelen tener despues, y esto es muy cuerdo, porque ahora se camina despacio para mayor seguridad de los viajeros.

—De modo que se tarda... (dijo la niña).

—De seis á siete cuartos de hora en las once leguas (contestó el padre). Hé aquí el pueblo que vas á visitar, María.

Y abriendo un cuadernito de unas sesenta páginas que tenía en la mano, comenzó D. Gabriel á leer de esta manera:

«A tres leguas de Madrid, y á la derecha del camino, se encuentra Pinto, villa situada en un llano perteneciente al partido judicial de Getafe, la cual cuenta 250 casas de construccion regular, casa consistorial, cárcel, los restos de un castillo feudad perteneciente al duque de Frias, un parador de construccion reciente y capaz, escuelas para ambos sexos, una fuente de buenas aguas, y la iglesia parroquial de Santo Domingo de Silos. En las afueras están situadas las ermitas conocidas con los nombres de Santísimo Cristo del Calvario, Santiago, San Antonio Abad, y el cementerio. A más, hay un paseo llamado el Egido, que separa el pueblo por las inmediaciones de la iglesia.»

—¡Bonito pueblo debe ser (interrumpió la muchacha); qué lástima que el pobre tio no pueda ver ese paseo del Egido, que estará ya tan hermoso!

—Cierto que no lo verá (dijo la madre); pero tampoco verá el infeliz el cementerio.

Don Gabriel, que queria apartar de la velada toda idea lúgubre, continuó leyendo:

«Su terreno, todo de secano, á excepcion de cuatro huertas de regadío, produce trigo, cebada, garbanzos, aceite, vino, patatas y hortaliza; mantiene ganado lanar y alguna caza menor. El comercio está reducido á seis tiendas de mercería, y el vecindario es de 420 vecinos, con 2.504 almas.»

—Ya ves, María (añadió), que no vas á ningún poblacho miserable.

—Debe ser bueno el pueblo, efectivamente (murmuró la mujer, y despues dijo): ¿á qué hora se llega?

—La *Guía* no lo dice; pero en la tarifa he leido que se llega á las ocho y cuarto próximamente.

—¡Tres leguas en tres cuartos de hora! (exclamó Gabriela con asombro).

—Calla, hija mia (repuso el padre), pues si en el extranjero se andan en tres cuartos de hora más de las once leguas que tiene todo el camino...

—Así ocurren tantas desgracias (interrumpió Doña María); pero en éste no ocurren ningunas, porque se va despacio.

Despues se incorporó y dió un beso en el rostro á Gabriela. La muchacha se abalanzó al cuello de su madre, y comenzó á llenarlo de caricias y de lágrimas. Era aquello una explosion de sentimiento tan inopinada como imponente.

—Vamos, María; vamos, muchacha (dijo el padre conmovido, pero echándolas de grave y de fuerte). ¡Qué tontería; parece que se va á acabar el mundo! Pues ¿no hemos de estar aquí mañana á estas horas, tan dichosos ó más que hoy? Coged luces, y cada uno á su cuarto, que hay que madrugar mucho. No tardes, María.

Y D. Gabriel se salió de la estancia casi arrepentido de haber iniciado este viaje. Un secreto presentimiento le remordia en el interior de su conciencia. ¿Por qué no esperar una semana más

á ver cómo andaba el camino? Ahora era ya imposible retroceder, y al hombre le tocaba dar ejemplo de fortaleza. Tarareó, pues, una canción, contra su costumbre, y cerró con estrépito la puerta de su cuarto. Esto se hace siempre que se necesita demostrar que no hay miedo.

Doña María tomó una luz y se dirigió á la cama del niño. Mariano dormía profundamente con los brazos destapados, como si hiciera calor, y un bigote de chocolate que denunciaba su última diablura. Tapólo con cariño, aproximóse á su carita risueña para darle un beso medio en el aire, y murmuró para sí con una lágrima en los ojos:— «¿Por qué habrá madres que se separen de sus hijos?»

Ejecutó los últimos menesteres de una noche ordinaria; pasó revista á los útiles que habian de servir á la mañana siguiente; rezó un poquillo más que de costumbre, y con paso firme y continente sereno, despues de permanecer un instante á la puerta cerrada del cuarto de Gabriela, atravesó el comedor y se dirigió á su alcoba.

Si Doña María hubiera leído á Julio César, habria dicho como él, al acostarse:

Alea jacta est.

VII.

Los trenes escogidos para hacer el viaje eran, como acabamos de indicar, el primero de por la mañana y el último de por lo noche, para mejor aprovechar el hueco del día, ya que tan rápida iba á ser la entrevista de los hermanos. Éstos tenían conocimiento de la llegada por dos cartas consecutivas, en la prevision de que pudiera perderse una. Nada, pues, se habia olvidado ni en lo moral ni en lo físico. Un soplo de gracia de Dios, y lo que comenzaba tan triste, podia concluir en medio de la mayor alegría.

La noche se pasó bien. Los esposos durmieron tranquilamente, aún cuando dió la casualidad de que dos ó tres veces que despertó D. Gabriel un instante, habia despertado asimismo un momento Doña María. A las cinco y media ámbos estaban de pié. A las seis tomaban juntos chocolate en el comedor. A las seis y cuarto, Marianillo crujía un látigo con grande estrépito; y gritaba con voz de mayoral: — «¡Al coche, al coche!»

Gabriela llenaba el saquito con el salchichon,

una servilleta, los dos panecillos, un pomo de árnica, dos trapos cuadrados, la *Guía* del camino de hierro, el reloj de Perico, que confrontó con la muestra del de su padre, una petaca llena de cigarros muy buenos, para su tío, un pañuelo de espuma para Rosalía, un refajo bordado para la criada... y no cabia más.

— Hija mia (dijo la madre), no metas más que dos naranjas.

Marianillo se fué á un rincon y se echó á reir.

— ¿Estamos corrientes? (gritó D. Gabriel).

Las ruedas del carruaje se habian sentido parar á la puerta. La mañana estaba un poco nebulosa y fria. Todos temblaban alguna cosa, pero era de lo desapacible del tiempo.

— María (ordenó D. Gabriel): un beso á la niña, otro al niño, y á escape por la escalera abajo: no quiero títeres.

La mujer obedeció como un autómatas. Besó á sus hijos una sola vez muy fuerte, se pasó la mano por los ojos que no lloraban, y con voz firme les dijo á los criados que salian á la puerta:

— ¡A Dios!

Un instante despues el carruaje partia á galope calle abajo en son de fiesta; pero la infeliz mujer que lo ocupaba se deshacia en lágrimas y sollozos.

— ¡Por Dios! Gabriel (exclamó): déjame llorar cuanto quiera; así desahogo mi alma. Sé que es una tontería, que parece ridículo lo que me pasa, que quizá ofendo á Dios dándole tanta importancia á una cosa que no la tiene, pero déjame

llorar, porque no puedo remediarlo. Sé que me voy para un día, para algunas horas; que volveré ántes de abrir y cerrar los ojos, y os hallaré tan buenos y tan felices como os dejo; pero sé que me voy, Gabriel, y el que se va para una hora no puede decir si se va para siempre. Lo malo es irse, y yo no me quiero ir.

Don Gabriel, conturbado por aquel discurso tan ingénuo y tan legítimo, sintió también que sus ojos se arrasaban, y contestó con la mayor ternura:

— Lloro, María, llora; yo no te lo impido, y sería un bárbaro si tal hiciera; pero piensa, hija mía, que con esas lágrimas me partes el corazón y voy á quedar temblando por tí.

La amante esposa se repuso entónces violentamente, y secó sus ojos con artificial esfuerzo.

— Ya no lloro (exclamó): se me ha pasado la tontería; pero oye bien, Gabriel, lo que te encargo. En primer lugar vuelve á casa ahora mismo, y estate cuanto más puedas con ellos. Aun cuando vayas á la oficina un poco más tarde, eso no importa. Que lleven con cuidado el niño al colegio: esas criadas no tienen sentido. Que no abran á nadie; mira que la niña se queda sola. Que no enciendan luces hasta que tú vayas. En fin, Gabriel, que no se me eche de ménos ¡por Dios!

El carruaje llegaba á la estación de Atocha, y no habia momento que perder. El cronómetro del camino estaba un poco adelantado de los relojes ordinarios. Tomaron un billete de ida y vuelta en primera clase para Pinto, y se dispusieron á entrar

en el andén; pero los porteros manifestaron que sólo podía pasar la persona portadora del billete, y aún cuando D. Gabriel rogó que le permitieran acompañar á su esposa hasta el coche, no pudo conseguirlo. Aún no se habia inventado la trampa de tomar un billete de tercera para Getafe, ni ménos el cómodo expediente actual de adquirir por media peseta el derecho de entrada. Los esposos se abrazaron con extrema efusion, y cada cual tomó un camino diferente. Era la primera vez que esto sucedia.

Quedó, pues, la esposa abandonada en medio del mundo.

Confesemos aquí que el abandono es algo más comun de lo que á primera vista parece. Llamamos abandono á la eternidad, pero no medimos las distancias del reloj de la eternidad cuando lo aplicamos al abandono. El abandono, que creemos ser idea de mucho tiempo, es en ocasiones idea que se refiere á muy escasos instantes. — Cuando se quema una casa, y no se acude á socorrer á una persona que está dentro, cada cinco segundos son cinco abandonos, y los sesenta abandonos de un minuto, suman un abandono eterno. La idea de abandonar no es una idea de perderse; es idea de no hallarse, es el libre albedrío en medio de la duda y de la impotencia.

Doña María, que dejaba una familia atrás, y que no veía sino en sueños otra familia delante, hubiera caído redonda al suelo, amagada por el terror, si una tercera fuerza no se le hubiese inter-

puesto entre ambos abandonos. Esta fuerza era el desconocido ferro-carril. —Filosofemos.

Todas las ideas de la tierra se desvanecen y disipan en presencia del mar. Cuando se está por primera vez delante del mar, no se está solo, aún cuando se sepa que no hay nadie alrededor de uno; se está con todo lo mayor que puede estarse, con el infinito, cuya idea se concibe en aquel momento; con las tempestades, de cuya forma quiere uno laboriosamente darse cuenta; con los antípodas, cuyo camino llano y casi recto se toca con la punta del pié; con el cielo, cuya proximidad y grandeza parece que nos atrae; con el profundo, cuyo horror y cuya ignorancia nos convidan á pensar en sus misterios. El mar respira y vive, ruge y habla, se mueve y se pasea, discute y como que nos persuade de que estando á su lado no estamos solos. Cada instante se viene hácia nuestro cuerpo instándonos á seguirle, y huye despues de vacío como para arrastrarnos, descubriendo á la vez, en sus relucientes arenas y caprichosos riscos, una muestra de los variados y pintorescos tesoros que posee. Ante el mar se olvida el hombre de sí mismo, piensa en su insignificancia, y se ruboriza de dar valor á las cosas personales y propias que le cercan. ¿Qué es el hombre al lado del mar? ¿Qué es el mecanismo de una existencia humana, al lado de los inmensos y complicados mecanismos de la creacion?

Doña María quedó perpleja ante el tren de ferro-carril, como cualquier viajero queda atónito á la

vista del mar. Principió por no estar abandonada, porque estaba con él. Aquel suelo duro y aplanado; aquellas barras brillantes y bien unidas; aquellas ruedas rechonchas y seguras; aquellos coches pulimentados, limpios y grandes; aquel animal de hierro que gritaba, se movía, respiraba, se encabritaba, se empenachaba y obedecía á un domador, como el elefante civilizado; aquel ruido de mercancías y equipajes que amontonaban los factores; aquella animacion de viajeros y empleados que asaltaban el tren; toda aquella locuacidad de personas y objetos, bulliciosa y alegre, diéronle respiro y fuerza, inspiráronle confianza y amistad, templaron en un solo momento, no su confusion, sino su sobresalto. Tambien el tren la llamaba como llama el mar, tambien la atraía con sus fáciles movimientos como atraen las olas, tambien le mostraba las dotes de su presteza, de su comodidad y de su baratura, como el reflujo muestra sus encantos.

Sonó un timbre estridente, despues una campana tónica, despues un pito como de sereno, por último un alarido agudo y continuado, como el que exhalara todo un pueblo al hundirse en el mar. Y el barco se movía, se movía como se mueven los barcos, sin mover á la persona por partes, sino en su conjunto. Aquello no era andar, ni navegar, ni volar; pero tenía un poco de todo esto. La estacion habia desaparecido, el mónstruo jadeaba cada vez con mayor violencia; una curva fuerte permitia observar todo el tren, con su cabeza cubierta de humo, como un plumero, con su cola

rematando en una torrecilla, como un lazo; y allá en lontananza Madrid que se achica, Madrid que se embellece, el templo de Atocha que semeja un monumento, el Observatorio que parece una ruina romana, y por bajo de esta ruina el Cerrillo de San Blas, escueto, pelado y rojo; sobre la mayor altura una cosa negra que mueve una cosa blanca: Doña María no la distingue. ¡Ah! ¡si la distinguiera!—Es don Gabriel, que se ha subido allí para dar el último adios á su esposa.

VIII.

Los trenes del ferro-carril de Aranjuez paraban en Getafe. Todo el que entraba por primera vez en ellos, hacía en este lugar su aprendizaje de miedo en veinte minutos. Cuando el tren daba su última cernida, y el guarda-frenos lo clavaba delante de la estacion, todos los pechos respiraban con desahogo, y todas las voces repetian estas dos mismas palabras:—« Está bien. »

Doña María salió entónces tambien de su segundo asombro. El primero habia sido el tren que se disponia á andar: el segundo era el tren que acababa de pararse. Nunca se imaginó que aquello que tantos terrores inspiraba y que tan tremendas catástrofes habia producido ya, al decir de las gentes, fuera una cosa tan sencilla, tan dulce y tan segura en la apariencia. Sacó su itinerario, que le advertia el nombre del pueblo y la duracion de una parada de tres minutos, y dedicó éstos á dar gracias á Dios, no porque la habia conservado á ella en medio de aquellos peligros, sino porque la conservaba para dicha y ventura de los pedazos de

su alma que dejaba en Madrid. En esta primera prueba habia perdido la zozobra propia y el miedo por los ajenos. Casi tuvo vergüenza de haber dado tamaña importancia á un viaje tan cómodo y tan tranquilo.

En estos pensamientos se le pasaron algo más de los tres minutos que indicaba la Guía, y por si sus cálculos de impresion no eran ciertos, consultó el reloj que llevaba para Perico. Efectivamente, hacía catorce minutos que estaban parados, y el tren no ofrecia trazas de ponerse en movimiento. ¿Qué será?

Debió pronunciar esta frase *qué será* en alta voz, puesto que un compañero de viaje, hasta allí silencioso, exclamó como contestándola:

—Aquí se verifica el encuentro del tren que sale de Aranjuez con éste que va de Madrid; y como todavía los operarios no tienen experiencia, y el camino no está bien sentado, suele haber retrasos en algunos de los trenes, y el otro debe pararse para evitar una desgracia.

Esta contestacion tenía tanto de tranquilizadora como de alarmante para la novel viajera. Doña María sacó la cabeza por la ventanilla, y vió que todos los compañeros bajaban del tren, y unos hablaban en corrillos, otros entraban y salían en la estacion, algunos gritaban como en son de queja; pero ninguno permanecía en la actitud de una situacion ordinaria.

—¿Podré bajarme? (preguntó al caballero).

—Sí que puede usted bajarse sin cuidado, por-

que este vehículo no tiene apariencias de andar en mucho tiempo. Yo soy práctico en ferro-carriles, y cuando sucede esto, es que pasa algo.

Dijo, abrió la portezuela desde dentro con gran facilidad, y ayudó á Doña María para que se bajase cómodamente.

La pobre señora se dirigió en el acto á uno que parecia funcionario público, porque llevaba levita azul con botones dorados y una chapa en la gorra, y le preguntó, decimos mal, intentó preguntarle lo que ocurría. El funcionario la dió un bufido encogiéndose de hombros, y siguió su marcha. Doña María quedó suspensa; se avergonzó algo, y fué á pararse tímidamente junto á una mujer de pueblo que se hallaba sentada en un costal de trigo. Aquella mujer podia ser tambien de chapa, pero no la tenía en la cabeza; así es que, pasado un momento, se atrevió á decirle:

—¿Sabe usted si ocurre algo?

—¿Que si ocurre, señora? Ahí es nada lo del ojo: que el demonio nos va á llevar hoy en cuerpo y alma. Yo lo que siento es que esta cebada la necesitaba mi marido á las nueve, y por lo visto ni á las cinco de la tarde.

—Pero ¿qué sucede?

—Que el tren de Aranjuez ha descarrilado más acá de Pinto, porque un bruto de carretero quiso pasar ántes que él, y carro y mulas y hombre han ido volando á los infiernos.

—¿Será posible? (exclamó consternada Doña María).

—Y tan posible, señora, como que usted y yo vamos á reventar de un berrenchin.

La mujer sacó un puñado de nueces y comenzó á partirlas con la boca. Doña María se colocó á la puerta de la estacion para escuchar las conversaciones del público.

—Nada (decia uno): en cuatro horas lo ménos no se arregla la vía, y eso que no sabemos si la máquina ha reventado.

—¡Ah! pues si así fuera, estábamos aquí hasta la noche (murmuró un segundo).

—Lo peor de todo (repuso un tercero) es que aquí no hay nada que comer.

—Iremos al pueblo á buscarlo.

—Nos convidaremos casa del cura.

—Yo conozco al alcalde del año 45, que se murió el invierno pasado.

—Pues á su casa á comerse la herencia.

—Señores (gritó entónces uno de los empleados de chapa): hasta las tres de la tarde no puede seguir el tren. Con que á buscársela.

Este discurso del funcionario fué recibido como todos los documentos oficiales: con silbidos y palmadas. Pero los viajeros, hombres y mujeres, silbadores y aplaudidores, se derramaron en el acto por las cercanías de la estacion con algazara frenética, como soldados á quienes se dice: «rompan filas.» —Doña María quedó casi sola.

Pasado el primer estupor, se puso á reflexionar:—«¡Héme aquí verdaderamente perdida! Mis hermanos me esperan á las ocho y cuarto:

ellos ya saben lo que ocurre y no esperarán; pero ¡quién sabe la agonía que les aguarda sobre lo que á mí pueda sucederme! Ese hombre dice que á las tres, lo ménos; ya serán las cuatro ó más cuando pueda caminar. Entónces tardaremos una hora en llegar: serán las cinco. A las seis pasa el tren de vuelta: ¡qué tiempo voy á estar con ellos! ¡qué pena no pasarán en todo el día! Y si el camino no se compone ni á las tres, ni á las cuatro, ni hasta la noche, ¿qué va ser de mí? ¿qué resolución habré de adoptar para con los míos?»

Doña María quedó pensativa algun tiempo para rehacer su espíritu y no ofuscarse demasiado. Despues reflexionó de nuevo:—«Este tren de Aranjuez debe llegar á Madrid á las ocho. A las ocho lo que llegará es la noticia de que ha descarrilado; que ha habido muertos y heridos; que la vía está interceptada; y ¿quién sabe si se cundirá por Madrid que han chocado los dos trenes? Despues lo rectifican los periódicos; pero lo primero que hacen es decirlo. Gabriel, estoy segura de que ántes de entrar en la oficina se llega á la estacion á preguntar si el tren ha llegado felizmente. Lo conozco bien y sé que estaba inquieto con este viaje: anoche no durmió. —Pues bueno: le dicen que hay un accidente, que el suceso ha ocurrido en Pinto, que hay desgracias que lamentar... ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¡no quiero pensarlo! Se vuelve loco, abandona á los hijos, viene á pié, ¡qué sé yo! ¡Dadme luces, Virgen Santa, para que no piense disparates en este momento!»

Y Doña María comenzó á llorar.

Rehecha de este segundo paroxismo, se limpió las lágrimas, con igual decision que cuando salió de su casa, y al elevar en tono suplicante sus ojos al cielo, posó la vista en el alambre del telégrafo eléctrico.

—¡Gracias, Virgen Santa! (exclamó): todo está ya arreglado. No hay desdicha en la tierra que no tenga cerca de sí un consuelo. Ese alambre lo evitará todo.

Doña María era una mujer que no ignoraba nada de lo que pasaba en el mundo; pero no tenía costumbre de ejercitar las cosas de la vida pública. Sabía que habia telégrafo, y que por él volaban las palabras; pero no habia puesto hasta entonces ningun parte, ni tampoco lo habia recibido. En aquel momento se consideró un Robinson que encontraba la lumbre.

Hemos dicho mal: Robinson no pudo impresionarse nunca tanto al producir la lumbre; se alegraría lo mismo, pero su entusiasmo no sería mayor. La lumbre se nos sale todas las mañanas por Oriente y se nos oculta por Occidente desde el día que nacemos: no es una novedad, pues, ni para nuestros ojos ni para nuestro espíritu. Las estrellas la simulan por la noche; el relámpago la anuncia entre las nubes; el rayo nos la enciende en la tempestad. Crece la lumbre á nuestro lado, desde la rejilla en que se secan nuestros pañales, hasta el blandon que alumbra nuestro féretro. La lumbre es el emblema del hogar, es el núcleo de la fami-

lia, es el calor externo, en torno de cuyas llamardas se reune y conserva el calor interno de nuestra alma.

La lumbre no nos dice nada nuevo cuando la contemplamos, por más que nos diga mucho cuando hablamos con ella. — En la niñez la lumbre es alegría, y hasta el papelillo que quemamos por travesura, es objeto de conversacion y correspondencia para nuestros infantiles labios. En la juventud suele servir de punto de cita para cuatro ojos amantes, que desde largas distancias se miran y comprenden en la brillantez parladora de un lucero; durante la virilidad, la lumbre es el fundamento de todas las industrias y actividades humanas; y, por fin, en la vejez, es la lumbre el único apoyo y contrapeso de la vida que se enfria. Tratamos, por consiguiente, á la lumbre como á una amiga cariñosa con quien se nace, se vive y se muere: su rostro ha perdido para nuestra mirada la expresion de la fealdad y de la hermosura; su presencia ha perdido los caractéres esenciales del asombro; sentimos cuando se va y nos complace su vuelta; pero ni cuando se va creemos haberla perdido, ni cuando vuelve consideramos insólito el hallazgo. Pues qué, ¡habia de perderse! Ella, que nos acompaña en tantas soledades, que nos dice tantas cosas con su chisporroteo, que nos finge tantos duendecillos con sus llamardas y con sus sombras, que tanto nos entretiene con su versatilidad, con su comunicativo donaire, con sus atornasolados colores, con su viveza juguetona y expansiva: ella,

que ha sabido inspirarnos, y hacernos cantar y bendecir *¡el amor de la lumbre!*

No sucede lo propio con esa hija expósita y sin abolengo que le ha salido en nuestros días bajo el nombre de electricidad. Podría decirse de ámbas, que se parecen á la mujer de la clase media española que manda á su hija á un colegio inglés: la madre continúa locuaz, abandonada, indiscreta, pero inocente y sencilla; al paso que la muchacha vuelve instruida, aderezada, culta, pero severa y grave como las nieblas que la han cobijado en su juventud. — La electricidad, efectivamente, parece educada en Inglaterra.

Hija del hierro y del carbon, habitante del subterráneo y de la mina, con el laboratorio por colegio, y los gases y el humo por condiscípulos, histérica y nerviosa hasta la epilepsia, incorpórea y vaga hasta la impalpabilidad, relacionada con lo etéreo, con lo fantástico y lo incomprensible; activa y trabajadora, caminante pertinaz, catequista de tierras lejanas, abreviadora del tiempo, reina del espacio, cualquiera creeria que era una creacion dramática de Shakespeare.

¿Cuáles son su sustancia y su forma? Nadie lo sabe. ¿Con quiénes vive y de qué materias se alimenta? Lo ignoran todos. ¿Adónde se encamina y cuál será su término? Imposible predecirlo ahora. — Ello es que oculta en el alambre, y tendida por tierra, flotando en el espacio ó sumergida en los profundos del mar, abraza á los hombres con un solo abrazo, les habla con un

solo grito, les estremece con un solo impulso.

La criatura humana no es amiga de la electricidad: la trata como los ignorantes á los sabios, con respeto forzoso y desconfianza instintiva; recuerda que se le aparece en actitud hostil durante su sueño, que se le presenta en forma aterradora durante la tempestad. Un solo átomo de esa invisible, perturba desde la planta al cabello; una exhalacion microscópica, incendia el bosque ó hace estallar la montaña: si quiere impeler, todo lo arrolla; si quiere lucir, todo lo esclarece; si quiere sonar, todo lo retumba. — Tiene algo del demonio: se la toca con el dedo y saltan chispas; tiene tambien algo de Cain: por envidias de virtud atrae y mata á su hermana. — La electricidad es una cosa que causa cierto horror.

Pero al mismo tiempo ¡qué maravillas las de su curso y la de su agencia! Estos sabios tienen eso; por antipáticos que sean, por repulsivos que se nos hagan, llega una hora en que nos resuelven una cuestion del modo más portentoso.

Merced á la electricidad, la palabra se monta en un alambre: ¡qué decimos la palabra! la idea, el pensamiento, la sensacion humana, se introducen en el hilo de hierro y vuelan, vuelan, vuelan, ¡qué sabemos? vuelan desde Lisboa á Pekin, pasando por España, por Francia, por Alemania, por Rusia, por Siberia, por Tartaria; y lo que es más que eso, pasando por Moisés, por Lutero, por Mahoma, por Confucio; y lo que es más todavía, de la templanza al frio, del frio al hielo,

del hielo al calor, del calor al trópico; y saltan los abismos, y se hunden en los mares, y roturan los desiertos, y gritan únicamente donde los hombres puedan escucharlas. ¿Cómo te metes en ese alambre, maga misteriosa, y por qué siendo tan potente te has puesto con humildad al servicio del hombre? ¿Con qué piernas caminas, con qué pulmones hablas, con qué fuerzas empujas?

No hay que burlarse de que el labriego crea que se mueren los pájaros que se posan en el alambre, ni de que á veces arrime el oído al poste para escuchar la conversacion que circula, ni de que le fie un papel para que lo lleve en breves instantes al lugar vecino: pues qué, ¿el hombre de ciencia sabe más que eso? ¿No hay delante de ese hilo una estupefaccion siempre dispuesta á sorprender y confundir al observador que lo mira? ¿No hay en ese alambre asombros para el sabio? ¿No hay en ese alambre motivos de gratitud para el creyente? ¿No hay en ese alambre sobrado objeto de regocijo para una pobre mujer atribulada?

Continuemos.

Sobre una de las puertas de la fachada de la estacion habia un letrero que decia: — *Telégrafo*, —y desde afuera se oia el timbre metálico que vibraba y repercutia sobre su propio són, como los atacados del baile de San Vito. Desde allí se hablaba á todas partes, y ella ¡inocente! no habia caido en que desde allí podia hablar á su esposo.

Penetró, pues, en la oficina, radiante de felicidad y dijo al telegrafista que manipulaba el aparato:

—Perdone usted, caballero, si le interrumpo...

El telegrafista no se dió por interrumpido, ni ménos excusó el perdon. Agarrado á la manivela de un instrumento, especie de molidor de café, iba dando golpecitos poco á poco, como si desnuczase letras en vez de granos. Mucho tiempo pasó en esta monótona y abstraída tarea, hasta que, desperezándose con cierto abandono, se volvió á Doña María, diciéndola :

—¿Qué viene usted á hacer aquí, señora?

—¿No es este el telégrafo?

—Este es el telégrafo.

—Pues bien : vengo á poner un parte.

—¿Para dónde?

—Para Madrid.

—Y ¿qué quiere usted decir en ese parte?

—Aviso á mi marido que no tenga cuidado.

—Sin cuidado vivirá él, señora.

—A pesar de todo... (balbuceó Doña María algo cortada), yo quisiera decírselo.

—Pues, señora, pierde usted el tiempo. Este telégrafo no es de los particulares; es de la Empresa. Aquí no se habla nunca con el marido de nadie.

—Pues ¿para qué hay á la puerta un letrero que anuncia al público esta oficina?

—Eso digo yo. Deseando estoy que lo borren las aguas. No se volverá á poner más.

—Y, dígame usted y perdone, caballero; ¿qué se hace cuando un particular necesita dirigir un despacho?

—Se va á la oficina del Gobierno, que está en los pueblos, y no en las estaciones, y se pone.

—De manera, que yo debo ir al pueblo.

—Vaya usted, señora, si quiere; pero en Getafe no hay telégrafo. ¿Para qué quieren esos brutos telégrafo?

—De modo (insistió Doña María, bastante apurada), que usted no puede indicarme un recurso.

—Recurso sí hay. Por ejemplo; si usted se hubiera matado, ó, por lo ménos, si se hubiera usted roto una pierna...

—¡Ah! Con que para las desgracias...

—Eso es; para las desgracias no tenemos nosotros inconveniente en que las sepa todo el mundo.

Doña María reflexionó un instante, el preciso para pedir perdón á Dios por la mentira que iba á echar. Dios se lo concedería en gracia del objeto.

—Pues precisamente por una desgracia es por lo que tengo tanto interés en avisar á Madrid. Al bajarme del coche me he dado un porrazo en esta pierna con el estribo, y no puedo continuar mi viaje.

—Siendo eso así (replicó el factor), llamaremos al facultativo de la Empresa, y él dirá si el asunto merece un parte.

—No es la cosa para tanto, caballero (dijo Doña María algo ruborizada); el facultativo no puede decir más que yo.

—Conforme, señora, conforme. La Empresa nos tiene encargado que no abramos mucho la

mano para las desgracias. ¿No ve usted que su crédito está interesado en que haya pocas? Así es, que como no sea una desgracia buena...

— La mia es lo suficientemente grande para que yo me quede aquí.

— Pues, señora, al jefe de la estacion con eso, que á mí me parece muy chica.

La inocente mentirosa vió el cielo abierto con esta indicacion de un tribunal dealzada. El jefe sería empleado de mayor importancia, y por consecuencia, un poco más fino.

Fué á verlo, en efecto, y desde el instante consideró su causa ganada. Refirióle sumariamente su cuita, á cuyo relato el jefe se mostró muy amable, é invitándola á seguirle, salió hasta la puerta del telégrafo, desde donde dijo en alta voz :

— ¡Ramirez! ponga usted un despacho á esta señora.

Doña María dió al jefe un millon de gracias.

— El nombre del interesado (dijo Ramirez).

— Gabriel... etc.

— La calle.

— Calle de tal, número tantos : oficina de la Empresa Metalúrgica.

— Está bien.

Siguió escribiendo el factor, y despues repuso, indicando en el papel un sitio con el dedo :

— Firme usted.

— ¡Ya está!

— ¿Quiere usted enterarse del parte?

— Naturalmente.

—Pues dice así: «Getafe tantos: Gabriel, etc.: calle tal, oficina cual. Me he tronchado una pierna al bajarme del coche en esta estacion. No puedo continuar el viaje. Ven por mí.—*María.*»

—Pero ¡señor! (exclamó la pobre mujer horrorizada); ¿cómo quiere usted que yo ponga eso?

—Señora: ¿pues cómo quiere usted que ponga yo otra cosa?...

—Lo que yo necesito (añadió la infeliz, casi reventando de lágrimas), es quitar cuidados á mi marido, y eso le pondria fuera de sí.

—Pues, señora, para quitarle cuidados, vaya usted al telégrafo del Gobierno: el de la Empresa no hace más que darlos.

Doña María comprendió entónces que la órden del jefe no pudo referirse más que á la supuesta desgracia de la pierna. Vió su asunto perdido, y se alejó precipitadamente de la estacion, para no llorar delante del telegrafista. Habia mentido como una mala mujer, y habia mentido sin fruto. Dios la castigaba. Anduvo y anduvo, sin saber por dónde, hasta que, hallándose muy sola, se sentó en medio del campo, para entregarse allí á toda la expansion de su sentimiento.

El factor Ramirez, en tanto, que aunque tenía modales un poco bruscos era un excelente hombre, pensó para sí: —«Esa buena mujer es capaz de dejarse morir en este pueblo, por no dar un disgusto á su marido!»— Y comunicó el parte.

Doña María pasó en aquel estado de dolorosa lucha una porcion de tiempo, y allí hu-

biera permanecido no se sabe hasta cuándo, si un repiqueteo de la campana de la estacion y grandes voces de todas las cercanías, no la hubiesen hecho oír clara y distintamente la palabra: «¡El tren!! ¡El tren!!»

Voló como los otros viajeros al borde de la vía, y vió que efectivamente el tren de Aranjuez se divisaba en el confín del camino, mientras que el suyo aparejaba la máquina y se henchía de criaturas alegres por todas sus portezuelas.

¿Qué habia pasado? — Esto no lo dicen nunca en los caminos de hierro. Quizá se equivocaron en la importancia del percance: quizá se habia verificado un trasbordo: nadie lo dijo. En los ferrocarriles se suele anunciar una desgracia; pero una fortuna, jamás. Doña María buscó su departamento y se entró en él. Allí estaba su saco de noche, aún cuando no el caballero que tan cortesmente se habia conducido con ella. ¿Sería de Getafe?

Esto no le importaba gran cosa. Buscó el reloj de Perico, para ver cuánto tiempo habian perdido en la marcha, y no lo halló: entónces pudo notar que el saco estaba abierto.

Gran disgusto experimentó la mujer con esta falta; pero eran tanto mayores los que habia experimentado hasta allí, que apenas tuvo lugar de sentirlo y olvidarlo. — El caballero era muy práctico en ferro-carriles, porque desde que se abrió el de Aranjuez no se ocupaba de otra cosa que en desbalijar primerizos.

Los trenes vuelan y tocan mucho el pito cuando vienen con retraso. Les sucede lo que á los que llegan tarde á una cita : entran bañados de sudor y metiendo bulla. El de Aranjuez se echó encima del de Madrid en un minuto : ambos trenes se pusieron al habla.

— Pero ¿qué veo?... (gritó Doña María, dirigiendo los ojos al carruaje parejo al suyo); ¡esa cara! ¡es ella, ella... Rosalía!...

— ¡María! (exclamó una voz de mujer desde el otro tren).

Y ambas hermanas, frenéticas, porque eran las dos hermanas, se arrojaron cada cual al camino por el lado opuesto, corriendo á juntarse en la confluencia libre de los trenes.

— ¡Rosalía de mi alma!

— ¡Hermana mía de mi corazón!

Durante un rato no se oyeron más que estas palabras. Y ellas, las mujeres, enajenadas con su encuentro, con su sorpresa, con sus caricias, ni aún oyeron los pitos de las máquinas, que con un intervalo de algunos segundos se saludaban y despedían en direcciones opuestas.

— ¿Qué es esto? (dijo María).

— Que se va el tren (replicó la otra).

— ¡Alto! ¡Alto! (gritaron ambas con inocencia).

Los trenes desaparecieron como dos trenes. Iban retrasados, y no era posible que observasen la formalidad de los tres minutos.

Hé aquí, pues, dos hermanas encontradas y dos hermanas perdidas.

Lo primero que experimentaron, una y otra, fué estupor; despues se dijeron casi á un tiempo:

—Estando juntas, ¿qué importa lo demás?

Rosalía refirió á su hermana que el choque con el carro habia sido terrible; pero que por fortuna la máquina no sufrió avería (que es lo importante en estos casos), y los carriles se sentaron pronto.

—Pero ¿y el carretero? (preguntó Doña María con ansiedad).

—El carretero, hija mia, no dijo ni «¡Jesús!»

Despues supieron una y otra que sus respectivas familias no tenian novedad; que aguardando Perico, su padre y ella en la estacion, tuvieron noticia del descarrilamiento; y como los coches regresaron á Pinto por herramientas y peones, ella se metió en uno para alcanzar á María en Getafe y darle la sorpresa de su inesperado encuentro. Entónces se volvieron á abrazar y á besar tiernamente.

—Y ¿qué haremos ahora? (preguntó María).

—No te preocupes, hermana (replicó la otra, á quien repetidos viajes habian hecho más resuelta). Ahora descansaremos aquí un momento en Getafe. Getafe no dista de Pinto más que tres cuartos de hora por la carretera, y yo he venido algunas veces por un atájo que dista sólo media hora escasa. Tú te apoyarás en mi brazo, que estás más torpe para las tierras de sembradura, y contándonos nuestras historias se nos hará el camino muy breve. El dia no está del todo malo, y además te conviene el ejercicio. Así llegaremos

con hambre al pueblo, que tengo una comida muy hermosa. Ahora tomamos cualquier friolera de lo que tú traigas...

—Sí (interrumpió María): traigo salchichon, naranjas... ¡ah!... pero ¿qué digo?... (añadió dándose una palmada en la frente).

El saco de noche iba á escape por el ferrocarril.

IX.

Sucédele á la Mancha (y la Mancha principia á las puertas mismas de Madrid, porque Madrid, segun la pintoresca expresion de un amigo nuestro, no es otra cosa que el pueblo más hermoso de la Mancha), sucédele á la Mancha, decimos, algo de lo que los viajeros nos refieren sobre las grandes planicies del polo austral. Nada de árboles, escasísima ó nula vegetacion, pocos animales y raros, una atmósfera traicionera que pasa repentinamente desde la calma hasta la tempestad, un terreno que se abre de seco ó se cierra de enfangado, alguna que otra posada casi natural á donde cada uno come lo que lleva, esquimales ó cosa parecida que no se meten con la gente, pero que tampoco hablan su lengua ni gustan de su comunicacion; por último, sol fortísimo, aguas fortísimas, vientos fortísimos, una naturaleza salvaje que parece que necesita algunos siglos de colegio.

En la Mancha se muere uno de sed casi todos los meses del año, y hay meses de algunos años

en que los vecinos salen á nado de sus casas, y los labradores andan en esquifes por las heredades. En la Mancha no se encuentra durante muchos kilómetros una pieza que matar, y á lo mejor se tropieza con fieras en los pueblos. La Mancha es una especie de desierto faraónico, pero sin Nilo: el Guadiana, á quien Dios le encargó cruzarla, se ha cubierto el rostro de vergüenza. Lo único admirable de la Mancha es la predisposicion natural á producir buenas novelas.

Seamos justos, sin embargo: la Mancha es quizá el único país de la Península que ofrece á la contemplacion del viajero paisajes sin componer, y esto ya es mucho. Debemos explicarnos.

Doña María, apénas se reportó del susto por la pérdida del saco de noche, y adquirió el convencimiento de la necesidad de hacer la travesía entre Getafe y Pinto por una senda escabrosa, se cogió al brazo de su hermana, y no sin dificultad salvó el desmonte del camino para tomar el atajo campo-atraviesa. Al ascender á una pequeña colina desde donde pueblo y estacion ya no se divisaban, al quedarse sola, diremos mejor, con los orígenes de la Mancha, no pudo ménos de exclamar en un arrebató artístico:—«¡Qué hermosura de campo, gran Dios!»

No hay que burlarse, señores, de la inocencia de esta mujer. Doña María no estaba admitida en ninguna academia, áun cuando sabía y valía mucho más que la mayor parte de los académicos; quedaba, pues, libre de admirarse con la contem-



placion de panoramas que no estuviesen comprendidos en las recetas académicas. El paisaje le pareció hermoso, y esto basta para que lo fuese.

Cierto es que no se divisaba un solo árbol; que las inclemencias de un invierno crudísimo no habian dejado aún apuntar la alfombra verde á fines de Febrero; que no habia sol ni nublado, porque hay dias que la naturaleza no se pone para que la pinten; que no se dibujaba en lontananza la aguja de ninguna iglesia; que no sonaban las esquilas de los ganados; que los arroyuelos murmuradores no murmuraban, ni ménos se permitian serpentear por la hierba; que á un lado y otro no habia bosque, ni fuente, ni molino, ni factoría; en fin, que allí no se encontraba ningun emolumento de los que constituyen el panorama pictórico. ¿Qué le hemos de hacer? Hay dias y lugares en que la naturaleza, repetimos, no quiere servir de modelo para que la pinten.

Pero ¿quiere esto decir que la naturaleza no es siempre bella, aún cuando deje de echarse en ocasiones polvos de arroz?—Hé aquí la cuestion.

Doña María desde su infancia, que corrió al borde de la mar con panoramas tranquilos por el lado del agua y aspectos tropicales del lado de la tierra; desde aquellos dias en que fué medio montañesa y medio pescadora, no habia vuelto á ver nada en el mundo más que su modesto cuarto de Madrid. Los arroyos que habia contemplado muchas veces eran los de aguas sucias que suelen correr por nuestras calles; las agujas góticas de

los templos eran las fachadas de San Ginés y de San Márcos; las esquilas de los apriscos eran los cencerros de las burras de leche; la vegetacion y el arbolado eran las macetas de albahaca de su hija y las calenturientas acacias de la calle de Alcalá; ni fuentes más que la de la Alcachofa, ni molinos más que el de chocolate, ni granjas más que aquella donde solia ir la Reina los veranos, y que ella veia citada en el *Diario de Avisos*.

Para una mujer así, que despues de todo representa el tipo de nuestras mujeres, un plato de patatas es una comida excelente; su estómago no necesita trufas. Los panoramas pictóricos, desde los de Cláudio de Lorena hasta los de Cárlos de Haes, son las trufas de los entendimientos culteranos; los entendimientos incultos se contentan con un panorama de pan-llevar.

Y efectivamente: donde quiera que se descubre mucho cielo y mucha tierra, un aire libre que puede no oler á nada más que á aire, una soledad que puede no hacer ningun ruido más que el del silencio, una monotonía sublime que semeja los primeros instantes de la creacion, allí la criatura humana es reina por derecho propio del paisaje; todo lo que ve lo domina fácilmente, todo aquello se ha hecho para su pedestal, nada la humilla ni la descompone, nada la distrae de su arrobamiento y de su éxtasis.—Cuando se ha querido pintar á la Virgen María con todos los prestigios de su sencilla grandeza, se la ha pintado en el Desierto.

El Desierto, pues, tiene su paisaje; y debe ser un paisaje muy hermoso, porque de no serlo le desamarian los naturales que brotaron en él. Si no fuesen bellos todos los panoramas y todas las tierras, no experimentarían amor patrio más que los habitantes de Suiza, de Asturias y de las riberas del Rhin. Léjos de esto, los que más suelen amar á su patria son los que la tienen pobre y mal vestida. Hay en ese amor á lo humilde algo de beneficencia pública.

Doña María alabó á Dios por aquello que estaba presenciando, y los pintores y los fotógrafos se hubieran reído: el paisaje no estaba rimado; era un panorama en versos libres y sin cristal. Un empresario hubiera hecho mal negocio enseñándolo; pero Doña María lo quiso ver varias veces.

Caminaban, caminaban ambas hermanas por aquellos terruños removidos con mal arte y empedregados por abandono, sin que nada las distrajesen de su infantil placer, ni ménos las inquietase á la vista de tanta diafanidad. Sin embargo, oyeron ruido, como de agua que se precipita, y este ruido traía la dirección de una nube negruzca, que destacaba á modo de cuerdas perpendiculares sobre el confín del horizonte.

—Será (dijo Rosalía) un barranquillo de agua que suele formarse por estos declives cuando llueve allí.

—Corramos á pasarlo ántes de que crezca (opinó Doña María con cordura).

Y las caminantes aceleraron el paso hácia el

arroyo, no sin experimentar dolorosas molestias con lo ingrato del terreno. De repente, y cuando ya casi divisaban el agua, las dos mujeres se pararon en firme. Una y otra sintieron cierta inquietud que á ninguna de ambas pudo ocultarse: habia un hombre tendido boca abajo cerca del arroyo. «¿Quién será?» (se dijeron simultáneamente para sí). Y reflexionaron.

Aquel hombre podia representar en semejante sitio y en tal postura cosas muy diferentes. Podia ser un pastor que bebiera agua; pero ni en toda la planicie habia ganados, ni ladraban perros, ni el hombre simulaba la actitud del que bebe en un arroyo con los brazos abiertos y los hombros un poco levantados. ¿Estaria acechando á alguno? Esto era ya bastante grave. ¿Pescaria, por ventura? Esto no era muy natural, atendiendo á que el agua no venía de puntos que permitieran acarrear peces. El hombre no se movia. ¿Era, acaso, víctima de un síncope!

Despues de meditar algun tiempo, dijo la una á la otra:

—Sigamos hácia él. Si su propósito es contrario á nosotras, huyendo lo pasaríamos peor; si es un desgraciado, el deber nos aconseja socorrerle.

Y las hermanas siguieron, afectando presteza, pero retardando, en realidad, el instante de verse cerca del hombre. Un nuevo indicio las aterró cuando estuvieron inmediatas á él: al lado del cuerpo inmóvil habia un charco encarnado como de sangre roja, y la cabeza del infeliz casi era ju-

guete del agua. Aquel hombre habia sido asesinado allí mismo, aquella propia mañana, tal vez en aquel preciso instante. ¿Por quién? ¿cómo? ¿á dónde se ocultaba el asesino?

Para almas fuertes, el asunto era de los más árduos; para almas sencillas de mujer, el lance era aterrador y horrible. ¿Se acercarian, en efecto? ¿Huirian dando voces? En el primer caso afrontaban responsabilidad, por absurda que pareciese: en el segundo concitaban las iras del asesino, probablemente oculto cerca de allí. En estas perplejidades se oyó un tiro lejano.

—¿Es un tiro? (exclamó Doña María con sobresalto).

—Parece un cohete (contestó la hermana).

—De todas maneras (se dijeron una á otra), por aquí no se divisa alma con vida; y cohete ó tiro, ello es que nuestra situacion amaga complicaciones crueles. ¿Qué hacemos?

Rosalía, que era la más decidida, se adelantó hasta el hombre, y retrocedió casi instantáneamente cubriéndose la cara.

—María, es un hombre muerto, no cabe duda; el rostro apenas se le ve dentro del agua; es jóven á lo que parece, y juraria que está hinchado.

Estos pormenores inducian á pensar si el punto aquel habria sido teatro de uno de esos dramas feroces en que los criminales ahogan primero á un infeliz, y despues le desgarran á puñaladas el corazon.

—¿Qué hacemos? (volvieron á preguntarse).

La contestacion la dió el espacio. Un tumulto terrible de voces agudas y chillonas, como las que deben brotar de los antros misteriosos, ensordeció y anonadó á las hermanas, quienes apénas distinguian al imponente grupo de figuras andrajosas que las rodearon en un momento.

—¡Brujas ó diablos! (gritó Doña María fuera de sí): ¡os conjuro en nombre de Dios á que nos respeteis!

Y cayó desvanecida en brazos de su hermana. Analicemos la situacion en su horrible verdad.

El hombre estaba relleno de paja. La sangre era de almazarron. El cohete fué un aviso. Los diablos eran chiquillos manchegos.

Se estaba en vísperas de Carnaval.

X.

Duélenos en el alma que nadie se sonría con los episodios de esta triste y verídica historia. Las gentes que se llaman vulgares tienen la doble desgracia de que sus dolores, con ser los más sentidos, sean los ménos noblemente interpretados.— Si Plutarco hubiese sido tan fiel historiador como nosotros, tal vez la posteridad se burlaría de la vida de Alcibiades.

Repuesta Doña María muy pronto en esta ocasión, porque los sustos son tanto más breves cuanto más falso resulta el fundamento que los ha producido, abandonó con ayuda de su hermana el lugar de la sangrienta burla, y ámbas se encaminaron fuera del alcance de los pilletes.

Ninguno de ellos intentó seguir las, porque les preocupaba la maligna tarea de llevarse el monote á otro punto donde pudieran reproducir el chasco. Sólo un perro de mala facha, pero humilde, se pegó á la falda de las mujeres y comenzó á acompañarlas en su camino de campo-atraviesa. Parecía

que el animal intentaba huir tambien de la turba de pelones con quienes vino.

Los perros vagabundos son una especialidad, y no de las ménos interesantes, de la raza canina. Son más que eso: son, á todos los otros animales, lo que los gitanos á los hombres.

No hay, efectivamente, animal alguno que carezca de casa y hogar, más que el perro libertino. Las mismas fieras de los bosques, que son los animales ménos propicios á reconocer un dueño, viven en poblacion de fieras, tienen casa de fieras, familia de fieras, ayuntamiento y policía de fieras; en una palabra, civilizacion de fieras. Desafiamos á que se nos cite un solo cuadrúpedo que, libre ó esclavo, deje de tener domicilio conocido. El único es el perro.

El perro se divide en dos castas: la que se conserva unida al hombre, y la que se ha emancipado de la servitud del hombre. A la primera se la conoce muy bien: la segunda está por estudiar todavía.

El perro bribon tiene algo de comun, como dijimos ántes, con el gitano. ¿Dónde nace el gitano, dónde vive, dónde muere? ¿Qué religion profesa el gitano, cuál es su ley administrativa, cuáles su moral y su destino?—En todas partes se le halla con el mismo tipo, con las mismas costumbres, con igual trashumancia, con iguales profesiones de holgazan y ratero. Él no se mete con el hombre; pero no obedece al hombre, explota al hombre, rodea al hombre, y vive emancipado del hombre.

Creemos haber hecho el retrato del perro libre-pensador.

Otra cualidad, aún, aproxima al gitano nómada y al perro pária: ellos allá se entienden entre sí, y hay quien asegura que los une una admirable pero secreta organizacion. Sólo de este modo se concibe que vivan y vivan largos siglos, sin que la raza se haya desmembrado.

El perro que seguia á las hermanas, por ejemplo, era vecino de Madrid y habitante á lo que parece en el Campillo de Manuela; pero pasaba muchas temporadas fuera de la corte, por huir de las persecuciones no siempre constantes de la policía. Al acercarse la primavera, se llegaba por las madrugadas con gran precaucion á los montones de basura donde solia escoger su desayuno; y en cuanto notaba que un lujo inverosímil de morcilla olorosa coincidia con la muerte ó las bascas mortales de algun amigo, tomaba el pendingue por la Ronda hácia el camino de Getafe, donde la vía férrea en construccion le proporcionaba recursos gastronómicos sin peligro. Este perro se hallaba bien en pormenores sobre la estricnina de los bandos de buen gobierno. Él no pensaba rabiarse, y creia inútil someterse al caritativo tratamiento de la Administracion.

El ferro-carril habia mejorado extraordinariamente las buenas condiciones de su quinta de verano; que no en balde se encarecen los beneficios universales del progreso. En primer lugar le abrió un camino llano y seguro para su viaje; despues le

conservaba en las cunetas los desperdicios de los viajeros pródigos y glotones; por último, la mayor concurrencia de la estacion y sus dependientes, ampliaba la riqueza de Getafe, ampliando á la vez los residuos de la pitanza.

El perro conocia muy bien los itinerarios de los trenes y la mayor ventaja de acudir á los unos que á los otros. El de por la mañana era bastante bueno, el de medio día mediano, el de la tarde excelente; pero sobre todo, los trenes de domingo: aquel día menudeaban las tortillas con chorizo, las cortezas de jamon y los huesos de gallina. Un domingo con sol claro, equivalia á una viña plantada por otro.

Los dias de trabajo y atmósfera turbia, como éste á que se refiere nuestra historia, no tenía el perro gran interés en acudir á la estacion. Salia tarde de su casa, que, como los gitanos, la habia escogido natural, y en una altura fuera del pueblo; echaba una ojeada hácia los viajantes de primera hora para calcular si merecian la pena de ser visitados, y caso de decidirse por la negativa, tomaba el campo-atraviesa en busca de distracciones. Aquella mañana le pareció muy sabrosa la de los muchachos, y ésta es tal vez la única torpeza de los perros liberales; pues aún cuando los pilletes les proporcionan con su zahurda y con sus juegos gran diversion y gusto, tales bromas acaban siempre por volverse contra el can, y hacerle víctima de los postres.

Sin duda por esta consideracion y, más que

nada, por el olor de las viajeras, el perro abandonó la zambra de los muchachos para seguir el silencio de las mujeres. Una de las habilidades en que estaba más ducho era en el olfato de las personas, y aquellas dos olían á Madrid á legua.

Lo que el perro no podia calcular era el mal efecto que iba produciendo en sus nuevas amigas. Un perro en el campo, que sigue obediente al que no le llama, que anda si ve andar, que se pára si ve pararse, que no dice «esta boca es mia,» y que se va enterando en todas las conversaciones, con desvergüenza parecida á la procacidad, es un perro que trae alguna segunda intencion, ó que representa algo extraño y digno de precaverse.

—¿Has reparado, hermana (dijo Doña María, interrumpiendo la conversacion de sus hijos que llevaba pendiente), ese perro que nos sigue desde el arroyo y parece como que vigila nuestra marcha?

—Será un perro de labor (contestó Rosalía), que tiene costumbre de ir al lado de las personas que atraviesan su campo.

—No, hermana, es un perro perdido y sin amo; uno de esos perros que me dan susto.

—Deja que lleguemos á aquel cercado y verás cómo se vuelve.

Las hermanas llegaron al cercado, y el perro siguió con ellas; mas para que no cupiese duda de que la compañía era deliberada, echó esta vez un poco delante, y levantando el hocico se desperezó un poco, como quien sacude algo que le importuna. En este momento la nube negra se estaba

amontonando sobre el horizonte. El perro experimentaba picor, humedad, y deseos de que las señoras apretasen el paso. Prevía un diluvio.

En efecto: las mujeres, que notaron cierta oscuridad, miraron al cielo y se llenaron de zozobra: el agua iba á caer á torrentes, como cae donde no se cria agua.

—¿Queda mucho camino? (preguntó María).

—Queda casi todo (repuso su hermana): ¿no ves que en el arroyo hemos perdido más de media hora?

—Pues preciso será que nos guarezcamos en alguna parte; porque esa nube trae agua en seguida, y lo peor será que traiga truenos y rayos.

En aquel instante sonó un ruido sobre las cabezas de las viajeras, como cuando arrastran muebles en el piso de arriba. Un relampaguillo insignificante culebreó por la atmósfera. Las dos se santiguaron, y, sin ponerse de acuerdo, aceleraron la marcha. El perro se sentó sobre las patas y se rascó una oreja.

—¿No ves? Rosalía; parece que este perro nos habla.

—Y ¿qué puede decirnos? ¡Como no sea que está su casa por aquí y que podemos llegar á ella!... Pero por aquí, María, no hay ninguna casa.

—Con eso que nos dijera tendríamos bastante. Supon que no haya casa y conozca el perro una choza.

El perro, que oyó decir varias veces «perro,»

comprendió que se ocupaban de él, y volvió la cara con repeticion, permitiéndose algun amago de fiesta. Era perro mal criado, aunque de buen fondo, y no sabía hacer cumplidos ni zalamerías. Ya se ve, ¡educado en la calle!...

Algunas gotas del tamaño de reales de plata azotaron el rostro de las viajeras. El perro echó á correr y se subió á un altillo: desde allí volvió la cara á las mujeres, se rascó de nuevo, y repitió segunda vez la carantoña de su anterior saludo. No cabia duda: el perro conocia un agujero, y los hilos de agua que comenzaban á descender, tiesos y uniformes como pelos de cepillo, aconsejaron á las hermanas seguir las indicaciones del guía. Subieron á la eminencia, y efectivamente, á la falda de ella habia una covacha capaz para tres ó cuatro personas. Metiéronse con precipitacion allí, porque el agua batia con gran furia, y el perro, como esclavo sumiso, se colocó á distancia respetuosa, despues de husmear una nube de plumillas que las mujeres habian arrojado fuera de la cueva al sentarse en el suelo.

—¿Será ésta (dijo Doña María) la casa del perro? ¿No ves que estaba llena de plumas de ave?

—Es posible (contestó la hermana); pero dudo que ningun perro se recoja de noche ni de dia en este despoblado. Además, aquí no huele á perro, hermana, y ese olor no se confunde con otro.

—Tienes razon, Rosalía: ¡lo que vale haber viajado y conocer el mundo!

El perro volvió á entender que se ocupaban de

su persona, y dió las gracias. Era un perro agradecido.

Otro relámpago, ya más claro, indicó que la tormenta se formalizaba en grande: el trueno que le siguió no se parecía ya al ruido de muebles que se arrastran, sino á descargas de fusiles que granan por lo alto. — «¡Jesús! ¡Jesús!! ¡Jesús!!!» — Fué la exclamacion de aquellas dos pobres mujeres. El perro habia sido su salvador.

Esta idea unánime condujo, como por la mano, á las hermanas á meditar sobre los perros. Ellas no eran nada supersticiosas; pero habian oido decir á personas formales, que á veces llevaban estos brutos las almas de ciertos malhechores, que purgaban así sus crímenes en la tierra. Otras gentes de buena moral eran de parecer que el perro entiende como nosotros; y que si no se halla á nuestra altura en algunas facultades, puesto que nos excede en vista, en olfato, en instinto y en ligereza, es porque conduce el espíritu de un demonio, á quien Dios castiga en esta forma. Por fin: las historias están llenas de bandidos que se servian de perros para cometer sus asesinatos y sus robos: la rabia misma es una prueba del furor interno que los devora; sus dientes no mascan, sino que desgarran cuanto encuentran; y, por último, el portero del infierno es un perro con tres cabezas, es decir, tres perros en uno.

Aquel miserable animal que se les habia pegado sin motivo, pues que ni pan habian tenido que echarle, lo mismo podia representnr un bien visi-

ble que un mal oculto. Los perros del Monte de San Bernardo atraen á los viajeros para que se salven, es verdad; pero por la misma teoría hay criminales que se sirven de perros para atraer á sus víctimas. No olvidemos, señores, la frase vulgar que dice:—«Alma de perro.»

Todo esto y mucho más pensaban las hermanas dentro de aquella cueva estrechísima, cuya abertura estaba tapada por un perro de mal cariz y de una sola cabeza, pero no chica.

Así reflexionando, se oyó un quejido en el interior de la cueva, como de algo animado que se revuelve. Ambas hermanas se movieron con ímpetu, y un ruido sordo las acabó de persuadir de que no estaban solas. El perro sintió esto mismo, y parecía que se alegraba.

—Te lo repito, Rosalía (dijo la mayor de las mujeres): este perro no me gusta. Nos hallamos en una caverna sospechosa: ahí dentro hay algo ó alguien. Huyamos, hermana, huyamos. El agua no hace más que mojar.

Aunque Rosalía era valiente, hasta cierto punto, el punto aquel traspasaba los límites de su valor. Cogió de la mano á María, y se dispusieron á salir; pero en el instante, un trueno espantoso, precedido, seguido y acompañado de un verdadero manojó de exhalaciones, las replegó al suelo de la cueva.

—Estamos (murmuró María con abandono cruel) entre las inclemencias del cielo y los horrores de la tierra. ¿Que habré hecho yo en el mundo,

¡Dios mio! para que así me trate vuestra justicia?

El perro miraba á las mujeres, y se relamia el hocico. Habia en él algo de crueldad satánica.

Rosalía creyó conveniente tranquilizar á su hermana lo posible, áun cuando ella estaba muy léjos de juzgarse tranquila.

—No te apures, mujer (replicó): todo voy á explicártelo. En estos agujeros profundos de las cuevas, suelen guarecerse algunos reptiles, sobre todo, cuando amaga tempestad; habrá alguno allá, en lo más hondo; ha silbado; el perro lo olfatea para devorarlo si se atreve á salir, y eso es todo.

—¡Virgen santa! (gritó María). ¡Con que estamos en la madriguera de una serpiente!

Un silbido, ya bien perceptible, se dejó oír entónces dentro de la cueva, y no allá en lo profundo, como opinaba Rosalía, sino cerca, muy cerca, casi detrás de las atribuladas mujeres. Estas dieron en el instante un gran grito, y se movieron con violencia suma sobre sus propios cuerpos para levantarse, hasta rozar y hacerse daño contra las paredes; con ocasion de cuyo indiscreto rebullicio apartaron sus cabezas, por entre las cuales pasó rozando un objeto negruzco, una cosa deforme y alada, mezcla de pez y lodo, centella ó rayo del averno, ¿qué sabian ellas qué?, á cuyo roce casi perdieron la vista de los ojos.

—¡Jesús! ¡Jesús!! ¡Jesús!!!

Y entónces, desafiando la insistencia de la lluvia, el rugido de los truenos y las probabilidades del

rayo celeste, que al fin era rayo de la luz y no de las tinieblas, se lanzaron al campo, no sin que el perro intentase, al parecer, impedirlo.

El fango de la sembradura, el pedregal descarnado con el agua, y la multitud de chorros que les dirigian las nubes sobre cuerpo y vestidos, dificultaban en extremo su andar; pero no fué esto lo peor, sino que cuando se creian ya salvadas del peligro ignoto, en medio de los elementos desencadenados, un tercer silbido, penetrante más que los anteriores, y lanzado cara á cara frente á ellas, las consternó, las aterrorizó, las asesinó. Aquel grito salió de una sombra: la sombra semejaba á un hombre; pero no á un hombre muerto é inerte como el que divisaron ántes cerca del arroyo, sino vivo y muy vivo, que venía sobre ellas en ademan de acometer sin contemplaciones ni preliminares ningunos.

Doña María se puso delante de su hermana, como aquella otra tarde se puso delante de las yeguas del coche en el Prado de Madrid, y con voz entera exclamó, saliendo al encuentro del aparecido:

—¡Buen hombre! ¿Qué quiere usted de nosotras?

En el momento el perro comenzó á aullar lastimosamente, tomando un escape léjos del hombre, cual si le asustara, no ya su presencia, sino su voz; rasgo de amedrentamiento, que corroboraba más y más el peligro de aquellas criaturas.

El hombre se paró, á pesar de su carrera agre-

sora, y, encarándose con María, preguntó con acento terrible:

—¿De quién es ese perro?

—No lo sabemos (contestaron á una voz las mujeres).

—¡Tunante!... ¡como te coja (repuso el hombre) te hago una tortilla á estacazos!

Esta actitud del campesino hácia el perro, tranquilizó bastante á las hermanas.

—Pues ¿qué sucede? (dijo María).

—No es cosa (murmuró el iracundo gañán con la estaca enhiesta). El otro día hice yo el puesto de la perdiz en esa cueva, porque aquí hay algunas; y como comenzaran las nubes á desgajarse cual, pongo por caso, ahora, ni pude cazar, ni quise llevarme el pájaro; que la alhaja se hubiera muerto en el camino. Pero ese tuno de perro me dió las vueltas y rompió la jaula y se comió el perdigon, que mejor no lo habia en Getafe y valia cerca de media onza. Desde entónces me huye; ¡y si lo cojo!...

El hombre partió á escape tras del animal.

Ya se ve; el perro se figuraba que siempre que llovía y se ocultaba alguien en aquella cueva, por la noche se podía cenar una perdiz.

XI.

El que dice que los sueños son mentira, no dice más que una media verdad. Los sueños son mentira con relacion á la cosa que se sueña, pero no lo son nunca con respecto al origen de la cosa.— Cuando soñamos que nos hemos dado un golpe terrible, es porque nos hemos dado un golpe efectivamente, ó porque nuestros nervios sacudiéndose han simulado la sensacion del golpe; cuando soñamos un viaje á América ú otro país tropical y experimentamos las angustias del calor que derrite nuestro cerebro, es que las ropas de la cama se nos han amontonado en la cabeza y nos producen un sudor tórrido con amagos de asfixia; cuando soñamos, y esto ya pertenece á otro órden de ideas, que nos ha tocado la lotería, es que tenemos mucha necesidad de dinero: siempre que soñamos terrores ó venturas, sufrimientos ó placeres, esperanzas ó desengaños, es que hay dentro de nosotros mismos un foco físico ó moral dispuesto á producirlos.

Existe, por consiguiente, un estado semi-espi-

ritual, semi-corpóreo, mezcla de dolencia y locura, de vida y muerte, de embrutecimiento y lucidez, á cuyo influjo permanecemos entregados más ó ménos tiempo, sin ser lo que hemos sido hasta entónces, ni lo que hemos de seguir siendo en adelante. El ensueño es un paréntesis nebuloso de la existencia humana.

Durante ese paréntesis, acaecen entre las partes brutas de nuestro físico, fenómenos y rarezas casi tan extravagantes como las de nuestro moral. Los nervios, encargados de entenderse con el cuerpo, se acuestan con nosotros, de la propia manera que los que se entienden con el alma; pero duermen ó no, segun los caprichos de la atmósfera, del alimento último que comimos, ó de la escena impresionable que más recientemente hemos presenciado. Entónces se establece la lucha: unos nervios se deciden por dormir y los otros por velar. Velan, por ejemplo, los de la imaginacion y duermen los del tacto: aquí el pobre soñante sufre la burla de que todo lo que va á agarrar se le caiga de las manos, y de que vea cerca de sí montones de dinero sin poder coger ni una sola moneda. Duermen los de la voz, y en medio de los mayores peligros no puede gritar; duermen los del movimiento, y le persigue un toro y no puede correr; duermen los de la vista, y por más que abre sus ojos desmesuradamente no ve ni una gota. Por el contrario, velan los del cuerpo y duermen los del alma: entónces corre sin saber por dónde hasta caer en un precipicio, ó grita sin razon ni pretexto

hasta ponerse ronco, ó ve visiones y luces raras de que no se da cuenta, ó manotea sin concierto ni medida hasta arrojar las ropas al suelo, si él mismo no se arroja y recupera sus facultades con la intemperie ó por el golpe.

Existe, pues, íbamos diciendo, un estado absurdo y casi insensato, pero no por esto ménos positivo y evidente, en que la criatura humana semeja á los locos y á los tontos y á los difuntos, sin haber perdido ni la razon, ni la cordura, ni la vida; y este estado que durante el ensueño aparece en todo su desarrollo, se muestra tambien durante la velada, aunque en ménos proporciones, siempre que motivos análogos á los del dormir, concurren y se conciertan en el velar. Puede soñarse de dia como de noche, en la cama como en la calle, entre el ruido como entre el silencio, solos ó acompañados, cuando quiera que las causas del desequilibrio de los nervios jueguen con nuestro cuerpo y nuestra alma al horrible juego de la pesadilla.

La pobre mujer, cuya historia vamos relatando, era presa á la sazón de uno de esos juegos crueles. Sus nervios, dormían los unos y velaban los otros en la proporcion bastante para producir un ensueño desvelado. No podia andar, no sentía los chorros de agua que le bajaban por el cuello, no oía, no veía, no hablaba: sólo estaban vigilantes, en su débil naturaleza, los nervios del discurso, los de la memoria local y los que predisponen al terror.

—«¡Qué sucederá ahora mismo en mi casa!

(pensaba para sí, juzgándose dormida y soñando). ¡Ya lo tenía yo previsto otras veces! Al niño lo han atropellado, á la niña la han sorprendido, las muchachas han pegado fuego, mi marido se ha puesto malo... ¿qué sé yo! todo lo que ocurre en las casas cuando la dueña se vuelve loca. ¿A qué inventaria yo este viaje de recreo? ¿No sabía muy bien que los contrastes felices y los desgraciados son la regla perpétua de la vida? »

Despues se paraba un momento, meditaba como queriendo desechar adversas imaginaciones, y volvía á decirse :

—« Pero, no. Por lo mismo que los contrastes son comunes en la vida, por lo mismo no debe suceder nada malo en mi casa. Pues qué, ¿me estoy yo divirtiéndome? ¿No he venido á desempeñar una mision sagrada, y veo desplomarse sobre mí todos los contratiempos de la fatalidad? Gracias, Dios mio, si yo soy sola quien padece, y esto libra á los otros de pesares que yo evitaria á costa de mi propia existencia. »

Consolábase, pues, Doña María con las razones naturales de un juicio recto, si bien algo sobrescitado; pero toda la lucidez del discurso se embotaba contra la falta casi absoluta de fuerzas físicas.

—No puedo continuar (dijo á su hermana). Mi cuerpo prefiere morir aquí entre el lodo, á dar un paso más. Adelántate tú, si puedes, á aquella casa que se descubre á la izquierda, y pide por Dios, un carro ó una caballería.

La hermana no tuvo que contestar, porque,

efectivamente, de aquella casa ó choza que se divisaba á lo léjos, salian en el mismo instante dos cosas, ó personas ó bestias, desafiando al parecer lluvias y lodos. Era la una mucho más alta que la otra, y á la vez la de mayor altura era más delgada que la pequeña; no de otro modo que esas dos palmeras solitarias que suelen hallarse en algunos huertos, cuya pequeñez y amplitud de la hembra, proporciona visualidad y elegancia á la altitud enflaquecida del macho.

Cuando pudieron distinguirse bien ambos objetos, que visiblemente caminaban en direccion diagonal al encuentro de las viajeras, las dos hermanas, ó mejor dicho, Rosalía, que era la más tranquila, pudo observar que eran dos hombres montados en asno y caballo los que cortaban el barbecho hácia aquel punto. El asno era pequeño, y el del asno era á su vez rechoncho y pequeñejo casi como la bestia. Montaba al modo de las mujeres, con la pierna derecha sobre el borde delantero de la albarda, y la izquierda colgando á poca distancia del suelo. El del caballo, repetimos, era extremadamente alto, enjuto de carnes, derecho como uso sobre la silla acorazada de picador, firme en los estribos como seguro jinete, y apuesto de talante y de forma, cual hidalgo caballero de otras edades.

En lo único que no cabia duda, á la simple vista de aquellos hombres, era en que su mision debia ser pacífica, y en que su traje ostentaba cierto abigarramiento desusado.

Calzas azules y zapatos blancos, con alguna in-

juría negruzca, cubrían las piernas del campesino; una especie de anguarina parda, sujeta á la cintura por una correa lustrosa como los zapatos, formaba su vestimenta casi total; pues ó su cabeza acababa en punta, ó una montera manchega, mucho más reducida que la cara, constituía el remate de aquella figura, grotesca, como se ve, pero humana y racional hasta cierto punto.

No lo era así la del caballero. Su flaco rocin, del que él parecía prolongación espontánea, estaba acaparazado con mezcla de montura militar y arreos cordobeses de contrabandista; estribos vaqueros sepultaban unas botas férreas y brillantes; túnico ceniciento, con ribetes aterciopelados de grana, envolvía la forma de cañon-culebrina que se posaba en el comedio del bruto; una gola amarillenta, tirando á verde, embarazaba el cuello y rostro del hombre sigular; por último, sobre su cabeza brillaba un plato de cobre desmochado, y en su mano traía una especie de planton ó renuevo de álamo blanco, á cuyo remate superior prestaba adorno un chuzo de sereno. Hombre y caballo, cuyas angulosidades, estiramientos y delgadeces eran armónicas, parecían vaciados en el molde del ridículo más carnavalesco.

Cuando ambas á cuatro figuras, criado y dueño, asno y rocin, se hallaron á tiro de palabra sobre las mujeres, Doña María, en vez de experimentar susto, sintió á modo de confianza en su turbado espíritu; y volviéndose á su hermana, exclamó con la mayor naturalidad:

—¿Sabes, Rosalía, que yo he leído á estos hombres en alguna parte?

La buena mujer trocaba y confundía las percepciones de los sentidos, como las truecan y confunden los que dicen que les sabe un manjar á lo que les huele otro.

En efecto: Doña María había oído leer á aquellos hombres durante las veladas de algun invierno.

Al llegar á tiro de palabra, decíamos, paróse en firme el rocin; detúvose el asno á respetuosa distancia, y abrazando el caballero su árbol, con la ligereza de un picador de toros, hizo hincapié en los estribos, adelantó el cuerpo con rígida solemnidad, y gritó en descomunales voces de esta manera:

—¡Oh, vosotras, quien quiera que seáis, mujeres, damas ó encantadas princesas, haced alto en vuestro camino y en vuestras cuitas, si por acaso los teneis uno y otras, que á decir verdad ni lo creo ni lo dudo: haced alto y referidme lo que os acontezca y apene en este sendero extraviado, en semejante día y con tan cruda intemperie recorrido por vuestras débiles plantas. Yo soy el caballero de Alcázar de San Juan, legítimo y directo descendiente de aquel tal de Saavedra bautizado en la iglesia de Santa María, á quien deben de luegos años amparo los débiles, castigo los soberbios, socorro los caminantes, libertad los oprimidos, enaltecimientos y honra las damas; que todo esto y mucho más dejó escrito en su escudo el nunca bien ensalzado fundador de mi dinastía de caba-

llos. Salgo y recorro, en menguadas épocas, como la presente, senderos y caminos extraviados, en busca de defensas que obrar, iniquidades que repeler y fantasmas que destruir; peleo contra los elementos, contra los reptiles y contra los muchachos; plagas insoportables de nuestro hermoso suelo de la Mancha: si por acaso, pues, bellas princesas, os persiguiese alguna, y esfuerzo y brazo necesitarais para confundirla, hablad y vuestra querella será escuchada, vuestra justicia esclarecida y vuestro servicio satisfecho. ¡No ha de decirse de mí que me confundo en la molicie de mi desahogada posicion y nobilísimo linaje!

Dijo el caballero, y las mujeres quedaron abortas ante su desembarazada y extravagante taravilla.

—¡Rosalía de mi alma! (exclamó Doña María á media voz): me parece que nos las habemos con un loco, y quizá de los furiosos.

—No, hermana (contestó la otra con la misma reserva): estamos en Carnaval; y son máscaras, sin duda, que por aquí dan en la manía de fingir historias.

—Para máscaras les falta precisamente lo principal (añadió la primera), que es tener el rostro tapado y la voz fingida: además, este hombre habla como los libros de los locos, y yo me acuerdo que, por hacer favor, suelen los tales caballeros dar cada susto á las mujeres, que ya...

—Tranquilízate, María, y sigámosle la locura, si la tiene: ¿no ves que el criado se sonríe y nos

guiña un ojo, á la manera de quien quiere tranquilizarnos? Contéstale tú, que sabrás hacerlo mejor que yo, mientras con disimulo me acerco al criado y le interrogo.

Efectivamente; el manchego menudo, que á mujeriegas montaba el asno, se habia guarecido tras el rocin de su dueño, desde donde, con socarrona sonrisa, expresaba á modo de quien quisiera decir:—«Yo no tengo nada que ver en este asunto: soy un hombre pagado que se gana la vida sirviendo al loco.»

Rosalía se acercó á él, mientras la hermana mayor contestaba al caballero, y supo prontamente que el de Alcázar de San Juan era un hidalgo de estos dias, metido en lecturas y sacado de carnes, algo caliente de sesera cuanto frio de meollo; el cual habia dedicado sus viglias de solteron á buscar genealógico entronque por los libros de la parroquia de Santa María, con un tal de Saavedra (Miguel Servando), nacido al mediar el siglo xvi, en Alcázar, y especie de Confucio, Mahoma ó cosa mayor, segun él, de las más sabias leyes de la caballería castellana. Hízose desde luego su pariente directo, puso litigio á la ciudad de Alcalá y otras cinco villas contra el pretendido origen del gran númen, pues anhelaba resucitar la antigua querella sobre la cuna de Homero; pero ni el alcalde de Alcalá, ni el pedáneo de Argamasilla, ni otro ninguno de los demandados concurrieron al juicio, por cuya falta de atencion colegía que los tiempos presentes eran

rematadamente malos, y habia llegado la hora de redimirlos. Compró un rocin, alquiló por temporada al campanero de la parroquia, entonador del órgano, y con ayuda del jumento que montaba el declarante, á más de los guiñapos que á uno y otro adornaban en aquella guisa de amo y escudero, salíase en épocas del año (singularmente en la de Carnestolendas) á cometer todas las hazañas de que en su discurso dió cuenta á las mujeres; en cuya correría, respetado de algunos, silbado de muchos y perseguido siempre de pilletes de aldea, pasaba algunas semanas, hasta que la justicia ó sus deudos le reducian de nuevo á la tarea investigadora de los archivos de la iglesia. Por lo demás, el hombre era de excelente corazon, muy caritativo para con los pobres, enérgico en demasía con los malvados, valiente hasta la temeridad, y sufrido hasta la resignacion del mártir. Se pasaban en su compañía algunos malos ratos, esto era cierto; pero así y todo, ganábase más á su servicio que entonando el órgano de la parroquia ó doblando por los difuntos, lo cual explicaba la paciente adhesion del mozo panzudo. Una sola cosa se le hacía á éste intolerable por lo difícil, y era el no poder hablar dos palabras delante de su amo, sin intercalarlas con un refran añejo, para ayuda de cuya ímproba tarea habíale dotado éste de un diccionario de ellos sacado de Torres Villarroel y otros refrancistas; diccionario que llevaba continuamente en la mano, y metíase á puñadas dentro de la memoria. En resolucion:

todo iba bien allí, á ménos de que le llevaran la contraria á su amo, en cuyo punto salian los títeres á rodar, y la locura tranquila trocábase en furiosa.—Tal fué la relacion del escudero.

Doña María, miéntras tanto, que con más ó ménos voluntad habia satisfecho las preguntas del interpelante, oyó de los labios de éste palabras cariñosas y conmiseras hasta el extremo, por lo cual, informada en sumarios apartes de Rosalía sobre la verdadera situacion de las cosas, echó al olvido todo temor, y dió rienda suelta á la esperanza de una aventura ménos molesta que las anteriores.

—Informado, pues, que ya estoy, ¡oh, damas de adversa fortuna! (dijo solemnemente el caballero), de las cuitas que os circundan y de las ánsias que os acongojan, resuelvo, en nombre del deber de patrocinio que tengo jurado, cedéroos ambas cabalgaduras, la mia y la del villano que me sirve, para que sobre ellas hagais la travesía un tanto penosa, que desde aquí os separa de la aldea de Pinto; que amo y criado os servirán de escolta por estas breñas, en fiero alarde de batallador escudo, para terror de follones á quienes pudiera ponerse en mientes el propósito de atropellaros.

Doña María y su hermana se miraron con cierto asombro, advertido el cual por el caballero le movió á añadir:

—Persuádelas tú, villano, y líbralas del funesto escollo de contradecirme.

El criado consultó su lista, y dijo:

—De pechos hidalgos es mostrarse agradecidos, que más vale migaja de labrador que torta de logrero, y así un calvo se empeñase en rizar su coleta, como vosotras querríais empeñaros en desatender las insinuaciones de mi señor; que si á Vargas le pusieron Machuca, á mi amo han de llamarle los futuros Machaca.

—Bien, bien, Maese Campanil (interrumpió el caballero); veo que progresas en tu oficio, y has de ser, si algun día se relata nuestra historia, regocijo de pecheros y admiracion de hidalgos. Descuélgate del jumento y ayúdame á bajar del Pegaso, para que ámbos acomodemos á estas damas, trabajadas por la intemperie, y un si es no es percutidas por el barrizal.

Diciendo cuyas palabras se ejecutó el mandato, no sin que las mujeres se admirasen de verse enhiestas sobre las dos discordes cabalgaduras, escena, despues de todo, más cómoda que risible, miéntras atravesasen campo solitario. Doña María no habia sido jamás caballera, y se necesitaba toda la parsimonia del rocin y todo el fatigoso desfallecimiento de la pobre mujer, para que se resignase, como se resignó, á dejar caer su cuerpo sobre la silla.

Bien pronto la suavidad de la marcha de las bestias y el continuo cuidado de los peatones, infundieron confianza en las hermanas, quienes iban muy ganosas de auxilio extraño; y casi se alegraron de aquel encuentro, que por primera vez podia

llamarse *fortuna loca*, cuando la triste realidad vino á sacarlas de su ilusoria equivocacion.

Las casas del lugar comenzaban á caerse sobre los ojos de los caminates, cuando comenzaron á caerse tambien sus ilusiones de ventura. Toda la pillería del pueblo, que huyendo del crepúsculo abandonaba el campo de sus hazañas carnavalescas, se habia refugiado en el cerrete del cementerio, desde donde con algazara indescriptible se oyeron al unísono estas voces chillonas y destempladas:

— ¡El loco! ¡el loco!!... ¡El loco con dos mujeres!

Renunciamos á pintar una escena que ni el pincel ni la pluma pueden reproducir con sus solos recursos. El grito de los muchachos, su abalance hácia el grupo; el susto de las mujeres, su accion de quererse arrojar; el salto del caballero, su apostura instantánea en actitud de ataque; la perplejidad primero del mozo, su presteza despues en impedir que las hermanas excitaran con su huida la cólera de su amo; todo esto, rápido como la palabra y agrupado en un solo haz como puede hacerlo el pensamiento, trasformó la escena de bíblica en grotesca, de muda en alborotada, de pacífica en alarmante. El caballero, á lamo en ristre, y vomitando centellas por los ojos, retaba á los muchachos; las mujeres pedian indulgencia y paz á los unos y á los otros; los granujas, frenéticos de la fortuna loca que se les entraba por las puertas, se echaron al barro sin piedad, y comenzaron á

cubrir la atmósfera de pelotes negros, que solían acertar á los rostros y trajes de los sitiados. La lucha de voces y de proyectiles era tan abigarrada como lastimosa. Sin embargo, no hay poder en caballero alguno capaz de resistir á las hordas salvajes que no discuten: los retos eran acogidos con carcajadas, las intimaciones se contestaban á silbidos, las vías de hecho se estrellaban contra las pelladas de lodo y basura que en profusion creciente dirigian aquellos desalmados: ¿qué hacer? (pensó el caballero impotente). Resignarse, resolvió, á la primera descarga, salvar el precioso depósito que el destino le habia confiado, y castigar despues, como se merecia, tan villana y escandalosa agresion.

Recogióse, pues, en su lanza con el brazo derecho, asió con la siniestra mano las bridas de su rocin, dirigiendo á Doña María una imperativa orden de que permaneciese agarrada al caparazon del bruto; y dando consigna semejante á Maese Campanil para que hiciese lo propio con Rosalía, emprendieron amo y escudero el camino de la aldea, sin cuidarse de voces ni de pelladas.

Los muchachos entónces, que comprendieron todo el alcance de su triunfo, se formaron en dos alas á cierta distancia de las cabalgaduras, y figurando procesion de azotes ó cosa tal, marcaban el paso, tocaban marcha y pregonaban el delito de los reos, como si se tratase de emplumar brujas en siglos bárbaros.

Las gentes del lugar corrian presurosas al en-

cuentro de aquella cencerrada gratuita; asomábanse candiles á los balcones, atizábanse hogueras para mejor solemnizar el paso del convoy; y tronchos, relinchos, carcajadas, bestiales burlas, almirces batidos con mano de metal, sartenes repiqueteadas con tenazas, cencerros y esquilas sacudidos por brazos locos; una zambra, en fin, como sólo puede concebirse en noche que se casara un viudo sexagenario con una viuda de dos maridos; tal fué el recibimiento improvisado, pero ostentoso, que la fatalidad preparó á la pobre Doña María en su suspirada villa de Pinto.

Si el alcalde del pueblo y los alguaciles no toman parte prontamente en la gresca, las infelices mujeres son víctimas del regocijo popular.—Doblemos la hoja.

XII.

A las oficinas de la Empresa Metalúrgica habia llegado para D. Gabriel un parte telegráfico horrible. Su esposa estaba perniquebrada en Getafe. No podia, por consiguiente, continuar su camino. Llamaba á su esposo, ¡ella, tan prudente! No habia remedio; la infeliz María era cadáver, ó poco ménos.

Un agente de cambios, que ignoraba todo lo que podia ocurrir casa del jefe, gritó mientras tomaba unas letras:

—Descarrilamiento en el ferro-carril de Aranjuez. Acciones por los suelos. Muchas desgracias. Línea interceptada. Camino destruido. Tres y medio por ciento de baja en una hora.

A D. Gabriel se le erizaron los cabellos. Un dependiente quiso tapar la boca al de la noticia. Este exclamó:

—Perdonen ustedes, señores: quizá será falsa.

Y echó á correr por las escaleras abajo. Don Gabriel quiso detenerle con voz de trueno; pero el agente se desvaneció como el humo.

El hombre, por fuerte que sea, tiene momentos en que se anonada, y D. Gabriel temió anonadarse. Pero el hombre, por débil que sea, es fuerte cuando ama, y D. Gabriel amaba demasiado para incurrir en el crimen de la debilidad.

Tomó el sombrero maquinalmente, sin hablar palabra, y se lanzó á la calle. Su primer impulso fué dirigirse á la estacion del camino de hierro; pero allí le dirian la verdad, y esto era cruel. Sin embargo, marchó en aquella direccion, porque la verdad se teme, pero se busca.

En el ferro-carril no habia anuncio del suceso, como de costumbre. Preguntando y preguntando á todos los de galon en gorra, llegó á saber, mal y de mala manera, lo siguiente:

Que no habia ocurrido nada de particular. Que los muertos eran un hombre y dos mujeres. Que en esto último no habia seguridad absoluta, porque podian ser dos mujeres ó dos bestias, mediante á que el telegrama venía sincopado, como siempre, y se referia á dos femeninas. Que el suceso habia ocurrido en Pinto y no en Getafe; por lo cual, si en Getafe existia una mujer perniquebrada, no era de ello responsable la Empresa, y sí la mujer misma por ser temeraria ó torpe. En fin, que los trenes estaban suspendidos, y que no era posible poner uno especial ni llegarse de ninguna manera al sitio del siniestro, para donde ya habia salido hacía rato el ingeniero jefe de la línea en la máquina *Piloto*.

Don Gabriel voló instantáneamente á casa de un alquilador de coches de camino.

— ¿Puede usted llevarme en este momento á Getafe? (le preguntó).

— En este momento no, porque estoy aquí acostado.

— ¿Y lo más pronto posible?

— Lo más pronto posible sí.

— ¿Cuánto tiempo tardaremos?

— Pero ¿por qué no se va usted en el ferro-carril (dijo el hombre) y le sale á usted más barato?

— Eso es cuenta mia (replicó D. Gabriel).

— Pues tardaremos dos horas.

— Corriente: son las tres; á las cinco estaremos allí.

— No, señor, que yo necesito media hora para dar un pienso al ganado y enganchar.

— Cuento, entónces, con que está el carruaje listo para las tres y media.

— Sí, señor.

— ¿Cuánto voy á pagar?

— Veinticinco duros.

— ¿Está usted loco?

— El que está loco es usted, que aguarda á viajar por la carretera cuando se abre un ferro-carril. ¡Si ya lo decia yo! estos caminitos modernos van á dar más chascos...

— Dentro de media hora estoy aquí.

— ¿Quiere usted dejarme alguna señal?

Don Gabriel arrojó en las manos del hombre dos monedas de cuatro duros, y partió.

Fuése derecho casa de su médico, que estaba en cama constipado. Allí tomó las señas de otro, que estaba fuera. Por último, en una botica de la calle de Atocha, cuando faltaban sólo seis minutos para las tres y media, se encontró un cirujano que estaba dispuesto á ir mañana, no hoy, porque aguardaba el alumbramiento de una cliente muy fastidiosa.

Don Gabriel, desesperado, se dijo para sí:— «En Getafe habrá médicos;» —y partió. Eran las cuatro ménos cuarto; pues aunque el mayoral estuvo listo contra la costumbre, á la mula delantera se le enganchó un cordelejo, y esto les detuvo bastante rato.

Dejemos caminar á D. Gabriel con la zozobra y los temores que infunde la ignorancia; no sin advertir, de paso, que al marchar de su casa para la oficina dejó dicho á Gabriela que vendría temprano á comer, para que juntos con Marianillo diesen un paseo en las cercanías del ferro-carril.

Las hermanas llegaron á su casa en la más lastimosa situacion de alma y de cuerpo. El fango y la humedad del camino, se les confundian en la cintura con el fango y la humedad de los pelotones que recibieron en la refriega. Cinco minutos más de cencerrada, y ámbas hubieran muerto de rubor y de angustia. Bien es verdad que las desdichas duraron casi toda la tarde; pues entre los episodios principales que hemos descrito, y otros de segundo orden que la brevedad nos ha aconsejado omitir, tales como el de que se perdieron ántes de tropezar con el loco, y por poquito tuercen hácia Tor-

rejon de Velasco, si no es por un matutero que les vendió la nocion de la vereda á cambio del secreto de la carne que se disponia á llevar á Madrid; entre tantos episodios, decíamos, anduvieron una jornada muy completa.

El cuerpo, pues, estaba molido; pero el alma no hay expresiones bastante propias para describirla. Y por si algo faltaba para su tortura, al llegar á su casa vieron las mujeres que ni el ciego ni Perico estaban allí.

Hijo y padre, á quienes naturalmente se habia hecho muy larga la espera en la estacion, desde que Rosalía creyó oportuno tomar el tren ascendente para Getafe, quedaron confundidos al observar que en el tren descendente de Madrid no venian las hermanas. ¿Qué pudo ser aquello? ¿Cómo explicarse tan singular anomalía? — De una sola manera: á María debió ocurrirle algo en el pueblo, y ese algo era tan grave, que Rosalía no pudo arrancarla de él, y permaneció á su lado. Feliz fué la inspiracion de la hermana en correr al encuentro de su hermana; pero triste y sin ventura podia ser la situacion actual de una y otra.

Padre é hijo decidieron, en consecuencia, tomar la vía férrea adelante, en direccion del pueblo; pues aún en el caso de que la ausencia se explicara por motivos ménos dolorosos que los verosímiles, siempre llegarían á Getafe con mucha anticipacion á la salida del último tren que podia traerlos á todos. Si, por desgracia, el accidente era grave,

allí estarían ellos para ayudar y consolar á la que fuera menester.

Las hermanas, sin embargo, añadieron instantáneamente á su propia pena, los peligros del ciego y del muchacho. ¿Dónde les cogería la tempestad? ¿Adónde habrían podido guarecerse? ¿No es cierto que los metales atraen las exhalaciones, y que es muy peligroso andar cerca de barras cuando truena la atmósfera?

Rosalía no pensó, por el pronto, más que en secar y vestir de nuevo á su hermana. Arrimó una carga de lumbre á la chimenea, sahumó sus mejores ropas, y procuró que María se asease y revistiese con la mayor prontitud y menores molestias posibles. Ésta habia perdido, al parecer, las facultades del sentimiento agudo; porque hay un borde en el cáliz de la amargura, que una vez colmado no admite ni siquiera una gota.

Tres veces habian hecho las criadas el arroz, y tres veces se habia puesto como una piedra. La comida toda estaba echada á perder. Por fortuna María, á quien la debilidad de veinticuatro horas sin alimento (pues la tarde anterior ya no habia comido) colocaba en peligro de desfallecer, no sentia más que repugnancia de estómago y dolores de frente insoportables. Faltaban pocos minutos para que cerrara la noche. ¿No habia sido un día completo?

La hermana mayor suplicó á su hermana y huésped que la dejase reposar unos minutos. Sentada, pues, en un sillón de dos brazos hácia la parte más

profunda de la chimenea, Doña María comenzó á dormitar con los ojos y los sentidos abiertos. Todo la era ya punto ménos que indiferente: ni el hogar de su pobre Rosalía, ni el conocimiento tan deseado de su sobrino, ni el abrazo cariñoso al infeliz del ciego, ni el violento ejercicio de la jornada, ni los sustos crueles de su simpar viaje, nada se ofrecia con colores más ó ménos vivos á su imaginacion, como era de presumirse. Por el contrario, una especie de tédio hácia lo presente, un vacío incoloro alrededor de sí, una insustancialidad vituperable con respecto á la complicada situacion del momento, tales eran los rasgos característicos de aquel dormitar egoísta é impropio. Acudian á su olfato olores de Madrid, ruidos de Madrid, acentos y palabras que sólo en Madrid estaba acostumbrada á escuchar. Hubiera creído álguien que hasta tarareaba entre dientes, de vez en cuando, una copla ridícula de las que en Madrid suelen cantar las criadas.

¿Qué era aquello? ¿Habria caído enferma la pobre señora?—No. Doña María era presa de la nostalgia.

Cuando ese terrible mal, que sólo recuerda al país, se apodera del corazon humano, no hay médicos ni boticas capaces de combatirlo. El aplanamiento moral es su único síntoma, la desgana su consecuencia, la extenuacion su pendiente, el no existir su término. El mejor facultativo es un maquinista, un mayoral, un piloto; la mejor receta farmacéutica, una mula, un carruaje, un navío.

La dolencia es por *allá*, y todo es inútil como no conduzca hácia *allá*. Al hidrófobo se le pone un espejo delante para conocer si está atacado: al nostálgico ponedle un mapa y señalará con el dedo su patria, áun cuando desconozca la Geografía. Si esto sucede, no hay más que hablarle de volver.

Rosalía, cuya ternura fraternal era á la vez respetuosa, comprendió por instinto el estado de su hermana, y se resolvió á sacarla de él.

— Cuando descanses, María (la dijo), nos marcharemos á la estacion para que tomes el tren de Madrid.

María se alzó de repente, dió un abrazo á su hermana, y murmuró:

— Vamos.

Las hermanas salieron juntas, sin permitir que nadie las acompañase. Los criados de Rosalía estaban mudos de asombro. Algunos amigos de la casa, ni áun á preguntar se atrevieron lo que podia ocurrir. Las grandes complicaciones producen respeto hasta entre los imprudentes é irrespetuosos.

En la estacion se disponian los dependientes á recibir al tren. Era bien de noche.

Rosalía hubiera acompañado á su hermana, ¿quién lo duda?; pero ella tenía perdido á su hijo y á su esposo. Dos lágrimas se le saltaron, que procuró ocultar á María.

Los gritos de «al tren, al tren,» se dejaron oír tras de la verja de la estacion: entre Rosalía y un mozo empujaron á la mujer taciturna hasta el in-

terior de un coche vacío. En él se sentó María, ó por mejor decir, se encontró echada, cuando, creyendo estrechar aún la mano de su hermana menor, fría y temblorosa, vinieron á pedirla el billete á las puertas mismas de Madrid.

Habia hecho el viaje como los insensatos.

XIII.

En casa de D. Gabriel habian sonado ya las seis de la noche, cuando los pobres niños Mariano y Gabriela se desojaban desde el balcon por divisar la figura de su padre. Aquel padre tan cariñoso y tan exacto; aquel modelo de padres, que si alguna debilidad tenía, era la de condescender demasiado con las dulces exigencias de los suyos, no venía esta vez temprano, como habia ofrecido, al seno de su casa, ni ménos con la promesa de un paseo, á recoger sus hijos para aguardar á la madre.

Marianillo habia llorado ya dos ó tres veces: Gabriela no lloraba, porque no deben llorar los jefes de las familias. Esperaba á cualquiera de ellos, para llorar por el otro. Allí tampoco se pensaba en comer.

La muchacha formó una resolucion heróica, y dijo á uno de los criados:

—Que vayan á buscarme un coche.

Díjolo de tal manera, y habia tales dudas en el interior de la familia, que la órden se obedeció sin vacilar.

—Tú, Alfonsa (añadió dirigiéndose á la cocinera, que era anciana), te quedas aquí para esperar á mi padre ó á mi madre. Joaquina se viene conmigo.

—El coche será de dos asientos (objetó Mariano).

—No le hace (repuso Gabriela); tú te sentarás con el cochero en el pescante.

Marianillo, que aún tenía lágrimas en los ojos de pena, se frotó las manos riendo de placer.

—Y ¿adónde piensa usted ir, señorita? (preguntó tímidamente Alfonsa).

—Primero á la oficina de mi padre; despues al ferro-carril á esperar á mamá: si no encuentro á ninguno... ¿qué sé yo?...

Y las lágrimas brotaron entónces de sus ojos.

En la oficina de la Empresa Metalúrgica no habia más gente que la mujer del portero.

—Señorita (la dijo, saliendo á la portezuela): su papá de usted recibió un parte telegráfico á cosa de las dos y media, y salió al instante sin decir si volvía. No ha vuelto.

—¡Al ferro-carril! (gritó Gabriela con temblor ya perceptible). ¡Joaquina de mi alma! (añadió): ¿qué será de ellos? ¿qué será de nosotros?

En el ferro-carril recibieron á la pobre niña con un requiebro extemporáneo.

—¿Quién se le ha perdido á usted? ¡vida mia! (rebuznó un factor).

—Se me han perdido mi padre y mi madre (contestó con dignidad la muchacha), y usted tiene obligacion de buscármelos.

—No se sulfure usted, prenda (repuso el mozo): la oficina de gentes perdidas no está en este lado: vaya usted á la otra banda, y allí le dará la razon el jefe del movimiento. ¡Ay, qué movimiento!

Y la niña, seguida del muchacho, para quien era notable todo lo que observaba, y de Joaquina, que tomaba el mayor interés por la situacion de la señorita Gabriela, subieron en el acto al coche y se encaminaron á la banda opuesta de la estacion. En aquella parte, que es lo que se llama *salida*, habia un pabellon provisional con el despacho del jefe.

—Siento mucho la situacion de usted (la dijo éste, levantándose con la mayor urbanidad), y haria cuanto fuera posible por complacerla; pero su padre de usted, señorita, ha debido marchar á Getafe por el camino real, segun indicó aquí esta mañana; y áun cuando la desgracia de la señora no parece enteramente grave, sospecho que se la traerá en el coche á Madrid. Déjeme usted las señas de su casa por si algo ocurre.

—Pero, ¡caballero! (exclamó Gabriela horrorizada). ¿Qué desgracia es esa? ¿Qué es lo que ocurre á mi pobre mamá? ¡Hable usted por Dios, señor mio, por Dios, hable usted todo lo que sepa!

El jefe, conmovido con aquellos niños y aquella criada, que en sus actitudes y en sus ojos revelaban un duelo de familia, se permitió algunos inocentes embustes sobre la ausencia de los padres,

con el fin de calmar tanta agitacion y tanta pena. Aconsejóles que no se detuviesen allí, y que todo lo más debian situarse en el camino real, hácia la Puerta de Toledo, por donde vendria el coche con su padre bueno y sano, y su madre quizá restablecida.

Hiciéronlo así, no sin celebrar un pequeño consejo en que Mariano fué oido.

—Yo creo (dijo éste), que deberíamos marcharnos á casa.

Pero como de los chicos no se hace caso por cordura, Gabriela y Joaquina decidieron dirigirse en el carruaje hácia el camino real de Aranjuez.

Cuando aún no habian mediado la Ronda, oyeron un rugido espantoso que les heló el alma: era el pito siniestro de aquel ferro-carril en que quizá habia perecido su madre. El cochero paró y, con esa confianza que entre nosotros se usa de meterse cada cual en lo que ménos le importa, opinó que debian volverse á la estacion, porque la noche estaba oscura, el camino malo, y quizá los viajeros de ese tren podrian darles razon de lo que buscaban. El caballo, además, no habia comido, y era menester remudarlo.

Nuevo consejo y nuevas vacilaciones. Mariano insistia en que lo preferible era volver á casa. Pero, como de costumbre, se tomó el camino de la estacion.

Miénttras tanto, Doña María, que á la voz de «Madrid,» dada por el vigilante del tren, habia recobrado un espíritu de que se juzgaba incapaz,

saltó del coche con aire de locura y se arrojó, que aquello no se puede llamar dirigirse, al grupo de curiosos que esperaban el tren, buscando en todos los semblantes las caras de los suyos.

Pero... ¡sorpresa inaudita!... ¡ni su esposo... ni su Gabriela... ni su Mariano... nadie!

Miró y remiró, ascendió y descendió diez veces por la fila de espectadores, no como mujer ni dama, sino como pantera que se agita en su cárcel; y cuando se hubo persuadido de que ninguno la aguardaba allí, asaltó un cochecito y ordenó al cochero que volase á su casa.

La casa de Doña María estaba silenciosa y oscura. Sacudió el llamador de la campanilla con la violencia intencionada de romper el alambre, y ¡nueva decepcion, nuevo sobresalto, nueva angustia mortal! Alfonsa estaba sola, triste y casi acongojada.

—¡Que ocurre, Alfonsa! (gritó Doña María). ¿Dónde está mi marido?

—No lo sé.

—¿Dónde está mi hija?

—No lo sé.

—¿Dónde está mi Mariano?

—No lo sé, señora, no lo sé (contestó la pobre vieja; y abalanzándose al cuello de su ama, rompió á llorar amargamente).

Faltan aquí palabras para pintar el dolor agudo, la consternacion profunda de aquella desdichada señora, ante el sentimiento y el lloro de su fiel criada.

—¿Todos han perecido acaso? (exclamó fuera de sí Doña María).

En aquel instante, un coche que venía á todo correr por la calle arriba, se paró á la puerta. Casi al propio tiempo, un carruaje de campanillas y colleras, de esos que aturden por donde pasan, quiso atropellar y anteponerse al coche parado. Simultáneo con estos ruidos, se sintió otro más característico todavía, el subir y gritar por la escalera de voces cariñosas y constantemente enlazadas al murmullo del hogar; las voces de Gabriel, de Gabriela, de Mariano y de Joaquina, que en desacorde y lastimero son se exhalaban á un tiempo.

—¡Gabriel!... ¡María! ¡Gabriela! ¡Mariano! ¡Mamá! ¡Joaquina! ¡Padre! ¡Señora!...

Hé aquí lo que los vecinos, alarmados, pudieron escuchar á la puerta.

—¡Os vuelvo á ver! (gritaba la madre).

—¡Te creí muerta! (decía Gabriel).

—¡Dame muchos besos, mamá! instaba Marianillo, subiéndosela en el hombro).

—¡La mano, señorita, la mano! (añadía también Joaquina).

Sólo Gabriela se habia dejado caer en un sofá para sollozar de alegría; pero para sollozar.

La madre se sentó al cabo, y fuerza es confesar que parecia convaleciente de una grave dolencia. Sus ojos estaban inyectados, sus párpados ojeros, sus carrillos flacos.

—Venid acá todos (balbuceó Doña María en el calor de una locuacidad difícil); venid aquí.

Ven tú, Gabriela de mi alma; ¡qué asustada te veo! ¡pero me pareces más hermosa que ántes! Ven tú, ídolo mio, Marianillo travieso, bésame mucho; ¡qué alto estás! ¿has sido bueno? Y tú, Gabriel, abrázame, que me ves por un milagro de Dios. Sí, hijos míos; ¡qué viaje! ¡qué viaje!!... Ya os contaré despacio. No he visto el pueblo; no he visto á tu primo, Gabriela; no he visto á tu cuñado, Gabriel; se me perdieron las naranjas, Mariano. ¡Qué viaje! ¡Me parece que he dado la vuelta al mundo! ¡Daria cualquiera cosa porque uno de esos que escriben bien, se lo contara á todo el que lo quisiera oír!



EL TESORO MORISCO.

EL TESORO MORISCO.

I.

Los habitantes del antiguo reino de Granada que son pobres en la actualidad, no lo son más que momentáneamente. El día ménos pensado han de tropezar con uno de los infinitos tesoros que la gente mora dejó ocultos en aquellas tierras, al huir cuatro siglos hace, y ese día pasarán de la situación de proletarios á la de *tesoreros*, sin afanes ni sudores ningunos.

El tío San Millan, el de la huerta, se enriqueció así, trasplantando cierta mañana un semillero de lechugas. D. Segismundo, el ecónomo, tropezó á espaldas de la iglesia, antigua mezquita, con una orza de monedas de oro cuadradas, que le permitieron comprar el más hermoso cortijo del Temple. Al Marqués le sucedió una cosa parecida, derribando la casa de su abuelo para hacerla nueva. Por último, todos conocen la historia de los cuatro gañanes de la Alpujarra: gastaban diariamente un duro cada uno, que iban por él no se sabe dónde, y mu-

rieron de viejos sin que se agotara el manantial ni revelárselo á nadie.

Así se explica que muchas gentes vivan en las ciudades de Andalucía sin haber trabajado nunca, sin haber carecido de nada nunca, y sin haber sido objeto nunca de la murmuracion de sus paisanos. Se han hallado un tesoro.

Los tesoros tienen, entre otras ventajas, la de la reserva pública. Como todo el mundo se los puede encontrar, y como si se vociferan carga el fisco con ellos, se ha establecido una especie de prudencia masónica en el propio vulgo, que los pone á cubierto de la investigacion impertinente. El que ha hallado un tesoro lo disfruta, y pleito concluido.

Los árabes primero, los moriscos despues, los judíos más tarde, y los jesuitas por último (que todos eran moros para ciertas gentes), habian acumulado tantas riquezas y salido del Reino con tal precipitacion y vigilancia tanta, que tuvieron que esconder en casas y jardines, en campos y montes todo lo más valioso y rico que poseian. Muchos, los más, se llevaron planos de estos escondites para hallar sus tesoros cuando volvieran; otros dejaron unas señales cabalísticas esculpidas en muros ó losas, para descubrir en su dia personalmente, ó por poderes, los sitios del entierro; algunos sólo confiaron á los vientos, á las estrellas y númenes misteriosos el lugar donde dejaban su querida fortuna, y éstas son muy difíciles de encontrar.

El más grande tesoro de Granada no se ha hallado todavía. Para dar con él hay que subir en

noche de luna llena á la primorosa fuente del Avellano. Allí hay que sentarse en el suelo, colocar el talon de un pié sobre la punta del otro, y en esta postura, comerse una granada, toda entera, sin morderla con los dientes y sin que se caiga un solo grano. Como aún no lo ha conseguido nadie, duerme en aquellas pintorescas grutas el hada que saldrá á decir al dichoso mortal el punto en que se encierra el tesoro.

Hasta aquí el vulgo. Pero de aquí en adelante comienza una nueva serie de tesorería más ilustrada y lógica. Los tesoros no se encuentran con la profusion que supone el pueblo: hay, sí, muchos escondidos de fácil hallazgo, que no son ricos por lo numerosos, sino por el mérito de su antigüedad. Estos se componen por lo comun de una olla de barro pequeña, que contiene dijes y monedas. Las de cobre valen más que pesetas, las de plata más que duros, las de oro más que onzas, y una colección, por reducida que sea, basta para enriquecer á cualquiera familia decente. Para hallar estas ollas se han derribado más de cuatro casas, se han abierto más de cuatro galerías é inutilizado numerosas plantaciones feraces, que luégo, por desgracia, aún descubierto el tesoro, no han compensado los dispendios del buscador. Y es que los numismáticos son unos pícaros y los plateros unos bribones.

Finalmente: las altas capacidades, los hombres de estudio y ciencia, los educados sin fanatismos y con arreglo á los estudios modernos, se rien grandemente del vulgo y de la clase media: han pensado,

han analizado, han sondeado la verdadera significacion del tesoro morisco, y han deducido una teoría económica, tan clara como la luz. La ciudad de Granada está dividida por un rio que el vulgo llama Darro, pero que la gente erudita sabe que se llama Dauro, esto es, Da-oro, y efectivamente, la experiencia demuestra todos los dias que lleva oro en sus caudales.

El que va de paseo rio arriba, aprovechando las épocas en que el deshielo de Sierra-Nevada no es muy copioso, puede observar con interés á unos hombres que, metidos en agua hasta las rodillas y con una especie de cacerolas en las manos, lavan las arenas por suave decantacion, hasta que, merced á unos glóbulos de azogue, separan del légamo sutil hojillas y áun pepitas del rico metal, que venden despues con grande estima á los joyeros. El oro, por consiguiente, se ve y se palpa en esta ocasion, no pertenece al mundo de las hadas ni de los encatamientos, sino al mundo de las especulaciones y de los bienes naturales: buscarlo es obra de la industria.

Reúnense en sociedad secreta primero y en pública despues, para explotar el tesoro morisco en grande escala. Denuncian los montes por donde se filtra el agua del rio, los acotan, los guardan; piden cooperacion por acciones para verificar al por mayor lo que los merodeadores del Dauro ejecutan diariamente al menudeo; y con recursos, con ingenios, con máquinas, y con ilusion sólo comparable á la de los buscadores de California, acometen

al Cerro del Sol, como los titanes de la fábula, soliendo acaecer que el oro que conquistan no compensa ni con mucho los gastos de buscarlo; en cuya angustiosa situacion se desaniman, riñen entre sí, acusan á la ciencia de impotente, se aburren algunos, y otros quedan apegados á la aurífera tierra, en cabañas de pedrusco y ramaje, cual nuevos cenobitas del dios del siglo.

No hay sino aproximarse á ese Sierra-Nevada, encanto de naturales y extranjeros, monstruo de capa blanca dormido sobre la verde vega, como guardian entre África y Europa del secreto de dos pueblos que, con parecer diferentes, no son más que uno, y que, con odiarse en la apariencia, se aman en el rincon de la fantasía; no hay sino aproximarse allí, decimos, y una chimenea abandonada, un cortijo destechado, una senda á medio abrir, denuncian el paso de esos buscadores de oro á quienes la nieve de la montaña no consigue enfriar en su ardorosa lucha.

Y cuenta con que el oro de esta region no se descubre en zonas apacibles como la de la Sonora, ni en rios habitables como el Colorado, sino que hay que ascender para perseguirlo al invierno perpétuo de la creacion, al abandono de toda sociedad, á la muerte de toda vida.

II.

Allá en el mes de Agosto, cuando el sol calcina con sus rayos la tierra andaluza, y el astro de la noche agranda su disco, permitiéndose herir también al que busca desahogo en los campos, viérais formarse la caravana de exploradores para emprender la ascension de esa plateada cordillera que sirve de fondo el encantado paisaje de la ciudad. Machos de sangre poderosa y finos extremos, reciben en sus lomos la carga propia de una vivienda de familia. Cazos y sartenes, provisiones de boca y mesa, ropas de abrigo, mantas, almohadas, pieles, botiquin, elementos para hacer lumbre, una especie de acopio, por último, como el que en mayor escala se necesita para explorar el país de los esquimales. En cuatro leguas de camino se va á recorrer desde el Senegal á la Siberia.

Los más instruidos en esta clase de ascensiones se proveen ántes que todo de mascarillas y guantes de bayeta, porque el frio sutil de la montaña influye de tal modo sobre la piel, que las manos se quedan entumecidas, y al rostro acude una fluxion

erisipelatosa que convierte en monstruos á las criaturas.

Se sale por la mañana muy temprano en días serenos y calurosos, para esquivar cuanto es posible la contingencia de las tempestades, y para que á la puesta del sol se haya terminado la primera etapa. Esta se verifica en lo que podemos llamar cúspide de la cordillera y base de los picos. Unos guías, pocos en verdad, curtidos en la nieve y emulando la destreza de las cabras, ayudan á la formacion del campamento. La superficie llana que se escoge ha de ofrecer al fondo una cueva más ó ménos capaz, segun el número de los acampados. En su interior se designan la despensa, el guardaropa, los dormitorios y hasta el hospital. Mientras tanto, la parte más ligera de la expedicion corta retamas, herboriza, busca petrificaciones caprichosas, ó se emplea simplemente en la contemplacion de la admirable perspectiva que se le viene á los ojos.

Allí se acaba el mundo, ó por mejor decir, allí principia á acabarse el mundo. En su despedida parece que se complace en ofrecer sus más bellas y sutiles creaciones. El arbusto es oloroso, las florecillas son tan nuevas como variadas, los insectos tienen luz, las mariposas íris, las hierbas que se pisan brotan perfumes.—Un sabio profesor ha escrito un libro muy voluminoso, que circula por toda Europa, contando lo que se encuentra allí. Hay que leerlo.

El hombre colocado á la falda del Muley-Hacen ó del Veleta, se transforma repentinamente

en lo físico y en lo moral. Con las nubes por alfombra, con el azul del cielo por dosel, con la nieve por compañera y con la inmensidad por horizonte, su espíritu se remonta á pensamientos gigantescos. Cuantos han experimentado estas emociones, dicen que se siente desdén hácia abajo y atraccion hácia arriba.

La luna, á la cual se ha pedido auxilio en casos semejantes, avisa desde muy cerca que ya es la hora de encender las fogatas y recogerse. Mientras unos expedicionarios preparan la barrera de fuego que ha de impedirles una congelacion por la noche, otros disponen el banquete en que han de entretenir las primeras horas. El té, el café, la manzanilla, figuran con predileccion á los vinos y licores, peligrosos en aquellas alturas. Todo el mundo procura forrarse bien por dentro y por fuera; todo el mundo sonrie; todo el mundo tiene pavor; todo el mundo se afana por conciliar el sueño. Los guardas velan y atizan la lumbre; los perros forman un círculo para defender á las caballerías del ataque de alguno que otro lobo perdido á quien extraña que lo inquieten en su soledad. El viento se adelgaza hasta tomar proporciones de brisa; los más pequeños ruidos se agrandan con la profusion de los ecos; el dormir de las gentes es fatigoso y como inoportuno; la sierra no se ha hecho para descansar, sino para trepar.

Por fortuna el alba viene pronto en la estacion que ha escogido la caravana, y el rojo sol se asoma de improviso para infundir aliento en los más

cuitados. Abandónanse en la cueva los utensilios y los animales; cógese el baston en que ha de apoyarse el cuerpo; salúdase el día como á un amigo sin el cual no se puede vivir, y comienza la ascension hácia las nieves perpétuas. Ahora es cuando el hombre se queda solo: sin vegetacion, ni animalidad, ni nada. Témpanos prehistóricos en cuya dura masa abre el industrial canteras para surtir de elementos de frescura á los que habitan el llano; picos colosales cuyo uso apénas se concibe como no sea para decorar al mundo; barrancos de metal cuya riqueza ha de sustraerse á la codicia humana hasta que ocurran singulares cataclismos geológicos; y allá, á lo léjos, los mares como charcos, los continentes como praderas, el infinito como señor de la inmensidad. Aquello está más alto que la vida, es más extenso que la imaginacion, es más incomprensible que la muerte. Sobre los picos de esas alturas el hombre puede ser un enano con su cuerpo; pero se agiganta, como llevamos dicho, con su espíritu, hasta considerarse un verdadero rey de la creacion.

Desgraciadamente nó todos los que suben á la Sierra-Nevada llevan instintos de ese orden. La caravana que nosotros vamos á acompañar esta vez, se componia de mineros codiciosos, y no buscaba la altura. Bastábale explorar las primeras arenas de los cerros vecinos, para satisfacer ese ánsia contemporánea de las fáciles y lucrativas especulaciones. Servia de escolta á un jóven ingeniero, cuyo nombre y riquezas iban á ser coti-

zados en las Bolsas.—Hé aquí los apuntes biográficos de nuestro hombre:

Hijo de una opulenta familia de Aragon, y heredero en edad temprana de un considerable caudal (que no queremos incurrir en la comun torpeza de llamar *fortuna*, porque la fortuna no siempre está ligada con los recursos), seguia en Madrid la carrera de ingeniero de minas, cuando la muerte de sus padres lo emancipó de toda tutela y potestad. El jóven, sin embargo, no pertenecia al número de los que se engrien con sus bienes y desdeñan el trabajo del cuerpo ó de la imaginacion. En la escuela especial de su ramo ocupaba siempre uno de los primeros puestos, por virtud de sus dotes naturales y su apego al estudio; y aún despues de heredado, habria seguido la penosa senda de su vocacion científica, si el mal estado de su salud no hubiera opuesto un dique insuperable á sus designios. Tuvo, pues, que abandonar las aulas dos años ántes de recibir la investidura de ingeniero, humillándose ante la fortaleza de esos jóvenes privilegiados que son honra de nuestro país al terminar sus estudios en las escuelas profesionales.

Si el individuo de que se trata hubiera sido pobre, quizá le habrian llamado haragan; pero como era poderoso, dieron en llamarle ingeniero. Jóven, rico, de bella presencia, heredado, y por añadidura poseedor de un título, que tantas simpatías promueve hácia la persona que lo disfruta, nuestro ingeniero compartia en Madrid la atencion

de dos clases temibles de la sociedad: las mujeres y los especuladores.

Su preocupacion morbosa le alejaba, quizá instintivamente, de las primeras; no así de los segundos, cuya febril actividad por los negocios ejerce poder incontrastable sobre las imaginaciones proyectistas. Y la de nuestro jóven lo era así, en efecto: experimentaba desde la niñez verdadera ánsia de ser algo en el mundo, ó por mejor decir, de servir en el mundo para alguna cosa. Sentia en su pecho ardor utilitario, no tanto para sí como para sus semejantes; era codicioso, más de bienes comunes que de bienes suyos; en una palabra: si hubiera ejercido el cargo en propiedad de ingeniero de minas, ántes que minas de metales ricos, habria buscado minas de metales nuevos.

La intermitente calentura del oro de Sierra-Nevada tuvo una accesion en Madrid por aquella época. Unos especuladores apuntaron al mozo, en su doble calidad de capitalista y de perito, con tan certera puntería, que el mozo se les entregó en absoluto. Constituyeron sociedad comanditaria, en la que nuestro jóven ponía la inteligencia y los recursos, y los otros cobraban el cincuenta por ciento de las utilidades. Todos los gastos menudos además, eran de cuenta del capitalista, y en el caso improbable de pérdidas, éstas no podían ser naturalmente más que de cuenta suya.

El Ingeniero, sin embargo, no era tonto. Entraba en aquella especulacion por ejercitar su acti-

vidad en alguna cosa, por emprender una industria útil é inexplorada, y finalmente, por presentir que el clima benéfico de Andalucía sería provechoso para su salud. Era bastante rico para que las pérdidas le importasen poco.

III.

Al frente, pues, de una caravana industrial, no de recreo, compuesta de un labrador á quien habian sobrevenido malos años, de un comisio- nista de negocios bursátiles á quien se le escapó el mejor de sus clientes, de un cura de lugar á quien el Sr. Obispo habia recogido las licencias, y de un alcalde de montera que ganaba en el distrito todas las elecciones, emprendió nuestro Ingeniero la ascension á Sierra-Nevada, casi hasta el punto donde no se encuentra otra sociedad que la de alguno que otro lobo, algun que otro arrancador de nieve, ó algun que otro escapado de presidio.

Su cabeza iba, á pesar de todo, henchida de ilusiones y deseosa de obtener fundamento para discurrir sobre grandes asuntos y trascendentales problemas. Compartiendo su atencion la belleza de los paisajes que dejaba atrás y las condiciones geológicas del terreno que se le ofrecia al paso, hubo de distinguir á cierta distancia un mástil, ó cosa parecida, en que ondeaba un lienzo blan- quecino. Al pronto se le ocurrió que sería una

señal minera; pero recordando despues que los signos de su profesion son lanzas, que no árboles, y banderines rojos, que no velas de buque, picóle la curiosidad de encaminarse allí.

El espectáculo que se ofreció á su vista era siniestro. En un pico de la montaña aparecia, efectivamente, enarbolada sobre un palo de larga punta, una como bandera de lienzo desgarrado, á cuyo pié, jadeante de fatiga, moribundo quizá, se revolcaba un hombre de buena apariencia, sumido al parecer en la más profunda desesperacion. Su aspecto general era el de un sér humano á quien acabara de acometer una fiera. El primer impulso de aquel hombre al descubrir á los otros, fué levantarse gritando:

—¡ Por Dios, por Dios, no le mateis!

Pero reflexionando, sin duda, luégo que los aparecidos no tenian cara de facinerosos, aproximóse á ellos, y con acento desgarrador les dijo:

—Soy un padre infeliz á quien le han secuestrado el hijo de su alma.

El Ingeniero se quedó mudo de horror. Habia oido hablar de secuestros y de crímenes de nueva especie, con esa repulsiva indiferencia con que los oyen ó los leen los que nunca han tenido ocasion de presenciarlos. Pero esta vez por sí propio, en aquella soledad, entre los más salvajes de la naturaleza, el jóven se encontraba con lo más salvaje de la civilizacion. Sus compañeros y la pobre víctima le informaron en pocas palabras de lo que sucedia.

Aquella hermosa comarca, aquella bella ciudad tan ricas en otro tiempo, tan fértiles y lozanas siempre, habian caído en una postracion lamentable, que casi tocaba al límite de la miseria. Sus campos y su industria, que en tiempos antiguos habian dado de comer á más de dos millones de habitantes, apénas producian ahora para alimentar á cien mil. En cambio, éstos trabajaban cada dia ménos, y abandonaban cada dia más los recursos naturales de su riqueza. Un árbol que debieron tener por sagrado, puesto que con sus hojas daba vida al insecto más rico de la creacion, la morera, que los árabes habian extendido en bosques por su suelo, comenzó á caer bajo el hacha del estúpido gañán que pretendia reproducir la fábula de los huevos de oro. Los saltos de agua de sus rios ya no tuvieron que mover las máquinas de las hilanderías, ni de los tornos y telares de seda que inundaban con su labor los mercados del Nuevo Mundo. La familia proletaria se empobreció, se encanalló y se afeó en cuanto faltaron de su hogar los elementos de una vida ordenada, laboriosa y fructífera. Los ricos se cruzaron de brazos, á pesar de que tan de cerca les venía el golpe, achacando la decadencia del país á la desaparicion de unas oficinas públicas que sostenian en triste abundancia á cuatro docenas de curiales. La ausencia de instruccion, que el trabajo suplía anteriormente con la forzada rigidez de costumbres, dejábase sentir ahora, con todos sus fatales efectos, sobre la ociosidad y el vicio. En una palabra: de los tesoros

arábigos sólo habia quedado allí la viveza de la imaginacion, la intemperancia del carácter, la mollicie de la raza y la acometividad de la kabila. Coincidió este estado con la predicacion de unas nuevas ideas sociales que desligaban al individuo de los lazos de la autoridad, y que introduciéndose hasta en el terreno de las conciencias, lo desligaban tambien en cierto modo de la Justicia infinita. Se les arrinconó el sacerdote y no se les exhibió el comisario de policía; con cuyos antecedentes, ayudados por la indiferencia, cuando no complicidad, de las clases acomodadas, el pueblo volvió á su primitivo estado salvaje, sin la inocente sencillez de los antiguos tiempos. La estadística criminal del Mediodía de España, y los ensayos de los cantones en una época reciente, comprueban la exactitud de este cuadro, en que nada se exagera ni abulta. Los pueblos moriscos españoles vuelven á necesitar misioneros cristianos.

El jóven explorador y sus consocios supieron allí, por boca del afligido padre, que unos malhechores de la propia comarca le habian robado á su hijo pequeño; que pedian anónimamente diez mil duros por el rescate; que amenazaban de muerte al niño si su familia no aprontaba en aquel mismo lugar la citada suma; que siéndole imposible reunir la en un angustioso plazo, las autoridades, en vista del escándalo de Europa por la frecuencia de los hechos, habian prohibido que se accediese á la demanda de los ladrones, y ordenado perseguirlos sin contemplacion; que él, desobedeciendo esta

sábía medida, contra la que se revelaban sus instintos de padre, habia agotado todos sus recursos, huido á media noche del pueblo, encaminándose allí con los talegos de oro que le fué posible agenciar, y que en aquel propio dia, á aquella propia hora, en que terminaba la intimacion de los secuestradores, estaba esperando allí, con el corazon deshecho por angustiosos impulsos, ó rescatar con sus manos el hijo de su alma, ó morir atravesado por el mismo puñal que amagase su existencia.

La relacion de este infeliz produjo terribles sensaciones en los que lo escuchaban. Con nada se le podia consolar, en nada se le podia socorrer, sin que se comprometiera el éxito de sus afanes. Habia que detenerse ante la consideracion capital de que el hijo se salvara. Ya discutian la conveniencia de dispersarse por el monte, en busca de un rastro que contribuyese á descubrir el sitio del secuestro, cuando una detonacion de escopeta ó trabuco, que parecia destacada sobre las cabezas de los congregados, les llenó de estupor y asombro. El pobre padre pareció herido por aquella bala. Uno de los presentes, que conocia bien el terreno, murmuró esta frase cruel:

—El *Chato* es capaz de cualquiera cosa.

IV.

En Andalucía no hay que tomar los mote por lo que suenan. El Chato podia llamarse así, no por falta, sino por sobra de narices. Esta vez ni era romo ni narigudo el que lo llevaba: se llamaba el Chato por ser hijo del Chato.

El Chatillo se crió en la plaza de su lugar, como suelen criarse todos estos héroes: negándose á ir á la escuela, apedreando al alcalde y zumbando al cura. Con estos tres elementos de educacion, el civil, el político y el religioso, pudo ya el mozalvete, apénas habia cumplido diez y seis años, arrimar una puñalada á un compañero suyo, y ser sentenciado en rebeldía por cinco años á presidio.

La mala fama que el Chatuelo tenía entre sus compatriotas, por iniquidades anteriores de menor calibre, se trocó de repente en amor platónico, cuando le vieron sufrir persecuciones por la justicia. De esta manera entienden en la mayor parte de nuestros lugares las obras de misericordia.

El Chato, hecho ya Chato verdadero, por haber muerto su padre de una combustion de aguardiente,

huyó á la Sierra con la proteccion de sus vecinos, y comenzó la serie de sus grandes crímenes. Primero se hizo *lobo*, ó sea degollador de ganados, cuando los dueños no le daban lo que pedia; despues se hizo *alumbrante*, lo que en términos de curia equivale á decir incendiario; por último, se hizo *secuestrador*, que era una moda nueva en nuestras comarcas de Andalucía. La guerra contra los animales y contra las cosas principiaba á producir tan poco, por efecto de la vigilancia de los interesados, que la fecunda imaginacion andaluza tuvo que inventar el secuestro, como amalgama de los intereses corporales y espirituales. Coger á un individuo, ocultarlo en el monte, darle malos tratamientos, y pedir á su familia una enorme suma por su rescate, amenazando de muerte por la persecucion ó por la falta del dinero, constituia todo un sistema de robo tan eficaz como agudo, con el cual se podia vivir abundante y tranquilamente. Para acreditarse en el concepto público era menester usar ejemplos elocuentes; y el Chato, harto ya de remitir á su pueblo orejas de gañan ó dedos de trajinante, en muestra de lo que era capaz de hacer, hizo colocar una noche en el atrio de su propia iglesia tres cabezas de carnero y tres de pastor.

No hay que encarecer el prestigio que esto le produjo, ni el miedo que se apoderaria de las gentes acomodadas. Las comunicaciones, que ya existian por falta de caminos, comenzaron á ser al propio tiempo comunicaciones morales. Ser amigo ó adversario del Chato, era estar ó no conde-

nado á muerte. Del Chato se hablaba como del cólera, contra el cual no hay medios de hacer nada.

El bandido, por su parte, se habia formado una filosofía que es comun en esta clase de gentes. Por una mala hora lo habian condenado á presidio; por no estar en presidio se habia refugiado en la Sierra; por vivir en la Sierra necesitaba robar; y como los propietarios de algo se resistian á entregarlo bien á bien, era menester apelar á la muerte para buscarse honradamente la vida. La sociedad tenía la culpa de todo: ¿por qué le cerraba las puertas? ¿Por qué le declaraba fuera de la ley? ¿Iba él á presentarse tontamente en los trabajos forzados de una prision?

Con esta moral, y con otra más expresiva aún para cierto vulgo, con la de dar limosna á los pobres, regalar un borrico á un leñador anciano, ó pagar una deuda antigua á algun infeliz del pueblo, la conducta del Chato se prestaba á interpretaciones no siempre adversas ni concluyentes. Entre la justicia y los hombres lo habian perdido.

Los dos consocios del Chato, porque el Chato tuvo pronto dos cómplices, se llamaban el *Canónigo* y *Barrabás*.

Este Canónigo no se apellidaba así ni por su calma, ni por su gordura, ni por su circunspeccion: al contrario, era pequeñuelo, vivaracho y audaz. Servia para brazo de la muerte, para asesino, para matador. Llamábanle el Canónigo porque, áun en medio de aquella horrible vida que arrastraba, tenía afan por tomar chocolate. Refe-

riase á este propósito que nunca hirió á un arriero como entre la materia del robo llevara su predilecto manjar; y tanto fué esto así, que los infelices cosarios, cuando echaban la carga en la ciudad, decían: — «Venga ahora el chocolate por si nos encontramos al Canónigo.» — Contábase á la vez, que robando en un cortijo, cuyo dueño se hallaba moribundo, como segun costumbre de los campos en la Andalucía alta (no sabemos si en la baja sucede lo propio), cuando alguien va á morir se enciende el velon y se hace chocolate, el Canónigo se apoderó de la única taza que habia para el cortijero, y se puso á tomarla tranquilamente junto á la cama del infeliz agonizante, robando de ese modo ese pasto moral, esa especie de comunión de familia, á aquella esposa y á aquellos hijos, que maniatados contemplaban la agonía de su esposo y padre.

Barrabás era otro hombre: no le gustaba asesinar, ni lo hubiera hecho nunca sino en el cumplimiento de un deber ineludible. Estaba prófugo de cadena temporal por incendiario, que era su pasión favorita. El color y forma de sus cabellos rojos le habian dado el nombre, tan comun en Andalucía, que ostentaba con cierto orgullo. Desde pegarle fuego á media noche á la cama de sus hermanos porque no le dieron la tarde anterior de unas nueces que comian, hasta incendiar las vegas de su comarca á la hora de coger la mies, todo lo que era destruccion por lumbre ofuscaba su entendimiento hasta la crueldad. Los fósforos parecia

que se habian inventado para él, y si el oficio de encender rastrojos, que es tan pasajero en los campos andaluces, hubiera sido permanente y algo lucrativo, de seguro que Barrabás no se echa á ladron. Esto de pegar fuego, y un instinto de ciega obediencia á las órdenes del que tomaba por jefe, formaban el fondo de aquel carácter absurdo, cuya moral no puede discernirse. Hé aquí un ejemplo que resume toda una vida. El Chato mandó en cierta ocasion á Barrabás que incendiase las trojes repletas de un labrador que no contestaba pronto. Las trojes estaban construidas casi á prueba de incendios; pero pegada á ellas habia una casa vacía de endeble armadura que, merced al viento favorable en aquella noche, podia propagar fácilmente el elemento destructor. La casa era de Barrabás, por habérsela dejado en herencia un tio suyo para cuando fuese indultado. Al volver cerca de su jefe le dijo éste con el tono imperativo de costumbre:— «¿Se ha hecho eso? —Se ha hecho.—¿Cómo? — Pegándole fuego ántes á mi misma casa.» — El Chato sacó un cigarro y se lo dió á Barrabás: Barrabás se consideró en aquel momento el más feliz de los hombres.

Hé aquí, brevemente apuntada, la historia de los tres individuos que secuestraron al hijo de don Andrés, pues tal era el nombre del padre infeliz á quien encontraron los mineros.

V.

No sabemos por qué los secuestradores tratan mal á sus víctimas. Comprendemos que cuando se ejecuta un robo en los caminos y hay temor de que los asaltados se defiendan, comiencen los ladrones por ejercer actos de crueldad que asusten y amilanen; pero cuando se coge á un hombre solo, se le ata y se le conduce á un lugar desolado donde le cercan varios enemigos, no tiene explicacion ese lujo de ferocidad que se practica con un sér indefenso y de ordinario humilde. Es un ataque gratuito y brutal á la naturaleza humana.

Sin embargo, la historia de los secuestros revela constantemente dos hechos notables: primero, que los secuestradores atormentan á sus víctimas; segundo, que no acostumbran á secuestrar á las mujeres. Y como en el espíritu humano no hay misterio que deje de tener su razon, nosotros presumimos: ¿es que la conciencia del criminal se pone en contacto, sin saberlo, con la conciencia de los que lloran la desventura, y al prodigar los ultrajes allí, cree como que anima á que agoten

allá los recursos de que espera apoderarse? En el segundo caso, ¿no secuestrarán á las mujeres por respeto instintivo á sus personas, ó por considerar, inconscientemente tambien, que la mujer en estos trances es más útil en el hogar, estimulando con sus lágrimas y con su tierno valor la actividad de los hombres, que ellas quizá no obtendrian de los mismos en situacion contraria?

Sea de esto lo que quiera, consignemos aquí que ni las mujeres son secuestradas, sino cuando median motivos de cierta índole, ni los hombres y los niños dejan de ser maltratados por estos nuevos verdugos de la época presente.

Ya sabemos que el pobre hijo de D. Andrés tenía siete años. De llanto en llanto, de congoja en congoja, de exclamacion en exclamacion, que hubieran partido el alma á seres capaces de tenerla, pero que nada decian al negro corazon de los tres bandidos, marchaba la infeliz criatura atada de manos, torpe de piés y jadeante de fatiga al frente de ellos, sin permitirle reposo alguno, sino ántes bien golpeándole con los cañones de las escopetas para que aligerara un paso de que no podia usar. Más de una vez tropezó y cayó el desgraciado al ascender por los breñales de la sierra; pero la punta de un bárbaro pié lo levantaba casi en el aire, como á tronco de leña que obstruye el camino, y entre el dolor y el miedo, ni áun lugar le quedaba para lamentarse. Llegaron al cabo á una plazoleta que se destacaba junto al pico de un monte, y al fondo de ella, en un agujero

oscuro que tal vez se comunicaba con la cúspide, fué arrojado el niño contra el suelo, cuidando de cubrir inmediatamente la abertura con una piedra.

Los gritos del muchacho eran entónces desgarradores: llamaba á su padre y á su madre, á la Virgen Santísima y al ama que le crió. Entre las frases confusas que se escapaban de sus conturbados labios, se percibía claramente al exterior muchas veces repetida la palabra «agua».

—¡Agua! ¡Agua! ¡Yo quiero agua, ó me muero, madre mia!

Barrabás y el Canónigo estaban á la puerta de la choza mudos de respeto y de impasibilidad. Este último, el Canónigo, montó su escopeta, apoyó el cañon sobre la piedra de entrada, y volviéndose al Chato le dijo:

—¿Tiro?

El Chato, despues de reflexionar un momento, contestó:

—Dadle agua, no sea que se nos ahogue y perdamos más.

Barrabás sacó de sus calzones bombachos un cuenco de correa, vació en él una botija de agua, oculta en un hueco del monte, y se dirigió á la que podíamos llamar sepultura del muchacho:

—Toma y revienta (gritó entre groseras frases): plomo derretido merecias y no agua.

Durante algunos segundos, minutos quizá, no se oían al exterior más que los lametones de un perro que en el rigor del estío encuentra un arroyo,

y los ayes entrecortados de una criatura que se ahoga. Despues de esta escena, el niño calló, suspiró varias veces á largos intervalos, y se quedó como dormido.

—Hay que ver bien (dijo el Chato) si es que duerme ó si agoniza: si lo primero pinchadle á ratos; si lo segundo dadle pan.

La vida de estos hombres era la siguiente. El Chato campaba por sus respetos sin intervencion de nadie. Entraba, salia, volvia, se alejaba, no dando cuenta jamás de sus acciones. A veces comia ó paseaba con sus satélites; pero no reposaba ni dormia nunca cerca de ellos. El Canónigo y Barrabás se dividian cada veinticuatro horas en cuatro cuartos de á seis: uno para velar en el monte cercano desde donde se dominaba gran porcion de terreno, y otro para hacer guardia al pájaro, cuando lo habia. Si no habia pájaro, desempeñaban muda y servilmente las órdenes y comisiones del Capitan. Este no solia amenazarles como otros ladrones á su cuadrilla: cuando estaba descontento de alguno, le cortaba un pedazo. Barrabas y el Canónigo habian presenciado la operacion diferentes veces.

Dos dias despues del secuestro del muchacho, y dos ántes de que espirára para su familia la ocasion del rescate, Barrabás se hallaba de guardia con el preso. Le habia dado pan y agua diferentes veces, porque en su sentir peligraba la vida del endeble rapaz, y de este modo ejecutaba las órdenes del Chato. El bandido no hablaba hacía

veinticuatro horas con nadie, silencio que se explica entre los secuestradores durante la época en que se les busca para matarlos ó para colmarles de dinero. Hay horas solemnes hasta para el horror.

El pobre niño se habia connaturalizado, aún en tan poco tiempo, con aquella existencia que en breves horas pudo darle la muerte. Habia dormido bien, habia comido pan y habia bebido agua: lo que sentia entónces era deseos de jugar. Cuando el Canónigo estaba de guardia no salía de la cueva, pero cuando era Barrabás el vigilante, éste le permitia salir con ciertas condiciones: la de callar y la de no moverse.

El muchacho debió advertir alguna cosa favorable en el rostro de su carcelero, cuando se atrevió á acercarse á el y decirle:

—¿Se puede hablar?

—¿Qué quieres? (le preguntó mal humorado la fiera roja).

—Quería saber, Sr. Barrabás...

—No me llames así.

—Pues ¿cómo?

—Antonio.

—Quería saber, Sr. Antonio...

—Tampoco señor.

—Pues ¿como?

—Antonio.

—Quería saber si puedo hacer una pelota con los trapos que hay en la cueva.

—¿Qué trapos son esos?

El niño corrió á su escondite y trajo un lio que

entre las pajas de su cama se habia encontrado. Lo componian pedazos de entretela, trozos de cordel, algunas hilas, y remiendos como de cordoban; todo lo que se requiere para hacer una buena pelota. Barrabás le dijo:

—Hazla.

El muchacho se sentó en el suelo á la sombra del monte, y con presteza y habilidad sumas formó su pelota.

—Ahora (se atrevió á decir, sin dirigirse á nadie) no falta más que coserla.

Barrabás se levantó lentamente, metió la mano en su petate y alargó al pequeñuelo una aguja enhebrada en hilo encerado.

—Ahórcate con ella (le dijo tirándosela).

Bien pronto estuvo la pelota concluida. Botábala contra el suelo el chico, y la pelota subia hasta la mano con gran contento del inocente. Entónces miró en derredor, como buscando pared, y no la habia. Resignóse, pues, á tirarla al suelo y correr tras ella. En uno de los arrojés, la pelota fué á dar contra los piés del bandido, que parecia dormir recostado en las piedras. El muchacho se asustó y miró al hombre temblando; pero éste, léjos de gritar, dió con la punta del pié á la pelota, que retrocedió casi al punto de partida. Reflexionó el niño un instante, sentóse frente de Barrabás, é hizo rodar con cierta malicia la pelota hácia él. El incendiario entónces unió sus talones, dejando abiertas las puntas de los piés, y sujetó la pelota: enseguida la devolvió con la mano. El juego estaba hecho.

Varias pelotas, no muchas, se cruzaron entre verdugo y víctima, hasta que el niño, dejándola parada, se acercó á Barrabás para decirle:

—¿Por qué la gente les tiene tanto miedo á los ladrones?

Barrabás miró estúpidamente al muchacho, y le contestó:

—Yo no lo sé.

—¿No es usted ladron?

—Eso dicen que soy; pero no robo á nadie.

—¿Qué es robar?

—Robar es quedarse uno con lo que le falta, cuando le sobra á otro.

—Y ¿por qué hacen daño?

—Porque la gente no quiere repartir como es justo lo que le sobra.

—Y ¿van ustedes á robar á mi papá y á matarlo?

—No, chiquitin; lo que vamos á hacer es á que te compre.

—Y ¿cuánto valgo yo?

—Para mí, nada: eso pregúntaselo al Chato.

Este diálogo extravagante iba tomando cierto color peligroso, como se ve; pero la inocencia infantil es tan atrevida, que el niño volvió á preguntar:

—¿Y á mí me matarán ustedes?

—¡Quién sabe! (murmuró Barrabás, mirando al suelo); es posible.

—¿Cómo se mata?

—Vé ahí lo que yo no te puedo decir: como mande el capitan.

—¿Ha sido capitan de tropa?

Barrabás se puso en pié con súbito movimiento, como de quien oye rumores de alguien que se aproxima. Alguien, efectivamente, se encaminaba á aquel peñon solitario. Era el Canónigo con un papel que le habia llevado el perro.

— Léelo tú, Barrabás, que sabes (dijo el asesino echando una ojeada á la cueva, donde el muchacho se habia metido precipitadamente), y dime lo que nos mandan.

Al propio tiempo agarró un guijarro del suelo, y lo asestó con tal violencia á la cabeza del niño, que si no se equivoca en algunas pulgadas lo deja muerto.

— Dice (exclamó Barrabás) que si el muchacho sabe de letra, le hagamos escribir lo que apunta, y se lo des al perro colgando de una correa.

El perro del Chato era para un bandido secuestrador lo que la jaca para un caballista. Sabía correr cuando era preciso, andar despacio cuando se necesitaba, desconocía á su dueño en ciertas ocasiones, lo defendía hasta morir en otras, y sobre todo, le llevaba cartas y recados con tanta eficacia y prontitud como una paloma mensajera. Por lo comun nadie sabía dónde estaba el Chato más que su perro. Alguna vez que cualquier individuo de la banda habia intentado buscar al Capitán siguiendo al lebel, éste lo desorientaba y envolvía, hasta que lo dejaba perdido. Hacía centinela á los secuestrados con más rigor y coraje que el Canónigo y que Barrabás: en suma, profesaba un odio profundo, inextinguible, carnívoro á la fuerza armada. Era un

perro que verdaderamente merecía cadena perpétua.

Barrabás se aproximó á la cueva y gritó con los peores modos posibles:

—Sabandija ¿sabes escribir?

El muchacho contestó afirmativamente, y entonces el ladrón entró por él, sacándolo de una oreja, y lo arrojó ferozmente contra el suelo. La criatura prorumpió en ayes y lágrimas: el Canónigo por poco se tiende de risa. Era quizá la primera vez que se reía en toda la semana.

Barrabás trajo una tabla, un tintero de cuerno, papel y una pluma de ave cortada para palotes; con cuyos avíos hizo escribir al muchacho, entre los dolores y angustias causados por su brutalidad, la siguiente carta:

«Padre y madre de mi corazon: si el jueves á las tres de la tarde no está el dinero en el punto convenido, una hora despues me fusilan.

» Vuestro hijo,

RAFAELIN.»

El muchacho se llamaba Rafael, pero casi no lo sabía, en fuerza de que en su casa no le decían más que «el niño,» áun cuando al hablar de él diminutizaban su nombre. El Chato habia tenido presentes estas circunstancias al hacer el borrador, para que la carta fuese á todas luces auténtica.

Rafael, pequeño y todo, no acertaba á escribir con sus torpes manos la frase fatal *me fusilan*. Necesitó un esfuerzo tan violento, que al poner la firma cayó sin sentido.

VI.

El jueves por la mañana á primera hora se presentó el Chato en la plazoleta del agujero. Venía con un humor terrible, segun lo torvo de su cara y lo horrendo de sus modales. El Chato no hablaba nunca de frente ni de cerca. Soslayábase á cierta distancia, inclinando la cabeza hácia el hombro derecho, y desde allí disparaba sus palabras en la postura que ponen los vaqueros para disparar sus hondas.

—¿Vive ese trasto? (dijo á Barrabás).

—Vive.

—¿Ha parecido alguien por aquí?

—Nadie.

—¿Se sabe algo?

—Nada.

—Saca el monote, y ponte á mirar á la senda por si viene el perro. Cárgame las dos escopetas.

Barrabás entró en la caverna y vino á poco rato con un artificio compuesto de una cruz grosera clavada sobre una tabla, un lío de ropas y dos escopetas. En el brazo superior de la cruz habia un

bulto de retama verde como una cabeza. Puso aquella especie de colgador bastante lejos, lo vistió con las ropas de colores del lío, y lo coronó con un tricornio en facha. Era la representacion de un guardia civil. Barrabás cargó dos escopetas sordas de á dos cañones cada una, y se las entregó al Chato, no sin hacer previamente al monigote dos círculos, como de un duro ó poco más, en el pecho y en la espalda con un yeso mate.

El Chato, trasformado de repente, como hambriento á quien anuncian la comida dispuesta, fué con sus armas á distintos puntos, y, ya en pié derecho, ya agazapado entre las puntas de las rocas, disparó sucesivamente los cuatro tiros, gritando con indescriptible alegría al soltar el último:

— ¡En el corazon, en el corazon los cuatro!
¡ Dos por delante y dos por detrás!

Habia asesinado á cuatro guardias civiles con su imaginacion. Era su único recreo en los dias amargos de su existencia.

Barrabás, por orden de su jefe, volvió á recoger los utensilios de la farsa, y le oyó decir alejándose:

— A las cuatro estaré aquí. Que no le deis hoy de comer á ese muchacho, porque no hace falta.

Aún sonarian estas crueles palabras en el viento, cuando el niño Rafael, que habia presenciado casi toda la escena tendido á la puerta de su escondite, se lanzó á la explanada, arrojóse á las piernas de Barrabás, como algunas veces se habia arrojado á las de su madre para pedirle un juguete, y con los sollozos de ángel, que no de niño, exclamó:

—¡Por Dios, Antonio, que no me maten con escopeta, que los tiros me asustan mucho!

Antonio, decimos nosotros, porque en aquel momento quizá salió ya el hombre, cogió á Rafael entre los brazos, le tapó la boca, miró á todas partes, como si temiera que lo persiguiesen, y encerrándose con él en la caverna, le habló así:

—Muchacho: tú eres muy pequeño, pero se me figura que vas á comprenderme. ¿Serás tú algun día capaz de salvarme?

—Sí (contestó el niño con elocuentes señales de comprension), sí.

—¿Sabes tú lo que es salvar á un hombre?

—No lo he visto nunca, pero sé lo que es.

—¿Qué es salvar á un hombre?

Rafaelin, procurando ser expresivo con las manos, aún más que con las palabras, para tranquilizar las dudas y zozobras de Antonio, respondió:

—Salvar á un hombre es darle de comer, sacarlo de la cárcel, darle dinero, no matarlo nunca... yo no sé qué decir, pero sé lo que es salvar á un hombre.

Antonio, con inflexiones de voz cada vez más angustiosas y más extrañas, añadió:

—¿Y si te olvidas de mí? ¿Y si no cumples lo que me prometes?

—¿Cómo quieres que te lo diga? (preguntó Rafael).

—Como cuando le dices la verdad á tu madre. El niño entónces se puso de rodillas, juntó sus

preciosas manos como en oracion, y dijo solemnemente:

—Antonio: te prometo salvarte cuando pueda. ¡Yo seré bueno!

Barrabás creyó oír un ruido en aquel instante; salió de la cueva y exploró: nadie se acercaba. Fuéseg segunda vez al petate de donde sacó la aguja, y echó en el cuenco un poco de aguardiente; tomó un papel donde habia escondido un bizcocho duro, y mojándolo en la taza de correa, se lo dió á Rafael. A seguida, y miéntras el muchacho deglutia con ánsia aquel manjar, el hombre se bebió el aguardiente. Remedaba la escena una ratificación de contrato entre conquistadores y salvajes.

La hora de las cuatro llega muy pronto en los dias terribles. El sol comenzaba á anunciarla, cuando apareció el Chato en la plataforma del monte. Los dineros no habian venido; se notaban señales sospechosas en algunos puntos de la Sierra; el perro, á quien mandó la noche anterior con un recado, no volvia; todo el negocio estaba perdido, ménos en su parte de venganza. Barrabás y el Canónigo esperaban órdenes con sus trabucos en las manos.

—Prepararás un cesto, Canónigo (dijo el Chato): esta noche les has de poner la cabeza en el atrio, como pusiste las de los carneros y de los pastores. Barrabás: venga el chico.

Barrabás obedeció, como obedecia siempre las órdenes de su amo: el niño salió, como la víctima inocente que se lleva al sacrificio: blanco de alma

y de cuerpo. El, tan ligero de piernas para todos los casos, tropezó esta vez en una piedrecilla, y dió en el suelo.

—¡Ahora! (gritó el Chato): ¡mátale, Canónigo!

Salió, efectivamente, un tiro, pero el Canónigo caía al mismo tiempo derrumbado de espaldas por el precipicio del monte, y el Chato muerto á los piés de la criatura, por una bala en la frente que le descerrajó Barrabás. La doble acción del rojo fué tan rápida como segura, y tan segura como inesperada.

Aquel tiro fué el que oyeron los exploradores de la Sierra al tropezar con el desdichado padre que iba en busca de su hijo.

VII.

La fuerza pública y los agentes de la autoridad recorrían, en efecto, la Sierra en busca del Chato y sus consortes. Aquel tiro sirvió de señal para que todos, cada uno por su lado, acudieran al punto donde se presumía la catástrofe. Los primeros en llegar fueron los exploradores, quienes trémulos de terror ayudaban al desolado padre en la ascension de los picos. Todos esperaban tropezarse en la altura con el cadáver del pequeñuelo, y el rastro cuándo más de los foragidos. Así es que la sorpresa fué indescriptible al ver al niño salvo, y al Capitan retorciéndose en su sangre. El abrazo de don Andrés á su hijo no se puede describir: mataría.

Lo primero en que se pensó, ántes de emprender la bajada hasta el punto en que se encontraban las bestias, fué en el modo de comunicar la noticia á la madre infeliz que en aquella terrible hora agonizaba de pena. De esta comision se encargó el Ingeniero con la ayuda de un guía. Tomó, pues, el propio camino de los secuestradores.

Don Andrés, á quien las fuerzas le faltaban ó debian faltarle para todo, las encontró para llevar á su hijo en los brazos sin consentir que nadie le ayudara en tan dulce tarea.—«Es mio (les decia á los que intentaban quitárselo).»

En el pueblo se recibió la noticia, no con júbilo, sino con explosion de entusiasmo. Las gentes gritaban por las calles y á las puertas de la casa de D. Andrés, cuya esposa querian que se asomara al balcon, como se acostumbra á exigir de reyes y conquistadores. Pero la madre no estaba allí: habia volado por el postigo del huerto al camino de la Sierra, para cubrir de besos cuanto ántes al hijo de sus entrañas. Ya habia besado al Ingeniero cuando le trajo la noticia. El Cura no pudo impedir que se repicaran las campanas de la iglesia, á cuyos sonos de alegría, secundados por una charanga del lugar, fueron recibidos Rafaelin y su padre, este último destrozado físicamente como los que retornan de la guerra; pero coronado con las manecillas de su hijo, cual los laureles que coronan á los soldados victoriosos.

Detrás del primer cortejo de regocijo, venía, sin embargo, otro cortejo de horror. Sobre una escalera, el Canónigo moribundo; atasajado en una mula, con los cabellos y los piés colgando, el cadáver del Chato; oprimido por esposas y cordeles, Barrabás á pié entre los guardias.

El pueblo, que en ocasiones confunde la justicia con la crueldad, olvidóse por un instante de su alegría para acometer y enseñarse contra el grupo

de los secuestradores. El jefe de los civiles se lanzó en el acto á impedirlo; pero su voz era impotente contra la turba indignada, que pedia la ejecucion inmediata por sufragio universal. Algunas facas y navajas salieron al aire, y hasta hubo quien, agarrado del cuello de Barrabás, forcejeaba porque se lo dejaran á él, cuando el niño, que sobre los hombros de su padre marchaba en triunfo, lo notó, desasíose de los brazos que lo oprimian, y corriendo á interponerse entre la turba,

—¡Dejadle (gritó), que á él le debo la vida.

Lo que la fuerza armada no pudo alcanzar, lo alcanzó la sencilla elocuencia de aquella criatura. Entónces comenzó á cundirse por el pueblo la verdad de lo sucedido.

El Canónigo murió á los pocos dias, declarándolo todo. Al Chato se le hicieron romances. Barrabás, cumplida una breve condena, obtuvo la plaza de guarda mayor del cortijo de D. Andrés, donde los ladrones y los incendiarios no volvieron á entrar ni áun en forma de moscas.

En cuanto al Ingeniero, renunció á explotar el oro de la Sierra: habia encontrado el oro en otra parte. Abandonó en favor de sus consocios la Empresa y los recursos invertidos hasta entónces, y puso la vista en tesoros diversos.

Aquella frescura de imaginacion, aquella agudeza de discurso, aquella abundancia de ingenio que descubria en las gentes; aquella fertilidad, aquella esplendidez, aquella vida que admiraba en los campos; el conjunto de tantas y tan buenas

cualidades, que si por una parte causan miedo, por otra desarrollan irresistible simpatía; la inocencia alternando con la malicia; el rubor luchando con la procacidad; la templanza en consorcio con la gula; las nociones del honor incrustadas en los pechos hasta la barbarie, pero incrustadas; tantos elementos, en fin, de dicha y de grandeza como la creacion ha derramado sobre aquellos desconocidos lugares, impresionaron de tal modo el alma de nuestro jóven, que decidió consagrar su vida á dirigirlos y ennoblecerlos.

Para lograrlo tuvo que caer en una especie de monomanía: hay personas que lo consideran un ente. Está formando sociedades cooperativas, sin exigir dineros á nadie, que se ocupen en la plantacion de la morera; reparte gusanos por los pueblos, con una cuartilla explicatoria del modo de criar los capullos; ofrece premios á los que montan tornos y telares; en una palabra, quiere suavizar las costumbres, promover la aficion al trabajo y difundir la abundancia, restableciendo el arte de labrar la seda. Es la primera y más sencilla reforma que se le ha ocurrido.

El hombre sabe bien (y esto es quizá lo único práctico que ha sacado de sus estudios) que las comarcas fértiles son desgraciadas, como á la fertilidad de la tierra no vaya unida la fertilidad del trabajo humano.



LUISA.



LUISA.

I.

La historia que vamos á referir es una historia de primavera. Se desarrolló al calor de los bailes de Carnaval, como al calor de los vientos de Carnaval se desarrollan las flores de los jardines. Refiérese además á una muchacha muy jóven y muy linda; es una historia histórica y ha ocurrido recientemente; razones todas por las cuales aparece con un tinte de frescura encantador. Perdónensele al que la escribe estos elogios de circunstancias.

La costumbre de juntar limosna para los pobres á fuerza de divertir á los ricos, dió ocasión en las últimas carnestolendas á que se recibiesen en casa del Magistrado cuatro billetes para un piadoso baile de máscaras. A los magistrados no les gustan las máscaras, ó por mejor decir, no deben gustarles; primero por su seriedad, y segundo, porque tienen el oficio de estarlas descubriendo todo el año; pero cuando se trata de ser benéficos, galantes y piadosos, nadie tiene tanta obligación

de serlo como los magistrados. Así es que éste, del Tribunal Supremo, á que aludimos, se consideró en el deber, aunque no iba á ninguna parte por las noches, de dar las gracias á las señoras ó caballeros remitentes, enviarles cuatro monedas de á dos duros y ofrecerles que concurriría con mucho gusto á la fiesta.

Lo que el Magistrado no pudo entender es por qué se le mandaban cuatro billetes, siendo así que su familia se componía de sólo tres personas, marido, mujer y un chico de veinte años; pues aunque tenía una muchacha que acababa de salir del colegio, á ésta no podía referirse en manera alguna el cuarto billete de las máscaras.

—¡Qué lástima de dos duros! (dijo el estudiante de leyes, cuando acababan de almorzar y de discutir sobre la carta). ¿Por qué no le mandamos el billete á un amigo para que lo pague?

—¿Te parece decoroso (objetó el Magistrado) que nos pongamos á revender billetes de beneficencia?

—Además (añadió la madre, que era jóven y bella todavía), todos nuestros amigos habrán recibido billetes como nosotros. ¡Buenas son las señoras para olvidarse de nadie en estos casos!

—Y ¿por qué no va la doncella de mamá, con lo cual nosotros estaríamos más libres?

—¡Jesús! (dijo la madre). ¿Quién lleva á los criados á las máscaras? Nunca estaremos nosotros más libres que yendo los tres unidos.

—Las máscaras, hijo mio (añadió el Magis-

trado), tienen algo de irregular, ya que no de pecaminoso: bueno es concurrir á ellas cuando uno va por su propio gusto ó por cumplir un deber, como pasa ahora; pero no es conveniente estimular á nadie para que concorra.

—Siempre estoy oyendo lo mismo (insistió el mozalvete, que, como se ve, era adelantado y resuelto). Las máscaras son un *bu* con que asustan á los muchachos, y yo no tengo noticia de que nadie se haya perdido en ellas. Las personas decentes van con decoro, y las que no lo usan son arrojadas por la policía. Yo lo que veo es que todo el mundo va.

Hasta entónces, como tambien se ve, no habian tomado parte en la conversacion más que tres personas. La cuarta, que se sentaba frente de su madre, era Luisa.

Luisa tenía catorce años y medio, acababa de salir del Sagrado Corazon de Jesús, y venía á su casa en primavera y por la primavera. Usaba aún esa ropa indefinible, que no es corta ni larga, y que ni muestra ni oculta las extremidades. Su peinado era entre moño y rizos; su atavío entre de educanda y señorita; su rostro entre de pastora y ángel, y sus maneras, no bien armónicas todavía, participaban algo del tono de ambos sexos. La falta de costumbre de tenerla consigo, habia habituado á sus padres y hermano á prescindir de ella en sus conversaciones, y aun cuando no puede decirse que estaba de más, pues ántes al contrario, era el ídolo de todos, carecia de iniciativa ó de

personalidad propia entre los suyos. Luisa era la perla de la casa, pero aún no la habían engarzado.

Durante la discusion sobre el billete, la muchacha comia ó hacía que se llevaba á la boca los manjares, no sin experimentar algun atraganto al deglutirlos; y ella, que en la mesa del colegio hubiera llevado la voz cantante de la conversacion, lo cual le proporcionó más de un castigo en ocasiones, callábase ahora como una tonta en la mesa de su familia.

La madre hubo de sorprenderla en uno de esos momentos y la miró varias veces; despues miró á su padre, el padre miró al hijo; madre y padre volvieron á mirarla otra vez; Luisa bajó los ojos, hasta que por último, el Magistrado, dirigiéndose á su esposa, que no le preguntaba nada, contestó:
— Eso, lo que tú quieras.

La madre miró de nuevo á su hija; ésta miró por primera vez á su madre, y debieron mediar algunos guiños, pues que la muchacha se puso roja como una cereza. Hubo otro momento de silencio, al cabo del cual murmuró el hijo sin dirigirse á persona determinada:

— Se me figura que ya hay á quién adjudicarle el billete.

Padre y madre se sonrieron con ternura, y Luisa, que no podia ya sufrir aquella escena, se levantó, dejando caer una cuchara al suelo, é hizo lo que se llama la procesion del niño perdido. Cuando se vió sola describió unas cuantas piruetas en el aire; corrió á un rincon de la sala de costura

y se dijo por tres veces consecutivas :— « Voy á ir á las máscaras ; voy á ir á las máscaras ; voy á ir á las máscaras. » — Despues voló á la cocina y se lo participó á la cocinera ; en seguida se fué á la sala y se lo contó al criado , que limpiaba los muebles ; luégo hizo como que tocaba unos platillos sobre la cabeza y se echó un rizo adelante y otro atrás ; por último , se encerró en su cuarto , abrió la ventana , y no encontrando persona á quien referir su dicha , se la contó al viento.

II.

Inútil nos parece hacer ver que ni la Magistrada ni el Magistrado podían concurrir al baile sin disfraz. Oponíanse á ello el decoro de sus años y el prestigio de su posición pública. Los magistrados, como los príncipes, pueden ir á todas partes, pero de incógnito. Así es que desde que tuvieron noticia anticipada del convite, encargaron tres capuchones; pues aunque el muchacho hubiera preferido presentarse en las máscaras con su cara descubierta, esto equivalía á denunciar á sus padres, de quienes nunca se separaba.

El primer tropiezo, pues, que se experimentó con la asistencia de Luisa fué la falta de traje. Alquilar otro más parecía un abuso, y sobre todo, digámoslo en honor del sentimiento materno, la madre no quería que el primer traje largo que se pusiera su hija fuese de alquiler. ¿Quién otra lo habría llevado ántes?

Se convino en que debajo del capuchon se pondría una falda de seda de su madre, que ya andaba un poco ajada, y que esta como el cuerpo

se arreglarian con frunces y jaretas. Despues de discurrir mucho sobre otros pormenores, no faltaba ya más que el capuchon, es decir, todo. Luisa, con la lucidez propia de su edad, resolvió la cuestion de plano.

—Mamá (dijo loca de alegría): ya tenemos un capuchon muy bueno y de balde. La toga vieja de papá.

La idea era feliz, en efecto, y la toga fué descolgada, desempolvada y descuartizada en un santiamén. Si en vez de ser para mujer hubiera sido para hombre, la toga era casi un capuchon de máscaras; pero con poco arreglo se la convirtió de masculina en femenina. Cuando la viera el padre se iba á reir. Con el vestido sucedió una cosa muy particular. La madre y la doncella lo cogieron con hilvanes, mirando de vez en cuando el cuerpo de la muchacha, y al ponerlo de prueba resultó que estaba más corto que sus trajes ordinarios. Soltáronlo despues, burlándose de sí mismas por la falta de ojo, y le arrastraba. Tuvieron por consiguiente, que tomarle una medida formal, y vino á suceder que le hubiera servido el traje tal como era. La madre se asombró, porque hasta los padres confunden la pequeñez moral con la física, y toman el candor por falta de cuerpo. Luisa se encontraba en ese estado anfibio de las jóvenes, en que lo mismo sirven para niñas que para mujeres. La prueba del traje, con motivo de la fiesta, fué para la madre una revelacion.

Miénttras la doncella sentaba las costuras, Luisa

se fué á su cuarto y se encerró. Desde fuera hubiera podido oírse un abrir y cerrar cajones extraordinario, unos golpes de cepillo fuera de uso, y tal cual patadilla en el suelo como de rabia. Al cabo de una hora volvió al cuarto de la costura y todos se echaron á reír. Se había peinado de mujer, imitando uno de los tocados más estrepitosos de *La Moda Elegante Ilustrada*. Parecía un cabo de gastadores. Lo notable es que no necesitó postizo, gracias á la abundancia de su pelo natural; porque es de advertir que las mujeres cuando tienen pelo lo ocultan, y cuando no lo tienen lo cacarean. El de Luisa, que podía optar por esto último, fué castigado entre la doncella y su madre hasta un límite racional y honesto. La muchacha quedó preciosa, como quedan las muchachas cuando se disfrazan de mujer, ó como quedan las muchachas bonitas cuando se adornan de cualquier manera. Peinada ya, rogó que la dejaran poner el vestido largo, no sólo por la armonía de la cabeza con el cuerpo, cuanto por dar un susto á su padre cuando volviera á casa. Efectivamente, el Magistrado, al entrar en su despacho y ver una señora con mantilla que le esperaba, se apresuró á descubrirse diciendo:—«Señora, á los piés de usted.»

Aquí empezaba la broma y la felicidad. La madre instó por que se sirviera la comida cuanto ántes, con el fin de que luégo tuviesen apetito, si por casualidad en el baile tomaban alguna cosa como de costumbre. Luisa, al escuchar aquella orden, murmuró:—«Pues qué, ¿vamos á comer hoy?»

En la mesa no se habló más que de máscaras y de baile. La cuestion principal se reducía á la hora de la marcha. El padre opinaba por la una, el hijo por las doce, y la muchacha por las once y media. El carruaje fué citado para esta última hora por la madre, que en verdad no tenía opinion formada sobre el asunto.

Servíanse los Magistrados de una berlina de tres asientos que alquilaban por meses, en la cual iba por las mañanas el padre al Tribunal, y por la tarde los tres de la familia á paseo. Desde que Luisa habia vuelto de Chamartin, el cochecillo era insuficiente, pero no se podia estirar más, y produjo la emancipacion del estudiante, que comenzaba á tener amigos. En esta ocasion no era el asunto ménos árido el del trasporte. ¿Como iban á componerse los cuatro, y los cuatro vestidos de capuchon de máscaras? Luisa desató el nudo en el momento.

— Yo me montaré en el pescante (dijo).

— ¿Estás loca, muchacha? (observó su madre, dirigiendo la vista hácia su atavío de mujer). ¿Te figuras que estás en la huerta del convento?

El padre, como siempre, dió la fórmula más natural y expedita. El coche haria dos viajes, primero con las señoras y despues con los hombres, ó vice versa, y así se arreglaba todo, incluso el problema de no denunciarse al público entrando en el salon juntos y á la vez. Luisa reclamó que las señoras fuesen primero, el hijo que los hombres, y la

madre que las mujeres, puesto que el padre lo había indicado así.

—Dime, mamá (exclamó Luisa poniéndose de codos sobre la mesa miéntras tomaban el café), y ¿qué me hago yo desde ahora hasta las once y media?

—Acostarte, hija mia (dijo su padre razonablemente). Tú no estás hecha á pasar noches en blanco, y despues corres peligro de dormirte en el baile.

—¡Dormirme! ¿Estais locos vosotros? Lo que quereis es que yo me duerma ahora para no llamarme á tiempo. A mí no se me engaña, caballeritos: además que no podria dormir.

—Pues procura entretenerte estudiando (manifestó la madre).

—Eso voy á hacer. Primero me visto y despues estudio.

Luisa corrió á su cuarto, se puso el capuchon, se colocó la careta, miróse al espejo seis ú ocho veces, hizo por fingir la voz otras tantas en tonos diversos, y sentándose al pupitre tomó papel y escribió la carta siguiente:

AL SAGRADO CORAZON DE JESÚS,

En Chamartin.

Mi querida Rosalía: Dentro de dos horas, ó mejor dicho, de hora y media, se va á decidir mi suerte. Voy á las máscaras. Pero no á unas máscaras cualquiera, sino á las máscaras formales del Teatro Real.

Llevo ropa larga, con su poquito de cola; voy peinada como la madre de aquella niña que nos gustaba tanto; me han hecho un magnífico capuchon de seda nuevo (aquí la muchacha se detuvo, como pesarosa de una mentira, y añadió para componerla), puesto que nunca ha servido para capuchon.

¡Pobre Rosalía! Tú dormirás á estas horas tan tranquilamente en esa cama, mientras yo soy feliz y me dispongo á divertirme tanto. Descuida, que te lo contaré todo, absolutamente todo, hasta aquello que no deba contarse. Ya sabes que nunca he tenido secretos para tí, y que siempre has estado informada de las más grandes cosas de mi vida. Creo que vamos á cenar en el baile. ¡Calcula tú; cenar á las tres ó las cuatro de la mañana, casi al mismo tiempo que tú estarás tomando el chocolate con la Buena Madre. Dala memorias mías, ó no, que te pedirá la carta y sabrá que voy á las máscaras, lo cual no me parece bien.

Adios, Rosalía de mi corazon. ¡Qué pena tengo de ser tan dichosa, mientras tú eres tan desgraciada!

LUISA.

Franca de porte.

Concluido el estudio, la muchacha comenzó á pasearse por su cuarto; fué despues al comedor y quiso ver si podia acelerar la péndola; pensó que los cocheros eran unos haraganes y que nunca llegaban á la hora que se les decia; temió que alguno de los suyos se pusiera enfermo y lo descompusiera todo; rezó, meditó, se impacientó, lloró, se burló

de sí misma, cantó, y, por último, un estremecimiento nervioso se apoderó de su sér al sentir cierto ruido en el portal. Era la berlina que entraba. Luisa voló al lado de su madre, la hizo vestir por fuerza, desdeñó las observaciones de su hermano sobre la premura de la hora, rogó al padre que no se opusiera á que saliesen pronto, por si la fila de los carruajes era larga; en suma, á saltos y brincos bajó la escalera, se metió en el coche sin dar la preferencia á su madre, encargó al cochero que arreára, y diez minutos ántes de las doce hacía su entrada triunfal en el salon del baile.

El salon estaba vacío.

III.

Y erran lastimosamente los que se figuren que se experimenta decepcion al penetrar en una sala de baile cuando está vacía. La sala del Teatro Real, dispuesta para máscaras, es un espectáculo por sí sola. Aquella gran planicie que abarca por completo el óvalo del edificio; aquella altura nunca contemplada de pié sobre un suelo sin declive; aquella profusion de luces que hacen sonreír el blanco y oro de los adornos sobre las paredes encarnadas; aquella tribuna de la orquesta donde un ciento de profesores con frac y corbata blanca esperan la llegada del primer concurrente para atacar la sinfonía; tanta grandeza y tanto lujo en expectativa de entregarse por entero á los que acudan á contemplarlos y asumírselos, son más que suficientes para sobrecoger el ánimo con delicia infinita, y para subyugar la imaginacion, por extensas que fuesen sus previas ilusiones. Cuantos ménos piés pisen, se toca á más alfombra; cuantos ménos ojos miren, se toca á más luz; cuantos ménos oídos escuchen, se toca á más música. Los que no han

asistido al comienzo de un baile (y pocos son estos afortunados) ignoran de la misa la media con respecto á goces de carnaval.

Luisa disfrutaba de todo aquel espectáculo en absoluto. Y tales debieron ser su sorpresa y su encanto, que se volvió á su madre para decirle:

—¿Lo ves, mamá, cómo si nos tardamos no podemos disfrutar nada de esto?

La madre calló, porque tenía en la punta de la lengua una observacion semejante, aunque en sentido contrario.

Bien pronto el salon se vió poblado de máscaras. Las máscaras son como los torrentes, que en pocos minutos se desbordan; y, como los torrentes tambien, comienzan á deslizarse mansas para sorprender de improviso con su furioso estruendo. Cuando las criaturas se ponen la careta se cubren con ella todos los sentidos corporales, y como en el uso de los sentidos corporales es donde residen la continencia y el recato, una reunion de máscaras es por lo ménos una jaula de locos. Luisa y su madre creyeron oportuno participar del principio de aquella locura sentándose en un banco. La madre decia así:

—Esperemos, hija mia, á que descargue esta nube, para que podamos ver con claridad. Entre tanto voy á decirte lo que debes hacer. Yo te he traído aquí para que disfrutes de todo y lo conozcas todo. Si algun caballero te saca á bailar, me miras, y ya te diré yo si debes salir con él ó darle una disculpa. Si te piden el brazo para un paseo,

obras del mismo modo; que ya sé yo, aún con careta, quiénes son las personas dignas y quiénes las de ménos confianza. Si te dan bromas, alternas á ellas con resolucion, aunque sin excesiva soltura: chiste por chiste, ingeniosidad por ingeniosidad, pero no insulto por insulto. A la menor accion ó frase algo descompuesta, te vuelves de espaldas y allí me encontrarás. Tú has de ir sola, hija mia, pero está segura de que cuando te consideres más sola, tendrás al lado á tu madre.

La orquesta preludió los primeros compases de una polka-mazurka. El salon estaba lleno de alegría. Un jóven, al parecer elegante, se acercó al grupo de nuestras mujeres y pidió la mano de Luisa para bailar. La madre hizo señal de que sí, y la jóven por primera vez de su vida dió el brazo á un desconocido, y se perdió con él entre la muchedumbre de los alborotados bailarines.

Las máscaras modernas se han echado á perder, entre otras cosas porque no se baila. Cuando en los bailes se bailaba, unos de los concurrentes bailaban y otros no, siendo los primeros los que se divertian con mayor inocencia y embeleso. Pero desde que no se baila, todos tienen que hacerse los tontos ó los pícaros. Luisa, para quien eran imposibles estas dos últimas cosas, preguntó con candidez á su compañero:

—Y ¿por qué no se baila en los bailes?

—¡Qué quieres que te diga! Porque no es la moda.

—Y entónces, ¿por qué se sale á bailar?

—¿Te parece poco, mascarita? Se sale á bailar para dar el brazo á una muchacha tan linda como tú, para pasearla delante de las gentes con envidia de todos, y para decirla *bella* como yo te lo estoy diciendo á tí.

Luisa no habia escuchado jamás palabras semejantes. Ya desde que abandonó el banco en que estuvo sentada, experimentó algo como de quien se va de con su familia; pero ahora al oir aquellos conceptos que parecian la letra de aquella otra música que sonaba, casi experimentó susto, á la vez que indefinible encanto. A ella la habian llamado hermosa desde que nació, con esa inconveniencia de que suele abusarse respecto á las muchachas bonitas; mas nunca vibró en su oído la palabra *hermosa* con el donaire y la magia de esta vez.

—¿Por qué me llamas bella (preguntó al máscara), si no me has visto ni me conoces?

—Te llamo bella, mascarita, porque lo eres. La esbeltez de tu cuerpo, la finura de tu talle, lo airoso de tu cabeza, lo delicado de tus manecillas, son facciones que revelan las de un rostro de ángel. No te empeñes en decirme que eres fea, porque no lo creeré. A las muchachas feas no se las trae á las máscaras tan pronto.

El aluvion de lisonjas que Luisa acababa de oir fué para ella nuevo motivo de arrobamiento. En su casa ya no las oía, ó por mejor decir, oía todo lo contrario. Desde que volvió de Charmartin, su madre, su doncella y su modista estaban diciendo á todas horas: —«Esta muchacha no

tiene caderas y los vestidos han de caerle mal. Tápate esos brazos, muchacha, que parecen dos aspas de molino. Esconde los hombros, que no te salgan esos huesos.» — Y otras cosas de este jaez.

La polka-mazurka rompió en aquel instante con toda la gracia de su cadencioso compás. Luisa apretó su brazo al brazo de su pareja y hubiera salido polkando; pero ningunas otras máscaras se movían. Aumentóse, sí, el ruido y el movimiento de la multitud que bullía á su alrededor, como si todas las piernas se rebelasen contra las prescripciones absurdas de la moda. La muchacha, pues, que era bailarina de primera clase en el colegio, comenzó á llevar el canto con la imaginación y el compás de la polka con los piecitos. Bailaba andando y cantaba riendo, como cantan y bailan la muchachas que no tienen música ni licencia para bailar. En el acto de hacer las mudanzas tiraba de su acompañante, cual si el empuje de las gentes la obligara á aquella cabriola descortés; pero en realidad era que daba una vuelta ó describía el círculo necesario para su obligada figura. Parábase luego recibiendo en firme los apretones de otras parejas, como se paran y los resisten los que descansan un momento para volver á salir. El golpe de la música decidía de este nuevo arranque, al cual estaba obligado su caballero sin presumirlo, y la polka seguía con el vértigo, la anhelación y el febril entusiasmo de los más audaces bailarines. Luisa polcó toda la tanda, sin descanso, sin tregua, y lo que es peor, sin caridad del pobre jóven, á quien zarandeaba.

Su rostro estaba enrojecido como la amapola; su pecho anhelante como de quien sube un monte; sus hombros se caían como al consumir un fatigoso esfuerzo, y ya buscaba maquinalmente reposo, cuando al volver la vista sobre una banqueta encontró á su madre que la recibía en su brazos. El caballero hizo un saludo ceremonioso y se fué.

Luisa, colmada de emoción y de felicidad, se abalanzó á los brazos de su madre para decirle:

—Mamá: será ridículo bailar en los bailes, pero yo he bailado.

IV.

Luisa hacía gran efecto, como ahora se dice, en el tal baile de máscaras. Apenas habia descansado un instante, ya se presentó otro jóven en demanda de un vals. La madre le hizo la seña convenida para que se excusara. Un momento despues se acercó otro caballero á pedirla para discurrir por el salon agarrada á su brazo. La madre le hizo seña de que sí.

—Me parece, mascarita (la dijo el nuevo galan), que no es hoy el primer dia que te veo en el baile.

La jóven, satisfecha de que la tuviesen por veterana, lo cual decia muy bien en favor de su porte, contestó, sin embargo, para no mentir:

—Pues es el primero á que asisto.

—Perdona que me haya equivocado, pero te encuentro muy animada.

—Y ¿quién no se anima en un baile tan hermoso?

—Tienes razon, y más cuando se está tan divertida como tú lo estabas con ese jóven...

—Pues qué ¿me has visto?

Te seguía desde que entraste, preciosa máscara. Si ese señor no se me hubiera adelantado, yo habría sido tu primera pareja. Estoy celoso de él.

Luisa se echó á reír, pero le gustó la especie de lucha que se entablaba entre los dos desconocidos. Despues repuso :

—Haberme sacado ántes.

—No tuve la fortuna de llegar á tiempo.

—Y ¿por qué no sacaste á la que estaba conmigo?

—¿Es bella como tú lo pareces?

—¿Como yo? ¡Qué disparate! Ella es hermosa como ninguna. Anda, sácala si quieres, y despues buscaremos á ese jóven que ha bailado conmigo, y formaremos dos parejas.

—Pues qué, ¿has bailado?

—Es decir, he hecho como que bailaba.

—¿Sabes bailar?

—¿Qué muchacha no sabe eso? En Chamartin estaba prohibido el baile, pero todas sabíamos bailar perfectamente. El año último dimos un baile de máscaras á media noche sin que se enterara la directora ni nadie.

—¿Cómo así?

—Suponte que era Carnaval y no nos dejaban divertirnos porque venía la Cuaresma. Nosotras nos juramentamos para armar la broma, y ya verás lo que hicimos. Primeramente guardamos de la cena carne y pan; despues al ir al dormitorio hicimos como que nos desnudábamos, pero nos me-

timos en la cama casi vestidas. Habíamos puesto á peseta cada una, con lo cual juntamos diez duros, que dimos al portero del colegio para que trajera una música que tocara bailes pegadita á las tapias. Aquella noche tenían las madres maitines solemnes é íbamos á estar solas bastante tiempo ántes de que ellas se recogieran. Cuando el órgano por un lado y las bandurrias por otro nos advirtieron que ya era hora, todas saltamos de las camas y principiamos á vestirnos. El plan era hacer dominós con las sábanas y las colchas: las de las sábanas serian mujeres y las de las colchas hombres. Con las gorras de dormir hicimos caretas, y con las fundas de las almohadas lazos y adornos para los trajes. A un golpe convenido salimos todas de entre nuestras cortinas, y créete que daba gusto vernos, porque parecia el salon de dormir un verdadero baile de máscaras. Ningunas conocíamos á las otras, lo cual es la mayor diversion en estos lances, y comenzamos á bailar con la misma ilusion que si hubiéramos estado en la Zarzuela con nuestras familias. Allí se bailaron mazurkas, rigodones, habaneras y valeses. En el descanso de la música sacamos el pan y la carne, haciendo con ellos emparedados, que comíamos con gran apetito; y una muchacha, que tenía gracia para todo, echaba agua en un vaso, levantando mucho la botella para que hiciera espuma, como si fuese *champagne*. La última parte que tocó la charanga fué una galop infernal, y para darle colorido pusimos cuatro palanganas en las cuatro esquinas del dor-

mitorio, las llenamos de papeles y les pegamos fuego: eran las bengalas. En este momento, en que más nos divertíamos, fué cuando volvieron las madres del coro. Calcula tú lo que se armaria allí. Todas corríamos á encerrarnos para ver cuál podía escaparse de ser descubierta; las buenas madres gritaban; las palanganas se partian con el fuego; los músicos tocaban como desesperados al pié de las rejas; y todo el colegio parecia una zahurda. Al dia siguiente, que era de asueto é íbamos á ir al campo, nos quitaron la ropa, nos dejaron acostadas y nos pusieron á pan y agua.

El caballero acompañante estuvo oyendo con delicia aquella relacion del primer sarao á que su incógnita pareja habia asistido.

—¿Y desde entónces (la preguntó) no has vuelto á divertirte hasta ahora?

—¿Cómo desde entónces? (contestó ella). Aquello no era divertirse, era jugar. El primer dia que me divierto es hoy.

—¿Quieres que te lleve al ambigú?

—No puedo ir contigo, aunque lo haria con mucho gusto.

—¿Irás con las gentes que te traen?

—No lo sé, pero sospecho que sí.

—Pues voy á llevarte con ellos, diciéndote de paso que si yo pudiera casarme, me casaria con una muchacha como tú.

Luisa se volvió loca con esta declaracion súbita. En pocos momentos habia conquistado un hombre, ó por mejor decir, dos. Cuando estuvo al lado

de su madre, que la esperaba con impaciencia, casi principió á decirla:—«Mañana te piden mi mano.»—Era la hora del intermedio.

Madre é hija partieron en busca de su padre y hermano, que tenian grandes cintas encarnadas en los capuchones para ser reconocidos entre la multitud. Hasta entónces habian cuidado de no verse para despistar á los amigos y poder darles bromas. Juntos ahora, y con ménos preocupacion por el incógnito, marcharon á apoderarse de una mesa del ambigú. Allí se tomó caldo un poquito picante, ostras, filete de vaca con trufas, alcachofas rellenas, cangrejos con salsa y una tarta de dulce. No faltó su correspondiente *champagne* en copas altas, ni faltaron los brándis, ni sus bromas con los de las mesas de al lado, ni sus exclamaciones y gritos de alegría. Luisa, no acostumbrada á beber, se animó al primer sorbo, y tentada estuvo por ponerse á bailar delante de la mesa. Sus padres rebosaban de contento.

Acabada la cena volvieron á la sala en la hora que iba á comenzarse el cotillon. El padre habia dicho que atravesarian de paso la platea para dirigirse al guardaropa por los abrigos; pero este paso, que no habia de ser huida, les permitió mezclarse con los grupos alegres que, sin máscaras ya y con las capuchas echadas á la espalda, partian al galope con la vehemencia del vals. Hasta en los bailes donde no se baila, se corre ó se pateo el cotillon. Las luces del dia principiaban á luchar con las de las lucernas y candelabros; el insomnio hacía

su último esfuerzo por aparecer bullicioso y expresivo; la música sonaba como quien se abulta ántes de reventar; los bastoneros acudían á contener la irrupción de bailarines, con sus varas cuajadas de cintas; una luz eléctrica roja y penetrante, como si enseñara cuchillos en vez de rayos, obligaba á entornar los ojos más abiertos; las aclamaciones y los vítores ensordecían el aire; y por último, Luisa, al sentir sobre sus hombros el abrigo que la echaba su madre y la nube con que la rodeaba el cuello, aún volvía sus miradas hácia el ruido, como si un imán fascinador la atrajese al punto de su más perfecta alegría y de sus más felices y embriagadoras ilusiones.

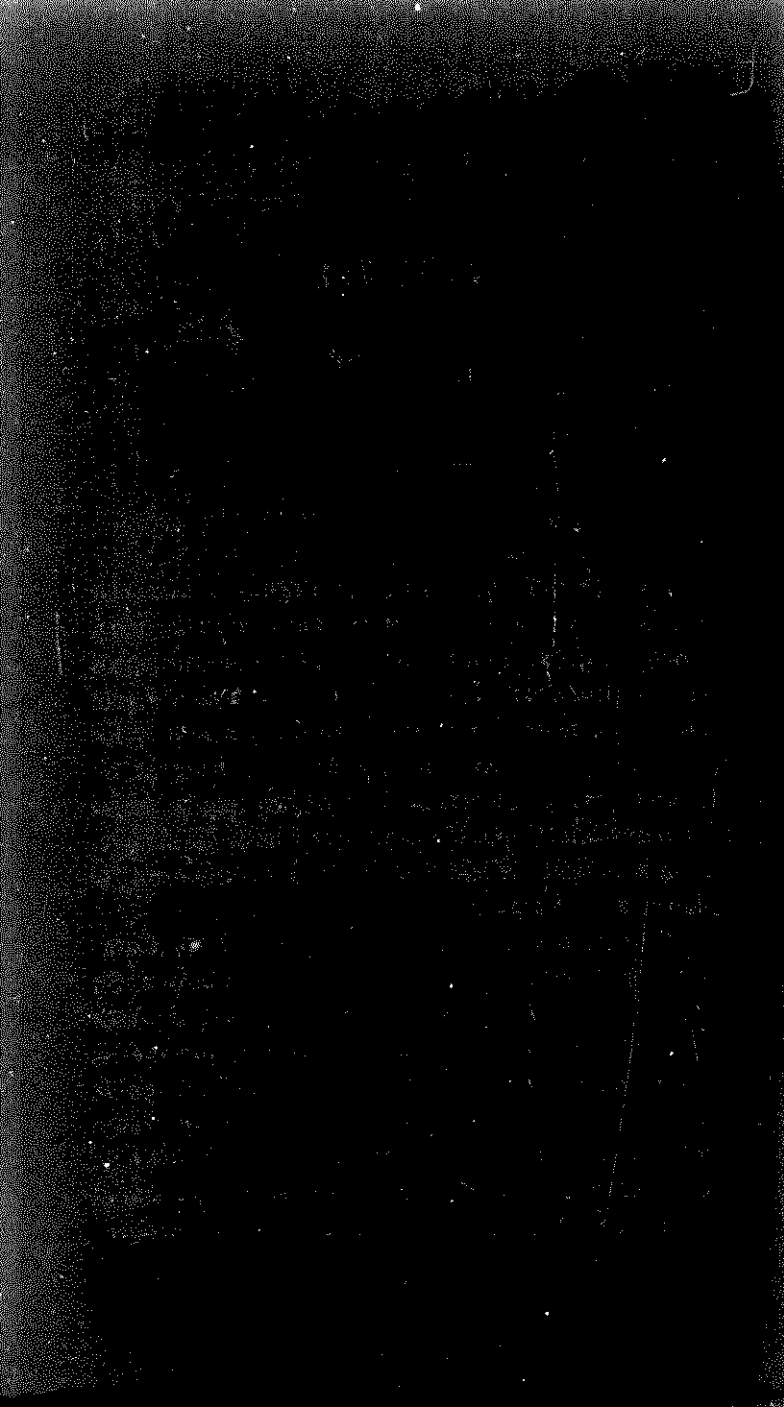
V.

Al siguiente día, á las once en punto, se hallaban los Magistrados dispuestos para almorzar. Se habia dormido poco, pero era casa de órden. Sólo faltaba Luisa, á quien hubo que llamar por dos veces para que acudiera. Cuando se presentó á la puerta del comedor, los tres comensales se echaron á reir. La madre, tomándole una mano, fué presentándola alternativamente á su hijo y á su esposo diciendo :

—Tengo el gusto, Luisa, de presentarte al joven que te requebraba anoche, y al caballero que estuvo á pique de casarse contigo.



VICENTE.



VICENTE.

I.

No sabemos qué clase de influjo ejercen las estaciones en nuestro espíritu, para impulsarnos á discurrir en armonía con los ocultos sentimientos de la naturaleza. En los primeros meses de este año, cuando las flores comenzaron á brotar y los aires á perfumarse, escribimos una historia de primavera, la historia de **LUISA**: hoy que las hojas se han caído y que los vientos casi hielan la sangre, se nos ocurre referir una historia de invierno, la historia de **VICENTE**.

Vicente era originario de las montañas de Cataluña, por la parte de la provincia de Gerona. Su padre fué guardabosque toda su vida, de esos montañeses que no aprenden castellano, que apenas bajan al pueblo, y que escogen sepultura en la vejez al pié del árbol añoso que plantaron fresco en la juventud. Esto no obstante, tuvo gusto de que sus hijos se ilustraran alguna cosa más que él y los puso á la escuela, con ánimo de que progre-

saran en la senda de aquella mísera vida á que por necesidad tenía que sujetarlos. Vicente, el mayor de dos varones, recibió cierta educacion, que le permitia al volver á la montaña emplearse en algo más activo que la guarda de una selva; y, merced á estas disposiciones, su padre lo dedicó á la industria de la localidad y del país, á la industria del corcho.

No son por lo comun iguales todos los montañeses y casi diríamos todos los guardabosques. Cuando la montaña es simplemente agreste, es decir, cuando sólo produce leñas y retamas, el montañés es agrio y duro como la naturaleza que lo rodea; pero cuando la montaña es industrial ó se presta al trabajo ingenioso del hombre, el montañés adquiere un desarrollo de espíritu proporcionado al desarrollo de su cuerpo, y puede decirse de él que se civiliza sin notararlo.

En esas montañas de Gerona, donde crece la encina que, avergonzada quizá de no producir fruto, se desnuda cada dos años para ser útil á su dueño, el montañés es más que pastor y más que árbol viviente; es criatura que piensa y criatura que ambiciona: se halla entre el brote de la fertilidad, que á nada propende, y el brote de la civilizacion, que á todo conduce. El hijo de un guarda de esas selvas puede no ser un leño, sino un hombre.

Vicente lo era, en efecto, desde sus primeros años. Su padre cuidaba los árboles, y él daba vida á su corteza. Tal vez de los tiempos de

Vicente data en el país la extranjerizacion y progreso de la industria del corcho. El anciano que era hombre de luces naturales, decia:—«Desde que ví que sus manos eran más pequeñas que mis manos, calculé que yo debia arrancar las tabletas y él labrarlas.»

El nuevo industrial alcanzó bien pronto nombre y fortuna. Sus manos pequeñas, que con dificultad habrian manejado el hacha, manejaban perfectamente las maquinillas é instrumentos de la labor fructuosa que enriquece al país. Esto valió á Vicente la mayor satisfaccion á que aspiraba, que fué alojar á sus padres en una vivienda cómoda, librarlos de trabajo corporal, cuidarlos y asistirlos en una vejez tranquila, hasta que la muerte senil se los llevó, bendiciendo el nombre de su hijo.

Una muchacha delicada y bella, á modo de esas flores que la naturaleza se complace en hacer brotar entre árboles caducos, tenía cautivado el corazon de Vicente en vida de sus padres. Despues de la muerte de éstos, Vicente no la ofreció ya su corazon, sino todos los goces de la familia. Casáronse con regocijo público y felicidad privada, como se unen los que parece que han nacido el uno para el otro, y la raza del guardabosque comenzó á dulcificar insensiblemente la aspereza de su origen.

Vicente era ambicioso; luégo dirémos por qué: pero era tambien amante, y ahora vamos á saber cómo. Paula no era una mujer robusta ni de buena salud: habia nacido en la montaña, porque en su pueblo no habia valle; pero el valle la reclamaba

como á los lirios. Su marido lo comprendió desde el primer momento, y como sus ideas coincidían con un cambio de fortuna, se decidió á trasplantarla.

La industria de los bosques de Gerona no era ya campo bastante para las intenciones de Vicente. Otros corcheros más antiguos, con mayores recursos y más crédito comercial, monopolizaban los talleres y los mercados. Hombres como él debían roturar por sí mismos montañas desconocidas ó inexplotadas; y como en el lado opuesto de la Península crecían casi en libertad árboles de corcho mal aprovechados, en ellos fijó sus miradas Vicente con el espíritu emprendedor y laborioso que le distinguía. A la manera, pues, que los alemanes van á Francia para llevar adelantos á la industria, y los franceses vienen á España con igual objeto, nuestro hombre creía que sus aptitudes personales le llamaban al reino de Sevilla y sierra de Cazalla, donde el buen oficial de Gerona podría ser maestro y casi jefe de su industria.

Las ambiciones de Vicente eran justificadas. Amaba mucho, como hemos dicho, á su mujer; pero aún tenía otro amor escondido en su pecho, al cual era forzoso acudir con recursos extraordinarios. En una escuela pía de Gerona se educaba, poco ménos que de caridad, un hermanito suyo mucho menor que él, para quien la muerte de sus padres y la boda de su único hermano habían dejado dos veces huérfano. Vicente lo hubiera llevado consigo desde el primer día, para que siguiese en

su propia casa el oficio de corchero; mas al muchacho le sucedia algo de lo de Paula: era fino de constitucion y de carácter; demostraba mayores dotes de inteligencia que de robustez; no era el fruto natural de un guardabosque, sino el ave pasajera de las montañas.

Vicente tenía prisa de costear una buena educacion á su hermano, ántes que el deber le llamase á invertir todos sus recursos y todo su amor en los probables hijos de su matrimonio. Paula no podria ofenderse por ello, al ver que un gran sacrificio de su marido compensaba la prodigalidad que se disponia á ejercer; y sobre todo, Paula era buena, tan buena y razonable, que á la vez de esposa de Vicente se llamaba con orgullo hermana de su cuñado. Ella lo queria mucho tambien.

Una mañana, con asombro de los montañeses vecinos de aquella ejemplar familia, abandonaron Vicente y Paula su suelo nativo de Gerona para emigrar á las tierras de Andalucía. Un sentimiento patriótico les habia inducido á disponer en silencio todos los pormenores de su traslacion, por no arrepentirse con los consejos y advertencias de sus amigos y deudos. Se detuvieron en la ciudad el tiempo preciso para surtir al novel estudiante de cuanto pudiera serle necesario en algunos meses, y con el corazon lleno de ilusiones se encaminaron á Cazalla de la Sierra.

II.

Los alcornocales de las montañas de Huelva eran á la llegada de Vicente lo que son todos los terrenos del Mediodía para los ojos de los hombres del Norte: un paraíso sin explotar. No se había engañado, pues, en sus cálculos ni concebido esperanzas que no tuvieran una próxima realización. Vicente se hizo en seguida el inspirador, el maestro, el jefe de la industria del corcho. Su clara inteligencia y su poderosa actividad le condujeron como por la mano al logro de cuanto deseaba. Respeto, cooperación, auxilios, todo lo obtenía en fuerza de su indisputable valer y de su evidente competencia para el negocio.

Antes, mucho ántes de lo que presumió, pudo poner en práctica una idea que por el momento colmaba sus ambiciones. Aquel hermano querido, aquel muchacho inteligente y despierto á quien se propuso dotar con los dones de una ilustración que á él propio le faltaba, partiría con la ayuda de abundantes recursos á Inglaterra, donde en breves años podía adquirir vastos conocimientos

comerciales; y el uno produciendo, y el otro negociando; rústica materia éste y aptitud civilizada aquél; exento de todo linaje de envidias, como se sentia, y ganoso de la felicidad de los suyos, con que soñaba, ese solo acto de su atrevido discurso era la palanca de tres móviles de amor: el engrandecimiento de su hermano, el desahogo de su esposa y la fortuna de sus hijos.

Realizóse el proyecto inmediatamente. Paula ayudó en él, no por el incentivo de un lucro más ó ménos personal, sino porque amando á su cuñado creía que amaba más á su esposo. Vicente fué feliz.

De esta manera se deslizaron los años en el seno de aquellas dos criaturas, cuyo único dolor era no verse sucedidos en su fortuna y en su dicha por descendencia propia. Una hermana de Paula, casada despues que ella, tenía ya cinco hijos en las montañas del Ampurdan. ¿Les habria castigado Dios á éstos por su ingratitud para con el bosque que los vió nacer?

Paula y Vicente trabajando de consuno, más como dos jornaleros que como dos propietarios, veían acrecentarse sus bienes de una manera prodigiosa. Las noticias del hermano sobre sus estudios eran asimismo todo lo buenas que podían ser: el colegial ocupaba los primeros lugares en las asignaturas que cursaba, y aunque era el más revoltoso del colegio y casi siempre estaba castigado, á la postre obtenia notas de sobresaliente. — «Nunca han sido buenos en la

escuela más que los tontos» (decía el hermano).

Vicente era dueño de un caudal de diez á doce mil duros, cuando le escribieron de Lóndres que el chico podía ya valerse por sí solo. Despidió al corresponsal que tenía en aquel gran mercado de su industria, y desentendiéndose de los corredores que venían á Sevilla para agenciar sus productos, estableció allí, con nombre de su hermano, una factoría de corchos de Cazalla. Las facilidades de este comercio directo se dejaron sentir bien pronto: ya no bastaban los corchos de Vicente; era necesario adquirir los de casi toda la sierra para satisfacer los pedidos que se le hacían. El hermano menor ideó una nueva industria: como su hermano no necesitaba ni con mucho, todo el dinero de las ventas, su importe se invertía en préstamos sobre materias similares, de que siempre se sacaba interés, y en ocasiones utilidades extraordinarias por su abandono.

En un breve espacio de tiempo, el capital de Vicente montaba á cerca de treinta mil duros: su firma valía en Sevilla por lo ménos el doble, y aquel humilde jornalero catalán, que pocos años ántes había venido con un hacha y una sierra en busca del trabajo de su cuerpo, ponía ya envidia á antiguos y afortunados negociantes que pasaban por agudos en la comarca.—En lo único que se diferenció Vicente de estos émulos suyos, fué en que jamás alteró la modestia de su traje ni la humildad de su trato y conducta. Podía ser un menestral rico; pero era un menestral.

Cierto día entró pálido y demudado en el escritorio de su banquero. Solicitó hablar á solas con éste, y al quedarse en su presencia no pudo decir palabra: los sollozos y las lágrimas ahogaron su voz. El banquero, que era un hombre de sentimientos delicados y que estimaba mucho á Vicente, se adelantó á socorrerlo, preguntándole con interés la causa de su desdicha.

—Señor (le dijo): estoy arruinado. En Londres no he tenido nunca factoría; mis corchos no han sido nunca objeto de lícito comercio; mis haberes nunca se han empleado en negociaciones honradas; todo lo que ha llevado mi nombre ha sido una mentira, una falsificación, una estafa. Ese infeliz ha pisoteado el apellido de mi padre, el mío, el suyo: su conducta fué desde los primeros momentos la más desastrosa; sus vicios, sus amistades, sus flaquezas, son un puro escándalo desde que se vió libre. En un corto período ha derrochado y consumido mi fortuna, mi crédito y mi honor. Yo no vengo á lamentarme aquí de lo que he perdido, sino de lo que no puedo pagar. Las últimas letras giradas por esta casa vienen protestadas; los pocos efectos que allí había se hallan embargados; las remesas de que puedo disponer están ya pedidas por la justicia: yo no soy un hombre, soy un ladrón.

Y Vicente se mesaba los cabellos como un insentato ó como un suicida.

—Podía perseguirlo por los tribunales (continuaba), porque casi todas las operaciones que ha hecho están fuera de ley, y es un menor de edad;

pero yo fuí quien lo declaró mayor; yo lo recomendé á mis corresponsales; yo falseé la misma ley concediéndole una confianza que no merecia; y sobre todo, al perseguirlo, persigo á mi padre, me persigo á mí, lo persigo á él; á él, á quien maldigo con toda mi alma, pero á quien amo con todo mi corazon. ¿No es verdad, señor, que no se puede aborrecer en un instante al que se ha amado toda la vida?

Y aquel hombre rudo y seco, aquel montañés que apenas tenía palabras ni ternuras en el exterior de su trato, era ahora sensible y elocuente como un apóstol. El comerciante que lo escuchaba se sintió conmovido con su razonamiento, aún cuando de las declaraciones de Vicente se deducia que las pérdidas eran comunes esta vez. Procuró ántes de nada tranquilizarlo, y luégo le preguntó como con aire de esperanza:

—Y bien, Vicente: ¿qué es lo que podemos hacer?

Vicente se asió á las manos de su interlocutor en ademan de gratitud; y, con los ojos ya secos y la palabra dura, que le era propia, repuso:

—Lo primero, pagar. Es necesario que esas letras sean recogidas inmediatamente; que todo lo que lleve mi nombre y el suyo sea satisfecho; que los que se han fiado de mí no se arrepientan ni un instante; que yo sólo padezca y sufra las consecuencias de un error en que he caído por debilidad de mi alma. Aún no soy viejo; tengo fuerzas y hábitos de trabajo; mi mujer es una santa y traba-

jará como yo; uno y otro le ofrecemos á usted, delante de Dios que nos oye, no reposar un minuto hasta que los compromisos que usted contraiga por nosotros queden solventados. Ella tiene un hermano en la montaña, á quien llamaré y nos ayudará. Él no se ha salido de su esfera, él no ha abandonado los árboles de su bosque, no ha tenido quien se sacrifique por empujarlo y engrandecerlo, y estoy seguro de que vendrá en nuestra ayuda. ¡Por su esposa, por sus hijos, por sus hermanos de usted le pido que no nos abandone, señor!

Vicente habia ya dicho su última palabra. El banquero comprendió que despues de este supremo esfuerzo, tan impropio de su carácter, no le quedaba más que morir, si se le desatendia.

Asumió, pues, todas las deudas en su nombre, y convino en diferir su reembolso á seis períodos de un año cada uno. Vicente, que penetró en casa de aquel caballero sin bienes y sin honra, salia con desahogo y honrado. Era aquélla su segunda felicidad.

En todo el año volvió á saberse de él. Al cabo del mismo, se presentó casa del banquero con la anualidad estipulada. Su exterior era lúgubre y como parado. Dió muchas gracias á su bienhechor, y se despidió para el año siguiente. En esta fecha vino de nuevo al escritorio y entregó la suma que vencia. Su aspecto era el de un hombre por quien pasan los meses con velocidad aterradora. Dijo que el hermano de su mujer le

sustituía ya con ventajas en la industria, y se retiró.

Al tercer año no fué Vicente quien vino á Sevilla, sino Paula vestida de luto. El pobre montañés había muerto de trabajos y de dolores.

III.

Paula no pudo referir lo acaecido en la sierra de Cazalla con su infeliz esposo. Nosotros lo diremos, porque fueron testigos de su agonía todos los habitantes de la aldea.

Vicente, al volver la primera vez de Sevilla, varió por completo de conducta. Abandonando sus trajes finos, á que tenía derecho en opinion general por sus riquezas, volvió á vestir el saco burdo de los jornaleros, y se retiró al monte. Allí dirigia los trabajos y trabajaba él mismo, como quien desconfia de la eficacia y actividad de sus capataces. En vez de emplear á un cuñado suyo que habia traído de Gerona en las labores campestres, para las cuales era muy propio, ni de proponerse disfrutar sus ahorros como cualquiera habria hecho en su caso, parecia que tomaba las faenas más rudas como medicina para su cuerpo ó como penitencia para su alma. Algunos creyeron que se habia vuelto avaro, segun el interés que mostraba en las cuentas, y la febril ansiedad con que acometia todos los negocios; pero esta

suposicion cayó por su base, desde que vieron que el cuñado era quien dirigia la fábrica, y la mujer la que manejaba los intereses. En ellos podia residir más que en el otro la avaricia. Lo único que tuvo visos de fundamento fué la opinion de un gañan de que al amo se le habia trastornado un poco la cabeza. Él, que habia sido siempre tan amable, regañaba ahora por cualquier fruslería; y él, que jamás demostró familiaridad con sus dependientes, soliales dirigir la palabra con incomprensibles burlas.

Un dia, por ejemplo, dijo á los peones en un rato de parada:—«Muchachos: aun cuando llegueis á ricos, no permitais, si os llamais Vicente, que os digan señor Vicente ó don Vicente, porque esto tiene muchas contras en el mundo.»—Los peones se encogieron de hombros y siguieron comiendo pan.

Otro dia, por vísperas de Pascua, amenazó con llevar ante la justicia á todos los que le debian dinero, si no se lo pagaban ántes de fin de año.

En una ocasion, por último, le trajeron una carta certificada de Inglaterra: devolvió el sobre firmado, y rompió el papel sin leerlo. Despues se le saltaron las lágrimas.

Todo esto daba motivos para sospechar que al amo le pasaba alguna cosa. En lo que no cabia duda era en que los negocios marchaban perfectamente, aunque en la casa ya no se celebraban fiestas, ni se comia tan bien como ántes.

La culpa de estas extravagancias podia ser del

cuñado; antipática persona, cuya venida coincidió con las trasformaciones que referimos. Si rudo era Vicente cuando llegó á Cazalla, su hermano político era una especie de ogro. Ignoraba casi absolutamente el castellano, y no entendía jota del lenguaje del pueblo andaluz; bien que de nada le hubiera servido su conocimiento, pues que en sus escasas relaciones con las gentes, apénas se valía más que de monosílabos. Para todas las preguntas, por complicadas que fuesen, sólo tenía un *sí* ó un *no*. Era muy miserable, pues se vestía con las ropas nuevas de su cuñado, que no le venían bien, y que le caían sobre su facha salvaje bastante mal. Comía pocas veces caliente, y no probaba el vino, á cuyas costumbres achacaban los peones lo linfático y soso de su conducta. En una palabra, atendiendo á sus guedejas largas y flojas, á su seriedad constante, á la economía de su conversacion y á las amonestaciones sentenciosas que de vez en cuando lanzaba, los oficiales del taller le pusieron por mote el *Cristo viejo*.

Jamás se le vió gastar un cuarto en ninguna cosa, ni mucho ménos darlo ni prestarlo; ajustaba las cuentas al céntimo, sin decir nunca á nadie que se quedára con los picos; era de esos que aprovechan hasta la basura, y que idean hacer cosillas pequeñas con los restos de las grandes; en fin, al cuñado de Vicente, segun la opinion de los vecinos de la sierra, no habia por dónde cogerlo.

Como no tenía vicios ni virtudes, estaba siempre trabajando; no santificaba las fiestas del Alman-

que, y apénas los domingos; concluidas sus tareas propias, echaba mano á las de otros, y más de una vez tuvo disgustos con su cuñado, porque Vicente, que era tan activo, se solia encontrar hechas las labores que se reservaba.

El nuevo montañés unia á todos estos defectos, el de un egoismo refinado. No contento con que le mantuvieran á él, que no hacía falta en el monte, solicitó de Vicente que viniera á Cazalla, para vivir con ellos, una hermana viuda con cinco hijos. La mujer, como es natural, apoyó la idea, porque al fin era hermana; y el pobre Vicente, que por fortuna no tenía familia, se encontró de un golpe con dos cuñados y cinco sobrinos.

Es hasta donde podia llegar el abuso. La hermana y los muchachos vinieron en cueros.

Sea por estas causas ó por otras, ello es que Vicente fué perdiendo robustez y salud, en términos de inspirar cuidados. La cabeza se le llenó de canas, y los ojos perdieron su animacion y su brillo. Algunos años ántes se habria creído que estaba encanijado ó presa de un mal de ojo; pero en estos tiempos de despreocupacion se achacaba la enfermedad á los parientes.

Un dia amaneció amarillo como la bayeta, y no pudo acudir al trabajo. El cuñado y Paula se encerraron con él, como si todos tres fueran enfermos, y en lugar de darle muchas medicinas para volverle el color, le atormentaban la cabeza con lecturas y escrituras. Allí habia algo de misterio, que á no ser Paula una buena esposa y buena cris-

tiana, se habria tenido por crueldad de herederos impacientes. El boticario de la aldea, que entendia mucho de enfermedades, dijo que el hombre estaba perdido.

Y el boticario acertó. Un mes dia por dia pasaron Paula y su hermano á la cabecera de Vicente sin desnudarse y sin cerrar los ojos. Paula solia salir á la cocina para hacer remedios y para llorar; pero el cuñado, que no lloraba, permanecia con el enfermo apretándole con las suyas las manos, ó poniéndoselas sobre la frente.

Con las primeras heladas de aquel invierno coincidió el instante fatal. Una madrugada de Diciembre, hallándose en la alcoba del moribundo el sacerdote que le habia asistido, un médico que se trajo de Sevilla, la esposa y el cuñado, Vicente pareció que queria dirigir á cada uno de ellos algunas palabras de gratitud, excepto al último cuya recomendacion era imperativa. El sacerdote se arrodilló instintivamente; Paula se arrojó sobre el cuerpo de su marido en actitud de querer morir con él; el médico, impresionado, se salió de la estancia; y sólo el montañés, que permanecia impassible al lado del lecho, pronunció en alta voz, como de quien quiere ser bien comprendido, esta enigmática frase: — « Te lo juro. » — En cuyo momento espiraba Vicente.

IV.

Ya hemos dicho que fué Paula la que acudió el tercer año á casa del banquero. Vicente dejó reunida al morir casi toda la cantidad del plazo que vencía, y la esposa no titubeó en aportarlo á la fecha estipulada, cumpliendo la voluntad de su marido.

El cuarto año no fué Paula la que vino á Sevilla, sino el cuñado, y éste no traía dinero ninguno. El banquero no lo extrañó, porque sabía que Vicente no habia dejado fincas, que los corchos estaban en baja por una porcion de razones comerciales, que en Cazalla habia una numerosa familia sin cabeza, y sobre todo, que la muerte borró en un segundo la posibilidad de hacer efectivos los créditos. Bastante se habia cobrado ya.

Cuál, pues, no debió ser su sorpresa, al oir al desconocido que venía á ajustar las cuentas de Vicente y á encargarse de pagarlas. Por satisfactorio que pudiera ser para el banquero este anuncio, su buen corazon, que ya ha demostrado que lo tenía, movióle á decir al montañés que entre

ellos nada habia pactado, á no ser que fuera heredero de Vicente. Entónces supo que Vicente no habia dejado nada de nada. Su propio trabajo, que nunca fué tan rudo como en aquella época, y el que su cuñado le prestó, con ayuda de las economías de Paula, bastaron apénas para agenciar las sumas que se habian satisfecho. Aumentada ahora la familia con seis desgraciados más, y faltando la inteligencia y laboriosidad del que fué padre de todos, no quedaba al presente otra cosa que la resolucion irrevocable de cumplir los compromisos del muerto.—«Se lo he jurado (decia el hombre) y lo cumpliré.»

El cuñado de Vicente se expresaba muy mal. Despues que, como ya hemos dicho, no sabía castellano, su estancia en Andalucía y en la sierra casi le obturó los órganos de la palabra. Habia que adivinarlo para comprenderlo. Hé aquí lo que vino á sacarse en claro de sus monosílabos.

Vicente estaba insepulto; los negocios no iban bien; dos mujeres y cinco pequeñuelos abandonados; él era fuerte y trabajador; se lo habia ofrecido al morir; sustituyendo las obligaciones del difunto por obligaciones propias, ganaba el banquero; queria, pues, los pagarés; Vicente estaba insepulto.—Todas estas palabras, barajadas con gran trabajo y repetidas sin órden, formaron el discurso del montañés.

Hombre de negocios el que lo escuchaba, comprendió que aquel pecho sano no podia mentir, y accediendo á la principal exigencia que se le hacía,

no tuvo inconveniente en cambiar los créditos del difunto por otros iguales, que el cuñado firmaba á un poco más de fecha.—«Yo trabajaré (murmuraba de nuevo); soy robusto y jóven; se lo he jurado; Vicente está insepulto.»

Hecho el canje de obligaciones, el montañés partió con visibles muestras de contento. Sin embargo, acababa de comprometerse sin razon ninguna. El banquero ordenó averiguar lo que entre aquella familia sucedia, y éstos son los datos que le proporcionaron.

Al volver el cuñado de Vicente á la aldea se dirigió á su aposento, en uno de cuyos rincones habia una lápida de mármol con letras de oro, donde constaban el nombre, edad y fecha del difunto. Alzóla entre sus manos á la altura de su cabeza, y pareció como que le dirigia algunas palabras. ¿Qué hacía aquella lápida allí? ¿Aludiria á esto la repetida frase de que Vicente estaba insepulto?

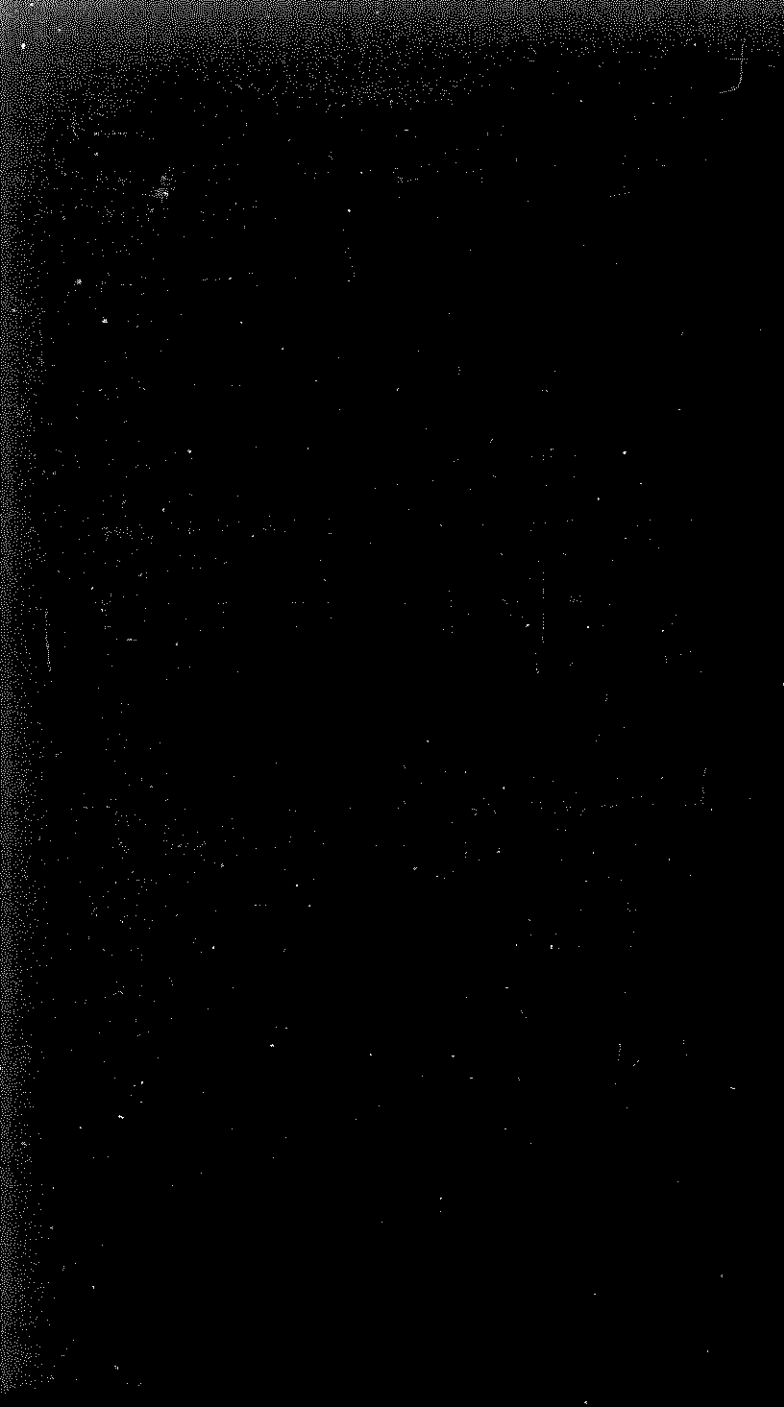
A la otra mañana, ántes de amanecer, toda la familia se dirigió al cementerio con el hombre á la cabeza; y mientras él arrancaba unos ladrillos provisionales que cubrian la sepultura de Vicente, las dos mujeres y los niños se arrodillaron cerca del lugar. Descubierta la caja, el montañés sacó una llave y la abrió: estaba amaneciendo. Un mozo habia traído hasta allí la losa de que ántes hablamos, y colocándola en el suelo por el revés segun ordenó el cuñado, procedió éste á amontonar sobre ella diversos papeles en un rebujo in-

forme; pególes fuego con cierta solemnidad, y cuidando de que el aire no se llevara ninguna pavesa, los redujo á cenizas. Despues, levantando con sus nervudos brazos la losa, derramó estas cenizas sobre el cadáver, diciendo al propio tiempo:— «Te lo he cumplido.»—Y cerrando la caja, sobre cuya cruz se inclinó para estampar un beso, hizo á todos que le imitáran, y sepultó en definitiva á Vicente con sus créditos saldados en absoluto.

Paula, su hermana y los niños rompieron en sollozos al caer la losa; pero el montañés, en cuyas pupilas principiaba á apuntarse la debilidad, se rehizo repentinamente exclamando:—«Hoy se llora lo que se quiera: mañana, á trabajar.»—Y con pasos precipitados se encaminó á la casa.

A la fecha en que escribimos, dirige este hombre la educacion de cinco muchachos, y cuida de dos viudas; responde además á todos los compromisos menudos del que faltó, puesto que los grandes ya no existen, y trabaja dia y noche para cubrir las deudas que voluntariamente hubo aceptado.

Por desgracia suya, ni aun podemos consignar aquí su nombre; porque, exento de toda personalidad desde que pisó la Andalucía, en la sierra de Cazalla no se le conoce más que por *el cuñado de Vicente*.



LA MADRE FELIZ.

LA MADRE FELIZ.

I.

Nosotros conocimos á una señora que se casó muy jóven y por amor. El hombre que sobre ella puso los ojos, era el que ella habria escogido entre todos los hombres, si en las mujeres residiera la facultad de elegir.

Producto de este dichoso matrimonio fueron dos hijos, el primero de los cuales murió ántes de nacer, ocasionando las primeras lágrimas, ó por mejor decir, las primeras penas profundas de aquella niña-madre. El segundo se crió para consuelo de la otra ilusion desvanecida, y era el encanto de marido y mujer: se parecia á los dos sin parecerse más que á sí mismo, porque segun la expresion de sus padres, no lo habia igual en la tierra. Una mañana amaneció con la garganta oprimida y con calentura. El niño se abalanzó instintivamente al cuello de su madre, y la dijo: —«¡Mamá mia, yo no me quiero morir!»— La madre es la que queria morir en aquel momento.

Llamó á todos los médicos, consultó á todos los prácticos, rezó toda suerte de oraciones, derramó todo un raudal de lágrimas; y al ver que la pobre criatura se ahogaba entre sus brazos, le gritó con loca desesperacion:—«¡Yo te acompañaré á la gloria, hijo mio!»

Un pavoroso y lúgubre silencio sucedió en aquella casa á los ruidos y alegrías del ángel que la habia abandonado. Los jóvenes esposos no podian mirarse sin conmovirse, no podian hablar sin proferir quejas, no podian ver á nadie sin que se destrozase su corazon en pedazos. La pequeña tumba del niño se habia agrandado para tres.

El hombre, que era hombre al fin, y que adoraba en su mujer el pasado, el presente, y hasta un futuro, más ó ménos nebuloso, pero con íris de esperanza, quiso reducir los límites del dolor, procurando á su esposa distracciones y cansancios físicos. La llevó á viajar, la hizo contraer relaciones con muchas gentes, la colmó de cuidados y de ternuras: lo único que no pudo hacer fué impedir que anduviesen muchachos por todas partes. La mitad de la conversacion de la niña se encerraba en estas palabras:—«Así era el mio.»

Dios misericordioso permitió que al cabo de algun tiempo volviese á ser así uno de los suyos. El solo bálsamo que mitiga, aún cuando sin curar, los dolores de un hijo que se marcha, es el hijo que viene. ¡Infelices de los padres que pierden el único!

Y no sólo nació el niño, y se crió, y se parecia

al otro, y alejaba toda sospecha de desaparecer, sino que tambien nació una niña para que jugara con ella el muchacho; niña delicada y primorosa, de esas que completan el doble matrimonio de los hogares favorecidos por la fortuna. Ya hubo de qué hablar en la casa:—«Tú quieres más al niño.—Y tú á la niña.—Yo los quiero á los dos iguales.»—Encantadora reyerta que acababa casi siempre por la interposicion del muchacho, que decia:—«En esta casa no se quiere á nadie más que á mí.»

No hay en el mundo familias tan dichosas como aquellas á las cuales no les sucede nada, ó por lo ménos muy poco. Esta que nos ocupa ahora, era tan pobre de incidentes como rica de felicidad y de amor. Sus ambiciones eran modestas, sus recursos holgados, sus amistades escogidas, su reputacion intachable: no habia de ella nada que decir. Padre y madre, hijo é hija eran dos inocentes y dos picaruelos, arrebujaos en una capa de satisfacciones perpétuas. Se les hubiera podido compadecer por su insignificancia, á no envidiarlos por su tranquila independencia. Ya se sabe que el Limbo está muy cerca de la Gloria.

Con estos antecedentes, no se extrañará que produjera cierta emocion en el seno de aquella familia una carta recibida de Bélgica, que, áun cuando del origen de otras que llegaban con periodicidad, contenia cláusulas singulares.

Decia así, poco más ó ménos:—«Querido hermano: Ya sabes que no tengo hijos y que he per-

dido la esperanza de llegar á tenerlos: en cambio, poseo un caudal respetable que dedico á los tuyos. ¿Quieres que te eduque al muchacho? Sé que la educacion de los jóvenes no está ahí como fuera de desear, y que salen por lo comun ignorantes y traviesos. Aquí, por el contrario, se hacen hombres por la emulacion y el estímulo 'general. En esta villa de Namur, donde yo vivo, hay excelentes colegios, y sobre todo uno católico (lo digo para tranquilidad de la madre) que es quizá el primero de Europa. Mi mujer y yo nos dedicaremos al niño como si fuera propio: vosotros le vereis siempre que se os antoje, bien viniendo aquí, bien llevándolo nosotros á esa; y si por desgracia se pusiese alguna vez enfermo, lo sabríais con tanta verdad y prontitud que pudiérais asistirlo personalmente. Contéstame en seguida, porque esta es la preocupacion constante de mi mujer, y la de tu hermano, que te quiere, etc.»

El padre se quedó suspenso y pensativo ante la lectura de esta carta; pero la madre, que no necesitaba sin duda reflexionar, exclamó de un golpe y sin esperar consulta:

—No, no, de ninguna manera. Contéstale que gracias.

Despues meditó algunos instantes, y sin esperar tampoco consejo ni discusion, dijo:

—Sí, sí, contéstale que sí, y haced lo que queráis.

Porque en las madres hay una cosa superior al cariño presente de sus hijos, y es el cariño para

mañana, la idea de su porvenir. Sólo una madre se acongoja, miéntras da de mamar á su hijo, pensando en que algun dia puede caerle soldado.

Todas las razones convinieron en que á semejante carta no cabia más respuesta que aceptar con gratitud la fortuna que se les ofrecia. El niño habia de ser educado en algun punto; los colegios, áun cuando estén cerca, apartan á los hijos del regazo de sus padres; ya entónces se viajaba con tanta facilidad y presteza como ahora; ellos, aunque no pobres, tampoco tenian grandes bienes que dejar á los suyos; en Bélgica se haria un hombre de mérito, miéntras que en Madrid podia convertirse en un quidam como tantos otros: se les escribió á los tios que dispusieran del muchacho.

Ocho dias despues de escrita la carta, se entraron por las puertas la cuñada y el cuñado de la madre. Traian trajes para el niño, comprados de la última moda en Bruselas, y monerías de todas clases, compradas para la niña en París. A los padres les trajeron más que todo eso: la seguridad absoluta y evidente de que un hijo puede tener dos padres y dos madres.

Hasta el dia de la marcha la jóven tuvo valor, y casi podemos decir contento; pero en el andén del ferro-carril, y á la hora de la partida, la pobre mujer desfalleció casi tanto como en otro trance terrible de época ya lejana. Al arrancar el tren, la infeliz se cubrió el rostro para no verlo moverse, y dejando caer un diluvio de lágrimas, que no tenian vergüenza de los ojos indiferentes que las

contemplaban, cogió ambas manos de su marido exclamando:

—De cuatro, he perdido tres.

El esposo, que, aún cuando afectaba mayor entereza, aparecía transido de dolor, no supo qué contestar. Bajóse maquinalmente á donde estaba su hija, y la colocó en brazos de su esposa.

II.

Las madres exageran, por lo comun, lo que suponen peligros para sus hijos. El muchacho hizo un viaje muy feliz; las tierras por donde pasaba le gustaron mucho; la villa de Namur y el colegio de los Padres le parecieron muy hermosos; la sociedad de sus compañeros, entre los cuales habia dos mejicanos, fué para él de una delicia infinita. La primera carta que escribió á su madre (y ésta fué tambien para ella una primera revelacion) rebo-saba en felicidad, en besos y en cariños. Lo ménos se leyó veinte veces; pero lo que más gracia hizo á los esposos, fué una posdata en que el chicuelo se permitia cierta pedantesca erudicion, en esta forma:—«Mamá mia: En la Catedral he visto el sepulcro de D. Juan de Austria.»

A los tres meses las cartas venian ya en francés, y ántes de los seis participaba el tio que el muchacho hablaba flamenco como un bebedor de cerveza. Los Padres le habian prohibido el uso del español, porque decian, y no sin fundamento, que lugar le quedaba despues para recordarlo, y que lo

importante entónces era aprender otros idiomas. Algunas cartas del tío darán idea de los aprovechamientos del escolar.

«Vuestro hijo se está poniendo como un toro. (*decía*). Salta más que ninguno, patina mejor que ninguno, y da pescozones á sus compañeros como ninguno. En el colegio le llaman *el español*, que aquí equivale á decir *la fiera*; y á no ser porque siempre explica las lecciones (ya veis que no os digo que las sabe), pasaria su vida en el calabozo. De pan y de manteca no os quiero hablar: el mayordomo me dice que me va á pedir un suplemento.»

Otra carta:

«El muchacho ha ganado un premio en las conclusiones de trimestre. Lo notable del caso es que los compañeros con quienes luchaba, eran todos más antiguos que él. Pero, amigo, el tunante toma la palabra y me los confunde á todos: dicen que tiene miga de orador. Yo lo conozco cuando los dias de fiesta viene á nuestro lado: no hay medio de que tenga razon nadie, como se le deje hablar. Su tia intentaba al principio hacerle la contra, pero desiste ya desde que le oyó decir que todos los flamencos eran muy torpes. (Ya sabeis que ella es del mismo Gante.) Lo cierto es que cuando dice una palabra mal en su idioma nativo, él se la enmienda. El otro dia le ha pillado un paquete de cigarrillos, y se quedó tan fresco. La tia no ignora que los Padres jesuitas de aquí permiten á los muchachos mayores fumar despues de comer, porque, como

saben que han de fumar al cabo, prefieren que lo hagan con método y parsimonia. Él pertenece, como es natural, á los muy menores, y cuando le preguntamos para qué guardaba aquello, nos contestó que lo tenía preparado para cuando cumpliera la edad.»

Otra carta:

«Os escribo en domingo y no tengo al muchacho en casa; pero no os asusteis creyéndole enfermo: está en las prisiones militares del colegio, y la tia no ha podido conseguir que lo dejen libre. Parece que la otra tarde se trabó una batalla en el jardin entre flamencos y españoles: los españoles eran todos los que no eran flamencos. Vuestro hijo hacía de Duque de Alba, y dió un asalto á la fortaleza de Amberes, que era el estanque de arriba, de cuyas resultas cayeron de cabeza al agua el Conde de Egmont y el Príncipe de Orange. En el consejo de disciplina, donde el príncipe hizo la denuncia, salió condenado á dos domingos de reclusion; y cuando la tia ha pedido gracia, le dijo el Padre:—«No es lo peor, señora, que se nos venga haciendo el Duque de Alba, sino que como adquiere muchos diplomas de suficiencia, y éstos se cambian por diabluras, le ha jurado al de Orange que estudiará bien toda esta semana, para tener bastantes premios con que pegarle una cachetina el jueves.»

Estas y otras cartas por el estilo, que con frecuencia llegaban de Namur, constituian el encanto de los esposos, proporcionándoles la posible tran-

quilidad respecto al hijo ausente. Ayudaban á distraer á la madre otras atenciones no ménos tiernas, las de la hija, que crecía é iba llenando con su discrecion y con sus gracias el vacío del hogar doméstico. Sabido es que una muchacha, sobre todo si es única, sirve á su madre como de novia, con el cortejo consiguiente de entusiasmos, inquietudes, celos, riñas, paces, ocupaciones y preocupaciones sin fin. Así y todo, su salud comenzaba á resentirse algun tanto, en términos de que el marido creyó conveniente consultar á los médicos, por si lo que hasta entónces era insignificante, se convertía en dolencia pertinaz. El cuadro sintomático que la enferma expuso á la consideracion de los doctores, exigió unánimemente el uso de las *Aguas Buenas* en el Pirineo: todo lo que ella dijo lo aconsejaba así.

Al llegar la época bonacible partieron, pues, hácia Bayona el matrimonio y la niña, para dirigirse desde allí al célebre manantial donde tantas naturalezas delicadas recobran la salud. La noche del descanso dijo la mujer á su esposo:— «Perdóname si te he engañado; pero yo no voy á Aguas Buenas; yo donde voy es á Namur. Cuantas medicinas se me administren, son nada en comparacion de la medicina de mi hijo. Disculpa este arrebato, y llévame.»

El marido, que secretamente lo deseaba, y que secretamente se complacia en saber que la enfermedad era ménos alarmante de lo que supuso, se sonrió con ternura y tomó los billetes para Bélgica.

Los tres viajeros se abrazaron mutuamente con efusion.

La llegada á Namur verificóse por la mañana temprano. La familia estaba desprevenida, porque se la quiso sorprender, con ánimo de que la donosa aventura tuviese todos los caractéres de tal. La madre queria coger de improviso á su hijo, para contar las emociones de su pecho.

Pasadas las sorpresas, los abrazos y un diluvio de cariñosos trasportes, se decidió mandar al colegio por el chico. Al Director se le diria que reclamaba su presencia en aquella hora el arribo inesperado de uno de sus parientes. Todo lo combinó la madre con infantil travesura: en la sala se quedarían el padre y los tios; ella y su hija se esconderían en la pieza inmediata, desde donde pudieran contemplar el primer encuentro; y cuando ya el muchacho estuviera persuadido de que sólo su padre estaba allí, se arrojarían una y otra sucesivamente, para proporcionarle tres felicidades en un minuto.

Púsose manos á la obra, y ¡qué eternos parecían los instantes que mediaron desde el ensayo hasta la ejecucion de la escena! Al fin se sintió el ruido de unos zapatos gordos sobre las tablas del pavimento, que corrian, ó por mejor decir, se precipitaban y tropezaban en todas partes. El muchacho entró. Sus tios le dirigieron una mirada expresiva, señalándole al señor aquel que adelantaban de la mano; y el chico, que al reconocerlo pareció como que dudaba, fijóse atentamente y

dijo:—«¡Hola!»—con lo cual ya su padre pudo estrecharlo contra su corazon. Hubo despues algo de pausa.

—¿No me preguntas por mamá? (le interrogó cubriéndolo de besos).

El escolar, bastante cortado, repuso:

—Sí..., guy, ¿y maman?

La puerta del gabinete se abrió entónces, contra todo lo convenido ántes, y, como una leona, no como una mujer, se precipitó sobre el hijo la madre enajenada. El muchacho retrocedió instintivamente con cierto susto: miró á la señora y á la niña como quien en sueños recuerda, é instigado por los tios, se asió al cuello de su madre, cuyas lágrimas le hicieron prorumpir en llanto tambien. La emocion era general é imponente. El tio, para cortarla en lo posible, gritó echándola de humorista:—«¡Al comedor, al comedor, señores, que nos aguarda el desayuno!»—Y todos emprendieron hácia allá, con ménos bulla de la que en la estacion del ferro-carril era presumible, pero con bulla al cabo. En la puerta, la madre dijo al oido de su esposo con un dolor profundo:

—Nuestro hijo ya no nos quiere.

III.

Las madres, lo hemos dicho más arriba y lo repetimos ahora, exageran hasta con crueldad sus afectos del alma. El muchacho no habia dejado de querer á sus padres, ni podia ser así: habia dejado de verlos, habia perdido la costumbre de tratarlos, habia hecho abstraccion absoluta de su idioma, comia de otro pan, se acostaba en otra cama, recibia otros cariños; en suma, era un muchacho belga. En cuanto se repuso un poco de su emocion, dió un brinco hácia Madrid, y se encontró á los verdaderos, á los únicos autores de sus dias.

Durante aquel mismo desayuno, que comenzó amasado con lágrimas, pudieron observarse explosiones de ternura filial. El niño se agarró varias veces al rostro de su madre para besarlo; recordó la forma y las palabras de ciertas caricias, estropeó con agudo chiste las frases que en su tiempo decia con torpeza, y hasta quiso comer en el plato de su *mamuca*. La tia, que no le quitaba ojo, impidió esta accion descortés, recordán-

dole que no era esa la educacion que habia recibido. La madre lo disculpó, trayendo á la memoria que una vez en que padecia desganas, sólo lograban que comiera haciendo como que ella se lo ponía todo en su plato.

A la hora de descansar, el marido fué el que dijo á la mujer:—«Es necesario componernos de modo que este curso sea el último que nuestro hijo estudie en Namur.»—La esposa le dió las gracias.

Chico y chica jugaban miéntras tanto á los juegos infantiles de su primera edad; sólo que la muchacha reñía en madrileño y el muchacho la contentaba en flamenco. Tambien solian hablar en flamenco los tios, miéntras el rapaz no estaba presente; y cuando se decian lo que tenian que decirse, pedian perdon por aquella inadvertencia á los cuñados.

Una mañana próxima, tres dias apénas de la sorprendente visita, el tio despidió del comedor á los muchachos y entregó un papel á los padres. Decia así:—«*Minuta para mi testamento.*—Deseando perpetuar mi nombre y bienes en la persona del sobrino que he criado y educado hasta su mayor edad, lego á C., con el consentimiento de mi esposa, que carece de herederos directos, todo cuanto uno y otro poseamos en la época de nuestra muerte.—*Firmado por los dos.*»—Debajo de las firmas habia un renglon en esta forma:—«Sus padres aceptamos la herencia.»—«Pensadlo (dijo el tio levantándose con su mujer) y firmad.»

En toda la semana no volvió á hablarse de la minuta, y por cierto que de ningunas otras cosas de mayor agrado. Contribuía quizá á esta inverosímil reserva, un disgusto que los parientes experimentaban en la persona de su mejor correspondal y amigo de Santander. Parece que este señor, á quien habia halagado la fortuna comerciando en frutos coloniales y cuchillería, quiso que un hijo suyo adquiriese en Madrid mejor educacion que la propia, y lo mandó á cursar, con cierto desahogo, la carrera de Jurisprudencia. El señorito se dió á los cafés, á los casinos y á las tertulias, pero no al estudio. Jugó, malversó, disparató, como tantos otros muchachos que son vergüenza de la corte de España; contrajo débitos considerables, firmó escrituras de depósito, y hasta negoció letras falsas, prevaliéndose de la respetabilidad de su apellido. El resultado fué, como no podia ménos de serlo, que vino á manos de la justicia, que se dictó contra él auto de prison, y que cuando el pobre padre quiso arreglar sus asuntos, por honor de la casa y por impulsos de su corazon amante, el mozo se habia escapado al extranjero, no se sabe con quién, y escondídose en Bélgica, segun los datos que llegaban á la atribulada familia. El tio habia recibido encargo de descubrir el paradero del prófugo, circunstancia que le traía de muy mal humor y que le amargaba las horas de su tranquilidad doméstica. Marido y mujer estaban contristados con semejante negocio.

El padre y la madre de nuestro chico, no sin dolerse con terror secreto de la extraña aventura de sus cuñados, aprovechaban todas las ocasiones de pasar con su hijo cuanto tiempo podían, exceptuando, se entiende, las horas más precisas de estudio. Así y todo, los tios auguraban muy mal de los exámenes de trimestre; porque los muchachos, en su sentir, no estudian nunca bien bajo las faldas de sus madres. Y del propio parecer sin duda fué el señor Director del colegio, cuando pasó un aviso á la familia anunciando que en adelante no podía conceder licencias de ninguna especie al escolar. Sus padres ó tutores eran muy dueños de llevárselo; pero no de subvertir el orden de la casa. La nota era severa y concluyente.

Los padres, pues, dieron su último beso al niño á los ocho dias justos de su llegada á Namur. ¿Qué iban á hacer ya allí?—Dispusieron sus cofres, mandaron sus tarjetas de despedida, no quisieron ver nada de la bella ciudad, y despues de una noche de insomnio, en que la madre estuvo á punto de perder la razon, por su lucha entre contradictorias conveniencias y sentimientos, se alejaron dolorosamente de sus hermanos, entregándoles la minuta sin firmar.

IV.

Desde Aguas Buenas, adonde ya nuestra amiga tuvo que ir por verdaderas debilidades de su pecho, escribió la infeliz esposa una larga carta de explicaciones á su cuñado. En ella asumia toda la culpa de lo que con su marido resolvió al marchar de Namur: agradecía en el alma cuanto hasta entonces habia hecho por su hijo, cuanto le quedara que hacer, cuanto hiciera libremente en lo futuro; pero rogaba al hombre y al caballero que, conmoviéndose de una madre débil y de una mujer vulgar, se lo enviase á Madrid, una vez terminado aquel tercer período de su carrera. Habíase persuadido de que no podia vivir sin él, de que todas las felicidades del mundo no valian lo que él, y de que al ceder su posesion por una esperanza, cometia un acto como de venta.—«Quizá os cause con esto un gran pesar (añadia); pero cuanto mayor sea la pena con que vosotros os separeis de él, tanta mayor es la razon que yo tengo para reclamarlo.»

El tio tardó algun tiempo en responder á esta

carta, mas al cabo lo hizo en frases corteses y que denotaban una contrariedad no exenta de amargura. Primeramente ofreció á su cuñada que el niño le sería devuelto en cuanto terminase aquel tercer año, que con tanta brillantez estudiaba, y que tan felices augurios descubria para en adelante: despues decia que no por dejar de ser padre de su hijo dejaba de ser hermano de su marido, con cuya sensible condescendencia no habia contado: por último, estampaba este período cruel: — «Nosotros no pensábamos más que en la felicidad de tu hijo: yo veo que tú piensas en su felicidad y en la tuya.»

Estas palabras produjeron en la pobre madre una dolorosa impresion. ¿Sería, en efecto, un sentimiento egoísta el que ella experimentaba hácia la persona de su hijo? ¿El egoísmo de las madres, caso de que el suyo lo fuera, es como el egoísmo de los demás seres, ó constituye, por el contrario, una nueva forma de ternura que hace del amor maternal el más puro y desinteresado de los amores? ¿Existe en los padres el derecho de arrebatár á sus hijos un presente dichoso y un porvenir más dichoso todavía, sólo por satisfacer indefinibles impulsos de la naturaleza?

Para colmo de preocupaciones, la tia habia deslizado unas líneas al pié de la carta de su marido, que, aunque redactadas en mal español, se entendian muy bien, desgraciadamente: — «Quedo rogando á Dios (decian) porque vuestro hijo no os salga en Madrid como el señorito de Santander.»

El hijo volvió al cabo, produciendo una semi-ruptura en las relaciones de ambas familias; pero por permission del cielo no parecia tomar la senda del señorito de Santander. Matriculado en la Universidad para seguir la carrera de leyes, en vez de aficionarse á los cafés, á los casinos y á las tertulias, hizo á su padre que lo presentara en el Ate-neo, principió á frecuentar la Academia de Jurisprudencia, se picó un poco de poeta, un poco de periodista, un poco de tribuno; en una palabra, tomó el camino de esos otros jóvenes que, en contraposicion á los aludidos anteriormente, constituyen la gloria de Madrid. Sus raros conocimientos en ciertas materias, la abundancia de idiomas, la cultura de su trato, y, más que nada, la suerte de sus padres, que ésta influye no poco en circunstancias parecidas, le introdujeron en la mejor sociedad y le conquistaron el cariño de sus camaradas. Un hombre público de extraordinaria altura le dijo un dia á su madre:—« El muchacho será. »

Y el muchacho fué. A poco más de veinte años hizo oposicion á una cátedra y la ganó; pero no se propuso desempeñarla, primero, por su poca edad, y despues, porque remontaba sus pretensiones á otros lugares. Prefirió servir la secretaría particular de un ministro de Estado, donde sus aptitudes se desarrollaban brillantemente. Estas aptitudes sobrecojieron un poco á la mujer, á pesar de lo mucho que la envanecian, porque la carrera diplomática es la carrera de irse. Sin embargo,

en el tiempo oportuno presentó su candidatura para diputado á Córtes por el país donde radicaban los bienes de su familia, y fué elegido. Su primer discurso produjo asombro. No hay que decir que la madre lloraba entónces de alegría.

Una ley fatal, á cuyo influjo nadie puede sustraerse, hace que cuando los hijos son hombres, les toque á los padres morir. El de nuestro futuro diplomático era algo mayor que su mujer, y casi viejo á la hora presente de nuestra narracion. Habia adquirido una dolencia, de esas que adquieren todos en el luchar de la vida, y que tarde ó temprano concluyen con ella. Asistiósele por aquella mujer amante y por aquellos idolatrados hijos, como se asiste al que es objeto de la veneracion y la ternura de tres hermosos corazones. Pero la ley es fatal é ineludible: el hombre murió bendiciendo á los suyos, y arrebatándoles un pedazo del alma. La mujer expresó su dolor con esta sublime idea: —«¡Yo esperaba que podia serlo todo en el mundo, ménos viuda!»—¿Cuánto duró el duelo? Eternamente.

Por segunda vez la muchacha sirve de refugio á su madre en una nueva y terrible tribulacion. Esta niña, de la cual parece que nos hemos olvidado, habia recorrido en su modesta esfera de mujer una serie de triunfos tan evidentes como los de su hermano propio. Educada con esmero y prevision admirables, en el sentido de una sencillez doméstica no reñida con las exigencias de la sociedad, creció y se desarrolló comprendiendo todas

las gracias que pueden distinguir á una jóven. Herмосura, discrecion, donaire, y sobre todo, una irresistible simpatía, que la ligaba inmediatamente á cuantos tenian la fortuna de conocerla, eran sus dotes públicas: una docilidad encantadora y un amor sin reservas hácia su familia, eran sus dotes privadas. Antes, cuando la que le dió el sér estaba tambien jóven, la conocian en Madrid por hija de su madre: despues que ésta envejeció y su hermano comenzó á distinguirse, la llamaban la hermana de su hermano.

Con los consuelos de ella, con los talentos de ella, con los atractivos que ella ejercia en derredor de sí, la pobre madre pudo soportar la viudez, á que nunca se consideró acreedora. Bien sabe Dios que sin aquella hija, la fiel consorte hubiese seguido en breve término al esposo; pero con ella, se consideró en el deber de no abandonar el mundo hasta colocarla en una posicion digna de sus virtudes. Así pudo notarse que la viuda, en vez de consumir su existencia en el retiro á que la convidaba un pesar intenso, aparecia de vez en cuando en la sociedad, orgullosa aún de poseer dos tesoros como los que le envidiaba la corte entera.

El hijo proseguia la senda de su elevacion por toda suerte de caminos. Una rica muchacha, que al heredar un título nobiliario heredaria tambien honrosas tradiciones, le entregó las primicias de su afecto, entregándole despues su corazon. El dia en que se celebraba el matrimonio, uno de los

asistentes más notables dijo á la novia :—« Saludo á la futura embajadora y á la futura ministra. »

Con breve intervalo, un grande de España, que residia habitualmente fuera de Madrid, pidió para su hijo la mano de la jóven, á quien el heredero de su casa conoció en la boda del diputado por la provincia. ¿Cabia mayor felicidad ni mayor recompensa del cielo?

El hermano, que era elegido por entónces representante de España en un país de Oriente, tuvo que pedir próroga á su licencia de partida, para presenciar el enlace de su hermana. Los envidiosos de Madrid, que siempre abundan, y que á los asuntos más serios ponen apodos zumbones, llamaron á esta triple fortuna *la carambola*.

Poco tiempo despues nos encontramos á nuestra amiga en la calle. Estaba bastante vieja, bastante triste y bastante torpe.—« ¿Son ciertas (le dijimos) las nuevas que se refieren de los muchachos?—Sí, amigo mio, ciertísimas (nos contestó): él, embajador; ella, grande; uno y otra felices en su matrimonio: yo, tambien feliz en mi ancianidad. Pero ¡estoy sola! (añadió, humedeciéndonos las manos con sus lágrimas)... »

Y es que la madre feliz pasa su vida llorando.

PETRONILA.



PETRONILA.

I.

El día en que el abogado se persuadió de que su fin estaba próximo, y de que le engañaban cariñosamente médicos, parientes y amigos, llamó cerca de sí á su hermano mayor y á su cuñada, con quienes en alguna ocasion habia tenido interregnos de amistad, y cogiendo con ambas manos la de una y otro, les dijo :

—Hermanos míos : mi última hora se acerca. En vano es que procureis desmentirme ni tranquilizarme : las ficciones amargarían más mi ya débil existencia, y los consuelos no los aguardo para una vida que se va, sino para una esperanza que necesita al irse. Bien sabe Dios que desde que perdí á la madre de esas niñas (y el moribundo dirigió su mirada hácia los piés del lecho, donde hincadas de rodillas, y, hundiendo sus rostros sobre los colchones, se ahogaban de dolor dos cuerpecitos de adolescente, á quienes sólo se hu-

biera podido conocer por las trenzas de sus cabellos); desde que perdí á mi santa mujer, hubiera procurado seguirla, si los cuidados de esas tiernas criaturas primero, su educacion despues, y las preocupaciones de su suerte más tarde, no me hubiesen ordenado vivir y trabajar para ellas, hasta constituir dos familias que no necesitasen mi auxilio. Pero Dios lo dispuso de otro modo, y dejó el mundo sin pesar, como me ofrezcais que no haré falta á esos dos pedazos de mi corazón. Lego una fortuna, si no muy grande, la suficiente al ménos para que vuestras sobrinas no os sean gravosas, hermanos míos, más que en la parte reservada al natural desarrollo de la juventud. Sobre la suerte de la una, no tengo cuidado; sobre la de la otra, sí. Sed vosotros para ámbas unos segundos padres (y el enfermo al decir esto apretaba la mano de su cuñada más que la de su hermano propio); amadlas y conllevad sus caracteres, como lo haríais con vuestros hijos, si Dios os los hubiera dado; prometédmelo así, y yo le diré pronto á la que está en el cielo, que no dejamos aquí dos huérfanas abandonadas, sino dos ángeles que ruegan por nosotros.»

Calló el moribundo. Sus hermanos se llevaron instintivamente á la boca aquellas manos frías, colmándolas de besos, de promesas y de lágrimas: las niñas rompieron en una de esas explosiones de dolor, que la prudencia no sabe contener cuando se escuchan los acentos de la muerte; y sin la intervencion de algunos amigos, hasta entónces silen-

ciosos, la agonía del infeliz padre hubiera sido la más cruel de las agonías.

Desocupóse la alcoba; un sacerdote sustituyó á los atribulados deudos; los ayes se trocaron en plegarias; y una hora despues, se encendian dos velas, se abria el balcon, y lloraban todos.

Al día siguiente no quedaba en la casa sér humano ni vivo ni muerto: á los ocho, se celebraba almoneda y se ponian papeles en los balcones: á los quince, sólo restaban de aquella triste historia varios pleitos á medio despachar, dos tios con dos sobrinas, y dos muchachas sin padre ni madre.

II.

El abogado al espirar habia dicho :—«Sobre la suerte de una de mis hijas no tengo cuidado; sobre la de la otra, sí.»—¿Qué significaba eso?

De las dos hijas de este hombre, mitad sesudo y mitad débil, la una era bonita, la otra fea. No sabremos decir si la bonita era una Vénus y la fea un monstruo: se nos figuran exageradas ambas cosas; pero en el deber de consignar los hechos, valga la confesion de los padres, de los parientes y de los amigos, como dato inconcuso sobre la materia. La propia madre, que en cuestiones de belleza filial no suele ser aceptada como testigo de los más abonados, decia de la mayor de sus hijas:—«Esta muchacha es buena y tiene talento; pero es feucha.»

La bonita y la fea habian constituido en la casa del abogado dos órdenes diversos de generacion, ó, como si dijéramos, dos razas diferentes en una misma familia. Al principio, la preferencia por la menor de las muchachas, era asunto de pequeñez

y de ternura paternal; porque los padres se inclinaban, por lo comun, al más pequeño de sus hijos; pero conforme iban creciendo, se deslindaban los campos de la injusticia: la mayor era fea, y por consiguiente poco presentable; la menor era bonita, y por lo tanto objeto de las atenciones de la multitud.

Esta multitud, representada en la calle por esas gentes que al encontrarse con dos muchachas no tienen reparo en decir—«¡Jesús qué hermosa!» como si no hubiese más que una, incurria dentro de casa en delitos más torpes, por lo mismo que eran más directos.—«¿Donde está ese ángel?»—(preguntaban algunas señoras piadosas, al tropezar con las dos niñas á la vez); y los besos se dirigian siempre á la menorcilla, aunque la grande alargase su cara para recibirlos. Los clientes eran más atroces aún. Deseosos de congraciarse con el abogado, para que éste dijese que tenían razon en sus pleitos, exclamaban al verlas:—«Tiene usted la niña más bonita de Madrid.»—Y sacaban del bolsillo un solo juguete. El padre solia atreverse á añadir:—«Favor que usted las hace.» Pero el cliente impertérrito, replicaba:—«Es una miniatura: ¡Dios la bendiga!» etc.

La muchacha mayor iba creciendo ante el arrullo de una indiferencia universal. El que no la llamaba fea, no la llamaba nada, que en ocasiones es mucho peor que fea. Los más atentos y prudentes solian decir:—«Parece vivaracha y juiciosa. ¡Lástima que no le acompañe lo otro!»

Un día se habló casa del abogado del proyecto de celebrar una exposicion de niños hermosos en los Estados-Unidos.—«¿Por qué no lleva usted la suya? (le preguntaron al padre).»—«Sí, papá, (dijo la mayor, saltando sobre sobre sus piernas): yo quiero ir allá.»—El padre le pasó la mano por la cara, murmurando:—«¡Desdichada: á tí no te admitirian!»

Los muchachos de la vecindad jugaban con las muchachas á novio y novia; pero casi todos se dirigian á la menor del vecino. Cierta vez que el más arrogante prefirió á la más alta, varias voces se apresuraron á corregirle:—«No, tonto: á la otra.»—Sólo los tontos, al parecer, podrian dirigirse á la mayor de las hermanas.

Éstas, que apénas se llevaban un año, crecian al par en discernimiento y estatura: se habló, pues, de su educacion de un modo serio. La opinion general fué que la pequeñita tuviese maestro de música y de canto: á la grandullona se convino en ponerle un profesor de matemáticas y partida doble; porque ciertas mujeres necesitaban contar con algun medio de ganarse la vida. Hízose así, y el consejo fué muy acertado; pues no sólo sacó gran pericia para las cuentas, sino que aprendió á solfear mejor que su hermana, de sólo oirla las lecciones. La fea era lo que se llama un diablillo: tocó el piano de memoria, ántes que la bonita hiciese escalas sin flecos. Cuando se referia este fenómeno, decian los padres:—«Pero esta pequeña toca por música.»

La gran preocupacion de la madre era para cuando tuvieran vestido largo. A la pequeña le iria muy bien, porque le iba bien todo; pero la grande ¿podria resistirlo? Confesemos que la buena señora sintió más de una vez húmedos sus ojos ante temores como éste. Y es que la muchacha mayor tenía poco aire, en fuerza de oir decir que no podia tenerlo. Cuando saltaba á la cuerda la llamaban zancuda; cuando tenía ganas de comer, glotona; cuando estaba desganada, impertinente; cuando reia, insustancial; cuando permanecia seria, envidiosa; cuando ejecutaba cualquiera accion, la contraria.

Aquella muchacha tenía poco ángel, y era una pena; pero Dios se lo habia negado. Ella propia lo supo instintivamente, é instintivamente tambien se hizo camarera y comparsa de su hermana menor. Los juegos más de su gusto eran servir de doncella á su hermanita; lavarla, peinarla, coronarla de flores, ponerla mantilla, y añadir á su tonelete una cola: despues tomaba un quitasol, se ponía un pañuelo en la cabeza, y marchaba detrás haciendo de criada. La menor aprendió tan bien el juego, que una noche delante de sus padres la dijo:—«*Petronila*: cuando deseche este traje se lo daré á usted.»—La muchacha no se llamaba *Petronila*, y el traje era de periódicos; razones ámbas por las cuales los esposos estuvieron á punto de enloquecer de risa.

Ordinariamente salían á paseo el matrimonio y las dos niñas; pero si alguna vez una se quedaba

en casa, era la mayor; y si alguna vez, por gracia especial, el padre sacaba á una sola, era á la más pequeña. Los amigos tenían gusto en ocasiones de convidar á comer á cualquiera de ámbas.—«Quédate tú, diablillo (decían los padres á la primogénita), y que vaya esta otra.»

Por último, una noche, cuando ya el abogado inspiraba sérias inquietudes á su amigos, se le vió á deshora en el Circo de caballos:—«¿Usted por aquí?» (hubieron de decirle con cierto asombro); y él respondió:—«He venido á distraer á mi chica.»

La persona interpelante advirtió, sin embargo, que el amigo enfermo llevaba dos chicas.

III.

Aquella noche representaban en el Circo de caballos la célebre pantomima de la *Cenicienta*; pero el padre no la entendió: en cuanto á la muchacha mayor, aun cuando se entretuvo mucho con ella, tampoco paró mientes en las terribles alusiones que hacía su propio estado contenia el cuento de Cárlos Perrault.

Y es que la naturaleza humana adquiere costumbres morales que, como las físicas, constituyen un estado individual, dentro del estado comun á todos. No de otra manera se explica que el pobre se considere pobre por derecho divino, y no aspire á la posicion y deleites de los poderosos; que el enfermo de una dolencia crónica se habitúe al constante padecimiento de su máquina, sin llegar á exigir otra cosa que la prolongacion indefinida de sus dolencias; que el ciego, que el jorobado, que el sándio, vivan al parecer alegres con su ceguera, con su corcoba y con su tontería; que el esclavo, en fin, arrastre en todo tiempo la dura cadena de la servidumbre, y aún crea que su dueño

es un semidios. Por eso dijo Quevedo:—«¡Si el mundo amaneciera cuerdo un día!...»

Pero no haya temor de que el mundo amanezca cuerdo ninguna mañana; como no lo hay de que ningun físico crea que puede morir del pecho, ni de que ninguna jóven se figure que puede llegar á vieja, ni de que ningun conquistador sospeche que puede ser vencido. Cada criatura se hace para sí un mundo propio, fuera del mundo de las otras gentes, y vive con él en la ilusion de haberse sustraído al mundo donde se agitan los demás. La sentencia latina *Nemo sua sorte contentum est*, deberia traducirse de esta otra manera:—«Casi todas las criaturas están contentas con su suerte;»—y la prueba es que casi todas ó ninguna se cambiarían por otras.

La hija mayor del abogado representaba en su casa, que era su mundo, el papel que la fatalidad y la costumbre le habian impuesto. Su padre simbolizaba el gobierno, su madre la administracion, su hermana la belleza, ella la insignificancia. Creía de buena fe que en cada familia habia un hombre que agenciaba los recursos, una mujer que los gastaba, una niña que se llevaba las atenciones de todos, y otra de quien ninguno hacía caso. No era por esto ni más humilde, ni más virtuosa, ni más cristiana que las demás jóvenes: era el segundo galan de aquella compañía, el soldado raso que obedece á todos los jefes del ejército, el monaguillo que respeta á todos los curas, la picada de viruelas que se dedica á institutriz. En todo ello hay cierta

gloria á su modo:—«Yo trabajé con Romea; yo estuve en la batalla de Tetuan; yo le alargué el báculo al Patriarca; yo le enseñé á hacer dobladillo á la Patti.»—La hija mayor del abogado podía decir:—«Yo soy en mi casa la primera que se levanta y la última que se acuesta: yo soy el orden.»

Cuando en una familia se empeñan en que un hijo es tonto, el hijo acaba por entontecerse. No es esto decir que la muchacha dejase de ser fea, y, por desdicha, bastante; lo que quiere decir es que á esa pobre criatura la saturaron de fealdad; que inyectaron en sus venas y en su corazón el espíritu del retraimiento, de la pequeñez voluntaria, del desvío medroso. Parecía más fea.

Mientras vivieron sus padres, la situación era menos ingrata; pues ni en el uno faltaba justicia, ni en la otra ternura; eran padres al fin. Pero desde que las huérfanas pasaron á poder de los tios, la una entró por la puerta de las bonitas, la otra por el postigo de las feas. Al instalarlas, se escogió para la menor un gabinete que daba á la calle, y para la mayor un cuartucho que daba al patio. Ella misma pensaba:—«A mi hermana tienen que verla: á mí ¿para qué?.»—La bonita se levantaba tarde, la fea temprano; á la bonita se le consultaba el desayuno, á la fea se le servía de lo que se guisaba; la bonita tuvo peñadora desde el principio, la fea aprendió á peinarse á sí misma y á peinar á su hermana; á la bonita se le procuraban libros y periódicos para divertirse, á la fea

ropas que zurcir y que remendar para entretenerse. Cuando llamaban á la puerta, y la criada habia salido, y las dos muchachas andaban por la habitacion, y la puerta no se abria, la inconsiderada, la sorda y la inútil era la fea. Estas preferencias se cohonestaban con el uso de una frase que hay á propósito en las casas para casos análogos:— «Tú eres la mayor y debes dar ejemplo.»

La mayor, efectivamente, daba ejemplo de docilidad á su hermana y á sus tios. Desconocia la envidia, ó por lo ménos las malas pasiones de la envidia; reconocia en su hermana el mérito de la belleza, y estaba orgullosa de su hermana; hubiera querido quizá parecersele, pero nunca se le pasó por la imaginacion desear que la otra fuera fea.

Una noche que, como de costumbre, se quedó arreglando los chismes de la casa, despues que todos se habian recogido, tuvo una idea tan caprichosa como infantil. Fué al ropero de su hermana y sacó sus mejores ropas, aquellas con que tan bonita se presentaba al público; en vez de despeinarse para ir al lecho, se peinó como ella misma peinaba á su hermana para ir al baile; púsose el mejor vestido de ella, y su mejor tocado, y sus mayores coqueterías y sus más primorosos dijes: entónces, llena de una ilusion vaga é indefinible, pero ilusion al fin, se presentó de repente delante de un espejo. ¡Qué desdicha la suya! ¡qué horrible verdad! Estaba más fea que cuando ejercia el oficio de criada; más fea que cuando la llamaron Petronila.

Aquella noche principió á ser mujer.

IV.

Hemos dicho que nuestra jóven carecia de envidia, y hemos exagerado alguna cosa. De envidia no carece ninguna criatura humana; porque la envidia, cuando no desciende á pecado, es el legítimo deseo de las perfecciones de los demás. No tener un asomo de envidia, sería tener un exceso de soberbia.

En lo que la jóven de que hablamos no incurria, era en ser envidiosa para ser mala; en adquirir rencor contra los seres en quienes se hallaban reunidas las perfecciones de su deseo. Ella envidiaba á su hermana, pero sin aborrecerla; ella envidiaba todo lo bello, pero sin propasarse á denigrarlo ni destruirlo. Habia, sobre todo, una cosa que perturbaba profundamente su razon, y era la sonrisa constante de las personas felices.

Se ha hablado siempre de la felicidad, buscándole manifestaciones externas de brocha gorda: el traje, las alhajas, la habitacion, la mesa, los criados, el renombre entre la multitud, el poderío sobre

las demás criaturas: de lo único que no se habla, es de la sonrisa. Ved el rostro de ese niño que sonríe en todos los momentos en que no llora; ved la cara de esa muchacha, cuyos ojos aparecen siempre lubricados por la humedad cristalina del placer; reparad en el semblante del inocente, en la animación candorosa del justo, en el vivo resplandor de las facciones del sano, y vereis que todo sonríe en esa perpetua primavera de la felicidad. No hay nada que pueda esconderse ménos que la dicha. Por cauta que sea la persona feliz, por mucho que simule seriedad ó dolor el que experimenta gozo, la sonrisa se asoma á las ventanas de su ventura, con la indiscreción de esas diminutas flores que se permiten gallardear por entre las rajaduras de un sepulcro. Se ha dicho que la gran ciencia de un diplomático consiste en encubrir la impresión de su alma. ¡Oh, qué torpes deben ser los que miren la cara de un diplomático, y no comprendan si lo que se le propone causa su infelicidad ó su delicia!

Pero concretándonos á la jóven-mujer, en quien la diplomacia de la educación ha imbuido las ideas de una seriedad pudorosa, ¿se le ocurre á alguno dudar, mirándola á la cara, de la placidez de su espíritu, aunque lo anublen momentáneamente exigencias sociales de sentimiento? ¿No hay en la muchacha de quince á veinte años, sobre todo si está halagada por la belleza, sonrisa para sus labios, sonrisa para sus ademanes, sonrisa para su voz, sonrisa para sus accidentes, aunque en

contados casos desaparezca la natural sonrisa de sus ojos?

La cara suele no ser el espejo del alma, como muchos dicen; pero la sonrisa sí suele ser el espejo de la ventura, aun cuando no lo diga nadie. Sonríense dentro del cuerpo las ilusiones y las esperanzas; sonríense la vanidad y el bien parecer; sonríense la pureza de los órganos, la lucidez del discurso, la frescura de las ideas, todo cuanto de feliz se elabora en el interior de la especie humana, con tendencias á reproducirse luégo en signos exteriores, desde la contraccion placentera del rostro que es la imágen del regocijo, hasta la histérica carcajada, que es la brutalidad de la alegría.

No haya miedo de que nadie se engañe con esas sonrisas premiosas que en ocasiones fingen un buen humor de que se carece. Nuestra jóven no se engañaba nunca con la sonrisa de su hermana: cuando su hermana reia, á todos les daban ganas de reir; cuando ella estaba alegre, casi causaba pena su sonrisa. Estos fenómenos sociales se palpan, aun cuando no se razonen, y ella los palpaba.

Pero de todas las sonrisas que brotan de la juventud y la belleza, la que más celos causaba en el corazon de nuestra pobre niña es la que se dibuja en el rostro de la mujer cuando un galan se le pone al oido. ¿Qué dicen los galanes á las muchachas para que así irradie gozosa la faz de la que escucha?—Todos los hombres se sonrien cuando dirigen su palabra á una jóven bella; el mancebo como el anciano, el juez como el militar,

el discreto como el simple: la jóven proyecta asimismo en su rostro una sonrisa, cuando responde á las atenciones y preguntas que se le hacen. Pero no es de esta serie de sonrisas de la que se mostraba celosa la hija mayor del abogado; pues á ella tambien se le habian sonreido alguna vez al hablarle: la serie inexplorada de sus ardientes deseos, era la que producen en comun los galanes y las hermosas; esa sonrisa intensa con que la mujer parece que se traslada á un mundo de deleites sin fin. ¿Qué dicen, repetimos, los hombres á las muchachas para que así irradie gozosa la faz de la que escucha?

Nuestra infeliz huérfana no las habia escuchado jamás, ni podia adivinarlas. Porque entre los delitos que cometen los hombres, sobre todo, cuando tienen pocos años, es indudablemente el mayor, prescindir por costumbre y por sistema de las mujeres que no cuentan con generales simpatías. En el salon, en el paseo, en el teatro, los hombres se agolpan y hacen corro á la mujer bella, como si ninguna otra existiese en torno suyo. La bonita tiene todos los bailes exigidos, todas las vueltas apalabradas, todas las indicaciones satisfechas, todas las sonrisas y todas las frases incensando su rostro. La pobre fea ni baila, ni circula por el salon, ni aun en ocasiones tiene quien la coja el pañuelo que se le cae, ó quien la ofrezca el sorbete que solicita.—Más de una vez hemos reflexionado nosotros en la falta de caridad con que se procede en el mundo, respecto á la mujer que carece de

gracias personales. Los jóvenes de la *Juventud Católica* que frecuentan los bailes (porque los jóvenes de la *Juventud Católica* frecuentan mucho los bailes) debían imponerse la sagrada misión de entretener y agasajar á las humildes, aun cuando no fuese más que como descargo por la pequeña irregularidad que cometen en lanzarse á la vida pública. ¿No sería una delicada institución la de los *Hermanitos de las feas*?

Había baile frente de la casa de los tíos, y nuestra pobre muchacha se desveló con el ruido de la fiesta. Eran principios de primavera, por cuya causa los balcones estaban entreabiertos, como entreabiertos podían estar los de su propia sala, en que no habitaba nadie. Atrevióse á marchar de puntillas hácia el objeto de sus ya locas ilusiones, y, efectivamente, por entre las persianas de su balcon aparecieron á su vista los encantos de un sarao en plena madrugada. La fatalidad hizo que frente de ella se divisase un sofá, donde departían una joven y un mancebo lindos, para quienes sin duda no pasaba nada alrededor. Ellos no se levantaban á bailar; ellos despedían con la mano las bandejas de dulces que se les ponían delante; contestaban con monosílabos, ó no contestaban, á los curiosos y bailarines; en suma, habían hecho de la fiesta el camarín de amores en que se encerraban. Un tiroteo de frases dulces, expresivas, enloquecedoras, ¡qué sabía ella de qué especie! absorbían el espíritu de aquellas dos criaturas; ante cuyos rostros satisfechos, ante cuyas sonrisas hechiceras, no po-

dia ménos de descubrirse el colmo de la felicidad. ¿Qué es lo que le decia el mancebo á la jóven! ¡Oh! esto era menester saberlo, oirlo, asimilárselo, percibir su esencia y paladear su melodía, como las paladeaban y se las asimilaban otras mujeres.

Al retirarse la huérfana del balcon, llevaba el firme propósito de no carecer por más tiempo de aquella necesidad de su alma. Pero ¿cómo intentarlo? ó, por mejor decir, ¿cómo conseguirlo? La hija del abogado disponia, segun sabemos, de lucidez natural, y al punto se le ocurrió la única forma de realizar el absurdo que proyectaba. Su cuerpo era bastante airoso, ella lo sabía; sus manos y sus piés irreprochables; su juventud patente; su palabra fácil y animada; su discurrir galano y culto: ¿habia, pues, más que cubrirse el rostro con una careta, y llamar á las puertas de la pasion en un baile de máscaras? Una hora de aquella dicha, y despues morir.

Con tales ilusiones concilió el sueño en esa madrugada nuestra pobre fea. Al despertarse, no varió de propósito, como suele suceder á los que se duermen soñando; si bien se le pusieron á la vista, con aterradora verdad, las graves dificultades de su proyecto. Para estar en unas máscaras es necesario ir; para ir es forzoso escaparse; para escaparse se necesita un cómplice; para cómplice é instigador hacen falta dos trajes, dos billetes, dinero, ánimo, fortuna, todo lo que exigen empresas locas y resoluciones insensatas.

Desde este día no pensó, sin embargo, la jóven más que en el último baile de aquel Carnaval que estaba próximo. Su cómplice no podía ser otro que la criada; los recursos ya habria medio de adquirirlos; el valor y la voluntad los tenía de sobra: se decidió, por consiguiente, á todo.

Pero ántes de decir quién era la criada, necesitamos decir cómo era la tia.

V.

La cuñada del abogado era una de esas mujeres de la clase media, que al casarse llevan alguna cosa á su marido. Esta alguna cosa suele ser un puñado de bienes de fortuna, una ménos que mediana educacion y un genio de los diablos. En el fondo era una buena mujer, pero en la forma distaba mucho de parecerlo. Era de esas que tienen presentimientos del corazon, que lo saben todo, que lo anuncian todo, y que lo aciertan todo; salvo en los casos en que sucede lo contrario de lo que anuncian, ó en que no ocurre jamás lo que presintieron.

Los entredichos de amistad que tuvo con el abogado, de cuya fama y méritos jurídicos se sentia orgullosa, fundáronse siempre en que despues de no saber gobernarse á sí misma, pretendia gobernar á todos los otros. Hasta en los pleitos quiso meterse una vez, por no encontrar á la mano aquel dia mejor asunto en que mezclarse.

Así que, la mañana en que el infeliz enfermo

la llamó junto á su lecho de muerte para recomendarle sus hijas, la mujer se conmovió y ofreció cumplir como buena, parte porque lo era en efecto, y parte porque se vió necesaria. Recordemos la presteza con que se encendieron las luces, y se abrieron los balcones, y se evacuó la habitación, y se hizo almoneda, y se liquidó al difunto, para comprender el carácter intrusor é inquieto de la tia.

Desde que se hizo cargo de las huérfanas, formó un plan invariable sobre ámbas: casar á la bonita y hacer ama de llaves á la fea. Para lo primero, no perdonó medio ni sacrificio, como dicen los malos empresarios de comedias cuando pretenden atraerse el favor del público. Principió por llamarla bonita á todas horas, pegase ó nó, fuese ó nó cierto, segun las circunstancias. Encarecia á grito herido sus virtudes, su talento, su agudeza, su chiste, y hasta sus encantos personales ocultos; no perdiendo ocasion, además, de hacer ver que su sobrina no sabía dar una puntada, ni entendia de guisotes, ni era propensa á ninguno de los menesteres inciviles que corresponden á las muchachas de escaso mérito.

Cuando un hombre entraba dos veces seguidas en su casa, la señora comenzaba á guiñarle, como quien dice:—«Estoy en autos.»—Si dirigian á la niña una palabra al oído, exclamaba en tono malicioso:—«Hablemos fuerte, que aquí hay quien tiene algo que decirse.»—En la calle ó en paseo, cuando un jóven se llegaba á saludarlas, esgrimia

de continuo el siguiente dardo:—«Eche usted delante con la muchacha ¡picaruelo! que es lo que usted busca.»

De este modo la buena señora, á la vez que amargaba el corazon de la sobrina insignificante, establecia alrededor de la célebre una atmósfera de bonitismo, capaz de ahogar al novio más desahogado de la tierra.—«¡Ya hade tener cualidades y dineros (decia) el que pretenda apoderarse de esa alhaja!»

No hablemos de los vestidos, ni de los adornos, ni de los dijes que se le compraban á la niña menor, consultando figurines, modistas y mancebos de tienda. Despues de escoger el más vistoso para la una, decíasele á la otra por lo bajo:—«A tí oscurito.»

La única que en la casa se sustraia algun tanto al predominio absoluto de la señora, era la criada. Hembra moderna, curtida en los azares del tiempo presente, con añadido de pelo en la cabeza y añadido de indiana tras de los piés, estrecha de cintura y suelta de brazos, altiva de mirada para las mujeres y ruborosa de ojos para los hombres, corta de ideas y suelta de palabras, tez morena, pómulos encendidos, redicha, impresionable, honrada; era una de esas sirvientes que se introducen en un domicilio de la clase media, no se sabe si para servir, ó para ser los verdaderos amos de sus señores. Guisaba bien, planchaba bien, atendia con esmero á todas las haciendas, era lista para los recados, pulcra para su persona y exacta en el

cumplimiento de sus deberes. ¿Podía pedírsele más?

Tenía novio, sí señor, tenía novio. ¿Pues no lo habia de tener, cuando la pretendian con bulla todos los oficiales de sastre, todos los ayudas de cámara y todos los sargentos de ingenieros? Lo tenía; pero esto no quitaba cosa alguna á su servicio, y mucho ménos á su honradez; porque en punto á honrada, y á cabal, y á como es debido, oyéraisla á ella.

Se habia apoderado de la casa en que la vemos, por varias razones atendibles: primeramente, porque era criada y simulaba muy bien el oficio de doncella; despues, porque sabía vestir á la señorita menor y acompañarla á misa ú otros menesteres; además era fiel para las compras y clara para las cuentas; por último, no habia medio de renunciar á su servicio, ni tacha que ponerle ante los mil defectos de las de su clase.

Si profundizamos el corazon humano, quizá la señora no podia sufrir en su interior aquellos humos y aquel ascendiente de su criada; pero, lo que le decia el marido:—«¿Dónde encontraremos otra así?»—Y lo que decia la muchacha bonita:—«¿Dónde encontraremos otra así?»—Y lo que principiaba á decirse en secreto la pobre fea:—«¿Dónde habia yo de encontrar otra así?»

Habia, pues, que disimularle su mal genio, y su charla, á veces importuna, y sus rebotes y malos modos; porque, en cambio, ¡hay tanta pícara! Si la señora hubiese podido desprenderse de ella, lo hace, sin embargo.

Entre las buenas cualidades de la muchacha, contábanse dos dignas de aprecio: un desinterés absoluto, y una benevolencia especial hácia los débiles. El desinterés era tanto más notable, cuanto que le gustaba vestirse á la moda, y aún hacer algunos regalillos á los novios; la benevolencia era el signo que distingue á los fuertes.

Velaban una de aquellas noches alrededor de la misma mesa las dos desheredadas del hogar, mientras el resto de la familia estaba en el teatro; porque es de gentes previsoras que quede álguien en casa, cuando se corre el riesgo de que una chica hable por el ventanillo con el novio. Ninguna de las dos se dirigia la palabra; de vez en cuando alguna de ellas echaba los ojos sobre la pantalla del velon hácia la cara de la otra, pero sin insistir demasiado, por no encontrarse. Al cabo, una especie de suspiro, no sabemos de cuál, rompió el silencio inverosímil de ama y doncella, como lo rompen por lo comun los suspiros cuando se usan de apoyatura para un diálogo.

—¿Qué te sucede? (murmuró la señorita, dejando la costura).

—Nada (exclamó la otra, dando entónces un verdadero suspiro): que no me atrevo á decirle á usted una cosa, señorita.

—Pues ¿qué cosa?

—Un favor muy grande que le tengo que pedir á usted.

—Pídemelo, que yo tambien tengo que pedirte otro.

— ¡Ay!... ¿A mí?... ¿Será verdad? Pues hecho, señorita, hecho; cuente usted con él (se apresuró á decir la criada con su habitual vehemencia); cuente usted con él, sea lo que sea.

—Nó; díme primero tú lo que querias decirme.

—Usted primero.

—Tú.

—Pues bien, señorita; yo tengo necesidad de escaparme el domingo al baile de Piñata, aunque no sea más que una hora. Ya está dicho.

— ¡Escaparte al baile de Piñata!...

Aquí nuestra pobre jóven experimentó uno de esos sobresaltos, entre terribles y placenteros, que no se pueden describir. Escuchando la palabra *escaparse* en boca de otra mujer, habia comprendido lo absurdo y hasta criminal de su propia idea; pero al ver la combinacion de inspiraciones y de propósitos que entre ambas voluntades existia, llegó á sospechar tambien si la Providencia se habria encargado de socorrerla esta vez. ¡Cómo si la Providencia se ocupase de pequeñeces mundanas por el estilo!

Medió un breve silencio, al cabo del cual la criada se atrevió á decir:

— ¿Se ha asustado usted, señorita?

— ¡Cómo asustarme (contestó con aliento desusado la fea) cuando yo iba á proponerte lo mismo!

— ¿Usted á mí?

— Sí; escaparme al baile: ya lo he dicho tambien.

—¡Usted al baile! ¡Ah! sí, lo comprendo: ¿pues no lo he de comprender? Usted en esta casa es tan criada como yo; más todavía, porque yo lo soy y tengo que conformarme á serlo, mientras que usted nació señora y la obligan á bajar de circunstancias como una negra. Usted quiere ser como las demás, como las de su clase, como todas; ¡ya lo creo! ¿Por qué no ha de ir usted á un baile? Lo que yo me digo á mí misma, señorita: todas tenemos nuestra alma y nuestro aquel. Fregar por la mañana y por la noche, fregar en las tiendas, fregar cuando se sale á paseo, fregar cuando se habla con un señorito, fregonas en todas partes: esto no se puede sufrir, esto no es cristiano. ¿Para qué le dió Dios á una el alma que tiene? No crea usted que yo quiero ir á las máscaras con mi novio, ni armar jaleos. ¡La Virgen Santísima me libre! Yo no soy de esas. Quiero ir á las máscaras (y mi novio me esperará en la puerta como un criado) para ver cómo se divierten los señores, para bailar con personas decentes, para que le digan á una lo que nunca le quieren decir porque es criada. ¿Usted cree que me gusta á mí ese sargentazo que huele á cuartel y habla como un patan? Yo lo tengo porque no hay otro, y porque no es fácil que me salga; pero si un alférez me dijera algo, crea usted, señorita, que lo echaba al regimiento á comer potaje. Sí, señorita: vamos á las máscaras; usted tiene razon, yo tengo razon, las dos tenemos muchísima razon...

Un tremendo campanillazo interrumpió el ve-

hemente discurso de la criada, que no sabemos á dónde hubiera llegado á parar. Eran los tios y la sobrina que volvian de la ópera, con el cansancio alegre y el placentero mal humor con que se sale de las diversiones que abruman. La tia, sin dar las buenas noches, con los brazos y el velo medio caidos, las flores de la cabeza escapándosele, y la respiracion fatigosa por la caminata, gritó desde el pasillo:

—Tú, muchacha, á desnudar á la señorita; y tú, sobrina, á quitarme estos pendientes del diablo, que no me los vuelvo á poner aunque me aspen. Son como tuyos: pequeñitos y feos.

VI.

El complot quedó fraguado de la siguiente manera:

Aquellos pendientes pequeñitos y feos, pero de diamantes al fin, que la señora se ponía para lucirlos en el teatro, mientras la dueña, su sobrina, se quedaba en casa, los empeñaría la doncella por ocho ó diez duros, con cuya cantidad se alquilarían dos disfraces, se pagaría un coche y se comprarían dos billetes para las máscaras. Esta suma se cubriría en dos meses con el salario íntegro de la criada, si es que la señorita no arbitraba ántes algunos recursos, con lo que de vez en cuando le daba, á escondidas, para alfileres su tío. La noche del domingo de Piñata se recogerían todos como de costumbre. La muchacha, en vez de cerrar la puerta con cerrojo y llave, según lo hacía diariamente, ejecutaría un *tic tac* habilidoso, por cuyo procedimiento se quedaría abierto lo que pareciese cerrado. A la una ó cosa así, cuando roncase la señora, porque la señora roncaba mucho, saldrían

de puntillas señorita y doncella con el llavín de la habitación, las llaves de la puerta de la calle, una caja de fósforos y una jarra para leche. En la puerta, ó un poco más allá, esperaría el novio de la criada con los dos disfraces, un coche y una pistola. Esto último fué encargo de la doncella, no sabía para qué; pero como precaución habitual en las situaciones difíciles. El novio no entraría en el baile, ¿á qué ni con quién?, y se quedaría vigilante en el pórtico, con los cocheros y un duro, por lo que pudiera ocurrir. Antes de amanecer se desharía todo el camino andado, en la forma misma adoptada para recorrerlo. El novio desaparecería con los trajes; la criada compraría su leche de costumbre; la señorita subiría la escalera despacio, hasta que la otra, con estrépito, metiese el llavín, abriese la puerta, pudieran internarse ambas, y todo comenzase en la casa como un día natural. No hay que decir que el programa sufrió enmiendas, alteraciones y correcciones; pero que aquí lo damos en limpio.

Pintar la zozobra, las inquietudes de las dos criminales, sobre todo de la pobre señorita, ante tamaña empresa, sería tan difícil como pretender describir la felicidad de un hecho, satisfactoria y admirablemente consumado. Todo salió á pedir de boca, ó mejor dicho, á pedir de deseo. Las muchachas que quieran escaparse en Madrid para unas máscaras, y no lo hacen, ó son tontas ó no quieren hacerlo de verdad.

Y ¡qué horizontes tan vastos se abren en los

entendimientos humildes á la vista de los esplendores del mundo! Las gentes avezadas al ejercicio de la vida elegante y bulliciosa, apénas si disfrutaban de los propios placeres que las rodean; pero las que se consumen en el interior de un hogar oscuro y tétrico donde nada sucede, ¡con qué explosión de dicha presencian los espectáculos de la locura!

Nuestra preciosa muchacha (puesto que al cubrirse el rostro iba preciosa) no hubiera ya necesitado más que el aspecto del baile, para darse por satisfecha en sus soñadas ilusiones: agréguesele ahora el logro incondicional de sus ocultos deseos, y podrá juzgarse de la razón con que quiso hacerse por sí propia la justicia que le negaba la sociedad.—Un teniente graduado de caballería, con sus tres estrellas en la manga; sus pelos rubios cayéndosele sobre los ojos; su uniforme flamante colocado al primor, parte porque le caía muy bien, parte porque aún no había ahorrado lo suficiente para hacerse un traje de etiqueta; su medalla de Alfonso XII en el pecho con cuatro pasadores, es decir, con cuatro heroicidades; y sus piernas tan ligeras como las de su misma jaca andaluza, ofreció á nuestra muchacha desde el primer momento su corazón, sus galones y sus vueltas de vals.

El inocente héroe, porque nada hay tan inocente como los héroes cuando son trasportados desde las asperezas de un campamento á las dulzuras de un baile, no conocía á nadie en Madrid; habíase educado junto á Burgos, donde su familia disfru-

taba algunos bienes ; pasó luego á Valladolid ingresando en la escuela de caballería ; hizo falta en la guerra carlista , porque la carne de alférez no abundaba entonces ; y casi cadete cuando ascendió á oficial , y apenas oficial cuando tuvieron que darle el grado de teniente , y con dos estrellas nuevas cuando un prodigio de valor exigió sobre el campo de batalla las tres, con más un empleo , y una cruz , y una mencion en la órden general , y una herida en el pecho de que nadie tuvo noticia hasta que terminó el asalto en que se la infirieron ; moviéndose desde Cantavieja á la Seo de Urgel , y desde Zaragoza á Elizondo ; curtido por las lluvias y el frio , por los calores y el aire ; sobrio para desear y alegre para considerarse feliz , era á la vez niño y veterano cuando su regimiento entró de guarnicion en la Corte. Aquel era el primer baile á que asistia , por lo cual le faltó tiempo para buscar pareja ; y temeroso de llegarse á ninguna de esas máscaras que hablan mucho ó que llevan excesivo cortejo , se llegó á dos muchachas silenciosas que como asombradas discurrían por los bordes del salon , ofreciéndole á la que tuvo por más elegante y bella su brazo y su palabra.

Están equivocados los que creen que se hallan solos cuando en una multitud no conocen á nadie : los buscan , por el contrario , con solícito afan todos los que se encuentran en situacion análoga , es decir , todos los que no conocen á nadie y se hallan solos. Al cogerse del brazo del militar nuestra jó-

ven neófita, dudó de si debia dejar á su compañera; pero el hijo de Marte, bajándose á su oído, murmuró con tanta gracia como sorprendente criterio: —«Puedes dejarla sin cuidado; pues aunque viene muy bien vestida, parece tu doncella.»

Esta revelacion de ingenio y de sencilla confianza, acabó de cautivar á la jóven; porque el aspecto de su acompañante le habia cautivado ya. Sonó la música y bailaron : ¿quién la habia enseñado á ella? No lo sabemos : las peonzas bailan sin que las enseñe nadie, con sólo tirarles de un cordon; y el cordon para que bailen las muchachas son los brazos de un hombre.

Pero ¿qué infelices se hacen á sí mismas ciertas criaturas! ¿Pues no se entretuvo la desdichada en contarle su historia verdadera y, con su voz natural, á la vez de engolfarlo en lances y episodios poéticos? Lo primero que le dijo fué que no tenía padre ni madre; lo segundo que lo pasaba mal entre los suyos; lo tercero donde vivia; lo cuarto que era fea: lo único que no le dijo fué que estaba resuelta á no enseñarle su cara nunca.

Tamaña ingenuidad impresionó alguna cosa al muchacho, dándole ocasion al propio tiempo de echar sobre la jóven todo el repertorio de sus galanterías. Porque las máscaras tienen eso: al cubrirse el rostro parece como que se descubren todo lo demás. El hombre que no se atreveria en ningun caso á referir á una dama la impresion que le producen las partes de su cuerpo, ¿quién habia de atreverse? ejecuta como cosa muy natural la diseccion anató-

mica de la máscara. Háblale de sus manos y de sus piés, de su cintura y de su talle, de sus hombros y de su cuello, de sus dientes y de sus orejas, ¿qué sabemos de cuántos pormenores más?, como si fuera lícito hacer este inventario, por la única razon de que no lo escuchan las mejillas.

Sea, pues, como quiera, nuestra jóven escuchó todo esto, así como que revelaba un ingenio agudísimo, y una envidiable ilustracion, y una gracia sin límites, y un encanto sin igual, y dotes y calidades que tal vez estarian de non en aquella tan distinguida concurrencia. En vano la muchacha se esforzaba por convencer á su galante pareja de que podia equivocarse, y se equivocaba sin duda, en aquellos juicios formados sobre el velo del anónimo. El militar recargaba el cuadro con acentos de pasion y frases de satisfactoria evidencia, jurando por la cruz de su espada que ni podia equivocarse, ni le importaba gran cosa que así sucediese en algun punto.—«Pues qué (la decia): áun suponiendo que no fueses bella como dices, ¿serian por esto ménos hechicero tu cuerpo y ménos encantadora tu alma?»—El argumento no tenía réplica: habia que aceptarlo y enloquecer con él.

La criada no se habia perdido, por desdicha suya y suerte de su ama; pues al parecer nadie intentó perderse con ella. Vagaba como una tonta por entre los grupos del salon, dando y recibiendo bromas muy breves, á guisa de parte telegráfico, como por ejemplo:—«Te conozco.» —«Y yo tambien.»—Sólo su novio la esperaba en la inte-

gridad de la pasión á la puerta del baile. Urgía, pues, escapar á las asechanzas del teniente, y á las del ignoto pero probable perseguidor de la doncella. Hízose así, sin que el de caballería pudiera saber cómo.

Lo demás ya lo conoce el lector.

VII.

A la mañana siguiente dispuso la señora tia que se verificase en la casa un arreglo de chismes. La causa pública de esta determinacion era ser muy hacendosa y muy ordenada; pero la secreta (porque hasta en los asuntos más insignificantes de las casas hay siempre una razon secreta), era, con pretexto de desechar muchas cosas inútiles y de componer otras que estaban inservibles, mandarle al platero los pendientes de la sobrina para que les agrandase el arillo.

La señora padecia sabañones, que con la crudeza del aquel invierno le habian molestado mucho, y al llegar la primavera, sus orejas se habian quedado acorchadas y arremolachadas: así es que con el calorcillo del teatro hubieron de hinchársele, produciéndole casi una cortadura por la pequeñez del arete. Ella habia jurado no volvérselos á poner jamás; pero al fin los zarcillos eran buenos, y la sobrina podia padecer sabañones alguna vez, y hasta morirse y heredarla, y sobre todo, que lo que

hay en una familia debe estar en disposicion de servir á todos los de la familia.

Principióse por los objetos gordos, y se acabó por los menudos. Al llegar á los armarios y cómodas, hubo dos seres que hubieran querido morir: la criada y la señorita fea. Inútilmente una y otra, pálidas y temblando, intentaban convencer á su señora y tia de que las alhajas no habia para qué removerlas, porque estaban limpias é intachables. Ya se ve, las pobres ignoraban que todo aquel rebusco se hacía no sólo por las alhajas, sino por la única alhaja cuyo estuche estaba vacío. Cuando le tocó, pues, el turno á los estuches, ámbas desaparecieron, llenas de terror, dejando sola á la tia; pues la muchacha guapa estaba en su gabinete tocando el piano.

De pronto se oyó una voz terrible, ronca, desesperada, alarmante, que, como si partiese de una persona á quien estuvieran ahogando, gritaba á todo pulmon:—« ¡Ladrones!... ¡ladrones!!... ladrones!!!!... ¡Me han robado! ¡Vecinos! ¡Portero! ¡Vecinos!!... me han robado!!! »

Todos los de la casa acudieron en seguida al lugar de donde partian aquellas voces, creyendo encontrar quizá un lago de sangre; cuando lo que en realidad habia era un monton hacinado de ropas y cajas en el suelo, los muebles en desórden, y una mujer descompuesta, aterradora, frenética, asomándose al balcon y llamando á los guardias.

El concurso de gentes fué en el acto tan grande como puede presumirse. Los porteros, los vecinos

de las habitaciones inmediatas, algunos de los propios transeuntes de la calle, un guardia de orden público, un asistente que llevaba una carta en la mano, ¿qué sabemos cuantas personas más?, invadieron en tumulto el albergue de la familia robada, no faltando quien por precaucion trajese armas de fuego, para sostener si era preciso batalla con los ladrones. Ninguno habia, sin embargo, en el interior, segun hizo constar el representante de la fuerza pública, despues de un escrupuloso registro. No obstante, la señora gritaba aún, como si la estuvieran robando todos los presentes, y cada cual daba un consejo, dictaba una orden ó decia una sandez, cuando se presentó por fortuna un comisario de policía. Este impuso silencio, con el baston en la mano, y dirigiéndose á la señora preguntó:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—Que me han robado.

—¿Qué cosa?

—Unos pendientes de diamantes.

—¿Dónde estaban?

—Aquí.

—¿Qué otros objetos habia en esa cómoda?

—Varias alhajas de valor.

—¿Las han robado tambien?

—No señor, ninguna.

—¿Faltan algunas más prendas de esos cajones?

—No.

—¿Cuándo sirvieron por última vez los pendientes?

—Hace cinco ó seis noches.

—¿Quién se los puso?

—Yo.

—¿Quién los guardó?

—Una de mis sobrinas.

—¿Está V. segura de que no se le cayeron en la calle.

—Segurísima.

—¿Está V. segura de que no andan revueltos en esos trapos?

—Segurísima.

—¿Está V. segura de que no es una pérdida casual?

—Segurísima.

—¿Quién guarda esa llave?

—Se queda puesta.

—¿Entran en esta casa muchas gentes extrañas?

—Ninguna.

—Pues entónces, señora, se trata de un robo doméstico. ¿Sobre quién pueden recaer sus sospechas de V.?

La señora vaciló un instante; pero extendiendo despues su dedo índice sobre el pecho de la criada, gritó con acento rencoroso:

—Sobre ésta.

¿Veis la pantera á quien tocan en el pecho con una barra candente? Pues así rugió y se abalanzó á su denunciadora la terrible muchacha, objeto entónces de la atencion general. Hubo un momento de estupor, porque la chica bramaba en vez de hablar, y queria morder ántes de explicarse. El

Comisario, avezado á este género de escenas, hizo que el guardia sujetase á la señora, y cogiendo á la criada por un brazo, la sacó fuera de la habitación, llevándosela á una de las piezas de adentro. Todos permanecieron silenciosos en el gabinete, mientras se oían allá por lo hondo lágrimas y ayes desgarradores, gritos de protesta contra la acusación, y unas palabras claras é inteligibles que decían:

—¡Eso no! de ninguna manera; ¡no doy la llave!

El Comisario volvió adonde estaban los otros preguntando por el baul de la criada, cuya llave se negaba á entregar, acusando malicia. Trájose el baul, descerrajóse á presencia de todos, examináronse uno por uno los objetos que contenía, y nada, absolutamente nada que denunciase el robo presente, ni apropiaciones anteriores. Un gran paquete de cartas de diversas letras, todas mal escritas; dos ó tres añadidos de pelo grandes; unas botas con un tacon muy alto y una herradura dorada; un cucurucho de pastillas de chocolate, y dos papeletas como de rifa, con un sello borroso; hé aquí todo lo que, entre las ropas de su uso legítimo, contenía el cofre de la muchacha. Las cartas se referían á amores, celos, citas, desvergüenzas, amenazas y suspiros de cuartel.

—Señora (dijo el Comisario): la muchacha niega, y en su baul no hay trazas de culpabilidad. ¿Qué hacemos?

—Llevarla á la cárcel (contestó la señora), y allí cantará la pícara.

—Pero ¿usted sabe que, si se la prende, es usted la que responde de todo lo que ocurra?

—Responderé.

—Habrá injuria y calumnia.

—Que las haya.

—Le costará á usted muchos disgustos y el dinero.

—Que me cueste ; ya que las cosas se presentan así.

—Conste, señores (añadió el Comisario dirigiéndose al concurso), que la muchacha va á ser detenida á instancia de parte, y que en su dia ustedes tienen que declararlo.

El concurso comenzó á vacilar, como vacila siempre cuando ve que se asoma la injusticia por encima de la soberbia. Sólo un alma de las presentes permanecía arrinconada y silenciosa, trémula y anhelante, á la vista de aquel espectáculo siniestro, en que las pasiones podian desbordarse hasta el crimen. ¡Oh! si la verdad no estuviese algunas veces tan cerca de la deshonra, ¡qué pocos mentirian en el mundo!

Ya habia entre los circunstantes quién opinara que, no existiendo más dato que la denuncia de la señora, y ésta sin prueba alguna, era injusto proceder á la detencion de la muchacha, causándole tanto perjuicio en su buen nombre. El Comisario se inclinaba á lo propio, y sin un nuevo arrebató de la tia, el negocio queda hecho tablas con aquel dictámen.

—¡Conque es decir (exclamó ella, enrojecida

por la cólera), que los robados tienen que pedir perdón á los ladrones, y que la justicia está de parte siempre del criminal contra el ofendido!

—¡Señora! (interrumpió el representante de la autoridad) ¿sabe usted lo que dice?

—Pues vaya si lo sé: que se va á dejar libre á una ladrona, sin consultar sus antecedentes, y sin registrarla siquiera.

En efecto; á la criada no se le habia registrado. El Comisario eligió dos de las mujeres presentes, y marchó con ellas adonde tenía encerrada la presunta ladrona. Hízola registrar, en lo que no halló obstáculos, y ya se iban sin descubrir nada, cuando á una de las mujeres se le ocurrió escudriñarle el porta-monedas. Entre unos dineros y una llave, estaba la papeleta de empeño de los pendientes. Ella creía que la habia guardado en el baul con los billetes de la rifa de la Piñata, y por eso se negó á entregar la llave. La infeliz olvidó que desde la comision del delito no habia vuelto á sacar la papeleta.

Este terrible lance produjo las consecuencias que son de presumir: la tia se envalentonó, el Comisario se humilló, las gentes se indignaron.—«¡A la cárcel! ¡A la cárcel!»—fué la voz general. Y el jefe de policía dió orden á los guardias para que la llevasen presa.

En el mismo momento atravesó el grupo una pobre muchacha, una criatura vulgar, en quien hasta entónces nadie habia reparado; pero que pálida como un moribundo y balbuciente como un

reo, se abalanzó al Comisario en ademan de súplica, diciéndole:

— ¡No la lleveis, por Dios, no la lleveis: la ladrona soy yo!

Júzguese del asombro de los circunstantes, y de la confusion del que hacía de juez.

— ¡Tú, la ladrona! ¡Mi sobrina la ladrona?... (exclamó la tia con la rabia más delirante).

— Sí: yo soy la ladrona (respondió la muchacha con entereza). Ladrona de mí misma.

— Pues bueno, señor Comisario: á la cárcel tambien.

— ¿Qué es eso de á la cárcel? (gritó entonces un teniente de caballería, con grado de capitan, á quien su asistente habia ido á decirle que no pudo entregar la carta, porque habia ladrones casa de la señorita). ¿Qué es eso de á la cárcel? ¿Quién representa aquí la autoridad y la fuerza? Perdone usted, señor Comisario; pero lo primero que se me figura que debe usted averiguar es de quién eran esos pendientes...

— De la señorita (interrumpió con viveza la criada).

— Suyos (dijo la tia); pero es menor de edad y yo soy su tutora.

— Parece que eran míos (murmuró la jóven sencillamente).

— Pues bien, señor Comisario (continuó el militar): las cosas se aclaran, por lo visto, y no soy yo quien tengo que discutir las. ¿Ve usted estas estrellas que llevo en la manga, y estas medallas y

cruces que llevo en el pecho? Estas significan honor, corazón y lealtad. En nombre de ellas le digo á usted que lo que aquí ocurre no pertenece á la jurisdiccion de la policía; que ésta es una casa del demonio, y esa mujer una mujer del diablo; que aquí no hay robo ni nada que se le parezca; y, por último, que esta jóven que hasta ayer era mi novia, desde hoy será mi prometida. Creo, por consiguiente, que sus funciones de usted han terminado, como no sea que pueda necesitarlas aún para depositar á la que ha de ser mi esposa, si ella quiere, en otro lugar ménos escandaloso. Señores (añadió dirigiéndose al concurso): ya están ustedes aquí demás; esto ha concluído.

La tia estuvo por arrojarle sobre el teniente dos veces á lo ménos durante su expresiva perorata; pero se contentó con morderse los labios, mesarse los cabellos, y berrear alguna que otra frase descompuesta. Digamos, en verdad, que su coraje no se fundaba en los insultos que oyó, sino en la consideracion de que aquella sobrina insignificante y rara, hubiese encontrado un novio tan apuesto, tan agraciado y tan decidido. ¿Cómo se lo buscó? ¿Dónde? ¿Cuándo? — Por saber estas cosas la tia perdonaba su dignidad ofendida, y la vergüenza de su falsa denuncia.

Nadie se las dijo. Ella, sin embargo, condescendió con la boda anunciada, por cortar (decía) los disgustos y escándalos de un depósito, tratándose de una casa de honor como la suya. En el fondo de esto había quizá la idea de que el coronel fuese

padrino de la boda y se enamorara de la sobrina bonita. Tampoco lo sabemos. •

Lo único que la señora exigió, como cláusula indiscutible, fué que la criada se marchase en el acto. Esta injusticia recibió doble compensacion en el acto tambien: un guiño del teniente como diciendo, — «Yo me ocuparé de ti», — y una noticia de los periódicos anunciando el número favorecido con las doce onzas de oro en el sorteo de la Piñata. Era uno de los que la muchacha tenía en el cofre.

La novia feliz se llegó á ella, y apretándole una mano le dijo:

—Era el tuyo.

DOLORES.



DOLORES.

I.

Nunca hemos tenido aficion á visitar las casas de locos. En nuestros viajes por el extranjero no quisimos jamás que los franceses nos llevasen á Bicêtre, ni los ingleses á Betlan, ni los austriacos á Irrenhaus, que son los primeros manicomios de Europa. ¿Cómo habíamos de sentir afan por visitar el nuestro de Leganés, que es uno de los más humildes en su clase? Y sin embargo, en cierta ocasion estuvimos allá.

Debióse este contrasentido á que por entónces dirigía el establecimiento un jóven médico con quien sosteníamos afectuosa correspondencia por su mucho saber, sus virtudes profesionales y la abundancia y cultura de su imaginacion. El doctor Simarro, que es la persona aludida, había escogido por amor al estudio ese puesto difícil y poco glorioso, abandonando uno muy honorífico de Madrid y comprometiendo los intereses de su

ya respetable clientela. En Leganés observaba y procuraba encauzar las enajenaciones de sus compatriotas; en Leganés escribía artículos ó componía discursos que pronto le valieron justo renombre, y de Leganés partió para París en busca de mayores conocimientos frenológicos, que, adquiridos á gran costa, le han proporcionado á la vuelta el figurar entre los primeros alienistas de España.

Excusado es decir, que las ilusiones del doctor eran hablarnos de demencias y desvaríos; pero afortunadamente para nosotros no habia por aquel tiempo en la casa ejemplares extraordinarios, de esos que hacen amar el estudio de la enajenacion. Monomanías religiosas y políticas, locuras por contrariedades de amor, alucinaciones comunes, entre las que descuellan siempre el abandono de los individuos por sus familias para disfrutar su herencia; con una corte de generales, emperadores y pontífices que mandan ejércitos, promulgan leyes ó expiden bulas, tal era el núcleo general de aquella poblacion de infortunados.

Habríamos podido, pues, hablar de muchas cosas agradables, á no haber descubierto nosotros en el fondo de una galería, adosada á un ángulo de la pared, inmóvil de apostura, una muchacha de veintiseis á veintiocho años, rígida hasta el absurdo y con el dedo índice de la mano derecha cruzándose la boca, representando la imágen del silencio. Era Dolores, segun nos dijo el doctor. ¿Cómo explicarse aquel remedo de éxtasis?

Dolores se hallaba en la madurez de su juven-

tud. Corpulenta y de anchos hombros, aunque de breve talle y finos extremos, no era difícil adivinar sus bellas formas por los pliegues del mísero vestido que la cubria; pues así como las ropas se despegan de los cuerpos defectuosos, deformándolos más, parece que tienen gusto en plegarse sobre las figuras esbeltas, prestándoles mayor elegancia y corrección. Una cabeza airosa, de la que se destacaban grandes ojos, cuya mirada debió ser siempre expresiva, aparecia cubierta de cabellos negros, grises ya por algunos puntos y como amasados con ese desórden artístico con que se peinan las estatuas. Habia demacracion en el rostro de Dolores, pero rasgos á la vez de varonil denuedo, contenidos entónces por la inmovilidad á que la condenaba su silenciosa actitud. Era, pues, imposible pasar junto á la pobre muchacha sin interesarse por conocer las alucinaciones de su espíritu.

Ella propia las habia revelado al ingresar en el establecimiento. No estaba enferma y si lo parecia era porque en ese hueco que tenemos debajo del corazon se le habia establecido un concejil (este nombre le daba), un sér viviente como de una tertia de alto, provisto de los atributos de los séres mayores, aunque invisible para todos y en exclusiva comunicacion de ideas con la que lo llevaba oculto. El tal concejil ejercia sobre Dolores una espantosa dictadura. Mandábale comer, y comia; mandábale dormir, y se acostaba; pero si el misterioso tirano ordenaba no dormir ni comer, ella debia pasarse en la inanicion y el desvelo.

Inútilmente se le dijo que no tenemos ningun hueco debajo del corazon; que en caso de tenerle no cabria un sér de ese tamaño, y que áun suponiendo la existencia de algo vivo en el interior del pecho, era imposible que fuese una criatura dotada de voluntad y de voz. Estas razones exasperaban á la infeliz Dolores hasta el delirio, é iba acentuándose de tal modo su demencia, que fué necesario trasladarla del barrio de San Bernardo de Sevilla, de donde procedia, al asilo piadoso de Santa Isabel de Leganés.

Desde su entrada allí las cosas variaron bastante. Lo primero que hizo el doctor al reconocer su enferma fué persuadirse de que era real y efectivo el hecho que relataba; pues aceptando la teoría de una cavidad debajo del corazon, en que se ocultan muchos misterios, no habia inconveniente en admitir que el misterio esta vez hubiese tomado la forma de una criatura viva é inteligente. Para comprobar su sospecha auscultó á la jóven con una trompetilla acústica, y ¡fenómeno extraño! no sólo percibió las palpitaciones del sér, sino que le oyó pronunciar algunas palabras.

La alegría de Dolores fué inexplicable, y su veneracion por el médico llegó á tal, que casi compartió desde entónces su obediencia entre el concejil y el sabio. Dejóse interrogar y hasta medicinar por él; estuvo atenta á sus órdenes cuando no contrariaban demasiado las del dictador pequeñuelo; y, en fin, aquellos ayunos é insomnios que tanto destruian á la pobre muchacha, se con-

tuvieron en los límites de una relativa cordura. Cuando las hermanas de la Caridad ó los dependientes del establecimiento se veían apurados para contener las insubordinaciones de la andaluza (que éste era el nombre con que se la conocía en el patio), la llevaban á presencia del doctor, el cual, aplicándole la trompetilla y fijando su oído con interés, solía decirle: — «Quiere que comas; quiere que duermas; quiere que calles, etc., etc.»

Habia en esta demente algo que no es comun en los infelices enajenados. Ellos, que de por sí son sucios y andrajosos, tenían en Dolores un raro modelo que imitar. Su delicia era el baño, su mayor ilusion un traje limpio, y su más apreciada recompensa un puñado de cintas ó un manojo de flores. Lo que procuraba es que todo fuese precipitado y ligero. Apénas se metía en el agua, ya deseaba salir; la bata habia de ser abierta para colocársela en un segundo y entallársela con un par de pases de manos por la cintura; en cuanto á la cabeza, de que cuidaba mucho, no era más pronto verla con los cabellos sueltos, que éstos prendidos con singular donaire y empenachados de hojas verdes. Era una Ofelia del Mediodía.

En el momento que la contemplamos, el concejil le habia dicho, sin duda, que permaneciese callada, y ella no sólo le obedecía sino que intimaba á los demás para que se callasen tambien. Pero el doctor quiso que nosotros la oyéramos, y llamándola con cierta autoridad cariñosa, á que correspondió en el acto, preguntóle por su salud.

Dolores, sin despegarse el dedo de la boca, hizo un mohín como diciendo: «no puedo hablar»; y entónces el médico, aplicándole la trompetilla, exclamó:—«Dice que sí.»—La jóven dudó un instante, entornó los ojos á la manera de quien consulta consigo mismo, y á paso lento se retiró al rincon de la galería, donde esta vez se puso de espaldas. No conseguimos, por consiguiente, oir su voz.

Dolores era oriunda de Sevilla, segun constaba en la semihistoria con que entró en el asilo. Debia ser huérfana, cuando sólo unos parientes lejanos la trajeron al manicomio en clase de pobre; pero ni su equipo fué vulgar, ni en sus costumbres reveló maneras ordinarias. Las personas con quienes vino hablaron mucho, ántes de marcharse, con el capellan, con las hermanas y otros servidores, sobre lo que se sabia ó contaba de ella; todo lo cual, reunido en buena forma y descartado de lo inverosímil ó absurdo, podia reducirse á lo siguiente:

*

II.

Entre las innumerables operarias de la fábrica de tabacos de Sevilla no habia memoria de una hermosura ni de un carácter como los de Dolores. Desde la edad de catorce años, en que entró á trabajar, hasta la de veinticuatro, en que se despidió sin saber por qué, fueron unánimes los pareceres de compañeras, empleados y público sobre el mérito incuestionable de aquella muchacha. Hábil para las faenas del oficio, puntual para el cumplimiento de su obligacion, afectuosa con todos y callada por costumbre, representaba el polo opuesto de lo que suelen ser las cigarreras. Allí donde tanta belleza habia, tanto donaire, gracia y travesura tanta, ninguna disputó á Dolores ni por un momento su calidad de reina. Al salir y al entrar, cuando muchas gentes de Sevilla y casi todos los forasteros se colocan junto á las verjas de San Fernando para pasar revista al plantel de criaturas más notable que puede existir en el mundo; de cuerpecillos esbeltos, de cabecitas airosas, de ojos

habladores, de bocas sonrientes, de actitudes y aposturas revolucionarias; en aquel semillero de encantos donde se reproducen con tal profusion los atractivos naturales de la mujer, el paso de Dolores tenía algo semejante á lo del gobernador que preside las procesiones, ó á lo del príncipe que atraviesa por primera vez las calles de una capital de provincia. Por todos lados resonaban exclamaciones como éstas:—«Esa es la mejor. No me habian engañado. Dios la bendiga. Merece un trono.»—Y otras que no es oportuno consignar aquí.

Los únicos defectos que le ponian en la fábrica eran el ser un poco orgullosa, el no alternar al trato de los hombres y el resistirse al jaleo constante de dicharachos, murmuracion y disputas en que pasaban el tiempo sus compañeras. ¿Por qué no tenía novio? ¿Faltaban personajes dignos de ella en Sevilla?

Y la verdad es que no faltaban. Un brigadier de ejército, joven, de buena figura y relacionado con lo mejor de la poblacion, se enamoró perdidamente de Dolores. Al principio parecia una de esas aventuras vulgares que suelen mediar entre cierta clase de hombres y cierta clase de mujeres; pero al ver el desden y la indiferencia de la hermosa muchacha, contrastando con el amor constante del ilustre galan, forzoso fué deducir que la cosa era seria. En efecto, un dia el brigadier le ofreció su mano. Hé aquí la contestacion de la joven:—«Yo no puedo ni debo casarme con usted; porque ántes de hacerlo correria el ridículo de intentarlo, aunque

proporcionara á usted un poco de gusto, y despues de hecho, usted sería el que se creyera en ridículo teniéndome por esposa, y yo sería desgraciada siempre. Busque usted una mujer de su clase.»

Si de este modo pensaba cuando la pretendian brigadieres, inútil parece decir cómo pensaba con respecto á los menestrales, majos y señoritos de Sevilla que la requerian de amores á todas horas. Hasta hubo su inglés que, despues de ofrecerle puñados de libras esterlinas, le propuso llevarla á Lóndres para que se educase en un colegio y casarse despues con ella. Esta proposicion le hizo mucha gracia á la favorecida. —Constaba, pues en la fábrica de San Fernando, y en toda la capital de Andalucía, que Dolores no tuvo jamás novio alguno.

Una tarde, domingo por cierto, á esa hora en que los muchachos y las muchachas, con sus trajes de fiesta, se ponen en circulacion por el barrio donde viven para ver y ser vistos, tropezó Dolores con un sargento de ingenieros recién llegado de Madrid. El sargento se detuvo junto á la muchacha, como se detenian todos los hombres ante su belleza; pero la muchacha reparó en el sargento como hasta entonces no habia reparado en nadie. Aquél era el hombre.

Pocas palabras son necesarias para dar idea de él. Un caballero que se disfraza de soldado, y que no lo consigue, tal era el mozo en cuestion. Hijo de buenos padres, aunque de muy mediana

fortuna, y educado entre numerosa familia, de la cual fué siempre el predilecto, no tuvo otra carrera en la villa de la Rioja donde nació que pasear las calles, requebrar las muchachas, cantar como el más gracioso de los rondadores y reñir como el más bravo de los aragoneses. Sus hermanos trabajaban todos para él, incluso el mayor, que aún cuando no ganaba todavía por estar estudiando para médico, era la esperanza de los padres al sufrir la mala suerte de caer quinto. El calavera, que á pesar de su vida licenciada no carecía de ciertos arranques, propuso sustituir á su hermano en el servicio de las armas, porque más enérgico que él, más inútil y más ambicioso, quizá lograba con esto abrirse un porvenir que redundase á la vez en provecho de su familia. No se equivocó en sus cálculos, pues que escogido por su figura y modales para el cuerpo de Ingenieros, nombrado cabo á las pocas semanas por la solicitud y presteza con que se impuso en las obligaciones del cuartel, y sargento segundo á los pocos meses por su relativa instruccion y simpático porte, una feliz casualidad le llevaba ahora á la isla de Cuba, para donde, con el empleo de sargento primero, se disponia á embarcarse, ansioso de conquistar grados y gloria contra los enemigos de su patria, cuando desde Madrid apareció en Sevilla.

Excusado será decir cómo y con qué delirio comenzó á amar Dolores al sargento, si se recuerda que aquella altiva muchacha, solicitada por tantas gentes, no habia amado nunca á nadie. Halló en

él lo que formaba el fondo de sus ilusiones: un galán de la clase media, ó mejor dicho, un hombre de su misma clase, que reunía la condición y atractivos de los caballeros. ¿Habría quien se atreviese á murmurar de este amor? ¿Podría creerse humillada por los méritos del elegido la que valía tanto como él? Dolores se preocupaba mucho, demasiado quizá, de la opinión pública y de su propia opinión.

Dispuesta á amar, arrojóse en la sima del enajenamiento. Ella que no había mirado á ningún hombre, pasaba largas horas mirando al hombre aquel; ella que no había escuchado las palabras de nadie, escuchaba con delicia la música de aquellas palabras; ella, que había huido de que le achacasen novios, se recreaba ahora en que la sorprendieran con el bello novio que para su encanto le deparó la fortuna. Quiso y pudo amar en diez días el amor de diez años.

El sargento, digámoslo en su honra, aún cuando halagado por la preferencia de Dolores, no la hubiera querido tan grande, pues presumía el efecto cruel que aguardaba á la falsedad de su posición. Él le había hablado de todo, ménos de su breve paso por el país, ni de su próximo viaje para otro mundo, de que los jóvenes no suelen volver; y ella por su parte lo había inquirido todo, ménos la existencia real y positiva del hombre á quien se consagraba. Porque las mujeres del temple de Dolores, cuando se dedican á amar, no preguntan lo que otras averiguan la víspera, si es

práctico su amor, sino que hacen lo que los muchachos que se bañan en el río, tirarse de cabeza sin conocer el fondo de las aguas.

El día en que unas amigas oficiosas revelaron á su compañera la posición del sargento, éste, lejos de negarla, se la confirmó con muestras de profundo pesar.—«Pues bien (dijo ella); esperaré.»—El jóven temió que iba á increparle por su reserva, ó que iba á proponerle marchar á Cádiz hasta el momento de partir, ó tal vez á exigirle que unidos en matrimonio hicieran ambos el viaje á Cuba; pero nada de esto sucedió, y si algo pudo pasar por la mente de Dolores, no se tradujo en hechos ni en palabras. Entónces él, atraído por tanta generosidad, ó subyugado por actitud tan digna, creyó oportuno ir exponiendo los inconvenientes de cada una de las soluciones apuntadas, aunque nadie le pedia satisfaccion de ellas. La muchacha se limitaba á decir:—«Esperaré. He esperado diez años.»

Lo único que al parecer preocupaba á Dolores era si su amor sería correspondido. A fin de averiguarlo, acudió á una de esas zahoríes ó adivinatoras de la raza gitana, que tanto abundan en Sevilla para uso de las gentes del pueblo, y con especialidad de las cigarreras. Examinóle las rayas de la mano, barajó unos naipes, dijo algunos latines macarrónicos y dedujo las siguientes profecías:—Que haria un largo viaje; que padecería una grave enfermedad; que despues de curada nadaria en oro; que dos hombres pensaban

en ella, uno cerca, muy cerca, y otro lejos, muy lejos; finalmente, que querría mucho á su hijo.

Estos augurios podían interpretarse así:—El largo viaje era, sin duda, el que tendría que hacer á América; la enfermedad, esa que contraen los europeos allá; el oro anunciado, el que, según fama, se encuentra fácilmente por aquellos países; el hijo sería el fruto de un dichoso matrimonio; y en cuanto á los dos hombres que le dedicaban su amor, no había en realidad más que uno, el que entonces tenía cerca, muy cerca, y el que pronto iba á tener lejos, muy lejos. Ni Dolores ni la gitana podían engañarse.

La víspera de la partida, el sargento conmovido visiblemente y con señales de una verdadera pasión, dijo á su novia:—«Dolores: yo voy á una tierra de donde no se suele volver. Voy á pelear con enemigos, y los enemigos matan; voy á sufrir los rigores de un clima que mata también, y voy á luchar con mi propia suerte, que puede ser feliz ó desastrosa. No te exijo, pues, que me aguardes, ni que sacrifiques tu juventud y tu vida en la esperanza de una ilusión. Tú tienes mérito suficiente para que te sobren partidos ventajosos; olvídame si puedes, aún cuando yo no pueda olvidarte; que si está escrito que seamos el uno del otro, la casualidad nos unirá como ahora nos ha acercado. Lo único que te pido es una prenda que me recuerde en aquellos países nuestro amor.» —Y diciendo esto se descolgó del cuello una cadénilla de plata con un relicario, que su madre

le habia entregado al partir, y la colocó en los hombros de Dolores.

Dolores, enajenada, quizá loca, hizo cadena de sus propios brazos, y enlazando con ellos la cabeza de su amante, la aprisionó sobre sí en un arrebató de ternura y de lágrimas. Toda la adusta reserva, todo el rudo pudor que aquella mujer habia guardado en su vida, pareció como que estallaban ante las contrariedades del destino. Si no podia irse, enviaba con su ardorosa debilidad la prenda más segura de un eterno amor. Dos solas palabras acompañaron su arrobamiento:—«Soy tuya.»

III.

Durante los primeros dias de navegacion, el sargento iba contemplando y casi adorando los regalillos que le entregó su novia. Habia entre ellos una caja de primorosos cigarros, lo cual no tenía nada de particular viniendo de quien venía; pero sí era notable el papel que bajo la cubierta llevaba escrito:—«Hechos con permiso del Director y pagado el tabaco.»—Otra de las finezas era una cinta con los colores nacionales, que bordada en oro decia:—«Licencia absoluta.»—Tambien en ésta habia su nota:—«A menos de no ascender á alférez.»—El catálogo era extenso.

Despues se dedicó el navegante á consignar casi hora por hora sus propios pensamientos ó los incidentes de la marcha. El amor le habia hecho algo poeta, y el espectáculo del mar, que evoca recuerdos terrestres, le invitaba á escribir ternezas y proyectos dichosos, los cuales en otra ocasion tal vez no se le hubiesen ocurrido. Aquellas cartas formaban un tomo cuando fueron puestas en el correo al arribar á Cuba.

No hay que decir cómo las recibiría Dolores: eran el resumen de una entrevista de tres semanas sin solución de continuidad y sin la más ligera nube de celos. Ella también tenía su libro redactado en que, adelantándose á las cuestiones que pudieran promoversele, contestaba preguntas no hechas y satisfacía exigencias no formuladas. Porque los amantes, en el primer período de su amor, pueden responder á las cartas ántes de recibirlas.

Un nuevo encanto tuvo pronto esta correspondencia, aún cuando no exento de zozobra. El militar, que entró en seguida en operaciones, se distinguió de tal suerte en el primer encuentro con los enemigos, que le valió ser condecorado por su brigadier sobre el campo de la acción. El diploma en que así constaba llegó á manos de Dolores copiado á pluma, con los sellos y firmas que contenía el original. Su gozo fué inmenso.

La guerra tomaba por entonces gran desarrollo en Cuba. El filibusterismo, amparado por las condiciones del terreno y del clima, fatigaba á las tropas peninsulares de un modo cruel. Todos los días se peleaba y todos los días se moría, excepto cuando los soldados eran muertos sin pelear, por traidoras sorpresas. En una de éstas, nuestro sargento se rehizo con un pelotón de hombres, y derrotó á una numerosa partida de insurgentes, cogiéndoles más prisioneros que los que sus escasas fuerzas podían sujetar. Fué nombrado alférez é inscrito en la orden general del ejército.

Las cartas á Sevilla no podían ser en aquella época tan frecuentes como ántes, por la movilidad de las columnas y la inseguridad de las comunicaciones. Dolores las suplía con la lectura de los periódicos, en que más de una vez figuraba el nombre de su amado, y muchas las glorias de su regimiento. Ella pertenecía á él. Lo que angustiaba su espíritu á cada paso era la idea de que las glorias de los militares van unidas por lo común á los heroísmos de la muerte. ¿Quién se alegra de una buena noticia militar, sin contristarse al propio tiempo con el temor de otra desdicha? Por fortuna para el novel alférez todo le salía bien, lo mismo las ocasiones de distinguirse, que los éxitos de sus temerarias empresas. Antes del primer año de campaña era ya teniente.

Sucede en la milicia lo que en otros varios ramos de la actividad humana, y es que cuando un individuo se pone de moda, afluyen en torno de él las más prósperas coincidencias. Con ser tantos los oficiales distinguidos que á la sazón habia en el ejército de Cuba, ninguno participaba del favor que la casualidad ponía en manos de nuestro teniente. Mandando un fortín en la manigua, se vió rodeado de enemigos, cuyo número era irresistible. Él lo resistió, sin embargo, é infundió en su escasa tropa tal aliento, que todos juraron morir ántes de entregarse. Pero el sitio se prolongaba, los víveres y las municiones comenzaban á faltar, los ánimos se abatían, y la derrota estaba tan cercana como la muerte. Imitando entonces la con-

ducta de los grandes guerrilleros, á quienes de seguro desconocía, dividió sus fuerzas en dos partes: al frente de la una se colocó él, saliendo á abrirse paso por entre los sitiadores, mientras que la segunda, á retaguardia del fortín, simulaba las señales y algaradas que preceden al arribo de un socorro próximo; logrando con esta estratagema, auxiliada de un fiero valor, sobrecoger á la partida facciosa, sobre cuyos restos en desorden se cebó el coraje de los sitiados. Terminada la lucha se supo que estaba herido el jefe.

Tal hazaña, acaecida en momentos de soberbia para la insurrección, y que reanimaba el espíritu de las tropas leales, produjo en toda la Isla, y singularmente en la capital, prodigioso efecto.

La pequeña partida fué llamada á la Habana, donde entró en triunfo, escoltando al que la opinión pública proclamó capitán, cuya herida, si no grave, siempre inspiraba recelos por las condiciones del país. Todos se disputaban el honor de alojar á los soldados; todos querían cuidar al jefe; y las dádivas y las cruces llovieron sobre aquellos heroicos reclutas, á quienes se les declaró beneméritos de la patria.

Un coronel de voluntarios, enriquecido en el comercio, como tantos otros, obtuvo la preferencia para asistir al capitán. Llevóle á su casa, donde tenía hijos é hijas, abundantes recursos y gran entusiasmo por la causa española. Allí, rodeado de los mejores médicos, de los patriotas más ardientes y de las más solícitas cubanas, fuéle ce-

rrando la herida del cuerpo al que quizá se le abría otra más profunda en el corazón. ¿Quién puede dudar del influjo que ejerce una enfermera joven sobre el alma de un enfermo, joven también, y por añadidura militar y herido?

Mientras tanto en Sevilla no se recibían cartas de Cuba, aunque sí se recibieron noticias de la acción. Una gloria con sangre, en que se confunden el placer y la pena, ejerce asimismo un extraño influjo en las almas jóvenes y heridas. Dolores no sabía si alegrarse ó llorar. Al principio recorrió toda la serie de dudas resueltas: achacó la falta de las cartas al mal servicio de correos en la Península; después, á lo difícil de las comunicaciones en los territorios sublevados de la Isla; más tarde supuso que la herida de su amado era en el brazo derecho, y por consiguiente que le imposibilitaba de escribir. Pero cuando el silencio se hizo eterno, recorrió en contrario las dudas sin hallar solución: en la Península no se perdían ya las cartas; en la Isla podrían ser más ó menos difíciles las comunicaciones, pero las había; y en cuanto á los heridos del brazo derecho, si ellos no pueden escribir, sobra siempre quien lo haga en su nombre. Sus amigas se lo decían:—«Cuando no se reciben cartas, es que no se escriben.»

Si por los mares se pudiera nadar como se anda por la tierra, Dolores hubiese ido á pié á enterarse de todo. Ella ya no dormía: ¿no le facilitaba esto el hacer las jornadas de veinticuatro horas? Lo que nunca se le ocurrió fué escribir á alguien,

porque ese *álguien* se enteraría de que no le habían escrito.

Y ¿á qué escribir? En ocasiones semejantes se encarga de hacerlo cualquiera, y mucho más desde que hay periódicos de gran circulacion que se ocupan en todo. Uno de éstos, el más leído, insertaba las líneas que siguen:—«Es tal el entusiasmo de los patriotas de la Habana por los recientes triunfos de nuestras tropas, que no contentos con colmarlas de atenciones y agasajos, les ofrecen tambien sus hijas. El bravo oficial que hace pocos meses se cubrió de gloria castigando la audacia de los insurrectos en la manigua, va á recibir la mano de la hija del rico comerciante que tuvo el honor de asistirlo en su casa. Es una poética historia, á la cual, por lo que se dice, acompañan rasgos de exquisita ternura. Nuestros plácemes á la feliz pareja.»

Dolores quedó aterrada con la lectura del periódico, alguno de cuyos nombres en blanco leía perfectamente, y dejó escapar de su boca la palabra *¡infame!* Pero ¿era el infame él? ¿Era la infame ella? ¿Eran los infames los padres y personas que los rodeaban? ¿No es un infame el mundo cuando contribuye alborozado á estos arreglos, sin cuidarse de averiguar los pesares y ruinas que ocasionan?

Se despidió de la fábrica; fué á vivir con una pobre vieja, de quién, á cambio de sus ahorros, podia obtener auxilios materiales por algun tiempo, y se encerró en la soledad de su infinita

amargura. ¿Quedábale alguna esperanza? Quizá; pero ésta se desvaneció con la noticia indudable de la boda.

Entonces comenzó á sentirse enferma del corazon. Experimentaba un peso en el lugar de esta entraña, y sentia tales conmociones, de regocijo unas veces, de terribles molestias otras, de sobresaltos y congojosas dudas siempre, que no pudo achacar su mal sino á la existencia de algo vivo y extraño, algo que sin ser de ella fuese suyo y participase de no se sabe qué engendro de otros, como histérica que percibe la péndula de un reloj oscilante en su cuerpo, ó los arañazos de un reptil que roe las membranas internas de su cabeza. Paso á paso, y de deducción en deducción, recordando la última profecía de la gitana, dió en sospechar que aquel fenómeno extraordinario podria ser una criatura, y de ser criatura un hijo, y de ser hijo, un concejil, que es como se les llama á los expósitos en la Rioja.

Al pronto reveló con temor su sospecha á la pobre mujer que la acompañaba; pero visto que ésta se resistia á darle crédito, hizo partícipes de su misteriosa novedad á otras mujeres, las cuales trataron asimismo de disuadirla, trabándose una lucha, de la que resultó completamente formulado el absurdo. Ella tenia dos naturalezas, y la segunda naturaleza era un concejil. Dedicóse á amarlo y á obedecer sus órdenes, no ya con la resignacion de una madre cariñosa, sino con la solicitud de una esclava sumisa. Todas las excentricidades á

que pudiera conducirle su falta de juicio las co-
honestaba con el sagrado deber de servir y ampa-
rar á su criatura. Dolores no era, pues una loca,
sino la que ponía en ejecucion los caprichos de un
locuelo.

Así iban graduándose sus alucinaciones, hasta
que la contradiccion le hizo incurrir en actos de
violencia. Esto, unido á que los recursos princi-
piaban á escasear, movió á la buena anciana que
la asistía á valerse de otra compañera para tras-
ladar al manicomio de Madrid la infeliz demente,
á antes de que una miseria absoluta la condujese al
triste estado en que por lo comun se hallan los
que pierden el juicio en Andalucía.

Tal era la historia de la jóven.

IV.

Al año siguiente de nuestra visita á Leganés supimos el desastroso fin de la pobre Dolores.

Habíase celebrado en los alrededores del pueblo un simulacro militar, dirigido por el Rey, y al terminarse las maniobras se esperaba en la Casa de Dementes á S. M., con cuyo motivo quedaron francas las puertas. Entre los militares que acudieron á ver los locos hubo un sargento de Ingenieros, que por casualidad se colocó delante de Dolores. Ésta, al divisarlo, prorrumpió en un agudo grito, acompañado de actitudes desusadas de furia. Hacía mucho tiempo que la infeliz no veía á un militar de su clase.

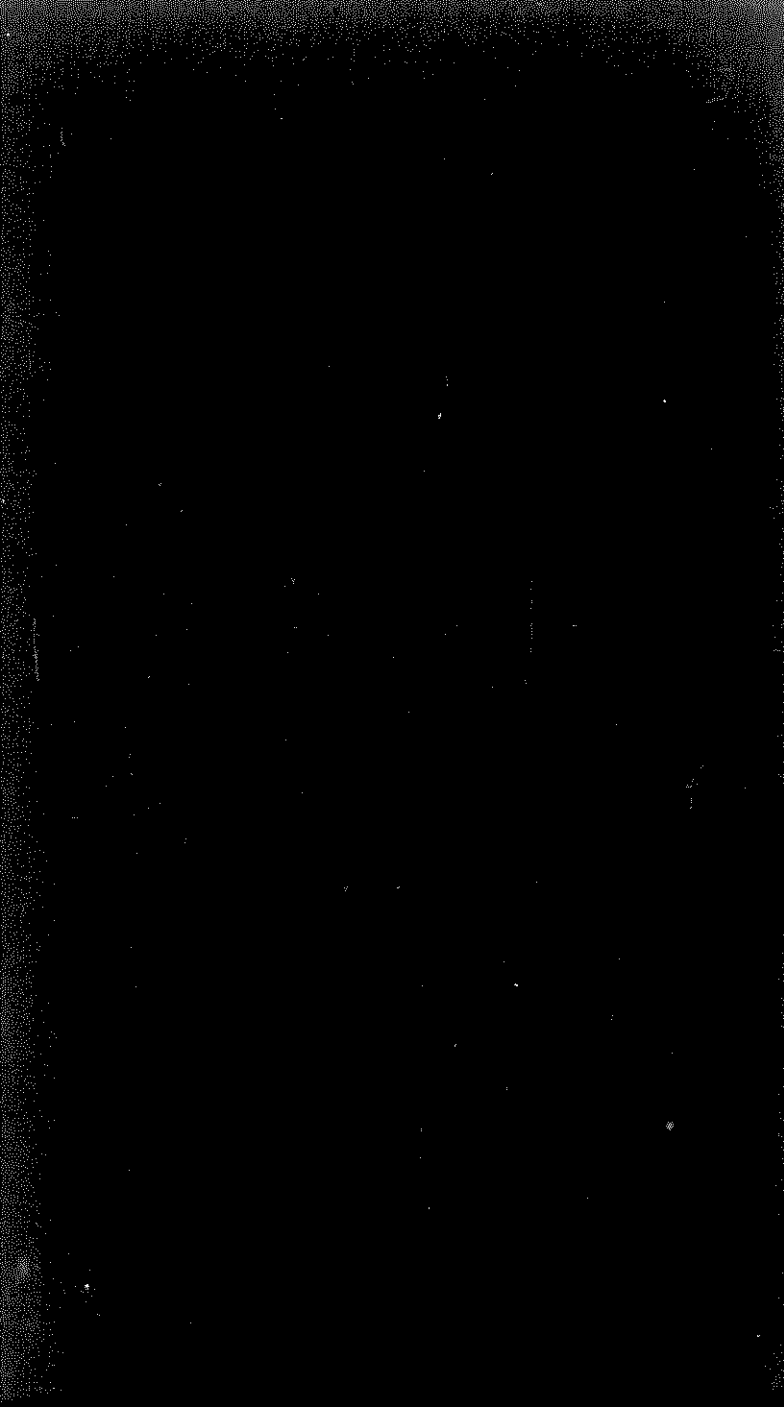
Conducida inmediatamente á su celda, se le prodigaron todo género de socorros, si bien no pudo conseguirse contener sino con gran esfuerzo su delirio. Por la noche pareció más tranquila y no inspiró cuidado; pero á la madrugada, gritos semejantes á los de la tarde última pusieron en movimiento á hermanas y sirvientes, los cuales al

llegar á ella experimentaron temeroso asombro. Una ancha herida sobre el lado del corazon brotaba copiosa sangre, y lo que es más terrible aún, la loca con sus manos parecia querer dilatar los bordes hasta abrirse el pecho. ¿Con qué arma se infirió aquella herida? No era la hora de discutirlo, sino de acudir á su remedio, si es que alcanzaba alguno.

El cirujano se apresuró á detener la hemorragia, valiéndose de precauciones que impidieran á la demente continuar en su espantosa carnicería. Poco tuvo que hacer, sin embargo, puesto que Dolores, fuese por su ya extremada debilidad, ó porque no acosasen su espíritu pensamientos suicidas, cesó en toda violencia ante los consejos de las personas que la rodeaban, y con voz débil aunque dulce exclamó:

—¡Sí, curadme, haced lo que queráis; pero ántes, meted por el agujero este relicario y colocadlo sobre los hombros de mi hijo!

UN DRAMA CHICO.



UN DRAMA CHICO.

I.

Un presidente de sala de la Audiencia de Madrid, conocido nuestro, no lleva ya á su mujer á los baños de Solan de Cabras. Esta noticia parecerá impertinente al mayor número de los lectores; no así á los pocos que frecuentan esas aguas, donde ignoramos si se cura alguna enfermedad, pero donde, segun dicen, se produce una que llena de contento á los matrimonios sin hijos.

Dióles en cierto tiempo celebridad á estos baños aquella dulce reina María Josefa Amalia de Sajonia, á quien amargó la vida, y casi privó de ella, el dolor de no ser útil á la patria en sus nupcias con el rey Fernando. Allí la bella jóven dejó consignados sus pesares de esposa, sin llegar á conocer las delicias de madre, en unos sencillos versos, que encantan por su ingenuidad y admiran por su dicción, para escritos por una extranjera. Dicen así:

«No el buscar una salud,
que Dios nunca me ha negado;
otros fines me han guiado
de esta fuente á la virtud.

»Busco en mi solicitud
la pública conveniencia;
sigo una probada ciencia
y cumplo con mi deber.
Por mí no queda qué hacer.
¡Obre Dios con su clemencia!»

Más dichosa, decimos, la mujer del Presidente de sala que la del rey Fernando VII, hace ya tres años que no bebe las aguas de Solan, porque se lo impide una muchacha de treinta meses, del tamaño de un comino, y pizpireta y locuaz como un loro con talento. Sus piernecillas se niegan aún á la seguridad de la marcha; pero su cabeza anda firme y segura para discurrir, ménos en los casos en que desea un imposible, y se desespera y llora porque no se lo dan.

¿A qué, pues, viajar ya esos padres felices? ¿Hay acaso algun pueblo mejor que aquel en que ha nacido un hijo y se conserva saludable? ¿Es cordura estar aguardando doce ó quince años una suerte como esa, y exponerla despues á los peligros de un ferrocarril, de un coche de colleras, de un cambio de clima, de una variación de alimentos, aires ó aguas? Lo que decía el médico de la familia:—«Por la mañana, muy temprano, una horita al Retiro. (De esto se encargaba el padre.) Durante el día, en camisilla y á la fresca, se la

entretiene durmiendo algun rato. (De esto se encargaba la madre.) Y á la noche, su excursion al Prado para ver jugar á los chicos y respirar el aire hasta la hora de dormirse. (De esto se encargaban el padre y la madre juntos.) Desengáñese usted, señor Presidente, que esos que se llevan los niños fuera, se los llevan por irse ellos.»—El médico también era de los que no salían.

Ello es que unas vacaciones exclusivamente para la muchacha, sentaban mejor al Presidente y á la Presidenta que todos los sansebastianes y biarrizes del mundo. El viaje se fingía con un carretoncillo, del cual tiraban, á voluntad de la chica, padres ó criados; los baules y maletas eran las cajas de juguetes y los muñecos, que andaban de aquí para allá, segun lo exigía aquel comino caprichoso; y en cuanto al fresco, había en la casa una colección de abanicos de todas formas, para hacer aire en todas las posturas. Si la niña estaba de pié, se la abanicaba de arriba á abajo; si sentada, se le hacía aire de diestro á siniestro, y si dormida en una zalea, soplábasele por encima, de delante hácia atrás, como si se aventara un brasero de ascuas de rosa.

No hay que extrañar ninguna de estas debilidades. Cuando los matrimonios pasan muchos años sin hijos, y los tienen despues, los padres se convierten en padres y en abuelos á un tiempo. Todo el mundo sabe lo que son padres. Nadie ignora tampoco lo que son abuelos.

Nosotros conocimos uno (y sirva esta digresion

por lo pertinente) que acostumbraba á pasear á su nieto por la plaza de la ciudad, en que habia una iglesia. Sobre la cornisa del templo, y á la altura casi de las palomas, se destacaba un ángel del Apocalipsis, que tenía en la boca una trompeta dorada.

—Abuelo (le dijo el chico un dia), yo quiero aquella trompeta.

El abuelo se echó á reir. El muchacho lo miró y repuso:

—Abuelo es que quiero aquella trompeta.

—Pero, hijo mio (exclamó entónces el pobre hombre), ¿no ves que ese es un santo de la iglesia, y que esa trompeta está en el cielo?

—Pues bien, abuelo, yo quiero aquella trompeta.

—¡Vamos! No seas tonto. Vente conmigo á una tienda de juguetes y te compraré la que más te guste.

—Abuelo (repitió el chico), yo quiero aquella trompeta. (Y comenzó llorar.)

El abuelo empleó las súplicas, las amenazas, los ofrecimientos, todo lo que la debilidad puede poner al servicio de la fuerza; pero el muchacho, erre que erre, queria la trompeta ó la vida. Desesperado el hombre, cogió al nieto de la mano, atravesó la iglesia y entró en la sacristía. El cura se estaba revistiendo para decir misa.

—¡Hola, Sr. D. Fulano! (exclamó éste): ¿viene usted á oírmela? ¿Por qué llora ese chico?

—A lo que vengo, señor cura, y usted perdone

(dijo el abuelo algo confuso), es á ver si habrá medio de alcanzar la trompeta del ángel que hay sobre el tejado de la iglesia.

Una tremenda carcajada fué toda la contestacion del cura. Avergonzado el abuelo, desapareció de la sacristía con su nieto al hombro.

II.

Añádase, pues, decíamos, á la contextura de abuelos la debilidad natural de padres, y formaremos idea de la vida interior de nuestra familia desde que la suerte les deparó aquella primorosa muchacha.

El padre era un hombre de esos de quienes se dice que tienen cara de juez. Alto, delgado, huesoso, con tez y cabello oscuros, de mirada grave y reposada, habia aprendido en el ejercicio de su profesion á callar y á oír, dos de las cosas más difíciles que hay en el trato de las gentes. No necesitaba ponerse toga para causar respeto; pero cuando se la ponía, era parte integrante de su sér, y hubiérase dicho que le salía de adentro. Dos circunstancias habian concurrido para producir esta severidad de formas: la primera, el administrar justicia durante tantos años; la segunda, el carecer de sucesión durante la frescura de su matrimonio. Porque los matrimonios sin hijos, por afectuosos que sean, se convierten, al cabo de cierto tiempo, en una visita perpetua, donde, por

lo comun, todo está dicho y pensado. Marido y mujer estériles, son, efectivamente, dos amigos íntimos, que en ocasiones no tienen nada de que hablar; dos consocios que se han retirado del comercio y pasean juntos; dos personas que atraviesan la vida sin encontrar á una tercera que desconocen. Cuando al cabo encuentran al hijo, prodúcese entre ellos una situación más extraña aún: la mujer parece como que se avergüenza de haber tardado en ser madre; el marido parece como que se confunde al ejercer las funciones de novio: ambos son felices en su interior; pero uno y otro son, en la apariencia, más magistrados que nunca. Y es que las canas y la nodriza no se avienen del todo en la sociedad.

Así es que el Presidente, cuando llevaba á su hija al Retiro y se encontraba á alguien, apresuraba un poco el paso y miraba al concurso, como diciendo: «Es una sobrinilla ó una nietezuela la que viene detrás. ¿Había yo de tener hijos tan pequeños?»

La muchacha, sin embargo, solía ponerle en algunos compromisos. Una mañana tropezaron en el paseo con cierto ministro de las órdenes militares, que tenía voz de tiple. El respetable magistrado besó mucho á la niña de su antiguo colega y le hizo varias preguntas; pero ella, mirándole con asombro, se limitó á decir:—«Papá, este caballero habla como las máscaras.»

Otra mañana, que llovía, iban en coche cuando acertó á pasar el Viático. Padre é hija se bajaron

del carruaje y lo ofrecieron al sacerdote, marchando detrás y á pié hasta la parroquia. Al llegar á la sacristía dijo la muchacha: —«Papá, ¡qué tonto es Dios!» —El padre, aterrorizado, se volvió á preguntarle la causa de aquel desatino, y ella repuso: —«¿Por qué no compra un coche, y no tendria que tomar el que le damos nosotros cuando llueve?»

Más de una vez se interpolaron las sentencias de la sala del crimen de Madrid con episodios de hijos, en que nuestro Presidente no era de los últimos á encarecer las agudezas de la suya. ¡Qué padre se libra de esta debilidad, por sesudo y reservado que sea!

Las noches del Salon del Prado eran las más cómodas y tranquilas para nuestro matrimonio. Colocábanse por detrás de la fuente de las Cuatro Estaciones marido y mujer, de espaldas al concurso, y allí con la niñera y la niña por delante; la turba de preciosos muchachos alrededor; cercados de padres tan felices como ellos; teniendo al frente los cochecillos de las cabras, en que ángeles del cielo hacen el oficio de mayores; contemplando las alegrías, las penas, las riñas ó los abrazos de los chiquitines; presidiendo el rodar de los aros, el botar de las pelotas y el saltar de las cuerdas; abstraídos en un mundo de infancia tan cercano y tan léjos del de la malicia, marido y mujer gozaban lo que no está escrito en los anales de las diversiones. ¿A qué veranear? Pues qué, ¿hace calor en Madrid?

Una noche se llegó la muchacha á su madre y le dijo:

—Mamá, yo quisiera jugar al corro.

—Pues bien, hija mia (exclamó la madre bajándose al oído de la pequeñuela), llégate á aquella niña grande (una zancuda de once años) y dile: «Señorita, ¿me hace usted el favor de que juegue al corro?» Apréndelo bien.

La muchacha lo aprendió perfectamente, y acercándose á la directora del juego, murmuró con humilde actitud:

—Señorita, de parte de mi mamá, que si me deja usted jugar al corro.

—Dígale usted á su mamá que no (respondió la farotona, y siguió dando saltos como una cabra).

Afligida la niña con esta repulsa, volvió al seno de su madre diciendo:

—Mamá, no quieren jugar conmigo al corro.

—Sí, hija mía (contestó la madre dándole un fuertísimo beso); suplicáselo otra vez.

Esta segunda fué tan desgraciada como la primera, y la niña se echó á llorar. La mujer miró á su marido con aire de amargura; pero el marido estaba pensando seguramente en alguna causa criminal de la Audiencia, y no hizo caso. Entónces la madre se levantó, fuése derecha al corro de las muchachas, y dijo con su acento más tierno:

—¿Por qué no dejan ustedes jugar á esta niña?

La déspota del juego mandó hacer alto; pero sin soltar las dos tiras de pequeñuelos, que tenía asidas fuertemente, y adelantándose á la señora,

como ángel exterminador con las alas abiertas, gritó en tono destemplado:

—Porque esa niña es muy pequeña; luego se cae, y nos echan ustedes la culpa. ¡Al álimon... al álimon, que se ha roto la fuenteé!... (y siguió cantando y bailando con el mayor desprecio).

El Presidente de sala, que hasta entónces había estado sentado en una silla de las comunes, abandonó maquinalmente ésta, y fué á sentarse en un sillón de brazos. Era cuando su hija lloraba ya á lágrima viva.

—No seas tonta (le decia la madre, cubriéndola de besos y de dulces palabras): tú eres muy pequeñita aún, tropiezas y te caes. Juega al aro, hija mia, ó á la pelota, y yo te llevaré á las cabras si quieres; pero, por Dios, no llores.

La muchacha lloraba, sin embargo, con un desconsuelo que partia el corazon.

—Yo lo que quiero es jugar al corro (decia entre profundos suspiros): ¡jugar á ese corro!

El Presidente de sala tenía enfrente de sí un hombre, á quien creyó reconocer; padre de familia probablemente, pues la grandullona que mandaba en el corro se habia llegado á él en un intermedio como á recibir órdenes. ¿Quién era aquel sujeto? ¿Por qué lo miraba el magistrado?

III.

Aquí necesitamos hacer una breve digresion.—¿Habeis visto ese coronel de caballería vestido de paisano, con su levita que se le cae de los hombros, sus pantalones cortos con rodilleras, su sombrero de copa que no se le tiene en ninguna parte, y una apariencia tan vulgar como el más insignificante de los transeuntes?—Pues vestidle su uniforme de coracero, ponedle sus botas y calzon de montar, subidle á caballo, colocadle en la cabeza un casco de plumas y haced que tire de su larga espada delante del regimiento: aquel hombre vulgar y casi desastrado endereza su cuerpo en cuanto se halla en posesion de su estado consuetudinario, ennoblécese su faz, atíldase su persona, y no sólo impone con su marcial apostura, sino que se muestra elegante y bello á los ojos de la multitud.—Es el hábito que fabrica al monje.

Pues bien: recordemos que nuestro Presidente, cuando comenzó á desarrollarse el conflicto de su hija, cambió sin saber cómo la silla ordinaria en

que se sentaba por un sillón de brazos. Al sentir su cuerpo las impresiones materiales que experimentaba durante treinta años para administrar justicia; al sentir aquellos codos los brazos del sillón; codos que, como los del convencional francés, habían pelado las mangas de la levita firmando sentencias, desapareció el padre vulgar que se entretiene en los juegos de los chicos, y apareció el carácter del magistrado con su dureza y autoridad de siempre. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué lo miraba cara á cara? ¿Se estaría burlando quizá de los primeros reveses y pesares de su pobre hija?—El hombre aquel no solo seguía mirándole, sino que, una vez que se encontraron sus ojos, incorporóse de su asiento, se descubrió y le hizo una profunda reverencia. Entonces el Presidente hizo memoria: era un portero de su propio tribunal, vestido de paisano también; uno de esos míseros alguaciles, que no pueden dirigir su palabra á un togado sin inclinarse; sólo que esta vez el alguacil era el padre de la muchacha que mandaba en el corro, y el togado lo era de la desairada y atropellada niña á quien no se le permitía jugar.

La infeliz criaturilla continuaba llorando, con ese desconsuelo que se apodera de los niños cuando desean una cosa ántes de dormirse.

—¡Yo quiero jugar á ese corro! (decía). Papá mio, ¿por qué no me dejan jugar al corro?

El magistrado estuvo á punto de levantarse para ir á imponer su autoridad al subalterno,

cuya hija menospreciaba á la suya; pero su mujer, que debia estar en todo, fué la que se levantó, inspirada de un sentimiento de ternura, no para imponerse, sino para rogar. Era el momento en que, á los gritos de la hija del alguacil, se deshacia el corro. ¡Terrible decepcion!

Hay una hora en el Prado de Madrid en que se van los muchachos: nosotros no sabemos qué hora es, pero la hay. Cuando se deshace un corro, todos los corros se deshacen á un tiempo; y la vasta avenida se puebla de rapacetes que buscan á sus padres; de padres que buscan á sus hijuelos; de niñeras con las cintas hacia atrás y las pierne-cillas desnudas de un muchacho dormido por delante; de nodrizas que dan el pecho á uno y la mano á otros dos, arrancándoles de donde no quieren irse; de barquilleros que gritan su última mercancía; de aguadoras que pregonan su último merengue; de cabras que agitan sus campanillas anunciando su último viaje; de dispersion, en fin, como si amenazara una tempestad. Este es un fenómeno de todos los concursos.

El Presidente y su mujer lo contemplaban suspensos y acongojados, teniendo frente de sí á su niñera silenciosa, y contra sus rodillas á la muchacha deshecha en lágrimas, que gritaba aún:— «¡Corro, corro! ¡Yo quiero corro!»

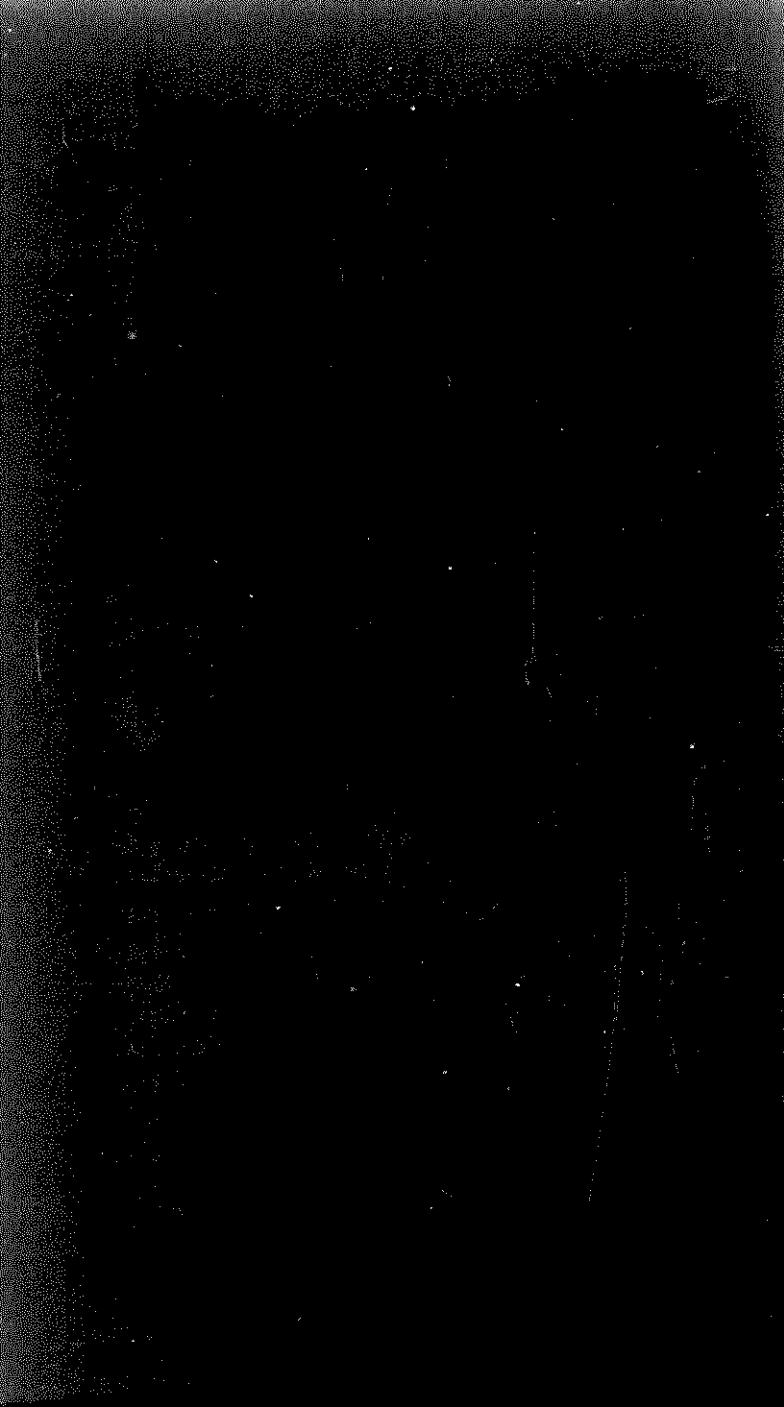
Marido y mujer se dirigieron una mirada de incertidumbre; hasta que el hombre como si se dispusiese á atravesar la iglesia para pedir al cura la trompeta del ángel que habia en la torre,

cogió con una mano la mano de su niñera y con la otra la de su hija, indicó á su mujer que hiciese enfrente lo propio, y sin reservas ni dudas de ninguna especie, comenzó á saltar y brincar en el más estrafalario corro que puede concebirse.

Nosotros, que contemplamos esta decision y arranque, porque eramos testigos del drama de familia que se desarrollaba allí, huimos del lugar para no producir el sonrojo, siquiera fuese pasajero, del magistrado. Pero al escondernos entre los árboles, oímos muy bien al Presidente de sala de lo criminal de la Audiencia que cantaba:

—¡Al álimon, al álimon... que se ha roto la fuentée...!

HISTORIA DE UN ALMA.



HISTORIA DE UN ALMA.

I.

Cierto día estuvimos en uno de los cementerios suprimidos de Madrid visitando á un muerto. Consignamos lo de suprimido, porque hay gran diferencia entre un cementerio en accion y un cementerio en reposo.

Cuando el camposanto se halla, como si dijéramos, en funciones, la sucesion de los difuntos que llegan, las preces del clero que sale á recibirlos, las comitivas que los siguen y las campanas que tañen al compas de la azada de los sepultureros cavando fosas, prestan al sagrado recinto una animacion que podria llamarse vida de muerte. Pero cuando en el cementerio no se admiten ya cadáveres, sólo queda en sus ámbitos la muerte muerta.

Parientes que buscan á sus parientes, amigos que buscan á sus amigos, y algun curioso que no busca á nadie; pero que suele encontrarse allí á

cuantos echa de menos en la ciudad, son los únicos que discurren por entre las solitarias tumbas. Las hierbas crecen en los senderos, ántes limpios para el paso; los árboles desgajan ramas y hojas, haciéndose cómplices del abandono comun; y las flores que tapizaban lápidas y verjas, impelidas por el viento, van á posarse en otras verjas y lápidas, á quienes la indiferencia negó el adorno, estableciendo sobre la superficie del campo esa igualdad de que sólo se disfruta en sus profundidades.

Nosotros, despues de pararnos ante la tumba amiga, hicimos lo que se hace en los cementerios; ir á visitar otros muchos difuntos, y distraer el ánimo en la contemplacion de los pocos vivos que por allí andan. Hacia la parte opuesta del patio donde nos hallábamos, se divisaban tres ó cuatro personas: un guarda, que con el pié iba juntando los ladrillos rotos de algunos enterramientos; un viejo mendicante, que tomaba el sol ántes de tomar la tierra, y una figura de mujer vuelta de espaldas, vestida de negro, en ademán de ocuparse con ardor en faenas mortuorias. Esta última fué la que naturalmente atrajo nuestra atencion, y con tanto más motivo, cuanto que su actitud no expresaba agudos y recientes dolores, sino continuos y por nada amortiguados pesares. ¿Era una hija? ¿Era una esposa? Adelantámonos en direccion al mausoleo de que al parecer cuidaba, y cogimos con la vista estos dos fragmentos de un más largo epitafio:—ISABEL, DIEZ Y SIETE AÑOS.—Era una madre.

Tan rápida como fué nuestra inspeccion, fué, sin embargo, de rápida nuestra seguridad. La tumba era sencilla, pero de buen gusto; la verja estaba recién pintada; los bronce del adorno brillaban de limpieza como nuevos; unas macetitas blancas y azules con flores diminutas, de esas que es difícil criar, poblaban el pequeño cercado; y sobre éste, varias coronas fúnebres, todas iguales, marcaban la sucesion del tiempo, casi marchita la primera, lozana y de vivísimos matices la última.

Sin alejarnos demasiado, aunque deteniéndonos con prudencia junto al mendigo para socorrerle y hablarle, se nos ofreció de frente la figura de la mujer enlutada. ¿Acertaríamos á reconstruir con la imaginacion la de la jóven que yacía en el sepulcro? Intentémoslo.

La madre, si madre era, no contaria aún cuarenta años; conservaba la esbeltez de quien ha tenido pocos hijos, quizá uno solo, y su cuerpo, más delgado por accidente que por natural complexion, inducia á pensar en una belleza, contrariada por tristes y profundas meditaciones. Blanca de color, si bien un tanto empañado éste, abundosa en cabellos castaño-oscuros, que principiaban á emblanquecer por algunos lados; simpática en su general apariencia y revelando distinguidos modales, unos hermosos ojos, sin brillo ya, eran únicamente los que acusaban, ó por mejor decir, fingian, prematura vejez. Y es que el brillo de los ojos no sólo se pierde con la sucesion de los

años; se pierde tambien con la frecuencia de las lágrimas.

Era una madre, sí; nos lo dijo el conserje del cementerio. Despojadla ahora de veinte años; dadle la soltura de la juventud, modelad su cuerpo en mórbidos contornos; lustrad su rubia cabellera, coloread su tez; animad su mirada con perpetua é insinuante sonrisa, y quizá hallaréis lo que la pobre madre veía en el fondo de aquella sepultura.

Cerca de cuatro años llevaba la infeliz de acercarse frecuentemente á sus hierros. Al principio la embargaba un dolor agudo y desesperado; más tarde sucedió el abatimiento al delirio, y pasaba horas enteras contemplando la lápida, como si no acertase á deletrear sus renglones; despues comenzó á traer flores y adornos, velas y escapularios, que se entrenia en encender y colgar cuando en los dias desapacibles no turbaban los curiosos su piadosa tarea; por último, llevaba algun tiempo de compartir su atencion entre la tumba de la hija amada y otra muy humilde que había al lado, sin que de esto pudiera darnos satisfactorias explicaciones el conserje.

La señora se disponia á partir, y resolvimos esperar su marcha. Efectivamente, el sarcófago de la jóven era tal como ya lo conocemos, y en cuanto á la inscripcion de la lápida no ofrecia más datos interesantes que el nombre y edad de la difunta, pues los apellidos nos eran desconocidos por completo. Pero al lado de la tumba habia una losa sobre la tierra, quebrada por la accion de la in-

temperie y el paso del público, cuyo fresco atavío contrastaba con el abandono anterior que de su mísero estado debía presumirse. Los nombres de esta última nada tenían de comun con los de la primera, y si alguna circunstancia podía conmover al que la contemplase, era la inscripcion siguiente: —«FERNANDO, 21 AÑOS.»

Un dia, segun palabras del guarda, depositaron allí unas cuantas personas en modesto ataud el cadáver de un jóven, que dijeron ser estudiante. Á poco trajeron la losa que lo cubria, manifestando que era provisional y miéntras se labraba un buen sepulcro; pero ni el sepulcro vino, ni la sepultura la visitó nadie despues, y si la losa se habia roto, culpa era de los que la pusieron torpemente y de prisa. El guarda no sabía más.

Tal vez ese pobre muchacho era forastero y su familia se hallaba muy distante de Madrid; quizá era uno de esos jóvenes que se forman solos, viven solos y se mueren solos, auxiliados lo más por algunos amigos que en un momento de exaltacion conciben y ofrecen lo que luégo no aciertan á cumplir. Ello es que en ningun aniversario acudia nadie á visitar su sepultura, y que hasta en la festividad de los difuntos, cuando pocos carecen de una mirada cariñosa ó de una oracion amiga, sobre la tumba de Fernando no habia quien viniese á poner ni una luz, ni una flor, ni una lágrima.

La madre de Isabel debió advertir esto ántes que persona alguna por la frecuencia con que meditaba en aquel sitio, objeto de sus constantes

atenciones y de sus solícitos cuidados. Rebotando piedad, como rebosa de las almas tristes y acongojadas, dolióse del abandono de aquel sér, cuya posicion al lado de su hija agrupaba fúnebres sentimientos en un lazo comun; y al cercar la lápida con hierbecitas para sustraerla á las profanaciones del público, y al cubrir sus aberturas con tierra y flores para preservarla de las inclemencias del tiempo, ella ¡pobre madre! sustituía con ejemplar solicitud la ausencia de *la otra*.

Un día, 30 de Mayo, mandó celebrar misa en la capilla del cementerio. Al conserje le extrañó esta ofrenda desusada; á nosotros no. Era día de San Fernando.—Y decimos que no nos extrañó, porque desde un principio creimos descubrir lo que pasaba por el alma de aquella mujer. Vamos á revelarlo, aunque para ello necesitamos emplear (y no por vez primera, ciertamente) una brevísima digresion.

II.

Los historiadores no han estado en la historia. Eso que nos refieren las autoridades en cuyos escritos aprendemos el pasado, ocurrió mucho ántes, siglos quizá, miles de años tal vez, con anticipación á la época en que lo consignan. Pero consultando las memorias del tiempo, recogiendo las tradiciones, compulsando datos, adquiriendo noticias, verificando estudios de costumbres, y ejerciendo, sobre todo este material informe de lo que fué, un juicio crítico de lo que debió ser, construyen el período antiguo con mayor exactitud, si cabe, que construirían el moderno; y aún cuando el historiador, repetimos, no estuvo en la historia, la historia se viene á él con los caracteres esenciales de la verdad.—Un método semejante, si bien amen- guado por la insuficiencia del que lo emplea, es el seguido aquí para el desarrollo de nuestra sencilla narración.

La madre de Isabel habia derramado muchas lágrimas sobre el sepulcro de su querida hija. Pero

el dolor agudo tiene su término, no en virtud, como dicen los fisiólogos, de que el hábito embota la sensibilidad, sino porque la naturaleza ha establecido un límite á la desolacion, sin el cual toda pena se convertiria en locura. Vivo siempre el dolor de esa mujer, sus ansias se habian trocado en duelo, y al secarse los ojos de su rostro, continuaban manando las congojas de su alma. Ya no veia tras de la lápida el cadáver de aquel sér adorado á quien feroz dolencia arrebató del mundo; veia á su propia hija, á su bella Isabel, como en las mejores mañanas de su primavera, cuando con maternal deleite la estrechaba contra su seno; la veia con su vestidito blanco, sus manos entrelazadas, sus ojos, si no abiertos, entornados con inefable dulzura y prontos á sonreir ante las caricias de su madre. ¿Pues no habia de verla así? ¿Por qué le hablaba? ¿Por qué pasaba horas enteras en torno suyo? ¿Por qué le traia flores, y le colgaba dijes, y le ofrecia las macetillas más preciadas de su balcon?

Mueran para los indiferentes los cuerpos de los muertos; vivan sólo en la inmortalidad las almas de los difuntos; pero para quien perdió la persona amada, no establezcais diferencias entre la forma y su luz: dejadle que en el templo ore por ella y que en el camposanto la visite; permitid que conserve en la memoria el delicioso barro que encerraba su espíritu.

Isabel habia vuelto á la vida de su madre, desde que se alejó la época en que la enfermedad y la muerte pudieron desfigurarla. Estaba allí con

todos los atributos de su belleza, de su ingenio y de su dulzura. Si no hablaba, entendia como entienden y no hablan los pájaros. Una convencion social, á que la madre se mostraba rebelde, la retenia léjos de los suyos. Pero estaba allí, y habia que ser ciegos para no verla.

¡Qué ingratitud se comete con los difuntos! ¡Á qué soledad se les entrega! ¡En qué abandono yacen! Si ellos oyen, como el amor cree, y sienten, como la piedad concibe, ¡con qué amargura no se dolerán del aislamiento á que se les condena desde que suspiraron la última vez!—Por eso hay que visitarlos frecuentemente, y hacer llegar hasta su fosa la voz amiga, y endulzar su amargura con el rocío de las lágrimas.

Presa de estas cavilaciones, pasaba la pobre madre horas enteras ante el sepulcro de Isabel. Su mirada se dividia entre la tumba, objeto de su culto, y la otra tumba infeliz, cuyo paralelismo inspiraba un vago estupor. Ahondando entonces sus pensamientos, veia en el fondo de la tierra y á un palmo de distancia, dos cadáveres, ó por mejor decir, dos criaturas juveniles á quienes la casualidad habia colocado en estrecho consorcio y eterna compañía. Quizá se encontraron en el mundo y no se fueron el uno al otro indiferentes; quizá no se vieron nunca, pero hubieran podido verse y hasta amarse. Ello es que cuando se encontraron y vieron fué para no desunirse jamás.

¿Estaria contenta la niña con el amigo que le dejó la fortuna? Es posible, porque los muertos

tienen sus predilecciones. No hay sino recordar los encargos que hace el vivo cuando cree morir. Éste desea que no se le entierre en las paredes; el otro que se le vista con tal ó cual traje; el de acá se contenta con una lápida y una cruz; el de allá exige un mausoleo artístico y frecuentes sufragios. ¡Ah, sí; la prevision del moribundo revela claramente las predilecciones del muerto!

Isabel en vida habia estado dedicada á su madre, y lo prematuro y tenaz de su dolencia no le permitió fijar sus ojos en ningun sér humano extraño á ella. Pero la madre fué una ingrata y no la siguió á la tumba, como prometia en las horas de dolor; por lo cual la pobre niña quizá estaba enojada, y en su soledad agradeció tal vez que álguien la acompañase. Era necesario, por consiguiente, redoblar las visitas y prolongarlas lo posible, para no incurrir en los peligros del desvío.

De todos modos, si á la hija le agradaba su compañero, no era la madre quien debia deplorarlo; pues así se ejerce la maternal sucesion de la familia: doncella que se va, madre que ama, nieta que vuelve á emanciparse. Una cosa es sentir el alejamiento de los séres queridos, y otra oponerse á él. Las madres viven siempre en esa perpetua lucha; reteniendo y soltando; encerrándose con su amor y abriendo su tesoro á la codicia ajena. ¡Terrible contraste!

Nunca el egoismo ha sido generoso hasta que se engendró en las entrañas de la maternidad. Esa mujer que cubre á su hija desde que nace, mitad

con las ropillas que le cosió, mitad con su propio cuerpo, al que con hilos de ternura la cose; esa mujer que vive por su hija y para su hija, aislándola del mundo, precaviéndola de todo linaje de asechanzas y haciéndola suya con vehemencias de posesion que sólo los avaros conciben, esa mujer experimenta luégo un secreto goce en que su hija agrade á la sociedad, entre cuyos miembros se oculta el cauteloso ladron que ha de robársela. Todas las perfecciones de que la ha dotado conducen á este fin, y la madre lo sabe; pero sabe tambien que la última dote de la doncella es amar y ser amada, sin cuyo requisito su vida es incolora, su belleza estéril, su porvenir obscuro, y que habria sido preferible no darle la existencia, á encerrársela en el estrecho círculo del amor maternal. Sólo así se explica el fenómeno de que la madre proteja con sus actos lo que rechaza con su corazon, y que juegue á risa y á lágrimas cuando el jóven extraño se dirige á la jóven propia.

La madre de Isabel no participó de este combate en la breve carrera de su linda hija. Faltóle ofrecer este rasgo de generosa ternura á la que todo se lo hubiera ofrecido; y tal vez por ello, sin darse cuenta de lo que hacía, sin razonar lo que se halla fuera del alcance de la razon, hubo de sentir deseos de otorgarlo. No cabia duda en que tomaba interes por el jóven; en que agradecia que la sustituyera constantemente, como ángel protector, cerca del ángel que ella se veia forzada á abandonar. Tuvo, pues, desde aquel momento dos

preocupaciones en vez de una: atenderla á ella y atenderlo á él, pensar en ambos, atormentar sus horas de insomnio con dos desdichas. Por eso duplicaba flores y sufragios; por eso llegó á creer que el cementerio se le llenaba de gente.

Y un día se le llenó cuando menos lo pensaba. Nos lo ha referido, no ya un cualquiera, sino el capellan mismo del camposanto. Previas las formalidades de uso, vinieron á exhumar el cadáver del jóven estudiante para trasladarlo á su pueblo. No se habian olvidado de él. La sorpresa de la piadosa señora que lo cuidaba fué infinita, y para los que la presenciaron incomprensible. ¿Qué tenía ella que ver con aquel muerto? ¿Por qué expresaba un dolor tan absurdo como enajenado? ¿Era su pariente, era su amigo, habria sido su amante?

¡Oh! los que así discurrían ignoraban los profundos misterios del corazon humano. Ella no perdía nada de la tierra; iba á perder encantadoras ilusiones que sólo se conciben en el cielo.

Perdía un hijo más.

EL FRAC AZUL.

EL FRAC AZUL.

I.

Iban á cumplir setenta y dos años ella y setenta y cinco él. Se habían casado á los veintidos y veinticinco respectivamente, llevándose esos tres años que dan superioridad al novio sobre la novia, aun cuando no le quiten la juventud necesaria para enamorarse. Sus nombres de pila, más que nombres patronímicos parecían apodos: llamábase ella Justa y él Severo, cualidades que residían en el fondo de sus caracteres, corroboradas esta vez por la advocación de los santos. Ella guardó toda su belleza desde los diez y ocho hasta los veintidos años para que él cumplierse los veinticinco, la edad que por aquel tiempo señalaba el paso de mozo á hombre. En esa época ella pudo casarse muchas veces ¡tantos la pretendían! y sin embargo esperó á Severo, el cual á su vez pudo decidirse por más de cuatro muchachas encantadoras ¡tan gallarda era su figura y cabales sus prendas!

pero se reservó para Justa, anudando así, por mutua fidelidad, una cadena de amores no exenta de sacrificios.

Al cumplir Severo veinticinco años entraba en el goce de sus derechos civiles, en la posesión de un regular patrimonio y en el ejercicio de una procura de chancillería que su tío había comprado para él. Este tío estuvo dedicado al comercio, en el cual hizo buenos negocios, y murió en Marsella inopinadamente, dejando á su sobrino una parte no escasa de lo que por el momento poseía. La posición, pues, de Severo antes de su matrimonio, en el acto de su matrimonio y después de su matrimonio era envidiable.

Con algunas ocupaciones, no muchas, para evitar la ociosidad, que es la madre de todos los vicios; con recursos sobrados para atender á cortas necesidades, y con una esposa educada en la antigua escuela de saber leer y no usarlo, de saber escribir y no ejercerlo; dócil, enamorada, cristianísima y hábil, ante tal matrimonio hubiera podido escribirse el libro de *Los perfectos casados*. Justa era una mujer de arreglo, con lo cual se dice mucho; mas Severo era un hombre arreglado, con lo cual se dice todo: constituían esas dos medias naranjas en que se inspiró sin duda alguna San Pablo al redactar su Epístola.

Por las mañanas se almorzaba á las nueve, para que Severo llegase á las diez en punto al Tribunal sin afanes ni prisas: su mujer se asomaba al balcon para despedirlo. A las dos se comia; de

tres á cuatro un ratito de siesta; á las cinco paseo, si el tiempo estaba bonancible, y si no, lectura en alta voz del *Diario de Avisos*, y papeleo del esposo ante las labores domésticas de la esposa. Por la noche tertulia de amigos con lotería, béciga ó chaquete. Una comedia en la Cruz de cuando en cuando; un sorbete de arroz en Pombo durante la época de los calores; convite con pepitoria y jamon en vino los dias de los santos; cumplimiento de iglesia con areglo á los preceptos del ritual, y... ¿Por qué no hemos de decirlo? suspiros y frases entrecortadas, lamentando que la Providencia les negase los dones de la sucesión.

Parece mentira que de este modo puedan vivir-se treinta ó cuarenta años, sin una nube, sin un contratiempo y sin una verdadera desgracia; pero los hechos son más elocuentes que las apreciaciones, y la vida de D. Severo y doña Justa corroboran la exactitud de la posibilidad. Vivieron felices desde jóvenes hasta viejos, no echándose de ver uno ni otro el paso de los años, creyéndose favorecidos por una naturaleza siempre igual, como lo era efectivamente, amándose con ternura constante, aun pasada la hora de los amores, y demostrando, en fin, que la ley de la costumbre, moral y físicamente considerada, es una ley como la de la amalgama de los líquidos ó la estabilidad de los sólidos: ley de la creación.

A la manera, pues, que un pájaro y una pájara viven desde que salieron del nido en la jaula misma, arrullándose mutuamente, comiendo en el

propio pistero, bebiendo en el mismo vaso y durmiendo en el mismo alambre, sin que altere su naturaleza el libre y bullicioso ejercicio de pájaros exteriores, de este modo doña Justa y don Severo vivían en su jaula de Madrid, ajenos de todo punto á los embates y peripecias de la gran capital. Sólo una vez se separaron temporalmente, y fué cuando Severo tuvo que ir á Marsella á incautarse de los bienes de su difunto tío, para cuyo acto era indispensable su inmediata presencia. El viaje duró muy pocas semanas; pero desde el primer día le escribió la esposa: — «Si ves que ese asunto se alarga, renuncia la herencia y vente.»

Aquel eclipse brevísimo proporcionó al matrimonio dos ventajas inapreciables por el pronto. La primera desahogar aún más la posición que tenían; la segunda dotar á las veladas de nuevos elementos de conversacion con lo mucho y extraño que el esposo había visto. ¡Ahí es nada para quien viviendo en Madrid no ha estado nunca ni en el Escorial, ni en Aranjuez, ni en ninguna parte, dar un primer salto á la *Cannebière* de Marsella! Sucedióle á D. Severo en este viaje lo que le sucede á un libro con lo que guarda impreso, y es que en muy poco volumen encierra multitud de cosas que referir.

En primer lugar trajo muchas prendas de ropa nuevas y de un gusto desconocido hasta entonces. Camisas con pecheras bordadas ¡y qué bordados! un frac azul con botones de oro que tuvo que hacerse para asistir á varias comidas de etiqueta;

un sombrero que se reventaba y despues volvía á quedarse como si tal cosa; botines de color, como los de los soldados, ¡pero qué diferencia en corte, botoncitos y adornos! En fin, á su mujer le trajo un vestido de seda con cuatro varas de largo.—«Pero, hombre (le dijo ella) si yo no tengo siquiera dos!—Esas dos varas que sobran (contestó don Severo gravemente) son para arastrarlas: tú no sabes cómo se visten las señoras en Marsella, y qué bien estan.»

Justa escuchó desde estonces por largos años de su vida la relacion siempre nueva y variada de lo que su marido pudo ver en Marsella. Aprendióla en muchas de sus partes, por la frecuencia de oirla, y usaba de sus datos como de cosa propia.—«En Francia (decia) no tienen esa costumbre. Las mujeres francesas hacen esto ó lo otro. ¡Cuando mi marido estuvo en Marsella...!»—También solia exclamar en momentos de broma:—«¡Qué sabemos lo que este picaronazo haria por allá! Nunca le he podido sacar nada de esto.»—¡Pero mujer! (contestaba D. Severo), y los circunstantes se sonreian maliciosamente.

II.

A la hora en que llevamos al lector á presencia de este matrimonio, D. Severo y doña Justa eran dos ancianos. Uno y otra habian perdido no sólo la configuracion de sus cuerpos, sino la fisonomía habitual de sus almas. Él estaba casi obeso, cano y calvo, poco hablador y con tendencias á una quietud benevolente ó pasiva. Ella, por el contrario, con ménos carnes y más arruinada de físico, se mostraba enérgica en sus acciones y algo como de nerviosa en sus pensamientos. Se habian trocado los papeles: él parecia más *justo* y ella más *severa*.

Sucede á la criatura humana, cuyo progreso, al revés de lo que este nombre indica, es decadencia, que nunca se conforma con dejar de existir, pero tampoco con padecer las debilidades ó injurias de la senectud. Y es que la muerte se concibe y explica: lo que no se concibe ni se explica es la vejez. Ir perdiendo la fuerza de los órganos, la viveza de la imaginacion, los contornos de la figu-

ra, la armonía del semblante y cuantas dotes poseemos de más hermosas, precisamente cuando la vida es ya perfecta, asunto es que se escapa á las lucubraciones de nuestro númen, y solo comprensible si se quiso que precediesen las fealdades del cuerpo á la excelsitud y pureza del alma. La vejez no se explica sino cuando se contempla al verde y pulido capullo arrugarse y abrirse para que brote de su seno la flor.

A nuestro matrimonio le pesaba la vejez de modos distintos, aunque con un análogo sentimiento. Ver que se escapa la lozanía de la materia llevando tras sí la felicidad del espíritu, y sospechar que se concluye lo que podia ser eterno, les sienta muy mal por lo comun á las criaturas. Todas en ese caso alteran sus condiciones de carácter sin advertirlo, y lo que el mundo llama chochees no son otra cosa que protestas contra la esperanza que se anubla y contra la ilusión que se disipa. Así se advierte en los viejos una tendencia á alterar sus costumbres habituales: el que era sobrio suele hacerse gloton; el que era generoso, avaro; el que era tierno, egoísta; y en otro orden de ideas suelen descubrirseles instintos ó aficiones de que no participaron nunca.

En casa de D. Severo se notaba algo de esta natural transformacion. Él, que habia sido animado aunque metódico, preferia ahora la vida sedentaria; y su mujer, que jamás tuvo voluntad propia ni pretensiones de dominio, mostrábase entónces un tanto adusta y casi, casi, soberbia. Las

relaciones con su marido eran ménos íntimas, el trato con sus servidores era más duro, y en sus pensamientos como en sus palabras daba á entender que se le habia agriado el carácter. ¿Sería esto consecuencia de una afeccion moral, ó simplemente efecto de mudanzas físicas? Lo ignoramos, aunque no deja de advertirse el fenómeno de que la grosura y la delgadez en la senectud son causas de debilidad ó exacerbaciones nerviosas.

Ello es que doña Justa estaba desconocida. Aquella mujer sencilla y tolerante, para quien en el mundo pasaban todas las cosas como debian pasar, habíase dado á la suspicacia y recelo sobre los puntos más simples; creíase engañada por sus criados, no bastante atendida por su marido y poco considerada por las gentes del mundo. ¡Pobre doña Justa! Una de sus manías, la mayor de todas, era resolver el siguiente problema:—¿Sería posible que Severo hubiera pasado cincuenta años de su vida sin pensar en otra mujer? ¿Cabe en lo humano una tan larga y consecuente virtud? ¿Es el disimulo cualidad que se escapa á las más perspicaces investigaciones?—Y haciendo caso omiso de que ella habia pasado su vida adorando á su esposo, sin pensar en otro hombre, revolvía en su cabeza un manojo de dudas, que parecia de celos, aunque jamás hubiese habido motivo para abrigarlos. Porque los celos son un atributo de la naturaleza humana, que cuando no se desarrolla por razon natural, se busca artificiosamente.



Doña Justa sacaba á su marido conversaciones extrañas sobre la vida de los hombres y las mujeres; queria ahondar en la conciencia de Severo, no para descubrir las bellezas que tanto amó, sino los deslices de que jamás tuvo cuidado; aspiraba á entrever un fondo de malicia que justificase las torturas del ensueño que padecía despierta. Justa, sin embargo, y tómese ahora el nombre por adjetivo de su situacion, reconocia que en los lozanos tiempos de su esposo, ni menos en la vejez, tuvo incidente alguno que reprocharle; pero ¿y ántes de haberla conocido? ¿Y en el fatal viaje de Marsella, adonde nunca debió dejarle ir solo, cuyos pormenores quedaron siempre envueltos en misteriosas nubes? ¿No se estremecia Severo de placer al recordar su residencia en Francia?

Un día que trajinaba en sus habitaciones interiores, porque cuanto más vieja se habia hecho más hacendosa, tropezó en un cofre antiguo con el frac azul de botones dorados. Al examinar la prenda para deshacerle las arrugas y sacudirle el polvo, se le presentó la figura de su marido, no obeso y casi calvo, no torpe y soñoliento como lo estaba ahora, sino de aquel marido cuya esbeltez y elegancia eran proverbiales, envidia de los hombres é irresistible imán para las mujeres. Contemplóla arrobada, como madre que hace bailar las camisillas de su hijo, y registrándola por todas partes sin cansarse de verla, dió en el bolsillo del pecho con dos papeles ó cartulinas blancas en que

aparecian dos nombres escritos: uno el de Severo, el otro el de una mujer, *Madame Dosne*. ¿Qué tarjetas eran éstas? ¿Por qué se habian guardado cuidadosamente en el frac? ¡Madama Dosne! ¡Una francesa sin duda; la que le habia estimulado á hacerse el traje; la mujer de Marsella; el objeto de los entusiasmos franceses de su marido! ¡Ah! cuando vienen á la imaginacion dudas terribles, es porque hay demasiado motivo para formarlas.

Dña Justa compuso toda una historia de amor á la vista de aquellas dos tarjetas. El bello hombre habia llegado á Marsella, amante puro y con el recuerdo exclusivo de su mujer; una mala persona, una advenediza, de esas que tanto abundan en Francia, se habia prendado del gallardo extranjero: al pronto él la desdeñó noblemente, ¡no podia ser otra cosa! pero la insistencia de ella y la falta de mundo de él atropellaron por todo, y los muy infames se entendieron sin duda. Por eso obraba con tanta lentitud la justicia; por eso no se arreglaban nunca los papeles; por eso habia que hacerse traje de etiqueta. Era, pues, necesario que Severo diese explicaciones, y en caso de ser culpable, que sufriese pena. Los compromisos de amor no prescriben como las deudas de dinero; por el contrario, se agravan cuando el traidor abusa de la confianza que en él se deposita. El marido que engaña á su mujer, fiado en que esta no ha de concebir siquiera la falsía, es un criminal.

Estos y otros argumentos, tan sanos como fir-

mes, atormentaban la imaginación de doña Justa hasta el punto de ponerla en el caso de decidirse á un choque concluyente. Vaciló un instante en la hora, pero creyendo aquella oportuna, irguióse como ya lo hacía de costumbre, y penetrando en la habitación de su marido exclamó sin otros preliminares ni saludos:

—¿Quién es Madama Dosne?

D. Severo, que sentado en un gran sillón reposaba, ó mejor dicho, dormitaba un almuerzo poco feliz, se incorporó con trabajo, abrió descompasadamente los ojos y fijándolos en los de su esposa murmuró por toda respuesta:

—¡Eheéé...?

—Que ¿quién es Madama Dosne?

—No lo sé, hija mia, ni tampoco alcanzo la razón de que me lo preguntes.

—¿Con que no sabes quién es Madama Dosne?

—No.

—Recuérdalo bien.

—¡Ah! sí. Ahora recuerdo haber leído estos días en los periódicos que Madama Dosne es una cuñada de Mr. Thiers, el actual Presidente de la República francesa. ¿Qué le sucede?

—Severo: déjate de *tieres* y de repúblicas, y sobre todo háblame con verdad. ¿Quién es Madama Dosne? ¿Esta Madama Dosne?

Y al hablar así le presentó la tarjeta que pocos momentos antes había sacado del bolsillo del frac. El hombre al pronto quedó perplejo y algo confuso; pero después endulzando su fisonomía y

como viejo que recuerda por el olor del horno las tortas que le asaban cuando muchacho, expresó sonriente:

—¡Qué sé yo! Alguna de las muchas industriales que le dan á uno tarjetas en Francia. A mí me dieron infinitas, pero las rompía en el acto.

—¿Y por qué tienes ésta? ¿Cómo la guardaste?

—Mujer, ¿quién es capaz de recordar esas cosas al cabo de cuarenta ó más años? Me la pondría en el bolsillo por distraccion; ó... ya, ya recuerdo: esa tarjeta es de la modista que te hizo el vestido.

—¡Mientes! (añadió doña Justa cada vez más alterada). La modista se llamaba otra cosa. Además, la modista diría *modista*, y aquí no dice nada, más bien, aquí lo dice todo con apuntar solamente un nombre. Esta tarjeta es una denuncia de tu traicion, un letrero de infamia que llevabas en el pecho sin sospecharlo, un aviso de la Providencia para que yo investigue tu vida pasada.

—Pero, mujer mia, ¿estás loca?

—Mujer tuya, me dices, y eso debí ser siempre. No estoy loca, no; estoy ultrajada en mi dignidad, herida en el corazon. Pues qué, ¿tú crees que cuando pasa mucho tiempo las cosas que han sido dejan de ser acaso? ¿Tú crees que yo no llevo clavada la espina de aquel viaje, de donde no volvías nunca? ¡Qué habías de volver! Una jóven inocente y sencilla, querrás decirme; una... ¡pécora!, digo yo...

—Justa; ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Una de esas mujeres que apartan á sus maridos del cariño de sus esposas; que no tienen ni virtud, ni conciencia, ni nada.

—Pero, Justa: ¡por Dios!

—Sí: no te figures que porque haga cuarenta años eres ménos criminal y ménos perjuro. Mientras yo suspiraba dia y noche en tu ausencia, pensando sólo en ti y para ti viviendo, tú galantearias á esa mujer, que quizá, y sin quizá, no valiera dos cuartos. ¡Oh! yo voy á averiguarlo todo, voy á saberlo todo de pe á pa, y á abandonarte, á separarme de ti, á hacerte la vejez desdichada como tú estás haciendo la mia.

El pobre D. Severo se llevaba las manos á la cabeza, exclamando:

—¡Jesús! ¡Jesús!

É intentaba detener á su esposa en el fatal camino de su desesperacion.

—No callaré (seguia diciendo doña Justa); has de oir lo último que se me ocurre decirte. Cincuenta años llevamos de aparente dicha; yo te he creído incapaz de una traicion; pero en el momento que la toque, olvido toda la felicidad pasada, convierto en odio lo que era ternura y me preparo á maldecir el tiempo en que, teniéndome por envidiada de todos, era tal vez ludibrio de las gentes. Voy á cerciorarme de lo que necesito saber, y si lo logro, disparte á abandonar esta casa.

Doña Justa salió del cuarto de su marido en verdadero estado de demencia. Se fué al suyo,

púsose una mantilla, mandó un criado á que le trajera un coche, y sin que D. Severo tuviese influjo para detenerla, se lanzó á la calle. Al preguntar el cochero adonde iban, dijo con detestable humor:

—Al Consulado de Francia.

III.

Cuando doña Justa entró en la embajada francesa y comenzó á observar acentos y modales extraños, pudo saber lo que era trasladarse á un país extranjero, y tentada estuvo por restituirse á su patria; pero pudiendo en ella más la fiebre de la duda que el miedo de un mal paso, preguntó por el Sr. Cónsul y siguió adelante.

Una humilde escalera á que están condenados por lo comun los Cónsules que residen en embajadas, la condujo hasta el gabinete del representante francés, el cual en su presencia se levantó, vino á ofrecerle galantemente una silla y preguntó con suma amabilidad:

—¿En qué puedo yo servir á la digna señora?

Era el Cónsul bajo de estatura y un poco hecho de carnes, blanco y rubio con algo de exageracion: gastaba por todos cabellos unas cortas patillas que ensanchaban su faz risueña, y tenía gafas de oro que se quitaba con gracioso mohín delante de las gentes, como otros se quitan el

sombrero. Á doña Justa le inspiró confianza en el instante.

—Quizá vengo (le dijo) á molestar á usted con un asunto ajeno á sus funciones; pero dispénsemelo usted, Sr. Cónsul.

—Nada tengo que dispensar, señora, ni molestia alguna puede haber para mí en lo que venga usted á decirme. Ya escucho.

—Pues es el caso (añadió doña Justa, después de vacilar un momento) que tengo un hijo á quien deseo completar sus estudios en Francia, único país donde los jóvenes reciben educación distinguida y trato cortés.

—Muchas gracias, señora, por el buen concepto que le merece mi noble patria. ¿Acaso le dirige usted á París?

—No, señor, á Marsella.

—Allí he nacido yo.

—¡Qué fortuna, caballero! Creo que es una ciudad muy hermosa.

—Para nosotros la mejor de Francia.

—Y para muchos otros también.

—Gracias nuevamente (replicó el Cónsul) por esa doble muestra de distinción. ¿Se dedica al comercio su hijo de usted?

—No, señor; quiero dedicarlo al mejor manejo de sus bienes; quiero que sea un hombre de mundo.

—Allí puede conseguirlo, señora.

—Pues bien, caballero; perdónele usted á una madre (y al decir ésto á doña Justa se le abrasa-

ba la boca) que sea impertinente en lo que me interesa averiguar.

—Soy padre.

—Quisiera alguna recomendacion para el muchacho, y sobre todo saber cómo debo dirigirlo á esa Francia de donde todos los que van conservan recuerdos tan gratos.

—Ciertamente que Francia (asintió el Cónsul) es el país de la verdadera cultura y de los dulces placeres. ¡Ay, señora, qué recuerdos trae usted á mi imaginacion!

—Desearia (prosiguió doña Justa), puesto que usted es tan amable, me dijese algo de los recursos y del equipo que debe llevar el jóven.

—Recursos, los más posibles, porque en Francia hay muchas ocasiones de gastar. En cuanto á equipo, lo mejor sería que se lo hiciese allí.

—Es que yo me fio poco de los muchachos, y quisiera habilitarlo acá.

—Como usted guste.

—Pienso hacerle un traje de etiqueta: frac azul con botones dorados. ¿No le parece á usted? Eso se usa mucho en Francia, segun creo.

—En Francia, señora, se usa efectivamente esa prenda, pero poca cosa. Durante el Imperio se intentó hacerla traje de corte, mas sin resultado. Un hombre formal y de cierta conducta no debe ir vestido sino con frac negro. Las modas exageradas son para los petimetres y galanteadores.

—Pues yo conocí en mi juventud algunas personas dignas, que se vestian así.

—No lo dudo, porque entónces estaba más á la moda; pero entónces como hoy el que no aspiraba á distinguirse se vestía de negro. ¿Es arrogante el muchacho?

—¡Oh! sí; aunque no deba decirlo, mucho: lo suficiente para que no estén tranquilas las personas que le amen.

—En ese caso vístale usted como quiera: lugar tendra allí de hacerse valer.

Doña Justa se atragantaba con estos informes.

—Mi prisa (continuó) en hacerle traje de gala, es porque, segun me dicen, en cuanto llegue allá lo convidarán á comer en las casas donde va recomendado, y para las comidas supongo que ha de presentarse de etiqueta.

—¡Ah, señora, es de rigor! Las casas que su hijo de usted frecuente, no sólo exigirán ese traje para la mesa, sino para la tertulia.

—¿Y cómo ha de presentarse en estos casos? Disimule usted mi pesadez, caballero, pero deseo que mi hijo vaya instruido y no haga un mal papel.

—Señora, soy padre, dije ántes, y además tengo mucho gusto en complacer á usted. Al jóven le invitarán por escrito ó de palabra. Si es esto último, dará las gracias rendidamente, aceptando con reconocimiento el honor que se le dispensa; si por escrito, contestará por escrito tambien en iguales términos, no sin hacer en uno y otro caso visita por tarjeta ántes de la celebración del banquete. El dia que éste se verifique ha de presen-

tarse en la casa ni un cuarto de hora ántes de la convenida ni cinco minutos despues. Allí será recibido en un salon donde deben ir concurriendo los convidados, y ni se sentará ni hablará sino lo preciso hasta que la señora le indique la dama de las presentes á quien ha de conducir al comedor. En él buscará sin apresuramiento el sitio sobre cuya servilleta figure su nombre, que será probablemente la izquierda del de la señora que lleva al brazo, é invitando á ésta á sentarse, esperará de pié á que tomen asiento los dueños de la casa y las personas de mayor categoría. Despues queda á su discrecion el tomar más ó ménos parte en las conversaciones que se susciten.

—¿Y esa tarjeta en que figura su nombre (preguntó doña Justa) debe guardársela?

—Puede hacerlo si quiere, áun cuando no es costumbre.

—Siendo así, tampoco debe tocar la de la señora.

—Eso es distinto (respondió con cierta malicia el Cónsul). La dama á quien un caballero conduce al comedor es su dama para toda la noche. Durante el banquete debe mostrarse galante y obsequioso con ella, como en el resto de la velada, y si se han despertado especiales simpatías ó mediado mutuas lisonjas, es de buen gusto unir las dos tarjetas á la vista de la dama y guardarlas en el bolsillo del pecho, demostrando así que se desea conservar un *souvenir*... ¿Usted entiende el frances?

—No señor, ni á los franceses tampoco.

—Que se guarda un recuerdo de tan dichosa union. Si á esto se agrega pedirle algunas hojas del ramito de flores que la dama lleva sobre su seno, hojas que no suelen negarse nunca, es un sistema, señora mia, que equivale á entenderse, ó por lo ménos, á preparar una inteligencia. Dígasele usted al muchacho.

—Se lo diré, Sr. Cónsul; ¡vaya si se lo diré! Crea usted que estoy muy agradecida y muy satisfecha de todo lo que he sabido.

Y doña Justa, roja de cólera y alterada hasta un punto que le hubiera sido difícil disimular, se levantó torpemente de su asiento, dejó una tarjeta en manos del Cónsul, y sin saber por dónde iba corrió como una exhalacion á su casa.

IV.

Miéntas que doña Justa celebraba su conferencia con el Cónsul francés, D. Severo esperaba turno en la consulta de un célebre médico alienista. Para el bondadoso anciano no cabia duda en que su pobre mujer estaba loca. Sólo así podía concebirse que ella, tan razonable y tan dulce, tan cuerda siempre, apareciese por aquellos días con rasgos de furor y síntomas de verdadera demencia. No ignoraba D. Severo que las enajenaciones mentales cuando están en su principio pueden ser atacadas y vencidas; pero si se las abandona por miedo á la publicidad ó por otras causas, adquieren un desarrollo que despues se hace imposible combatir. Por eso acudia al doctor ántes que al pariente, al amigo ó al sacerdote.

La consulta de un alienista no sé parece á las de los otros médicos. En ellas por lo comun son sanos los que se presentan, y con cordura y parsimonia hablan; no así el facultativo, que envuelto á toda hora en la atmósfera de los de-

mentes y fijas sus ideas en el descubrimiento de la enajenacion que persigue, ofrece en su mirada, en sus investigaciones y forma de discurrir algo que le saca de la natural esfera, conduciéndole, en el mejor sentido de la frase, á lo que se llama espacios imaginarios. El que sorprendiera una de estas consultas, sin otros antecedentes, creeria que el médico era quien desvariaba y el enfermo quien estaba en su juicio.

D. Severo se vió obligado á ejecutar exámen de conciencia en nombre de su mujer. No sólo la parte física era analizada hasta lo más recóndito, sino que la parte moral era objeto de una seleccion tan minuciosa como nadie puede ejercer sobre sí mismo. Entónces sucedía un nuevo cambio de papeles; pues mientras el consultante desviaba la pista por falta de datos que aducir, el consultado sacaba partido de las menores sombras para posesionarse de la locura del enfermo.

Todas las épocas han tenido sus modas patológicas: unas veces los espíritus malos eran la causa de las enfermedades, otras veces los humores, otras los nervios; y desde el sistema medical aquel en que se curaba á los pacientes haciéndoles una cruz con saliva en los zapatos, hasta el de ahora en que se restauran huesos con el glóbulo de la trigésima dilucion, no ha habido extravagancia que no se ensaye para aliviar ó empeorar á la especie humana. La moda de la época presente es el alienismo.

Posible es que las criaturas hayan estado locas

desde el principio del mundo; pero hasta estos dias no se ha caido en ello ni pensado en curarlas.

Cuéntase de una señora que habiéndose curado de demencia en un manicomio se negó á salir de él; y preguntada por qué no obtenia su libertad, contestó que aguardaba á que se pusiesen buenos todos los de afuera. Un principio semejante han adoptado nuestros modernos frenópatas. No solo juzgan demente á la humanidad, sino que por ello la van declarando irresponsable. El que comete un crimen está loco, el que juega la fortuna de sus hijos loco tambien, el que tortura á sus conciudadanos con impertinencias ó sandeces, se halla asimismo falto de juicio; y lo peor es que hasta ahora el plan terapéutico es aguantarse, ir conllevando el mal miéntras se puede y despues encerrar al triste enajenado.

D. Severo, despues de muchas preguntas, de admirables y prolijas investigaciones, de haber visto pasar ante sus ojos un raudal de ciencia, sacó en claro que si su mujer no estaba loca iba á estarlo en seguida; que en virtud de este dato inconcuso, si ántes podia contender con ella y aún rechazar cualquiera agresion, ahora estaba en el deber de soportarla; que la dejase obrar á su capricho sin contradicciones ningunas, y, en fin, que cuando ya no pudiera más, tirase á la loca por la ventana ó se arrojase él. Esta fué la síntesis que el pobre anciano dedujo de tantas y tan

luminosas tesis como salieron de los labios del doctor. Él, que habia sido tan dichoso toda su vida y que aspiraba á morir en la calma del amor conyugal, se atormentaba ahora no por seco egoísmo, sino por la honda ternura que los años le hicieron profesar á su buena mujer. Volvió á casa desconsolado y casi febril, preguntó por su esposa, que ya estaba dentro, y se retiró á su cuarto de puntillas. ¿Qué hacía ella entónces?

La conferencia de doña Justa con el Cónsul francés habia sido verdaderamente grave. Para otro que no estuviese en ciertos pormenores, quizá carecerian de significacion los datos aducidos en ella; pero para doña Justa que lo sabia todo, casaban muy bien los antecedentes y circunstancias del asunto. Por de pronto habia una mujer; habia unas tarjetas que en ocasiones se unen con ostensible malicia; habia contradiccion y algo de desconcierto por parte de su marido: sólo faltaba, en fin, que en el bolsillo del frac existiesen fragmentos de flores naturales. En tal caso el adulterio era seguro.

No estaba tan perturbada doña Justa como para creer que sean imperdonables los extravíos de un momento y á larga fecha; pero lo que ella se decia á sí misma:—«Si una tiene un administrador en quien deposita su confianza, abandonándole por completo sus intereses, y despues de haber estado elogiándolo toda la vida y concediéndole su amistad, resulta un bribon que la estuvo robando,

hay que dar por nulos cuantos favores se le hicieron, y referir á la fecha y á la distancia el odio que se merece.»

Doña Justa, encerrada en su cuarto, volvió á coger el frac: allí estaban las fatales tarjetas; pero por más que revolvía no hallaba otra cosa. Entonces hizo lo que hubiera hecho cualquiera en su lugar: volver el bolsillo del revés para examinarlo á la luz del día. Nada tampoco; es decir, unos puntos mal cosidos que con el pico de una tarjeta se separaron algo más, dejando un hueco casi imperceptible, pero por donde podía haberse escapado el polvo de las flores. Iluminósele el discurso; buscó un instrumento que en pocos instantes lograra descoser forros y telas de arriba á bajo; puso un periódico en el suelo, y sacudiendo la prenda con lentitud, no libre de coraje, vió desprenderse aterrorizada el negro padron de su ignominia. Aquellas, si no eran flores, demostraban ser residuos de flores: constituían una acusación sin defensa. Contempló un rato su obra, y casi desvanecida se arrojó en un sofá.

Mientras tanto D. Severo, que al volver de casa del doctor no sabia qué partido seguir por los contradictorios datos de la consulta, habíase puesto de codos en la mesa y cubiértose el rostro con ambas manos, cuando uno de sus sirvientes le sacó de su arrobamiento con una carta. Era para la señora, pero á la señora se la habia llamado y no pudo ó no quiso responder, y como además en la casa no existía secreto de correos, recibiendo la

mujer las cartas de su marido ó el marido las cartas de su mujer, aceptóla el señor con algo de extrañeza por los sellos que contenia, y rompiendo el sobre se halló con lo siguiente:

CONSULADO DE FRANCIA

EN MADRID.

GABINETE DEL CÓNSUL.

Distinguida señora: al informar á usted en nuestra conferencia de hoy sobre lo más conveniente para el hijo que piensa usted mandar á Francia con el fin de que complete su educacion, he olvidado un dato muy importante. Si el jóven, como presumo, no ha cumplido veinte años aún, necesita proveerse de un certificado de libertad de quintas, sin cuyo documento no le dejarán pasar la frontera.

Cumpliendo un deber profesional, me permito, señora, dirigirle á usted la presente carta, reiterándole las seguridades de mi consideracion más respetuosa.—El Cónsul, etc.

D. Severo quedó asombrado con la lectura de esta carta. ¡Un hijo! y ¡de su mujer! Volvió el sobre para cerciorarse de que no soñaba, y vió claramente el nombre, el apellido y las señas de Justa. ¿Qué hijo podia ser este? ¿Cuándo y cómo nació? ¿Explicaría esto la perturbacion mental de la infiel, de la despiadada, de la terrible esposa? Muchas veces las mujeres acusan y maltratan al

hombre, cuando temen que se descubra un pecado de ellas mismas.

Atónito, confuso, y sin atreverse á dar valor á lo que por sí propio veía, el digno anciano se rehizo de su debilidad, y trémulo, casi iracundo, dirigióse al cuarto de su mujer, cuya puerta empujó con un violento golpe. Doña Justa tenía en la mano un cuchillo de punta, con el cual acababa de desgarrar los forros del frac azul.

—¡Justa! (grito el airado esposo): necesito conocer á tu hijo.

—¿Á mi hijo? (contestó ella, sobreexcitada por la actitud y fiereza de Severo). ¿De qué hijo me hablas, miserable? ¿Eres tú quien se ha vuelto loco? ¡Ojalá tuviese un hijo que pudiera vengar los agravios que le infieren á su madre infeliz!

—Mira (dijo D. Severo, mostrándole la carta).

—Mira (dijo doña Justa, mostrándole un papel en que se veían fragmentos oscuros, como de borra de seda ó residuos de flor).

La escena era imponente sin duda alguna. Tal vez un crimen hubiera decidido el encuentro, si un socorro oportuno no sobreviene en tan crítico trance. Fué la presencia de un notario de la curia eclesiástica, amigo de la familia, á quien doña Justa había llamado para tratar de la demanda de divorcio.

El funcionario aquel escuchó á las dos partes. Oyó de D. Severo la explicacion de las tarjetas, corroborada por los informes mismos del Cónsul; oyó de doña Justa las explicaciones sobre el hijo

imaginario, corroboradas por el Cónsul también, y procediendo como hombre de mundo ántes que como curial, manifestó que en los banquetes se hace lo que hizo D. Severo, sin que esto significase cosa alguna; y que lo presentado por doña Justa como prueba fehaciente de delito, era ni más ni ménos que una borra ordinaria de la que se cria en las prendas de los hombres cuando son viejas.

— Esa borra (añadió el notario) suele criarse tambien en los entendimientos antiguos, y produce disgustos lamentables como los presentes.

En suma, vino á decirles que eran unos mentecatos.

Doña Justa rompió á llorar: á D. Severo se le saltaron las lágrimas, y cuando vió que su mujer se echaba de rodillas para pedirle perdon, adelantóse á impedirlo, recibéndola en sus brazos y diciendo á la vez:

— ¡Justa, Justa mia! ¿Qué quieres de mí? ¿Qué deseas del hombre á quien tan dichoso has hecho durante cincuenta años?

— ¿Qué deseo? (exclamó la acongojada y ya rendida mujer). ¡Morirme el mismo dia que tú!

CASTRO Y SERRANO

OBRAS LITERARIAS.

La coleccion completa de estas obras constará de diez volúmenes como el presente, de los cuales se han publicado tres, que son:

CARTAS TRASCENDENTALES.

Primera y segunda série.

(Un tomo.)

HISTORIAS VULGARES.

(Tomos I y II.)

Se hallan en prensa para ser publicados brevemente:

EXCURSIONES Y VIAJES.

(Dos tomos.)

A estos seguirán:

LA NOVELA DEL EGIPTO.

ESPAÑA EN LAS EXPOSICIONES.

CUADROS CONTEMPORÁNEOS.

NARRACIONES Y OPÚSCULOS.

Cada volumen cuesta **5 pesetas**, y se venden en las principales librerías de Madrid, provincias y Ultramar.



